A VEINTE AÑOS, LUZ

Elsa Osorio

Siruela Nuevos Tiempos



Elsa Osorio

A VEINTE AÑOS, LUZ

Siruela
Nuevos Tiempos

Índice

A veinte años, Luz

Prólogo, 1998
Primera parte, 1976
Capítulo uno
Capítulo dos
Capítulo tres
Capítulo cuatro
Capítulo cinco
Capítulo seis
Segunda parte, 1983
Capítulo siete
Capítulo ocho
Capítulo nueve
Capítulo diez
Capítulo once
Capítulo doce
Tercera parte, 1995-1998
Capítulo trece
Capítulo catorce

Capítulo quince
Capítulo dieciséis
Capítulo diecisiete
Epílogo, 1998
Créditos

A veinte años, Luz

Prólogo

1998

Luz, Ramiro y su hijo Juan llegaron al aeropuerto de Barajas a las siete de la mañana de un jueves caluroso. En el taxi que los llevaba al hotel, Luz les habló de la Plaza Mayor, de esas callecitas angostas y misteriosas, de los bares abiertos hasta cualquier hora, de las mujeres cuando bailan con sus manos como pájaros inquietos y esa altivez en la mirada. Te va a encantar el flamenco, Ramiro, te voy a llevar al Parque del Retiro, Juan.

Quizás Luz quería hacerles creer (o creerse ella misma por un rato) que estaban allí sólo para conocer España y no para acompañarla en esta carrera que no había podido parar desde que se le metió esa idea en la cabeza, cuando nació Juan. Porque fue allí, en la misma clínica, donde empezó a crecer esa duda de la que ya no podría desprenderse. Entre pañales, provechitos y canciones de cuna, Luz averiguó y habló con gente y pidió datos y revolvió y hurgó y buscó obstinadamente. Y hasta aquí habían llegado. Hasta Madrid.

Esa misma mañana, mientras Juan y Ramiro dormían, en información le dieron el número de teléfono de Carlos Squirru. Vivía, entonces, existía, y estaba allí, en la misma ciudad que ella. El corazón latiendo como si quisiera escapársele del cuerpo. Marcó el número desde la cabina telefónica del hotel. Una voz de mujer con pronunciación española decía que ellos no estaban, que dejara un mensaje después de la señal. Cortó rápidamente. Trató de ponerle

ojos, boca, cara, expresión a esa voz pero no pudo. ¿Sería su mujer? ¿Le habría hablado Carlos de su pasado?

Se había prometido dejar todo para el día siguiente. Ramiro y Juan se merecían un día en paz, divirtiéndose, paseando, como ella les había estado anunciando desde que llegaron. Debía darse una tregua, descansar, pero no podía evitar que la ansiedad se le colara entre paseos, juegos y risas. ¿Cómo encararía esa difícil conversación? Sería escueta, breve, y Carlos no iba a negarse a encontrarse con ella después de decirle que tenía un mensaje de Liliana para él. Tenía que encontrar las palabras justas. Ramiro iba a ayudarla a planear, como tantas otras veces desde que empezó su búsqueda.

—Lo charlamos a la noche —le dijo Ramiro.

Pero no pudo esperar a la noche: «Tratá de entenderme, quiero hacerlo ya, quiero dejar de pensar si es o no es y qué me va a decir, cómo va a reaccionar».

Ramiro se alzó de hombros por toda respuesta. Era la historia de Luz, y era ella quien debía decidir cómo jugarla.

—Dígame —le respondió Carlos, y Luz tuvo que tomarse una mano con la otra para no colgar, tenía tanto miedo. Ramiro la miraba desde el vano de la puerta.

—Quisiera hablar con Carlos Squirru, por favor.

—Soy yo —y ese «yo» sonó tanto a «io» que Luz se dijo que había sido una estúpida en ilusionarse así, porque perfectamente podía haber un español que se llamara igual—. ¿Quién eres?

«Eres» la convenció totalmente de que había sido un error, pero no iba a cortar sin estar segura.

—Mi nombre es Luz, Luz Iturbe. Usted no me conoce, quizás no es usted el Carlos Squirru que estoy buscando, me dieron su teléfono en información, porque pregunté en Madrid, pero tal vez el Carlos Squirru que busco viva en otro lado, yo no estoy segura.

Se odiaba por estar diciendo todas estas palabras confusas. Tenía que empezar de nuevo, tosió, un silencio del otro lado que no la animaba a seguir, Ramiro que se iba al cuarto de Juan y un llanto de niño del otro lado de la línea.

—Un momento, por favor —y más lejos—: Montse, ocúpate del niño.

—Discúlpeme, creo que es un error, yo creí que...

—¿Sos argentina?

¡Sos, le había dicho sos!

—Sí, ¿y usted?, porque el Carlos Squirru que busco es argentino.

—Sí, soy argentino, aunque procuro olvidarlo —y se rió—. Pero no sé si el que vos buscás —un tono seductor—: ¿Es guapo, inteligente, encantador? En ese caso soy yo, si no, será uno de los otros cinco o seis Squirru que están diseminados por Europa.

Carlos se reía, seguramente de la torpeza de Luz. Había pensado tantas veces lo que iba a decirle y ahora no se acordaba nada. Él parecía amable, simpático, ¿por qué no podía articular una frase coherente?

—Yo quería hablar con usted... a propósito de Liliana.

Sólo después de un largo silencio y en un tono muy seco:

—Liliana ¿qué?

—No sé, no sé el apellido, justamente, ésa es una de las razones por las que quiero hablar con usted. Hace ya unos meses hablé con Miriam López, ella me dio su nombre. Miriam...

—¿Quién?

—Miriam López.

—No la conozco.

—No, ya sé. Ella lo buscó en la guía telefónica hace muchos años. Pero mal, creía que tenía una «e» el apellido, Esquirru, así, con «e» adelante. Yo me di cuenta de que Squirru empieza con «s» —ni breve, ni escueta, ni clara, estaba arruinándolo todo, quiso llamarlo a Ramiro para que él le explicara—. Miriam me dijo que Carlos Squirru era el compañero de Liliana hace... veintidós años —mal, pero se lo había dicho y él no respondía nada, ni la respiración se escuchaba—. ¿Usted tenía una compañera que se llamaba Liliana?

—¿Y tú quién eres?

—Yo soy..., me llamo Luz. Estuve averiguando muchas cosas en el último tiempo, por todos lados, pero me faltan datos. Es difícil explicárselo así, por teléfono. ¿Podríamos encontrarnos? —el silencio

se le hacía demasiado largo de tolerar—. Liliana quería decirle algo a usted antes de... Por favor, ¿podríamos vernos?

—¿Conoces el Café Comercial?

—No, pero no importa. Dígame dónde es y voy.

—En la Glorieta de Bilbao. En una hora.

—Sí —alegría y miedo, todo junto—. ¿Cómo vamos a reconocernos? No sé como es usted. Yo soy rubia, voy a llevar una blusa verde... y un libro en la mano.

—Vale, adiós.

Ramiro estaba abrazándola cuando colgó. Luz se largó a llorar.

—Lo hice todo mal, ¿me escuchaste, amor? Nunca me dijo que era el compañero de Liliana, pero si aceptó verme es porque es él, ¿no?

Ramiro le daría de comer a Juan y la esperaría allí mismo: Llamame si me necesitás.

Se bajó en cualquier esquina de la Glorieta de Bilbao y preguntó a unos chicos por el Café Comercial. Cruzó la avenida. Sentía que sus pies no pesaban, que su cuerpo entero era inconsistente y que podía caerse en cualquier momento. Ese irreal calor seco de julio la envolvía como si quisiera tragársela. «Bochorno» lo había llamado el chofer del taxi, y Luz pensó que era la primera vez que entendía el significado de esa palabra.

Había mucha gente sentada en las mesas de la terraza. Se dio cuenta de que no podía distinguir una persona de otra: bultos indiscriminados. Se quedó parada un rato blandiendo el libro en su mano. Si Carlos estaba allí, se acercaría. Lo mejor sería entrar, beber algo helado y si no aparecía al cabo de un rato, volver a salir a la terraza.

El aire acondicionado la reconfortó de inmediato. ¿Cuál de esos hombres solos sería él? Se sentó en una mesa y paseó su mirada por el café. Ese hombre que estaba en la mesa de al lado debía tener unos cuarenta y tantos años. De todos modos, ella no sabía cuántos años tendría Carlos. El hombre la miraba, pero no, no podía ser él, no le sonreiría así.

Con la mirada fija en la puerta, Luz pidió una coca-cola con limón. Carlos se acercó por atrás, se puso enfrente de Luz y la miró.

—¿Carlos? —preguntó Luz dudando entre extenderle la mano o no, y su brazo cayó sobre la mesa cuando él se sentó frente a ella como todo asentimiento.

Ninguno de los dos parecía querer empezar el diálogo. Carlos abrió y cerró la boca al mismo tiempo que Luz. Esa incomodidad en espejo les arrancó una sonrisa.

—Estoy bastante desconcertado. No sé quién sos, ni quién es esa tal Miriam, ni por qué me estás buscando. Vos no podés haber conocido a Liliana, sos muy joven.

Le trajeron la coca-cola y Carlos pidió un whisky.

—Ella le dijo a Miriam López su nombre.

—¿Miriam estaba en el campo de detención?

—No precisamente.

—¿Entonces dónde?

—En su casa. Liliana le dio su nombre en la casa de Miriam.

Desesperación o impaciencia leyó Luz en la cara de Carlos. No iba a hacer el papel de estúpida que hizo por teléfono.

—Carlos, yo voy a explicarle todo lo que sé. Llevo bastante tiempo haciendo averiguaciones. Fue difícil porque no sé el apellido de Liliana. ¿Cómo se llamaba?

—¿Eres periodista? ¿Has venido a entrevistarme?¿Qué quieres? ¿Hacer un artículo, un libro? Yo hace siglos que no vivo en ese país, para mí no existe, ¿entiendes? No existe —y claramente agresivo—: ¿Quién te dio mi nombre? ¿Qué es esa historia de Miriam no sé qué? ¿Y cuándo estuvo Liliana en su casa? Eso no es posible.

Luz bebió un sorbo de su coca-cola, como para darse un tiempo antes de contestar una por una todas las ansiosas preguntas de Carlos.

—No soy periodista. Vine a verlo, no a entrevistarlo. Quería conocerlo, quiero saber... muchas cosas. Y sobre todo que usted las sepa. Su nombre me lo dio Miriam López, que ya le voy a decir quién es si me da la oportunidad —Luz parecía devolverle el mismo tono encrespado—. Soy yo la que voy a hablar. Usted, después, si se le da la gana —la voz quebrándose, tratando de encontrar un timbre justo —. Y si no se le da la gana, no. ¿De acuerdo? Sólo quiero que me escuche.

La presencia del camarero frenó las palabras de Luz. Carlos se tomó un tiempo antes de responder.

—Perdona si te hablé mal. Es que me has tomado por sorpresa. Quizás el que no quiere, el que teme tocar ese tema soy yo. ¿Sabes? Todavía me duele. Mucho.

Cuando Carlos miró para otro lado, Luz pudo darse cuenta, por primera vez desde que lo vio, de que Carlos era un lindo hombre, que le gustaba. Y ese gesto suyo de mirar para otro lado, qué increíble, lo mismo que ella hacía cuando quería disimular una emoción. Pero no podía permitirse observarlo, y descubrir lo que sentía, tampoco le quería tirar a boca de jarro esa frase que ella misma no sabía si osaría decir y que explicaría en un instante su presencia.

—¿Quién era Miriam?

—Miriam López conoció a Liliana en circunstancias bastante extravagantes... patéticas, diría, a mediados de noviembre de 1976.

Luz se preguntó por dónde empezar aquella historia: si por lo del parto en la clínica de Paraná, o por el otro, en el hospital de Buenos Aires. Quizás sería mejor hablarle desde el principio de esa extraña y poderosa alianza que se estableció entre Miriam y Liliana. Pero simplemente lo fue dejando salir como se daba, sin justificar siquiera por qué ella conocía tantos detalles de un lado y del otro. El otro, en verdad, lo conocía muy poco, casi nada, apenas lo que le había contado Liliana a Miriam. Y los últimos días de Liliana, sus primeros días. Si alguien podía ayudarla a conocer el otro lado era él, Carlos. Pero estaba tan perplejo con lo que ella le iba contando que apenas si la interrumpió para hacerle alguna pregunta, o algún comentario en esa primera hora.

—¿Quieres beber algo más? —Carlos hizo señas con la mano al camarero para que se acercara.

Darse una tregua, detenerse, calmarse, eso era lo que querían los dos.

—Una coca-cola. Parecés español —hablar de cualquier cosa, trivializar—, tu pronunciación, algunas palabras, usás siempre el tú.

—No, a veces lo mezclo con el vos, cuando hablo con argentinos. Pero hablo poco, por suerte, los evito. En verdad, odio a los

argentinos, a la Argentina.

Carlos no pudo ver aquel rencor que encendió como fuego la mirada de Luz. Luz miró el reloj.

—Voy a hablar por teléfono, no quiero que Ramiro se preocupe. Ramiro, mi marido —aclaró.

—¿Tienes marido ya? —y era asombro, aunque por qué, si él no sabía nada de la vida de Luz.

—Sí, y un hijo. Se llama Juan y tiene un año y medio.

Tal vez porque estaba a solas, Carlos se permitió preguntarse a sí mismo eso que desde que Luz cometió ese error (cuando dijo «salvarme» en lugar de «salvarla») lo estaba aguijoneando pero que no quiso o no pudo pensar entonces. Cuando él había dicho algo despectivo sobre Miriam, Luz había reaccionado violentamente.

—Esa hija de puta, como la llamás —ahí empezó a tutearlo—, se jugó el pellejo para salvarme.

¿Y si lo de «salvarme» no hubiera sido un error, o una alusión a algún otro episodio en el que esa mujer la hubiera salvado?, pensó Carlos, pero Luz lo había pasado por alto ya no recuerda cómo y siguió hablando de Liliana y de la nena. Sin embargo, ¿cómo era posible que ella supiera tanto? Pero ¿por qué no se lo decía directamente?, y él ¿por qué no se lo preguntaba directamente?

Quiso que Luz no se diera cuenta de lo que estaba sospechando, se dijo que demoraría todo lo posible esa pregunta, que aceptaría que ella lo contara como quisiera, o como pudiera. Si es que era así, porque también podía haber otra explicación.

Tal vez deberían cenar, le propuso Carlos cuando Luz volvió a la mesa.

No, ninguno de los dos tenía hambre. Cómo levantarse de esa mesa antes de saber toda esa historia.

—Me gustaría que siguieras contándome.

Y Luz tragó saliva y siguió y siguió hasta que al fin se lo dijo, ni recuerda cómo.

Carlos nunca se lo preguntó, pero cuando la tomó de las manos y la miró, los ojos empañados, Luz tuvo la certeza de que él la reconocía.

Cuando salieron del Café Comercial, Carlos sintió el impulso de poner su brazo sobre el hombro de Luz, pero no se animó. El brazo se le levantó solo y se detuvo en el aire.

—¿Puedo?

Luz apenas acertó a sonreír asintiendo. Caminaron juntos unos diez minutos hablando de las calles tan vivas a esa hora de la madrugada, de Madrid, del viaje que ella había hecho cuatro años atrás cuando terminó el bachillerato. Un acuerdo tácito de no mencionar nada que perturbara ese placer de estar caminando uno junto al otro, por primera vez.

Carlos le contó que se había especializado en Pediatría en Barcelona, donde se casó con Montse, y que hacía ocho años que vivía en Madrid. Luz le dijo que a ella le faltaba bastante para recibirse de arquitecta: me atrasé en los estudios con el nacimiento de Juan y con... esto.

Un pudor a contrapelo le impidió abrazar a Luz como tenía ganas en el momento en que ella llamó «esto» a todo, todo lo que había sido capaz de hacer hasta encontrarlo.

En la puerta del hotel, Carlos se paró frente a Luz y los dos se miraron. Luz se dio vuelta como si le importara muchísimo esa pareja de ingleses que estaba entrando. Carlos tomó la cara de Luz entre sus manos y la giró hacia él.

—No te lo había dicho. Sos muy linda... y muy valiente —Luz no pudo responder, se iba a poner a llorar ahí mismo—. ¿Cómo sigue esto? Luz... Lili, no sé cómo decirte.

—Luz, siempre me llamé Luz. Y me gusta mi nombre. Es difícil decírtelo a vos, pero no todo fue malo, mi nombre, por ejemplo, Luz. Yo me empeciné en poner luz a esta historia de sombras, en saber, buscar y buscar, sin medir el riesgo afectivo que pudiera traerme. Esta conversación para vos debe haber sido muy fuerte, no puedo ni imaginarme, pero para mí tampoco fue fácil, ¿sabés? Yo no sabía cómo podías reaccionar, ni si te iba a encontrar o no, ni nada, nada... ni tampoco qué me va a pasar si te das vuelta ahora y no te veo nunca más...

—Ortiz.

—¿Qué?

—Se llamaba Liliana Ortiz. Yo también tengo mucho que contarte. Y... además, tenemos que decidir unas cuantas cosas juntos. ¿No te parece? Los están juzgando en Madrid... ahora —se entusiasmó Carlos—. ¿Vendría Miriam a dar su testimonio?

Antes de que Luz le contestara, Carlos le dio un beso, y puso la otra mejilla:

—A la española. Acá son dos besos. Descansá, te llamo mañana.

Primera parte

1976

Capítulo uno

Esta noche le voy a mostrar al Bestia cómo me quedó de lindo el cuarto con el empapelado y todo lo que compré. ¿Me puteará porque me gasté toda la guita en decorar el cuarto del bebé y no en lo que me dijo? No creo. Tan bestia no es. Parece, pero tiene buenos sentimientos, si no, jamás hubiera entendido lo que me pasa. Él es el único al que se lo pude decir, y no se rió ni nada, me entendió, me dijo que le parecía lógico, humano, y hasta se enterneció. Y a mí la ternura me compra más que un fajo de dólares. Y el Bestia, aunque nadie pueda sospecharlo, es tierno. Y un sentimental, si no, no estaría haciendo todo lo posible para que yo tenga lo que quiero.

—Lo llamaban Bestia por la fuerza. Cuando hacían un operativo, tocaban el timbre y, si no les abrían, le decían: «Dale Bestia» y ahí iba él, unos pasos para atrás, y con todo el envión se tiraba contra la puerta y la destrozaba.

Yo le digo cuidado, no me lastimes, y él: Ya te dije que no hay puerta que se me resista, y a mí me da risa, entonces me la pone, un poquito y yo le digo bestia, pero riéndome, si me dejo no es porque él tenga fuerza sino porque siento que me quiere, que me desea. Se le empieza a agitar la respiración: mi mujer, ésta es mi mujer, mi yegua, mi mina, mi señora. Mi señora, me dice así mientras me recorre toda la raya y eso me calienta, seré idiota, y ahí sí, no hay puerta de mi cuerpo que se le resista.

No es sólo cuando estamos en la cama que me lo dice, el otro día me presentó al flaco ese de bigotito como su futura señora. En serio, éste quiere que nos casemos. Yo antes pensaba que ni loca, a

menos que me sacara la lotería, como la Bibi, de conseguirme uno con mucha, mucha guita, un alto ejecutivo, o un futbolista famoso, o un Monzón, algo así, una casa con pileta, y mucamas, y jardín y autos, de todo. Bueno, tampoco una se va a sacar el gordo todos los días, lo que había era esto: ni gran señor ni famoso, pero que me va a conseguir lo que yo quiero. Tiene manija, eso sí, guita no le sobra, aunque dice que está progresando mucho, que dentro de unos meses, cuando termine qué sé yo qué que están haciendo, se va a forrar. De todos modos, si me va a conseguir el bebé, mejor me caso. Porque tampoco es que los chicos se los den a cualquiera, tienen que ser familias bien constituidas, tenemos que estar casados y hasta por la Iglesia. A mí me parece un poco al pedo eso de casarse por la Iglesia.

—¿Y me voy a tener que confesar? —le pregunté la otra noche. Pero ni escuché porque ya me estaba cagando de risa de imaginarme la situación—. Te lo ves vos al cura cuando le diga cuántos me bajé.

Se enojó un poco, porque él no se quiere ni acordar, no quiere ni saber lo que hice, aunque lo sabe, cuando nos conocimos, yo qué era acaso. Es un poco palurdo pero bueno, el Bestia es bueno. Y ahora yo ya tengo todo arregladito: el cuarto, la ropita, hasta música para chicos compré y me estoy aprendiendo las canciones de memoria, porque me dijo que falta poco para que me lo traiga. Y que va a ser divino, o divina, a lo mejor es nena, chancleta, sí, como la mamá. Espero que menos puta, le dije al Bestia y él al principio se rió, después no, me dijo que yo no soy puta, si no, no podría ser su señora. Su señora no es puta, sólo en la cama, en la cama sí me quiere bien puta, pero afuera nada, y no andés revoleando el culo por ahí, que pronto vas a ser la señora de Pitiotti. Lo dice así como si me dijera la marquesa de las Pelotas o la princesa de Pindonga. Y yo le hago creer que me encanta, porque quiero que esté contento. ¿Dónde voy a revolear el culo si ya no voy a ningún lado? No laburo: ni desfiles, ni fiestas, ni puntos, nada.

—¡Una puta! No puede ser que Liliana se haya confiado a una puta —reaccionó Carlos.

—¿Cuál es el problema de que fuera puta? —se indignó Luz—. De todos modos, cuando Liliana la conoció, ya no era puta.

Desde que me prometió el bebé, estoy acá, en casa, tirada, soñando, escucho música, veo la tele, voy a hacer las compras. Me embolo un poco, a decir verdad, pero a él le digo que estoy fenómeno, que me encanta esperarlo, y cenar juntos, y salir un poco por ahí, cuando él puede, porque quiero que esté contento conmigo y que cumpla, que me traiga el bebé. Él me dice que cuida a la madre del bebé para que tenga un buen embarazo, que no deja que le hagan nada, porque «esta guerra no es contra los chicos», siempre repite esa frase.

Qué hizo la piba no sé, no me dice, siempre el mismo verso, que por mi seguridad. Sólo que ella no quiere el chico, y que, además, en la cárcel no lo puede tener. Se debe haber quedado embarazada de casualidad. Es muy linda, una pendeja, y está buenísima. Le brillan los ojos cuando habla de ella. El otro día le dije: che, no te la habrás volteado.

—Qué decís, si está embarazada de tu bebé. Cómo se te ocurre.

Claro, cómo se la va a voltear si está como de ocho meses.

Él se ocupa personalmente de que le den buena comida, porque ahí parece que es pésima.

—Le daban comida especial para ella y no la torturaban como a los otros.

—Te parece poca tortura estar ahí y saber que todo ese cuidado, ese trato especial, era para robarle su hijo —el odio opacó la voz de Carlos—. ¡Como si fuera un criadero de seres humanos, iban ahí a elegir a las madres! Es monstruoso, aberrante.

—Sí, es repugnante. Yo me refería a la tortura física, a la picana.

El otro día le hice unas croquetitas para que le lleve a la piba. Me da pena, pienso en ella y me da pena. Si es tan pendeja, no puede haber hecho gran cosa. ¿Por qué tiene que estar presa, mató a alguien? Mirá, le expliqué al Bestia, si a mí me dieran a elegir, hoy, al guacho ese viajante de comercio que me violó a los catorce años, lo mataría. Decí que entonces ni se me ocurrió. A veces hay cosas que te dan ganas de matar, y hay gente que se lo merece, el tipo ése, si lo tuviera a mano, lo mato, te juro, Bestia, te lo juro. ¿Ella mató a un

tipo que la violó? Porque si es así, no tiene ninguna culpa. A los tipos debería pasarles algo así para que se den cuenta de lo que una siente.

Me dice que no tiene nada que ver, que no entiendo nada, que a este país lo están destruyendo las ideologías foráneas, y que esto es una guerra, y ellos van a poner orden, los van a agarrar a todos esos subversivos comunistas, asesinos, terroristas, uno por uno —los músculos de la cara de acero, una mirada de miedo— hasta que caigan todos, van a limpiar este país de esa carroña. Pero sigo sin saber qué hizo la piba. Cuando lo agarro más blando, le tiro de la lengua, que yo para eso soy especialista, y a veces larga algo: que él tampoco entiende cómo se metió en esto, porque es una chica bacana, educada en un colegio de monjas. Quizás por el tipo que estaba con ella.

—¿El marido?

—Qué marido, te creés que éstas se casan, se juntan como los perros, no más.

—Nunca nos casamos. Estábamos en la clandestinidad —dijo Carlos.

Por primera vez, desde que empezaron a hablar, Carlos había asumido la historia que Luz le contaba como propia.

No me atreví a recordarle que nosotros también nos juntamos y que yo me junté con varios, y él también, porque el Bestia es así de loco, se copa con lo que está diciendo y de pronto parece que nosotros somos todo bien, gente honorable, un matrimonio de hace años, y que yo no fui puta, ni él un pibe que se cagó de hambre con su sueldo de cabo hasta que pudo agarrar la manija desde que gobiernan los milicos y sacarse unos manguitos extra. Sargento es ahora. Pero igual, una mierda el sueldo, se lo pregunté. Yo ganaba más en dos fiestas que él en todo el mes, y mejor no decirle cuánto me pagaban cuando... pero si él lo sabe, lo sabe perfectamente porque él mismo lo pagó, y más, porque Anette les sacaba un pedazo por encamarse conmigo. De dónde habrá sacado la guita para pagar, porque con lo que gana... De ahorros, me dijo, se gastó un huevo y medio sólo para conocerme. ¿No estará conmigo por la guita? No, cómo se me ocurre, si fuera así no me hubiera

convencido para que dejara el laburo. Si tiene en cuenta lo que le costó la primera vez debe sentirse un potentado cada vez que me coge, pero no, a él le parece natural, porque nos queremos, le parece, incluso, y eso me da un poco de bronca, que yo me saqué la grande con él, y no al revés. Al fin, él vive en mi casa, y como jamás debió haber soñado. La verdad es que él insistió en que me quedara en su casa, pero yo, ni en pedo, en esa pocilga, y sin ofenderlo, le dije que ya que me iba quedar todo el día en casa, mejor estar con mis cosas, mi terracita donde tomo sol, mis discos, mis espejos, mis chucherías, que mudar todo sería un lío.

—Miriam había alquilado un departamento por la Recoleta, en la calle Ayacucho. Con sus ahorros, había pagado un año y medio por adelantado, para no tener problemas con las garantías. Parece que entonces ganaba mucho dinero. Me habló tanto de ese departamento que me parece conocerlo. Yo fui hasta la puerta, no sé para qué, quizás para imaginarme mejor lo que me contaba.

Porque yo no ofendo, yo sé tratar a los tipos, pero tampoco soy una boluda como para tragarme que le parece tan natural vivir acá, en pleno Barrio Norte, sentarse en estos sillones con tapizados hermosos, cortinas de seda. Si yo a veces, el primer tiempo, cuando entraba no me podía creer que ésta era mi casa. Eso sí que se lo debo a Anette, sin querer, en eso me ayudó la hija de puta porque yo, cuando la visité en su casa, me prometí que hasta no tener una así no paraba.

—Parece que la mujer que la metió en eso de las fiestas y los tipos tenía un departamento muy bien arreglado, con tapices y obras de arte. Aún hoy recuerda mil detalles. Miriam la admiraba y la quería imitar en todo.

Me enrollé mucho arreglando el departamento, me compraba todas las revistas de decoración y de ahí sacaba ideas y direcciones. Aunque yo tengo ideas, sé combinar los objetos, lo hago con calidad, tengo una calidad natural, eso siempre lo supe. A veces me da ganas de revoleárselo por la nariz al Bestia, pero me callo, lo atiendo, le tengo el whiskicito listo, me pongo las superpilchas sólo para que él me vea, y el tipo, aunque sea una bestia, se siente como un rey, y entonces se cree que somos que sé yo qué. Yo me doy

cuenta de que esto viene bien, que sirve a lo que yo quiero, que él se siga creyendo que todo esto nos lo merecemos, como si lo hubiéramos heredado de papá, o ganado trabajando honorablemente. Él se sienta en el sillón, al lado de la lámpara y me dice:

—Con nosotros el bebé va a estar bien, lo vamos a educar con buenos principios, en el orden y las buenas costumbres.

Yo lo dejo que siga el verso porque total, a mí qué me importa, si me va a traer el bebé. ¿Para qué tengo que ubicarlo en la realidad, para qué? Mejor que se crea el gran tipo y que va a ser un buen padre y un buen marido. Que se crea lo que quiera, pero que me traiga el bebé. Y si la piba va a estar en cana, y no lo quiere, mejor que esté conmigo, con nosotros, bah.

—Pero por qué mierda tenés que pensar en ella —me dice el Bestia.

—Ella no sabía lo que pasaba, lo que hacían. No entendía. Y él no le daba ningún tipo de detalles. Sólo palabras grandilocuentes: que el deber y el honor y servir a la Patria, y esa Nueva Argentina que iban a lograr, purificada de la «contaminación atea y subversiva». El Bestia se creía «una especie de San Martín», así me dijo Miriam y a mí me dieron escalofríos.

—¿Y si cuando sale de la cárcel viene y me pide el bebé? Ya te dije que no lo quiere, se impacientó el Bestia. Porque quizás en algún momento sale, ¿no?, si es tan pendeja, en algún momento va a cumplir la condena y salir. Y él se rió: que no, que no me preocupe, que después del parto, van a hacerle un interrogatorio y trasladarla.

—¿Trasladarla adónde?

—Te dije que no hagas más preguntas.

De acero se le pone la cara, o va, como esa noche que le pregunté lo del traslado, y agarra la silla del escritorio y la parte en dos contra la pared. Pero cómo hacés eso, sos una bestia, es una silla de estilo, me costó un huevo. Y él: que por qué creo que le dicen Bestia, y que me ponga contenta de que sólo me haya roto la silla y no a mí como tenía ganas. Y la verdad, yo arrugo, porque el Bestia es bueno pero cuando se pone así, pienso que me puede hacer puré. Aunque le dura poco, lo reconozco. Yo me fui a un rincón, haciendo pucheros

(con los tipos siempre funciona hacerse la pobrecita) y él vino y me abrazó de atrás y empezó a tocarme las tetas suavecito, y hablarme al oído: que si quiero el bebé, no le haga más preguntas, que él es eficiente, pero que si lo sigo jodiendo no me lo va a traer. Y que mejor haría en ocupar mi tiempo preparando lo del casorio, el civil, la iglesia, todo, porque él no puede, es un momento de mucho laburo. Y difícil. Y fue al cuarto y volvió con un fajo de guita (que yo ni le pregunté de dónde la sacó, porque con los tipos siempre es mejor hacerse la boluda) y me lo dio para que me compre un vestido, y me vaya preparando el ajuar.

¡El ajuar! Tiene algunas cosas de boludo el Bestia. ¿Qué me voy a comprar? Un camisoncito blanco de novia, como el que se compró mi prima cuando se casó con el del Correo. Me acuerdo que cuando me lo mostraba, mi tía me decía: Ya te va a tocar, Miriam, en cualquier momento se te declara un buen muchacho y te casás. Yo, ni loca, casarme con cualquiera y quedarme en Coronel Pringles. No, yo tenía otras ambiciones, ser modelo, ser famosa, ser rica. Lo de casarme sería después, para tener un hijo. Eso sí sabía que quería: un hijo. Pero claro, más adelante.

Ese mismo año que se casó la Noemí, gané el concurso de belleza, la más linda, la Reina de Coronel Pringles. Y después las fotos, y el concurso de Bahía Blanca en el que salí princesa. Sólo en la capital podría progresar, tener lo que me merecía. Entonces Óscar, que se lo creía, o parecía creérselo, me trajo para acá. Yo enseguida averigüé lo de la escuela de modelos, él me dijo que me iba a pagar los estudios y que me presentaría a su familia. Pero ¿cuánto había pasado? Un mes apenas y como una boluda me quedo embarazada. Y cómo iba a tener un chico entonces, sería más adelante. Óscar me pagó el aborto, sí, pero se rajó. Me dejó tirada en esa pensión inmunda, chorreando sangre.

Siempre más adelante, me decía. Hasta que no más. «Nunca» me dijo el médico en el Hospital Fernández. Nunca voy a poder tener un hijo. Pero eso fue mucho después, claro. Es feo pensar que no hay más adelante, que nunca, nunca voy a poder. Por eso, por eso le aguanto al Bestia lo que sea, porque él me va a conseguir mi hijo.

—No, por supuesto que no era el primero, se había hecho varios abortos.

El segundo embarazo también me dije más adelante. Yo ya estaba trabajando en el Harry. Divina estaba, los tipos se recontracalentaban conmigo, se les caía la baba cuando hacía el *striptease*, porque yo me sé mover, los sé mirar, les sé mostrar, los tenía a todos muertos, pero no tanto porque sea linda sino por que lo hago con estilo, con gusto.

—Debe haber sido una mujer impresionante, muy, muy linda. Alta, morocha. Aún hoy tiene una figura espectacular.

—¿Cuántos años tiene?

—Cuarenta y ocho. En ese momento tendría veinticinco, veintiséis...

Aunque no era ése el trabajo que quería hacer, yo siempre tuve claro que quería ser modelo, que ése era un trabajo para juntar plata para pagarme la escuela de modelos. Si eso lo hacía con calidad, con buenas pilchas, y más refinada, iban a caer desplomados por mi belleza. Iba a ser tapa de revista, caminar por las grandes pasarelas de Buenos Aires, Europa, el mundo entero. Y para eso tenía que ir a la escuela de modelos, aprender a caminar, a moverme, refinarme. Pero costaba guita, ¿y a quién iba a pedirle? A mi tía, imposible, ella ya estaba furiosa conmigo porque siempre pensó que tenía que casarme con un buen muchacho y bajarme los humos y cuando se enteró de que me vine a la capital con el Óscar me armó un quilombo infernal.

—¿Qué te crees, que se va a casar con vos? Lo único que quiere es acostarse con vos, es un muchacho rico, te está usando.

Y a mí qué, yo también lo usaba a él, aunque me gustaba, y ni pensaba en casarme con él. Estábamos calientes los dos, eso era todo, y si él me usaba para una cosa, yo lo usé para salir de ese pueblo de mierda.

—No te das cuenta —me dijo mi tía— de que esos tipos nunca se casan con chicas como vos, y mucho, mucho menos si te acostaste con él. Te engañó, te engañó como a una tonta. Volvé, Miriam, volvé a casa.

La idiota se creía que yo era virgen, y que fue Óscar el que me inició, y ya iba como por el quinto o sexto. Nunca le había contado lo que me hizo ese tipo, pensaba que me iban a echar la culpa, que ya no me iban a cuidar, o que me iban a decir «sos igual que tu madre», no sé qué pensaba pero no se lo podía contar a ellos. Y encima fueron ellos los que lo llevaron a casa. Mi tío lo invitó a cenar, habían sido compañeros de la escuela. Claro que no fue ahí donde me agarró, fue al otro día, por la calle, y me llevó al terreno baldío. Ah, me acuerdo y lo reventaría. Qué idiota, me daba vergüenza contarlo: ¡lo que me hizo él me daba vergüenza a mí! Ah, si es nena se lo voy a decir apenas me entienda algo, si un tipo te agarra y te tira y te arranca la ropa, lo pateás, te defendés, y si te la mete lo mismo, lo denunciás, se lo decís a todo el mundo. Los hijos de puta son ellos y no una.

—Si una chica estaba presa lo único que se le ocurría es que había querido matar a quien la violó. Ése era su mundo, su historia. Entonces Miriam no tenía ni idea de lo que pasaba. Muchos no lo sabían. Eduardo tampoco.

—Porque no querían saberlo.

—Pero los estudios había que pagarlos. A la tía Nuncia, imposible pedirle un peso, Óscar, tal como ella me anunció, se hizo humo, y entonces me dijo una piba de la pensión lo del bar, el Harry, y fui y me tomaron, pero siempre para juntar plata para la escuela de modelos. Por eso cuando me quedé embarazada me quería morir. Yo ya estaba ganando buena guita, había ahorrado, pero no la quería tocar porque ya había planeado todo para inscribirme en marzo, y pagar todo el año por adelantado y entonces el laburo iba a ser sólo para lo que necesitara para la pensión, el morfi, y algunas pilchas.

El dato de la Gorda me lo dio la Juli, me dijo que me iba a cobrar barato. Me dio un poco de asco el lugar, estaba sucio, pero la Juli me la había recomendado y la Gorda no me cayó mal y me cobró dos mangos.

En el bar dije que tenía una indisposición pasajera, pero duró días y días la sangre. Me dijeron que no podía faltar pero después me tomaron lo mismo, porque yo lo hacía bien, muy bien, les llenaba el

lugar y no me iban a perder así como así con lo que ganaban conmigo.

A veces aceptaba salir con alguno de ahí, pero si me gustaba, no como puta. La que me hizo puta fue la vieja, Anette, la vieja conchuda, ah, qué bueno cuando le pude decir que no iba más y mandarla a la puta madre que la parió. Ella sí que me hizo mal, porque yo a ella le creía, la admiraba, ¡seré boluda! Ella me decía que yo era buena, que era perfecta, que bajara apenas un kilito, dos —como me dijo el día que me conoció— y la ropa me iba a caer fantástico, porque daba el tipo. Yo siempre, para ella, daba el tipo ideal para pasar tal o cual colección. Y no fui yo quien la fue a buscar a ella, fue ella, Anette, la que me llevó de la escuela de modelos y eso que no había terminado la carrera. Estábamos haciendo una práctica y apareció Anette, ahí sentada, mirándonos, con esa sonrisa y esas piernas cruzadas, y ese aire lánguido en los movimientos de sus manos que tanto trabajo me costó imitar. Al pedo, además.

—Qué bien, qué bien, estuviste fantástica, divina.

Y yo le creí, por qué no. Ella me conseguía los desfiles, me pagaba el peluquero, el gimnasio, me hacía maquillar, todo. Y me llevó a la tele. Yo, Miriam López. Tomá, así que querías que se me bajaran los humos, tía, bueno, poné la tele esta tarde y ya vas a ver. Miriam en la tele. Aunque Anette me llamaba Patricia. Patricia, decía que quedaba mejor, que Miriam era un nombre un poco... , y perdía la mirada en el aire, como buscando la palabra precisa para mi nombre que flotaba sin querer mostrarse, un poco...

—Un poco mersa —apuntó Inés, que tampoco sería Inés, porque a ella también le habrían cambiado el nombre.

Me dio una bronca que la hubiera puteado de arriba abajo, pero no le dije nada, porque no quería mostrarme grosera delante de Anette. Y si era mejor que me llamaran Patricia, a mí qué más me daba. Le decimos gracias a Patricia, y yo me daba vuelta y me iba con ese pasito rápido que me queda genial, los brazos balanceándose un poco a los costados y las miradas calientes prendidas a mi espalda. Los trapos me caían soñados, yo ya había aprendido a caminar, a detenerme en el momento necesario, a mirar, distinto que en el

striptease pero buscando lo mismo, que yo para eso soy mandada a hacer. Esa mirada de los tipos yo siempre la tengo. Ahí sí me sentía una diosa. Ahí sí me sentía en mi lugar, en mi camino. ¡Cómo la pifié, Dios!

No sé cuántos desfiles hice. Desfiles, pilchas, cámaras. Una tarde Anette me invitó a su casa, a tomar el té, tenía que comentarme algo... muy interesante. Esto me lo susurró, me acuerdo, y yo me pasé horas imaginando qué sería y qué me iba a poner para ir a su casa, y hasta fui a lo de Joseph a peinarme nada más que para ir a visitarla.

Avenida Alvear, un ascensor con alfombra, un palier de puta madre. Y cuando entré, ¡mamita, qué lujo! Fue entonces cuando me dio el delirio con los tapizados y las lámparas y me dije que yo quería vivir así, tener una casa como ésa, llena de cuadros, adornos y alfombras. Se lo dije:

—Me encantaría vivir en un departamento como éste.

—Para vos es posible, Patricia. Unos años de trabajo, eficiencia, discreción. Ser viva —me lo dijo así, marcando la palabra, como un secreto que me pasaba—, viva, y todo esto y hasta más podés lograr.

Entonces me mostró el álbum de la colección de trajes de baño, que yo había desfilado, y se detenía en mis fotos. Yo me sentía divina, una bomba porque ella me hacía sentir así, y pensaba que todo lo que me decía era cierto, que yo con Anette aprendía más que en la escuela de modelos, que ella me abría todos los caminos, todas las posibilidades y que todo lo que quisiera lo tendría.

Me molestó que la hubiera invitado también a Inés esa tarde, creí que iría yo sola.

Anette le había mostrado esas fotos a un señor muy importante, «alguien de peso», y tenía suerte porque me habían elegido a mí. A Inés y a mí.

—¿Para mostrar otra colección?

Y la risa, esa risa de gallina clueca de Inés, ja ja ja, burlándose. La colección ¿cuál, Christian Dior? De qué se reía la guacha, si ella ya estaba en eso, seguro. Bueno la cosa es que yo, boluda o ingenua o qué sé yo, creía que me habían elegido para un desfile

importantísimo, que saldría en un avión para no sé dónde, el triunfo ya en mis manos. En dos minutos me pasaron miles de imágenes: yo aplaudida por gente que hablaba en otro idioma, mujeres que fumaban en boquilla con maridos supermillonarios comprándoles los modelos que yo desfilaba.

—No —me dijo Anette—, es otro trabajo, no desfilar.

—Adiviná —me decía Inés, pero era evidente que se burlaba. Se me ocurrió la publicidad, yo en la pantalla del cine, Miriam, Patricia, bah, saliendo del agua, con una bikini de la colección, tomando una bebida helada, en la tele, en el cine.

—Publicidad.

—Frío, frío, pensá en algo más cálido, vos sabés, más caliente —me dijo Inés.

Me acuerdo que por un momento me dio miedo que supiera lo del *striptease* (yo se lo había contado a Silvia, que me prometió guardar el secreto pero quizás me había cagado) y aprovechara esto para desprestigiarme con Anette, porque tenía celos de mí, como yo de ella, para qué negarlo. La vieja también lo sabía, porque me dijo que yo tenía talento para gustarle a los hombres, y experiencia, que lo de Harry no me había venido mal, y que el trabajo era ir a una fiesta de altísimo nivel y «alegrarla». Yo casi me muero.

—¿Hacer un *striptease*? Pero yo no hago más eso, sólo lo hice para pagarme los estudios...

—No, querida, si no es eso, es estar ahí, agradar, ser alegre, divertida.

Y que después ya veríamos, pero todo con encanto, con discreción y a un altísimo nivel. Que lo del *striptease,* si quería y me salía bien, no había inconveniente. Lo del *striptease* y lo que se me ocurriera, porque ella sabía que yo era imaginativa y una chica con calidad. Y eso, lo de la calidad, eso sí me pegó. Y también que siguió hablando y hablando mientras yo miraba su departamento magnífico y ella decía que iba a ganar más dinero que con los desfiles.

—Pero yo quiero seguir desfilando —le dije—, que para eso estudié.

—Por supuesto, amorosa. No tiene nada que ver. Tu carrera de modelo sigue.

Bueno, si no me iba a impedir convertirme en una modelo de primera, y encima iba a ganar más guita, por qué no, además si me lo decía Anette.

Entonces fui a la fiesta. Ahí estaba el que me había elegido: Sos monísima, divina, van a estar encantados con vos.

Todos tipos importantes, en el poder total, y ja, quién se iba a imaginar que ahí iba a conocer al Bestia. Pero él nada, ni se me acercaba, me miraba sí, con esos ojos que me come, como me sigue mirando ahora, y la verdad yo me derrito un poco pero ni una mano me puso encima. Eso no lo voy a entender nunca, ni muerta, el tipo ahí recontracaliente y no puede hacer nada porque está con los oficiales y él es suboficial, pero si ahí estábamos todos meta franela y champán, por qué no podía. Yo me fijé en él, desde el principio, tal vez porque no me tocaba, pero su mirada me desnudaba.

A mí me dio por pensar en el Bestia, lo vi en otras fiestas, una o dos más, siempre mirándome, ya sabía que le decían Bestia. Un viejo que estaba conmigo, cuando él entró lo llamó Bestia, y se puso a hablar con él. Y cuando volvió yo le pregunté por qué le decía bestia, así, en público, pobre hombre.

—No, querida, si es su nombre, bah, su sobrenombre, porque es muy fuerte, un gran muchacho, y muy, muy eficiente.

Y si es tan fuerte y tan eficiente por qué no con él, creo que pensé, y no con éste que debe ser una albóndiga. Yo me fijé en el Bestia, aunque él se quedaba apenas un rato, hablaba con alguien, y miraba, sólo eso.

Y después de esa fiesta fue el no poder parar, buena guita, mucha, mucha, en poco tiempo, Anette animándome, la peluquería concheta, las pilchas, ya distintas de las de las colecciones, de noche, de «soirée» como decía la vieja pero qué soirée ni soirée, ¡vamos!, media teta afuera siempre, o si no esas gasas transparentes en las que estaba en bolas, pero de otro color. Bueno, tampoco la pavada, quejarse de todo. La verdad, a mí me gustaba estar con esas gasas. Me miraba al espejo antes de salir y, ¡uy, qué mambo me daba! Ya me había mudado y tenía un espejo de tres cuerpos y me miraba vestida así, con esa gasa color lacre adherida a mi piel, mostrándome y escondiéndome, y me recorría lentamente el

cuerpo con mis manos, subiendo y bajando como la mirada de ellos, y me sentía, sentía mi piel tersa, tibia, debajo de la gasa. No sé, es muy loco, como calentarse con una misma. Gustar de una, sí, eso, me gustaba, me gustaba mucho yo misma, disfrutaba acariciándome, mucho más que con cualquiera. Eso, creo, era la base de mi éxito, yo les gustaba porque antes pasaba largo rato gozándome a mí misma.

No me acuerdo ya qué camino de las fiestas a los puntos, los «encuentros» como decía Anette, pero fue un camino corto. Siempre algo especialísimo, alguien que me había visto en la fiesta y que se quería encontrar conmigo, con la mayor discreción. Cuando me dijo lo que me pagarían casi me desmayo. Yo acepté, sí, pero seguía hinchándole las bolas con lo de los desfiles y ella de vez en cuando una pasarela y mientras que otra fiesta y un llamadito, y otro: alguien que te encontró monísima y que quiere verte esta noche. Los tipos, todos muy importantes, todos caballeros. No me daba ni el nombre, quizás ni ella lo sabía, en algunos casos.

—Algunas de estas citas las arregló el Bestia con Anette. Evidentemente era un tipo de confianza de los altos mandos. Él mismo pagaba los honorarios antes, ¿honorarios se dirá? —Luz se rió—. Así es como pudo colarse el Bestia. Dijo que era para el teniente coronel, pero que lo mantuviera en secreto. Llevaba meses embelesado, obsesionado con Miriam.

—Caliente.

—Yo diría que más que caliente, estaba enamorado.

Pero cada vez eran menos desfiles y más fiestitas, encuentros. Y yo me preguntaba si la cosa no se estaba yendo al carajo. Lo de modelo, ya parecía sólo una palabra de esas que ellos, los puntos, me decían: «Qué linda tu profesión, modelo» tal vez porque les calentaba más decirse que fueron a fiestas o se encamaron con una modelo que con una puta. Pero si pagaban, yo, qué era: puta, puta.

Entonces decidí hablar con Anette y la invité a tomar el té a mi casa. En esa época fue cuando me compré todo para el departamento: cortinas, los sofás, alfombras, cuadros, una cama de reina, qué loca, toda la guita la metía ahí. Y lo miraba yo sola, todo para mí, porque jamás jamás me encamé con un punto ahí. Eso se

lo dije al Bestia, que él fue el primero, y el único. Porque la casa era mi intimidad, mi hogar, era para mí y yo estaba fascinada con mi casa.

—¡Qué mono lo arreglaste, qué buen gusto! —me dijo.

Creo que estaba sorprendida de veras, que esta minita de cuarta, de Coronel Pringles, con nombre mersa, hubiera sabido arreglar un piso así, no como el de ella, pero no tan lejos. Me sentí fuerte y le planteé mi preocupación porque estaba trabajando más en lo otro que como modelo.

Justamente ella tenía una sorpresa que me gustaría mucho, mucho. Un gran desfile en Punta del Este dentro de un mes que podría ser una gran oportunidad para mí porque ahí iría gente que podría contratarme para llevarme a Europa. Yo contenta, feliz, preparándome para el gran desfile, todavía me costaba aceptar que era una puta.

Aunque a ese tipo se lo dije: soy puta, puta. Ay, me acuerdo y se me pone la piel de gallina.

—Vamos a jugar —me dijo el sádico, hijo de puta.

Y me ató a la cama con unas correas que él mismo había llevado, y yo me reía hasta que sacó el chumbo, eso me puso de la nuca, basta, le dije, él pasándome el fierro despacito por las piernas y subiendo lentamente, mientras me decía una serie de porquerías. Basta, basta. Creí que me iba a volar cuando me lo metió en la concha, qué pánico, partirme en dos, mi cuerpo explotando, y el tipo que me confundía con no sé quién. Yo te voy a enseñar, montonera de mierda, el dedo en el gatillo, te voy a enseñar lo que sintieron cuando les pusiste la bomba. Yo soy puta, le dije, pero no a los gritos, suavecito, yo no pongo bombas, yo doy placer, estoy aquí para dar placer. Soy puta, puta. Y no sé qué más le dije, a mí el miedo me despierta la imaginación, pero el tipo no me sacaba el chumbo de ahí, la punta helada introduciéndose en mi vagina y yo hablándole del calor de mi concha: Anette me dijo que usted era un caballero, mayor, creí que íbamos a hacer muchas cositas esta noche y con eso ahí no voy a poder. No sé cuánto tiempo me lo dejó, una eternidad me pareció, hasta que logré engancharlo en otra y me desató y yo misma guardé el arma y ni le dije nada después porque

me cagaba de miedo. Cumplí como si nada. Pero después le tiré la bronca a Anette. Debí haber sospechado ya entonces.

—Pero qué te hizo, al fin, nada, no te lastimó, vos sabés, los hombres tienen sus fantasías y si sos viva, siempre hay una manera de satisfacerlos.

Pero imbécil no es, se dio cuenta de que yo estaba furiosa y no insistió.

—Bueno, no te preocupes, amorosa, no voy a aceptar nunca más un encuentro con él, te prometo, y ahora, levantá ese ánimo, que pronto es el desfile en Punta del Este.

Y entonces me habló y me habló de la maravillosa oportunidad que se me presentaba hasta que me mareó. Ese desfile que me llevaría como un sputnik a mi destino, ser modelo exclusiva de Yves Saint Laurent, o de Christian Dior o qué sé yo qué firma, y entonces dejaría lo otro. Porque ya me había comprado todo lo que necesitaba, y más, y si lo de los desfiles funcionaba, me iban a pagar muy bien. Y me estabilizaría y hasta me casaría para tener un hijo. Lo había decidido. Y entonces zas, otra vez, que se me atrasa, y se me atrasa. Y me pongo loca. Me hago el análisis y sí, sí. ¿Qué iba a hacer? Justo tenía que probarme los modelos para el desfile y esa noche debía encontrarme con «un ser encantador». Le dije a Anette que no me sentía bien. No podía contárselo, quedarme embarazada no era eficiente, no era de *viva.*

Tenía que sacármelo enseguida, pero ¿a quién le iba a preguntar? A las modelos, que ya aprendí que mejor ni hablarles de nada íntimo porque todo lo que sepan van a usarlo para cagarte; al punto de esa noche, que no era un milico, y hasta tenía humor y buena pinta (estaba en el negocio financiero) no le iba a decir: Che, tenés alguien que me haga un buen aborto, de calidad, digo. No, impensable. Estaba viendo mucha gente importante pero no tenía una sola persona a quien contarle lo que me pasaba, estaba sola como un perro. Pensé en preguntarle a Frank, el chico del Claridge con el que había salido a charlar dos o tres veces, pero no, no tenía tanta confianza, le iba a caer mal.

Esa noche no pude dormir, busqué por todos lados la dirección de la Gorda, me fui para allá a primera hora y me destruyó. No fue por

ahorrar, no, no se me ocurrió otra cosa, en veinte días era el desfile y yo tenía que estar bien. Le dije a Anette que no podía ir a probarme la ropa, ni tampoco a la fiesta de la noche. Estaba muy mal, perdiendo a litros: estoy con el asunto y me vino muy fuerte, no me siento bien.

—No habrás hecho una pavada, vos, ¿no?

—No, ¿qué pavada?

—Un aborto.

Se lo negué rotundamente, pero pensé qué iba a hacer si seguía así diez, quince días, la menstruación no puede durar diez días. Esa noche misma fui al Hospital Fernández. No pensé nada, ni que es ilegal hacerse un aborto y me podían meter presa, ni que podía enterarse Anette, nada, sólo que alguien parara esa canilla abierta porque me iba a ir por allí, me iba a quedar sin una gota de sangre, me iba a morir. Me dejaron un día entero y hasta el siguiente en el hospital. Estuvo bien el médico, me paró la hemorragia y no me denunció, pero me dijo eso: Nunca va a poder tener hijos, lo lamento. Nunca más. Y yo me hice bola. Mientras pensaba más adelante, todo bien, yo siempre había pensado que más adelante tendría un hijo y no estaba apurada, quería otras cosas antes pero cuando me dijeron «nunca» me obsesioné, no podía pensar en otra cosa.

Cuando le dije a Anette que no podía ir a probarme porque seguía indispuesta y no quería manchar la ropa, se puso furiosa. Me dijo que el jueves tenía que ir a un encuentro, que no podía mandar a otra chica, porque habían sido muy claros: era conmigo, con ninguna otra, y que debía estar espléndida porque se trataba de una persona muy importante.

Ese jueves ya me sentía mejor, perdía poco pero tenía una depre que no sabía cómo me las iba a arreglar para estar alegre.

¿Y quién estaba ahí, en el Claridge? El Bestia, sí, el mismo Bestia. Le había pagado a Anette, diciéndole que era para un teniente coronel, que tenía que mantener su nombre en reserva porque él no utiliza el servicio pero que me quería a mí, si ese día yo no podía, que fuera otro, pero la orden era que fuera yo, sólo yo. Se jugó a mentir, que si lo descubren lo ahorcan, él que siempre hace lo que le

mandan. Tuvo bolas, hay que reconocerlo, se arriesgó el pellejo al decir que era para otro, uno importante, y se presentó él.

Todo engominadito, traje azul, una corbata espantosa. Lo vi tan qué sé yo, tan como es, torpe, grasa, mirándome como me mira, pero con admiración, no como que me quería bajar la caña ya, que cuando me sirvió el champán y lo miré, nervioso como pibe en su primera cita, me puse a reír.

—Por suerte sos vos, por suerte, Bestia.

Él estaba sorprendido de que supiera su nombre. Le dije que lo había visto, que claro que me acordaba de él, y que me gustaba, me gustaba mucho que estuviera ahí. Y no acababa él de reaccionar cuando me puse a llorar, pero no una lagrimita, a los gritos, lloraba a los gritos, a moco tendido, con hipos, todo. Y él no sé qué entendió, pero me abrazó y me acunó y me dijo: No llores, y yo: Por favor no se lo cuentes a Anette, Bestia. Y él me pidió que yo tampoco le contara a Anette que era él, porque podía costarle caro. Esto nos hizo cómplices. Tal vez por eso dejé salir sin freno todo lo que me mortificaba: lo del aborto, lo del Fernández y que yo quería tener un hijo algún día, y que ahora nunca más, y que tal vez le pareciera ridículo y se riera de que una mujer como yo quisiera... Que no, que le parecía normal, humano que quisiera ser madre, y que me quería, que no sólo le gustaba, lo apasionaba, sino que me quería ya por eso, y no sé cuántas cosas más.

Y cuando me explicó que se tuvo que hacer pasar por otro no me dijo que porque yo era una puta cara reservada a los jefes, no, me dijo palabras como reina, la más linda, y que por eso estaba en el círculo de amistades de los más importantes, y que él no lo era, todavía. Para eso no es bestia, no es lo mismo decir círculo de amistades que puta cara, ¿no? Esa misma noche me fui a su casa. Y a la semana estabamos viviendo juntos.

Por eso cuando le dije a la vieja que me iba, que dejaba eso porque me había enamorado y me preguntó quién era el príncipe azul, no le quise decir, para no quemarlo al Bestia, aunque yo no entendía por qué si él pagaba no tenía el mismo derecho que los otros. Pero algo me dijo Anette que me sacó de quicio: que yo, que estaba haciendo una carrera fantástica, y que podía tener lo que

quisiera, dejara todo por un solo hombre, le parecía quizás un error, que yo, de eso no dudaba, que iba a convertirme en una modelo de primera categoría... Me olvidé de mi promesa al Bestia.

—Me voy a casar con Pitiotti.

Todavía le veo la furia en sus ojos: ése... es un don nadie, un sargentito. Pero cómo puede ser. Me engañó, él no puede, es un suboficial. Y que se lo iba a decir a no sé quién, y que yo iba a ver dónde quedaba mi sargentito azul cuando ella hablara. Me olvidé de la voz como un susurro, del aire lánguido que le imité meses. Me acerqué a medio milímetro de su cara y con una voz que ya ni me acordaba que tenía le hice saber: Mirá, si lo decís, el Bestia te rompe el boliche, te destruye, que por algo le dicen Bestia. Te olvidás de mí y basta.

Y ella, ya más suave, más en pose: que qué lástima, teniéndolo todo en mis manos, qué le vamos a hacer, salen del barro y vuelven al barro. Aprovechando que me había puesto a distancia y que ya me alejaba, largó una larva de desprecio y bronca: Un sargento, qué asco. Y volvió hacia ella, con toda la bronca acumulada, la Miriam López de Coronel Pringles.

—¿Por qué? ¿La pija de ésos es de oro y la de los suboficiales de fantasía? Mirá, vieja conchuda, yo te admiraba a vos pero, sabés, sos la más hija de puta de las hijas de puta, y tené cuidado porque con todo lo que sé, porque ni te imaginás todo lo que me contaron esos hombres importantes, pijas de oro, en esos encuentros discretos, voy a hacer un escándalo y se te va el negocio a la mierda.

Y me fui, y me fui. Y no va a mover un dedo, lo sé, porque ella sí que no quiere escándalo.

Esta noche le voy a mostrar al Bestia el cuarto del nene. Con la guita que me dio para el ajuar, compré un papel precioso con ositos, y una cuna divina, y la colcha y las sabanitas. No quería mostrárselo hasta que estuviera listo, como él ni entra a ese cuarto, no se dio cuenta. Tenía miedo de que me puteara, pero cuando vea lo lindo que me quedó, seguro que se pone tan contento como yo.

—El Bestia se mostraba tan enamorado y tan tierno con ella, que Miriam pensó que era ella la que manejaba la situación.

Yo creo que a él le gusta lo del chico, que no es sólo por mí, o que está tan caliente conmigo que se confunde y termina queriendo lo mismo que yo, no, él también tiene ganas. Después está que una es hábil para manejar a los tipos. Porque éste tendrá cagando a todos, pero en casa, la que lo tiene cagando, aunque de otra manera, con calidad y disimulo, soy yo. Ésta es mi casa y acá se hace lo que yo quiero.

Capítulo dos

No era así como había imaginado Eduardo este momento. No estaba la voz ronca y chillona de Amalia (nunca pudo entender cómo una voz tan grave podía sonar a chirrido de pájaro), ni los pasos marciales de Alfonso de un lado a otro de la habitación. En la imaginación de Eduardo, en sus charlas con Mariana, en el curso de preparto que hicieron juntos, en este momento, sólo estaban Mariana y sus contracciones, sus dolores, y él ayudándola, consolándola, mimándola, dándole fuerza. El médico o la partera entrando de tanto en tanto para controlar la situación.

¿Por qué tienen que estar los padres de Mariana allí? En verdad no sabe si lo que lo pone tan nervioso son los dolores de Mariana, el inminente parto, o las voces de sus suegros metiéndose, opinando, hasta apartándolo del lado de Mariana, como hace ahora mismo Amalia, que se sienta en la silla que él ha dejado libre un momento para alcanzarle a Mariana un vaso de agua.

—¿Por qué no le dan una inyección y la duermen? —vocifera Alfonso—. ¿Por qué tiene que sufrir así?

Eduardo trata de pasar por encima de Amalia, su suegra, y tocar apenas el hombro de Mariana, recordarle: Tranquila, Marianita, respirá ahora así, y ahora exhalá. Amalia lo mira molesta como diciéndole qué hace él ahí, y qué idioteces está diciendo.

¿Cómo puede ser que no sea capaz de decirles que se vayan, que los dejen solos? Pero Mariana, apenas entró en trabajo de parto, antes aún de llamar a la partera, fue a despertar a sus padres y él no pudo evitar que ellos estén ahí, en la clínica.

—Alfonso y Amalia vivían en Buenos Aires. Habían ido a Entre Ríos para estar con Mariana cuando diera a luz. Estaban en la casa de Eduardo, lo que complicó más la situación.

El dolor de Mariana se le mete dentro, le duele en algún lugar no preciso de su cuerpo y le da coraje para decirle a Amalia que por favor se levante de esa silla, que va a sentarse él, pero estúpidamente se justifica: que en el curso de preparto les enseñaron cómo debían hacer con las contracciones. Mariana le extiende la mano, se la aprieta, sí, ella también quiere que estén solos los dos. Mariana gime otra vez. Ay, mi amor, mi chiquita, patita, linda, todo eso le diría pero la presencia de sus suegros lo amordaza. Amalia, imperturbable, no se mueve de la silla. Eduardo no puede empujarla, trata de sortearla para acercarse, pasando entre la cama y la silla, tropieza y cae sobre Mariana.

—Eduardo, por favor, tené más cuidado. Si estás tan nervioso, ¿por qué no te vas afuera?

Y Alfonso: Yo no entiendo por qué la dejan sufrir así. No sé de dónde sacaron ese médico.

—Por qué no se van los dos —dice Amalia—, esto no es para hombres. Yo me quedo con Mariana.

Eduardo ha quedado paralizado frente a la cama, mirando a Mariana, esperando que ella haga callar a sus padres.

—Mejor que esperes afuera, papá, con Eduardo. Acá te vas a poner nervioso.

Acepta salir, qué otra le queda, si Mariana misma... Pero en cuanto esté preparada será él el que vaya con ella a la sala de partos, tal como lo han planeado. Así se lo cuenta a Alfonso.

—Qué locura, para qué, acaso sos médico.

—No, pero quiero estar ahí, sostenerla, apoyarla y ver nacer a nuestro hijo.

Tiene todavía que escuchar los argumentos de Alfonso: que él nunca estuvo y que sus tres hijas han nacido sin problemas, y que ésa no es cosa de hombres.

Qué le importa a Eduardo. Ahora entra la partera y él con ella dejando a Alfonso con su orden de no vayas rebotando en el pasillo. Que termine esto de una vez, que la lleven a la sala de partos.

Amalia no se mueve del cuarto, tampoco Mariana se lo pide. La partera tiene una expresión seria cuando la revisa, sale y vuelve a entrar con el médico. Ya se la llevan. En la sala de partos jamás podrán entrar ni Amalia ni Alfonso. Eduardo sí.

Los corredores, el ascensor, Mariana, mi amorcito, ahora todo va a ir bien.

Entran a la sala de partos, Eduardo se coloca atrás de Mariana, la toma de la cabeza. Mariana sufre mucho. Eduardo no sabe qué pasa. Las voces del médico, la partera, que dicen pujá otra vez, otra vez, se confunden con los gritos de Mariana. La expresión de Miller es inquietante. Todo pasa muy rápido. Voces, gestos crispados, gritos, y el médico que ordena llevarla al quirófano.

—Lo siento, Iturbe, deberá esperar afuera. Hay sufrimiento fetal, es peligroso, hay que hacer cesárea y usted no puede estar.

Pudo haber sido en cualquier momento del día o de la noche, tampoco el sargento Pitiotti se pasaba las veinticuatro horas del día ahí. Pero dio la casualidad (aunque quizás no fuera sólo casualidad) que él estaba ahí cuando hubo que tomar la decisión de llevar a Liliana al hospital. Y la suerte de que en ese momento fuera él el responsable. Él quería que el parto fuera asistido por profesionales para evitar cualquier problema con el bebé.

Apenas llegó, antes de las siete, le informó el celador que la detenida M35 había empezado con trabajo de parto, y que la detenida L23, estudiante de medicina, estaba controlando el tiempo de las contracciones.

—Teresa estaba en la Facultad cuando yo estudiaba, y la había visto a Liliana conmigo alguna vez. Nos conocíamos desde chicos, su familia también era de Posadas, como la mía —le explicó Carlos—. Por eso cuando la liberaron, ella pudo contactar con mi padre. Una casualidad total porque Teresa no tenía nada que ver con nosotros.

—¿Nosotros? ¿Quiénes?

Carlos desvió la mirada. Luz percibió su molestia.

—Prefiero no hablar de eso. Sólo quería decir que Teresa no militaba con nosotros. Estaba en la casa de unos vecinos cuando

hicieron un operativo y la chuparon también a ella. El vecino era delegado gremial, era todo lo que sabía.

En general, solía llegar más tarde, alrededor de las ocho y media. Pero esa mañana se despertó más temprano que de costumbre, nervioso no sabía por qué, quizás por ese pendejo al que no había logrado arrancarle un solo nombre, hoy lo iba a arreglar. Mirar a Miriam, profundamente dormida a su lado, le había calmado por un instante la tensión. Cómo la quería. Un beso suave y una frase con la que no intentaba despertarla: Me voy a la oficina, mi amor. Te llamo más tarde.

—Le decía la oficina, así, como si fuera a un banco, o a un estudio jurídico.

Tenía que llegar pronto y resolver ese problema para que cuando llamara el jefe del grupo de tareas, él ya tuviera datos que aportarle. Pero quizás no fuera eso sino la intuición la que lo sacó de la cama tan temprano. ¿Existirá la intuición de padre?, pensó tímidamente emocionado el sargento Pitiotti cuando le dieron la novedad. La imagen de Miriam, su alegría cuando él le llevara el bebé inundaron todo el espacio y expulsaron de un ramalazo el odio por el prisionero que no cantó y su urgencia de informar esa misma tarde al jefe del grupo de tareas.

Cuando el sargento Pitiotti se acercó al tubo de Liliana, Teresa, que no estaba tabicada, no pudo reprimir un salto.

—¿Cuánto tiempo falta? —le preguntó Pitiotti a Teresa.

—Poco, ya tiene contracciones regulares... ¿Soy yo la que asistirá el parto? —le preguntó con miedo y esperanza Teresa.

—No, yo mismo llevaré a la detenida al hospital.

Que le sacaran los grilletes, pero no el tabique, ordenó al celador.

Aunque no formara parte de sus tareas habituales, a nadie le extrañó que él tomara esta decisión porque era conocido que el sargento Pitiotti, el Bestia, como le decían, tenía un trato especial con Liliana Ortiz, la detenida M35.

—Tenía mucho poder y al fin era un suboficial. Seguramente porque sus métodos para obtener información lo convirtieron en el hombre de confianza de Dufau, el responsable del campo de detención.

Desde que la interrogó por primera vez, hacía meses ya, ahí seguía Liliana, ilesa, él había dicho que no quería que la tocaran, que ya se encargaría él mismo, pero después del parto, porque «esta guerra no es contra los chicos». Lo cierto es que si bien nadie entendió sus razones (tampoco nadie las preguntó) ya que no era la única que estaba embarazada, la trataron como algo de él, del Bestia. El jefe del grupo de tareas había sido explícito también: que nadie tocara a la detenida que había indicado el sargento Pitiotti.

Si el Bestia estaba caliente con ella, o le recordaba a su mamá, o tenía un plan determinado y había que guardarla así para que marcara a otros, eran meras conjeturas en gente que tampoco hace demasiadas conjeturas, que obedece y la orden era cuidarla. Lo que nadie pudo imaginar es que el sargento Pitiotti estaba cuidando a la incubadora de su hijo. Se había preocupado personalmente de que estuviera bien alimentada, que nadie la maltratara, o la interrogara en su ausencia.

Por eso a nadie le llamó la atención que ese día él mismo condujera el auto. Liliana se recostó atrás, la cara vendada escondida contra el respaldo del asiento, como le indicó Pitiotti. El tabique se lo sacó en el auto, recién al llegar al hospital. La luz encandiló a Liliana, hacía meses que no veía más que sombra. Cuando le dijo que no abriera la boca, que sólo él hablaría, la miró por primera vez a los ojos. Imponiéndose al parpadeo, refulgía ese odio, o pánico, o asco, o dolor (prefirió decirse dolor el Bestia). Un látigo verde intenso que parecía azotarlo.

—Pendeja de mierda, ni una palabra, te dije —le gritó el Bestia, aunque ella no había pronunciado una palabra.

¿Cómo se atrevía a mirarlo así, con todo lo que él la había cuidado? Y entonces, para salir de ese imán, para escupir su mirada: Miriam, lo contenta que se pondría Miriam cuando él le llevara el bebé, Miriam en su cuarto recién empapelado, Miriam cogiendo con él, Miriam y sus gemidos de placer cuando él la tocaba para desprenderse de esa mirada de Liliana, de esa piel que parecía arder y exahalar veneno cuando él la tomó del brazo en el trayecto del auto al hall del hospital.

Y tal vez por esa imagen agigantada a la que se aferró desesperadamente el Bestia para repeler el odio de Liliana, se le ocurrió anotarla así: Miriam López, nacida en Coronel Pringles, el documento no se lo acordaba de memoria, y ella tampoco. Porque habría que anotarla de alguna manera, pensaba. Quién va a parir: Miriam López. Y ahora que la llevaran ya a la sala de partos.

—Según le dijo a Miriam fue un impulso anotarla así, no respondió a un plan premeditado.

No mirarla más, no exponerse a su mirada. Y ni una palabra porque te destruyo, le dijo al oído. Liliana en camino a la sala de partos. Pero no pudo evitar que ella se detuviera, girara sobre sí misma y otra vez lo mirara con ese odio compacto, largamente construido. Odio, debió admitir ya sin ninguna vacilación el sargento Pitiotti.

Podría volver al trabajo y descansar en algún interrogatorio de la tensión que le había producido esa mirada. Pero era el hijo de Miriam quien iba a nacer, y él quería estar allí, como un buen marido, un buen padre.

Cuando miró el teléfono público enfrente del banco en el que estaba sentado, decidió no esperar a la noche, decírselo a Miriam en cuanto naciera el bebé.

Ni siquiera le cabe el consuelo de poder esperar en paz porque Amalia y Alfonso hablan todo el tiempo: que la dejaron estar, que estas estupideces de los partos naturales y no la asisten, y después claro, no saben qué hacer, no sé de dónde sacaron ese médico.

Lo eligieron Mariana y Eduardo. ¿Por qué, algún problema, Amalia?

—Mirá, Eduardo, yo sé que estás nervioso, pero a mí no me hables con ese tonito. ¿Cómo pensás que estoy yo, que soy su madre?

La mataría, la desmayaría de un golpe, es insensato, pero piensa que la culpa de que Mariana haya ido a cesárea la tiene Amalia, que por ella no pudo hacer bien el trabajo de parto. Y es evidente que Amalia piensa que la culpa es de él por haber elegido ese médico. Por suerte Alfonso la toma del hombro y se la lleva.

—Vamos a tomar un café abajo, Eduardo, si sale Mariana, avisanos.

Por qué habrá pasado esto. Quizás tengan razón sus suegros, después de todo, la hicieron esperar demasiado. Eduardo no sabe a quién dirigir su bronca, si a Amalia, a Alfonso que siempre está dando órdenes, como si todo el mundo que lo rodea fuera su tropa, a Miller y su equipo, a él mismo por quedarse tan fascinado con esa teoría del parto natural y ahora quién sabe qué le pasa a Mariana. Ay, Dios querido, que todo esté bien. Después de tantos años Eduardo rezando para que a Mariana no le pase nada, él se moriría de culpa. Ella no estaba muy entusiasmada con la idea de tener un hijo, fue él el que insistió. Con un bebé, decía Mariana, voy a poder ir menos a Buenos Aires.

Cuando se casaron, ella aceptó irse a vivir a Entre Ríos, donde Eduardo se tenía que ocupar de su campo, pero después, cuántas mañanas la encontró llorando porque extrañaba, cuántas, cuántas veces se fue a Buenos Aires: Es mi familia, yo te quiero, Eduardo, pero extraño mucho a mi familia, comprendeme, dale, sé buenito, andá a buscarme el sábado y no protestes.

Por eso la urgencia del hijo. Fue un egoísta, una manera de tener más a Mariana para él, de obligarla a madurar, a separarse de su familia.

Por el pasillo escucha avanzar el chirrido de pájaro y los pasos marciales, no sabe cuál sonido le molesta más. Pero ahí está Miller. Corre a su encuentro, ellos también. Miller, muy serio, los aparta, quiere hablar a solas con Iturbe.

No puede ser que le esté diciendo esto, no puede ser que no hayan podido salvar al bebé, pero por qué, si todo estaba bien.

—Mariana está en terapia intermedia, está dormida, todavía, pero se pondrá bien. Lo siento, siento mucho, Iturbe, lo que pasó.

Miller está tan a punto de llorar como él, a Eduardo le parece evidente que se siente culpable: Puede pasar a verla, un momento solamente.

Qué alegría rara sintió el sargento Pitiotti cuando le dieron la noticia. Miriam le había contagiado tanto su entusiasmo que hasta él se creía lo que le dijo por teléfono: Felicitaciones, mi amor, hace

cinco minutos tuviste una hija, que pesa tres kilos trescientos treinta gramos y mide cincuenta centímetros.

Ella no la había tenido, el sargento bien lo sabía, pero no sólo sus emociones le decían eso, sino que el certificado de nacimiento lo corroboraba. Porque ahí figuraba Miriam López como la madre de ese bebé nacido el 15 de noviembre de 1976, a las doce y cuarto, de sexo femenino que pesaba tres kilos trescientos treinta gramos y medía cincuenta centímetros.

—Ese certificado que habría de dar tantas vueltas y confundir a varios.

—¿Una nena?—se sorprendió Carlos—. Entonces no era Liliana. Ella tuvo un varón que nació muerto. Me enteré por Teresa, la chica que la atendió cuando estaba en trabajo de parto. Se lo dijo uno de los guardias: después Liliana contrajo una infección, entró en coma y... falleció.

La idea se le ocurre a Amalia. Acaso su marido Alfonso no le ha contado que algunos bebés de las subversivas se los dan a familias bien, porque los bebés no tienen la culpa de tener esos padres. Sí, es cierto que Marianita podrá tener otro, pero se va a poner tan mal, y además por qué van a renunciar a su primer nieto, ya lo han anunciado a todo el mundo. Y no le dijo acaso que muchos de esos bebés no son negritos: no se va a notar que no es hijo de Mariana. Eso sí, habría que asegurarse de que la madre no sea judía, ni una chinita. Y ellos pueden, por qué no, por algo Alfonso llegó a donde llegó. Por qué va a sufrir su hija una desilusión, por qué hacer un drama de un accidente estúpido si al alcance de su mano hay tantos bebés sin padres. Tal vez Dios lo quiso así. Ellos pueden hacer una obra de bien, el padre Juan, su confesor, le daría la razón. Ella tiene la intuición, y su intuición femenina no falla, como su marido ha podido comprobar en tantas oportunidades, de que eso es lo que deben hacer: traerse el bebé de una de las terroristas, pobre criatura, hijo de esos asesinos. Y además ellos pueden, pueden, que no le diga que no. Alfonso tiene poder y Amalia quiere que se lo demuestre.

La palabra poder va trepando por el cuerpo de Alfonso mientras Amalia no para de hablar y argumentar, exactamente como hace

cada vez que quiere algo. Si él quiere, puede, su mujer tiene razón. Nunca lo tuvo tan claro como en estos meses en los que está limpiando el país. Una excitación parecida (quizás mayor) a la que siente cuando dispone los traslados se apodera de él. Si puede ordenar sobre la muerte, por qué no sobre la vida.

La sonrisa de Alfonso cuando vuelve de la cabina comprueba que Amalia no se equivocaba. Increíble la casualidad (no, la casualidad no, la mano de Dios, porque esas cosas es Dios quien las manda, le dirá Amalia) justo una chica, una rubiecita, muy mona, muy fina, la llevaron a parir. El Bestia, un hombre de su entera confianza, la acompañó. Todavía no sabe qué tuvo, si nena o nene, pero ya ha ordenado que el Bestia espere su llamado. Todo parece darse muy bien. Una vez más la intuición de su mujer ha funcionado.

—Ahora hay que parar al idiota de Eduardo, qué tipo débil. Decí que tiene futuro, campo, y que Marianita lo quiere.

El teniente coronel Alfonso Dufau sugiere a su mujer que se mantenga al margen, que haga como si no supiera nada, estas cosas mejor arreglarlas entre hombres.

Aunque la idea haya sido suya, Amalia dejará que así suceda, siempre le gustó actuar entre bambalinas. Ése es su lugar, lo acepta y lo disfruta. Hace años que urde intrigas y planea acciones que Alfonso lleva a cabo con eficiencia. Será ella, que tiene una eficaz imaginación para las mentiras, quien inventará todo lo que debe hacer y decir su yerno. Y su marido, quien hará que estas estratagemas se lleven a cabo. Ellos son, sin duda, dos seres humanos que se complementan muy bien. Un matrimonio perfecto, como suelen decir sus amigos.

Para qué querría hablar con él el teniente coronel Dufau. Le dijeron que esperara su llamado. Al teniente coronel le habían informado de su ida al hospital. Tal vez lo castigara por ir a hacer algo que no le corresponde y abandonar durante unas horas sus tareas específicas con tanto apuro que les corría por obtener datos. Quizás su interés en Liliana, la detenida M35, se tomara como una debilidad de él, del Bestia, que a duro no le ganaba nadie. Él era el que conseguía más información, el que mejor manejaba la picana, el que desplegaba

toda su imaginación para lograr que hablaran, que cantaran. Era sutil el Bestia para conseguirlo. Por eso daba órdenes y tenía responsabilidades muy superiores a las que le correspondían a su rango. Y había sido Dufau, el responsable del campo de detención, quien le dio carta blanca, quien lo impuso así. El mayor, jefe del grupo de tareas, estaba de acuerdo, después de admirar la eficacia de Pitiotti. Y si no hubiera estado de acuerdo, daba lo mismo, no podía desobedecer a Dufau.

El sargento Pitiotti temía caer en desgracia con el teniente coronel y perder poder. Ya se le ocurriría algo. Quizás hasta le confesara que quería la beba para él, eso explicaría su actitud. Trofeo de guerra. No podrían negárselo a alguien tan eficiente como el sargento Pitiotti.

Cómo que no le diga nada a Mariana. Está loco, Alfonso, qué le está diciendo. Eduardo está partido de dolor, por favor, lo dejarían sufrir a solas, ¿es mucho pedir? Entiende que su suegro está mal, pero él no puede escuchar por más que Alfonso le diga que es urgente, que no puede dejarse para mañana y sigue hablando no entiende de qué. Por suerte Amalia se ha callado, los mira de lejos, haciéndose la distraída.

Alfonso tiene la solución, no hay por qué desesperarse.

—La felicidad de Mariana, tu mujer —recalca Alfonso, el aire grave —, está en juego. Yo puedo hacer que esto no sea más que un desgraciado accidente que olvidaremos. Mariana no tiene por qué enterarse. Cuando se despierte, no le digas que el bebé falleció, ni que era varón, porque todavía no sabemos qué va a ser.

Pero qué se cree, que es una muñeca que se le rompió y que su papá le va a comprar otra sin que se entere.

—Atendeme, muchacho, no hay tiempo que perder. Esperame aquí y en cinco minutos te digo lo que vamos a hacer.

Pero no eran los datos que ya debía haber obtenido, ni tampoco llamarlo al orden porque hubiera ido él al hospital, no siendo parte de sus tareas. Todo lo contrario, el teniente coronel Dufau estaba encantado de que hubiera sido él mismo, el Bestia, en quien tanto

confiaba, quien estuviera al mando de la operación, ya que exigía discreción total. Y bajando el tono, ese susurro que sonó más fuerte que un grito de orden: La recién nacida es para mí, cuestiones familiares, sargento, personales.

No debía saberlo nadie más que el sargento Pitiotti, si le preguntaban en el centro que dijera que había sido un varón y que falleció. ¿Comprendido? El mismo teniente coronel iría a buscar a la beba, hasta tanto, que permaneciera en el hospital con su madre, custodiada por policías. No era cuestión de que la detenida se permitiera hablar.

Ésta fue la tarea que el teniente coronel Dufau le encargó al sargento Pitiotti.

—¿Sabe si la niña está en buenas condiciones físicas? ¿Conoce el peso?

—Positivo. Tres kilos trescientos treinta gramos, y cincuenta centímetros de estatura, mi teniente coronel.

Qué eficiente era el Bestia, cuántos detalles recordaba.

—Es mi misión recordar los detalles, mi teniente coronel.

Muy bien, Dufau estaba orgulloso del sargento Pitiotti.

Cómo decirle que los recordaba perfectamente porque iba a ser el bebé de Miriam, pero cómo podía negarle la niña a su teniente coronel, y sobre todo cómo iba a decirle que la beba que él necesitaba por algo personal, familiar, era la misma que el Bestia le había prometido, que le había anunciado ya a Miriam. Ella tendría que esperar el próximo, qué macana, no debería haberle dicho nada. Pero ya lo arreglaría. Le conseguiría otro. Y para que no se le adelantara nadie lo hablaría directamente con el teniente coronel. Después de ocuparse de esto, no podría negárselo.

—Eduardo, si te dejan entrar y está despierta le decís que tuvo una nena. Y no te preocupes más. Que esto quede entre nosotros. Como si no hubiera pasado nada. Mutis. A todos. Y limpiate esa cara, que no quiero que te vean así. Ya sabés, podés anunciarlo, es nena.

—Lo más probable es que Alfonso lo haya arreglado todo y se lo haya impuesto a Eduardo. Alfonso era un hombre al que resultaba difícil desobedecer.

—¿Te parece que alguien puede aceptar una orden de robar un bebe que no es suyo? —reaccionó Carlos con cierta violencia—. ¿Qué era, otro milico, Eduardo? De esos que justifican todo por la obediencia debida.

Se volvió loco Alfonso, piensa Eduardo. ¿Cómo que no ha pasado nada? Mariana está en terapia, su hijo muerto. Le resulta difícil entender lo que le explica su suegro: que justo se enteró de una chica que no quiere a su bebé, de éstas que ni saben lo que hacen cuando engendran.

—No, no era un milico Eduardo. Y tampoco justificaba todo. No creo, de ningún modo, que Alfonso le haya dicho la verdad sobre la beba. Le debe haber contado cualquier cosa, que era de una mujer que no la quería. Es más, sé que no le dijo la verdad. Ni aun cuando... —y Luz bajó la vista, se quedó callada un momento—. Pero eso fue después, varios años más tarde.

—Es para ustedes, unos pequeños trámites y ya está. La anotás como si hubiera nacido acá, yo te consigo los datos exactos: peso, altura, todo. El certificado ya está en camino. Y deberíamos tirarle unos pesos a alguna empleadita de la clínica para que te dé el certificado como si hubiera nacido en esta clínica, en fin, ya veremos como organizamos todo. Mucha eficiencia, rapidez. Mariana ni se va a dar cuenta, le podemos decir que la beba necesita cuidados y ella también hasta que todo se solucione. Y en cuanto esté lista para volver a la casa, le traigo la beba.

—Beba no, era varón, y está muerto, Alfonso.

—¡Callate! —y mira para los costados, como temiendo que alguien pudiera haber escuchado la insensata frase de Eduardo. Un tono claramente amenazante—. Te olvidás, te olvidás de eso, Eduardo, ya mismo. Tuvieron una nena, está bien —su tono se suaviza—. Nació a la misma hora en que entró Mariana a la sala de partos, mirá qué suerte, Dios lo quiso así.

Y corro por toda la casa, y me miro al espejo, me peino, me maquillo, quiero que me vea linda, que me quiera. Extiendo las sabanitas bordadas en la cuna. Nena, chancleta.

—Ella estaba feliz, aún no sabía que la beba que le habían prometido se la iba a llevar el teniente coronel.

—Así que estaba feliz —se indignó Carlos—. ¡Qué hija de puta!

—Esa hija de puta, como la llamás, se jugó el pellejo para salvarme.

—¿Para salvarte?

Luz parpadeó, y siguió su relato como si no hubiera escuchado la pregunta de Carlos.

Con todo esto no se me ocurrió pensar el nombre. María Pía. Mónica. No, nombre de modelo, jamás, ni pensarlo. Estoy tan nerviosa. No me dijo el Bestia si me la trae hoy. Espero que sí. Quizás sea mañana. El teléfono.

Sí, mi amor, feliz, esperándolos. Cómo que no puede ser, pero no me dijiste... Mirá, Bestia, si no me la traés mañana, en dos días a más tardar, ya vas a saber quién es la Miriam López.

No me importa que se enoje, no, a mí no va a joderme. Me explique lo que me explique, a mí qué me importa que el teniente coronel la quiera. Que le den otro a él. Bueno, ya vamos a hablar. No quiero que me explique nada, quiero que me la traiga. ¿No me llamó hace dos horas para decirme que había tenido una beba y lo que pesaba y lo que medía? ¿No me lo dijo así? Entonces qué, si él es un calzonudo, no es mi problema, yo quién soy, quién se cree que soy, el último orejón del tarro. ¿Para eso me lo banco aquí, en mi propia casa, para que el primer forro que le ordene otra cosa me cague a mí? No, no se lo voy a permitir.

Muchas veces en estos tres días Eduardo se ha dicho que él está tan, o quizás más loco que su suegro.

—Cómo pasó Eduardo de pensar que su suegro se había vuelto loco a entrar en ese torbellino de actos delirantes y mentiras es difícil de entender: el dolor, la confusión, la personalidad dominante de Alfonso.

Estaban ahí los dos cuando le dijeron que Eduardo podía pasar. Y Alfonso: Por favor, hacé lo que te digo, te vas a arrepentir toda tu vida si le decís la verdad a Marianita.

—Esa amenaza, en un momento de tal dolor, perturbó mucho a Eduardo.

Y ahí ya esa primera mentira: Sí, la beba está bien, es preciosa, está en cuidados porque ha sufrido con el parto difícil.

—Y esa mentira a Mariana lo precipitó en un túnel del que ya no podría salir.

En cualquier momento va a decir o hacer lo que no corresponda al guión de su suegro y lo van a descubrir. Se extraña de que le hayan creído porque él es un mal actor. Sin embargo, la chica de la clínica no sólo lo hizo por el dinero que él le dio en el sobre, una pequeña atención que equivaldría a tres o cuatro sueldos de la empleada, no, ella se creyó totalmente la mentira que inventó Amalia: que la hija de un hombre que trabajaba en el campo de Eduardo había tenido un bebé en un hospital en Buenos Aires y que lo iba a regalar.

—Yo encontré a la empleada de la clínica. Me costó mucho, estaba jubilada. Lo que me contó me confundió. Una búsqueda extraviada de alguien inexistente que no me condujo a nada. Ella recordaba haber falsificado el certificado de nacimiento sobre la base de otro de un hospital, pero ni remotamente recordaba el nombre de la madre. Fue Javier, el hermano de Eduardo, quien me nombró a Miriam López. Él sabía perfectamente que Miriam no era la hija de dieciséis años de un peón de su campo, como me había dicho la empleada de la clínica. En realidad, si no hubiera sido por Laura, la mujer de Javier, ni me lo cuenta.

La empleada de la clínica, con lágrimas en los ojos, sólo pidiéndole que por favor no diga nada que ha sido ella la que le dio el certificado para que Eduardo fuera a inscribir a su hija, no se quería comprometer, ni tener problemas en su trabajo, aunque claro que lo iba a hacer, le parecía bien, si la madre no lo quería...

—Es que tiene dieciséis años —había improvisado Eduardo.

—¿Cuántos años tiene Miriam López, la que figura en el registro del hospital? —le había preguntado a Alfonso esa tarde.

Alfonso hizo un gesto que le dio miedo. Un endurecimiento atroz en la comisura de sus labios, un desprecio de acero en su mirada, la mano lanzada al aire, cortando algo con precisión. Eduardo creyó ver su cabeza rodando por el suelo de la clínica.

—Supo entonces que ya se había metido en algo de lo que le resultaría difícil salir ileso.

—Te olvidás de ese nombre ya mismo, no tiene ninguna importancia. Y devolveme el certificado de nacimiento. Te lo di para hacer más rápido no para que andes husmeando.

—Eduardo le sacó una fotocopia antes de entregárselo. Javier lo vio años después.

—No entiendo lo del certificado. ¿Cómo lo tenía Eduardo?

—Parece que como Alfonso quería los datos exactos, le mandaron el certificado de inmediato, no sé por quién. Supongo que habrá sido el mismo Bestia quien se lo envió a Entre Ríos. Y como urgía el tiempo, Alfonso se lo dio a Eduardo. Yo tampoco sé bien cómo fue. Pero por suerte llegó a sus manos, si no, jamás se hubiera enterado del nombre de Miriam.

Eduardo tenía también que anotar la defunción de su hijo, el otro, el varón, se lo habían dicho en la clínica, le habían dado el certificado. Y él no ha hecho otra cosa que anotar el falso.

—No te preocupes —le dijo Alfonso—. Yo me encargo de anotar la defunción del chico muerto.

Mejor ni averiguar lo que hace, ni cómo. Todo es tan disparatado. Acá va a quedar raro que Eduardo anote un nacimiento y una muerte, le explicó su suegro y él coincidió. La familia de Eduardo es muy conocida en Entre Ríos, su apellido no pasa inadvertido y mejor no levantar la perdiz.

—¿Pero cómo puede ser que si no estaba de acuerdo se comprometiera hasta tal punto?

—Javier dice que la amenaza de Alfonso de que a Mariana le pasaría algo, la culpa por haber elegido un médico que no la trató correctamente, su dolor, todo influyó para que él se dejara arrasar por la personalidad de Alfonso.

—No entiendo que justifiques hasta tal punto la actitud de ese hijo de puta. Si fue capaz de anotar como propia una beba robada, arrancada de su madre no podés decir que...

—Quisiera que me escucharas hasta el final —lo interrumpió tajante Luz— antes de juzgar tan duramente. Eduardo pagó muy caro su error.

Ya se arreglará, como se arregló lo de que Mariana preguntara por su beba, y lo de que Miller y las enfermeras no le dijeran nada.

Alfonso le había dicho que él hablaría con Miller para que se callara, lo iba a poner en su lugar: Qué tiene que decir ese inútil que hizo todo mal.

—No, por favor, no se preocupe, yo resolveré la situación.

Al fin una sonrisa, es increíble pero, cuando Alfonso sonrió, Eduardo se sintió más aliviado. No está acostumbrado a esas tensiones. En la casa de su familia todo es tan distinto. Eduardo no sabe cómo responder a esas órdenes. Alfonso le puso el brazo sobre el hombro y en plan amistoso le dijo: Yo te voy a conseguir un certificado de un psiquiatra que atendió a Mariana, desaconsejando decirle la verdad.

—¿Qué psiquiatra atendió a Mariana? Ella nunca me dijo nada.

—Claro, porque no existe, lo escribí yo mismo —y era una risa clara, fuerte, obscena—. Hay que obrar rápido, Eduardo, y con eficiencia.

—Miller recordaba perfectamente el caso porque le produjo una crisis profunda en su profesión. Después se instaló en Buenos Aires, por eso no se encontró con los Iturbe. Ahora está jubilado y vive en Rosario. A él le cayó muy mal, me dijo, el pedido de Eduardo de mentirle a Mariana, le recomendó sinceramente que hiciera una terapia, pero seguramente la culpa por haber manejado mal el caso y que el bebé se hubiera muerto lo llevaron a aceptar no decirle nada a Mariana en esos dos primeros días. Después, cuando Mariana se agravó, él fue relevado del caso, lo siguió un médico de Buenos Aires, que contrató Alfonso. Él ignoraba absolutamente los planes de Eduardo, eso me lo afirmó muchas veces, estaba consternado cuando se lo dije. Me explicó en qué había consistido su error, el inicial, el que produjo la muerte del bebé de Mariana.

Le parece un sueño cómo todo parece ir resolviéndose, una pesadilla, porque él se siente un ladrón, un delincuente improvisado que va a ser descubierto en cualquier momento. Pero ahí están Alfonso y Amalia garantizándole que todo va a ir bien, que cuando Mariana salga de la clínica le llevarán la beba a la casa, un rato antes.

Cuando Javier llega a la clínica sorprende a Eduardo abatido, sosteniéndose la cabeza entre las manos, como si le pesara mucho.

—Javier se dio cuenta enseguida de que ahí había algo raro. Eduardo estaba muy mal, él fue a verlo todos los días, a pesar de que Eduardo le había pedido que no lo hiciera.

—¿Qué hacés acá? ¿No les dije a todos que esperaran a que volviéramos a casa?

—Cómo qué hago acá. Vine a verte, a acompañarte. ¿Qué te pasa, Eduardo?

Javier pregunta por la beba y por el estado de Mariana. Eduardo explica, quizás demasiado, patina cuando habla de la beba, no está en la *nursery*, no la puede ver. Por favor, que le diga qué es lo que pasa.

—No pasa nada. Me duele la cabeza. Andate, quiero estar solo.

Y cuando lo ve irse, el paso lento, sabe que a Javier no ha podido engañarlo, lo conoce demasiado. Tiene ganas de llamarlo, de contarle todo, pero teme que piense de él lo que él mismo está pensando. Ya es cómplice, ya la anotó. Ya es tarde para arrepentirse.

Capítulo tres

Primero una fiebre persistente, dolores cada vez más intensos, después la confirmación de que Mariana ha contraído una infección en el quirófano, la septicemia y pocas horas después, estado de coma.

—Quince días estuvo Mariana entre la vida y la muerte. Esto complicó mucho los planes de Alfonso. Y los de todos. Cambió la vida del Bestia, de Miriam. Y para Eduardo fue terrible. Esta imposición de su suegro lo había metido en un camino que no era el suyo. De mentira, de estafa, de mala conciencia. Porque lo que empezó esa noche en que le dijeron que su mujer estaba en coma, habría de terminar recién años más tarde. Y mal.

Ya esa primera noche Eduardo se dice que si Mariana no se recupera, a él ya no le importa nada de nada, que se arreglen sus suegros con esa nena que le impusieron. Pero cómo va a hacer, legalmente es su padre. A él jamás se le hubiera ocurrido criar una hija que no es de él, para qué, si podrían tener otros. Ya no, le ha dicho Miller, y también el médico que hizo venir Alfonso de Buenos Aires. Mariana no podrá tener hijos.

Amalia y Alfonso están eufóricos, felicitándose mutuamente por esa corazonada que han tenido en el momento oportuno.

—Te das cuenta, Eduardo, si ahora le dijeras no sólo que no puede tener más hijos sino que está muerto el que tuvo, la matarías. Y cuando Mariana se ponga bien...

—¿Y si no se pone bien, y si se muere? Está en coma Mariana, cómo puede estar tan contenta, tan animada, Amalia.

—Sacámelo de aquí, Alfonso, no puedo escuchar a alguien tan negativo. No se merece lo que Dios le dio.

Un frío le recorre la columna, le golpea en la nuca. Sacude la cabeza para apartar esa horrible idea: si Mariana se muere. No, se va a curar. Es sólo ese torbellino en el que está el que lo hunde en esas ideas negras, que parecen surgir y tragarse unas a otras.

El tercer día el sargento Pitiotti sospechó que aquel asunto de la nena que primero iba a ser para Miriam y después la delicada e importante misión que le había confiado su teniente coronel podían complicar mucho su vida y su carrera. Debía reconocer que no había manejado bien las cosas. Ya no sabía si la idea de guardar a la beba con la prisionera en su propia casa era tan genial como le había parecido en el momento que lo decidió o un tremendo error que podía costarle muy caro.

—¿Y por qué la llevó a su casa? —se asombró Carlos—. Es insólito. Ridículo. Aunque pasaron tantas cosas más que ridículas, monstruosas, en esa época, que no debería extrañarme.

—Miriam me dijo que el Bestia quería hacer méritos con el teniente coronel.

Hubo una coincidencia: la amenaza de Miriam y el pedido del teniente coronel.

—Si no me la traés esta noche, no ponés más los pies en mi casa —le había dicho Miriam por teléfono.

Y el teniente coronel pidiéndole un lugar seguro y discreto para guardar a la beba hasta que su hija estuviera en condiciones de hacerse cargo, desgraciadamente su estado de salud es delicado.

Fue entonces cuando el Bestia se enteró de que la nena era para su hija. No podían dejar a la beba ni a la madre en el hospital después de dos días. Dufau no quería que la mandaran al centro de detención, por el bienestar de la criatura, por supuesto. Aunque el Bestia bien sabía que no era la única razón. Dufau había tomado todas las precauciones para que no se relacionara de ningún modo este caso con él: le había pedido al Bestia que en el centro deslizara el comentario de que la detenida había tenido un hijo muerto y que su estado de salud era delicado, el personal que custodiaba a Liliana

en el hospital era de la Policía y no del Ejército, ajenos al centro de detención del cual era el responsable. El único que lo sabía era el Bestia. Esto, sin duda, le daba cierto poder.

—Era una situación difícil, ya que ellos no podían llevar a la nena a Entre Ríos hasta que Mariana saliera de la clínica. Nadie quería hacerse cargo. Y además, si Mariana se moría...

Quizás se muera la hija, se esperanzó el sargento Pitiotti, y entonces la beba podría quedársela Miriam. Pero no se animó a preguntarle cuán grave era el estado de su hija. Podía aprovechar esta circunstancia para matar dos pájaros de un tiro: tranquilizar a Miriam, darse unos días para convencerla de entregar la nena, si era necesario, y apuntarse unos cuantos puntos con su superior. Sería mejor guardarla con la madre para que Miriam no se ilusionara, y en su propia casa.

—Mi mujer puede hacerse cargo, es discreta y callada como una tumba. Y un pan de Dios.

Qué mejor momento para confiarse al teniente coronel y asegurarse o ésa, con suerte, o el próximo bebé que naciera. Una buena excusa para explicar que no estaba casado. En realidad, bajó el tono y la mirada, no es mi mujer todavía. Le contó entonces su telenovela personal: su novia, que soñaba con un hijo pero que una desgraciada operación le había quitado esa posibilidad, era tan buena mujer que no quería casarse con él para no privarlo de ser padre. Por eso él había pensado ofrecerle —y le pedía su autorización a su teniente coronel— uno de estos pobres niños sin padres que están por nacer.

—Claro, la confidencia le aportaba una buena solución a Dufau. Si se moría su hija, le podría regalar la beba a su fiel Bestia —dijo Carlos, agriamente—. Total, como para ellos eran cosas, botín de guerra.

—Pero no te olvides de que ya estaba anotada por su yerno. Mariana entró en coma después. No sé si él, pero Amalia dijo siempre que estaba segura de que Mariana se iba a salvar. No creo que Alfonso le haya dicho al Bestia algo así como que si se moría su hija le iba a regalar la nena. Quién sabe qué pensaría, pero sí sé que

él siguió llamando y preguntando por la nena en esos días, como algo que le pertenecía.

—Por supuesto, el próximo bebé será para ustedes. ¿Está seguro de que su novia estará de acuerdo en custodiar a la detenida?

—Seguro, mi teniente coronel. Y lo hará con toda eficiencia. —Hay que destacar una guardia en la puerta. No podemos dejar esto sólo en manos de una mujer. Sería una imprudencia.

—¿Estuvo custodiada mientras estaba en el hospital?

—Sí, por unos tipos que eran de la Policía, los mismos que estuvieron en el departamento de Miriam cuando fue Liliana. Eran tres.

Tenía unos días más para convencer a Miriam, para explicarle cómo podía trepar con esto, un ascenso seguro, más platita, y el próximo bebé para vos, ya me lo prometió Dufau, le había dicho. No quiso tampoco esperanzarla con que quizás se la quedara, no, tal como era Miriam, mejor no decirle nada que no pudiera ser seguro porque después le hacía la vida un infierno.

Pero eso no era lo peor, porque al fin, si no la convencía, de todos modos se la daría al teniente coronel y ella esperaría el próximo, le gustara o no. No, lo peor era que se estaba jugando la carrera porque Miriam no era tan discreta como debía ser la mujer de un militar y había desobedecido sus órdenes hablando con la detenida. Él se lo había prohibido totalmente. A las dos. Pero era evidente, por las preguntas de Miriam, que habían hablado. Que qué hizo, que qué va a pasar con ella, que dónde está su compañero. Su compañero, así le preguntó y esto fue lo que le confirmó que había hablado con Liliana, porque Miriam nunca diría su compañero, diría el marido o el novio o el punto. Compañero era una palabra de esa pendeja de mierda que le quería tirar de la lengua a Miriam. Qué estúpida, si Miriam no tenía ni idea de lo que pasaba, él no le contaba más que generalidades: que estaban en guerra, que iban a purificar el país. Miriam todavía no estaba preparada para ser la señora de un militar, pero ya aprendería.

Ahora, como no había tiempo, lo mejor, se dijo ese tercer día el Bestia, sería amenazar, hacerla cagar de miedo. Decirle que no sólo él se iba a ver perjudicado, sino también Miriam, porque ni se iba a

casar con ella, ni le iba a conseguir el próximo bebé. Las mujeres son unos bichos inentendibles, pensó el Bestia ante la reacción de Miriam, meses soñando con el bebé, y, ahora que Dufau ya le había prometido el próximo, ella, una total indiferencia, como si no lo quisiera.

—Si seguís con esta conducta imprudente y caprichosa, vas a arruinarlo todo: mi carrera, el hijo, nuestro matrimonio, todo —Miriam de espaldas, camino al cuarto, debía hacerla reaccionar de alguna manera, gritando—. Y te voy a echar a patadas en el culo si le volvés a dirigir la palabra a la detenida.

—¿De mi casa? Estás loco. Yo te voy a echar a vos. Es mi casa.

Tuvo tantas ganas de pegarle que se asustó, se abalanzó sobre ella y se detuvo un instante, sólo un instante antes de destrozarla, y convirtió su gesto en el aire en un abrazo feroz.

—¿Dónde está la beba? —le pregunta a Alfonso, se imagina que no estará en el hospital todavía—. ¿No habría que llevarla ya a casa?

—Está a resguardo.

—¿Dónde?

—No hagas tantas preguntas, Eduardo, está todo bien con la nena. Del cuidado de la beba hasta que Mariana pueda estar en su casa me ocupo yo, ya te dije, y está cumpliéndose como corresponde.

—No puedo saber dónde está ni con quién, pero ya la anoté como mi hija, le recuerdo, Alfonso.

—Está en las mejores condiciones. Su propia madre se ocupa de ella, la leche materna en los primeros días es la mejor alimentación, la amamantará hasta que Mariana esté bien para hacerse cargo.

—¿Pero no la iba a regalar?

—Sí, pero aceptó cuidarla estos días. Es lo menos que puede hacer, ¿no?, ustedes se encargarán toda la vida.

Algo viscoso, con olor rancio, parece inundar el hall en el que Eduardo habla con Alfonso.

—¿Puedo ir a ver a la beba, conocerla?

—No, de ningún modo, cómo se te ocurre. No te preocupes. Todo está bajo control. Para todos es mejor no conocerse.

Qué animal, me dejó la cara violeta. Para qué le habré hablado. Eso me pasa cuando hago tanto esfuerzo para controlarme, después me sale cualquier cosa, como anoche. Pero si lo mando a la mierda ahora, ¿qué va a ser de ellas?

Hace ocho días que Lili está aquí, en casa, y ya la quiero como no quise a nadie nunca en mi vida. Tocar su pielcita suave, como pan recién horneado, me emociona. Lili es la beba más linda del mundo.

—¿Quién es la beba más linda del mundo? —le pregunto, porque el Bestia me prohibió hablar con la madre, pero no con la beba—. Lili, Lili.

Le digo Lili porque como no se me ocurría nada, le pregunté el primer día a la madre cómo se llamaba y me dijo Liliana. Al Bestia le digo que le puse Lili por Ay Lili ay Lili ay lo, que es algo que yo escuchaba cuando era chica.

Me dijo que no hablara pero hablé lo mismo con ella, sobre todo los dos primeros días, hasta que me amenazó. La piba no quería hablar, le tuve que insistir un montón. No me pareció que no la quería a su nena, como me afirmó tantas veces el Bestia. Yo nunca le dije que me pensaba quedar con ella, porque me parecía muy fuerte, era como decirle: Mirá, va a ser mía y no tuya. Horrible.

La verdad es que me dio pena desde el mismo instante en que la vi. La trajeron esposada, toda sucia, el pelo pegoteado de un color indefinido, y con una especie de antifaz negro porque ella no puede ver nada. Tabique, le dice. Hace meses que está así. Cuando se lo corrí, ella se tapó los ojos, como si la luz la lastimara. Pero sin ver no tenía ni idea de cómo encajar el pezón en la boca de la nena que lloraba de hambre. Es difícil al principio, no la embocaba o Lili no sabía mamar, y yo la ayudé, se la ponía en una teta, tomaba el tiempo, después en la otra. Y me siento un poco yo también dándole de comer, después yo le hago el provechito, le canto «Manuelita» o la «Reina Batata». Me los aprendí todos del disco de María Elena Walsh.

Lo de las manos esposadas lo arreglé con el Bestia, aunque él no quería, la primera noche.

—Pero qué te creés, que voy a estar todo el tiempo acercándole la beba, cuando tiene que comer, cuando llora, cuando hay que

cambiarla —le dije.

Aunque no es por eso (a mí me encanta alzar a Lili) sino porque me parece siniestro que esté dándole de mamar con las manos atadas, ni siquiera la puede acariciar. Al fin aceptó, porque yo ya le tiraba la gran bronca: que te estoy haciendo un favor, pero no soy tu esclava. Y además la puerta está siempre con llave. No exageres tampoco.

Por suerte me aceptó lo de las esposas la primera noche, pero me dijo que cuando fuera al baño se las pusiera siempre, y que yo la acompañara. Al día siguiente, en cuanto se fue el Bestia, la llevé al baño, sin las esposas, porque quería que se bañara. Le di jabón, champú, crema de enjuague y le dije que no saliera del agua hasta que no estuviera limpita, limpita.

—No puede estar con la beba ahí y con esa mugre —le dije al Bestia porque se dio cuenta—. Además, con esa varanda, nos iba a apestar la casa.

Al Bestia le mentí: que la había metido yo misma en la bañera, esposada y que yo le había lavado el pelo.

Mientras estaba en el baño, busqué ropa mía que pudiera quedarle bien, dos o tres blusas para que se probara y un bermudas de algodón. Es mucho más chiquita que yo, pero como acaba de parir, todavía tiene un poco de panza. Demoró un siglo en el baño, yo sentía correr el agua y me dio miedo de que hiciera algo raro, el Bestia me dice que es muy peligrosa. Entonces entré, ella seguía bajo la ducha.

—Bueno, ya salí, te vas a ahogar. Aquí te dejo alguna ropa para que te pruebes. Tomá esta toalla.

Cuando se asomó por la cortina no lo podía creer. Era otra. Tiene un pelo bárbaro, rubio clarito, brillante. Hasta la expresión le había cambiado con el baño, me pareció más suave, no era exactamente una sonrisa pero casi.

Pensé que hacía siglos que no se miraba al espejo y la dejé sola para que se viera así, limpita y linda, y que se probara la ropa tranquila. Le puse el antifaz antes de sacarla del baño.

Al principio se lo volvía a poner cada vez que terminaba de dar de mamar o que se bañaba, pero ya ahora, cuando sé que es seguro

que el Bestia no está por llegar la dejo sin él, me impresiona esa cosa negra tapándole la cara. Ella me miraba fijo, los primeros días con mucha bronca, ahora no, hasta me sonríe cuando le acerco la beba. O le sonreiría a su hija.

Esa primera mañana, cuando le saqué la venda en el cuarto, me miraba y miraba el cuarto, el papel con los ositos, la cuna. Y a mí se me ocurrió que podía sospechar que este cuarto estaba preparado para la beba, pero no me decía ni mu. Ya ahí me dio culpa, y eso que todavía no sabía lo que me enteré después. Lo primero que se me ocurrió es meterle un bolazo: que ese cuarto está preparado para el bebé de mi hermana que está embarazada y se va a venir a vivir con nosotros. ¿Te gusta el empapelado? Son lindos los ositos, ¿no? Como no sabemos si va a ser nena o varón.

—¿Quién sos vos? ¿Qué hago acá? ¿Por qué me trajeron? —se animó al fin a preguntarme.

Y yo le dije que me había encargado mi novio que me hiciera cargo de ellas unos días hasta que la llevaran de nuevo a la cárcel y como a mí me gustan mucho los bebés. Y la tuya es divina. ¿No es divina? Mirá esos piecitos, esos deditos, me los comería.

Entonces me dijo con un tono suave pero severo que yo debía saber que no la iban a llevar a ninguna cárcel, que la iban a matar, como a todas las otras, y que le iban a robar su hija.

—Vos te la vas a quedar, ¿no es cierto?

Tiene los ojos verdes Liliana, muy brillantes, y muy fuertes, me miró con un odio que creí que me volteaba.

—No, cómo se te ocurre.

Me hizo sentir una mierda, una mierda porque casi soy yo la que se la roba, o el Bestia para mí.

—Miriam ya no quería ni esa nena ni ningún otro. A mí me dijo que nada más ver a Liliana con su hija la hizo darse cuenta de la barbaridad que eso significaba.

Me dijo que no entendía por qué estaba en casa ni por qué la habían llevado al hospital. Y dónde si no vas a tener un bebé, le dije. En cualquier lado, como a esa chica, que después de horas de pedir ayuda a gritos, la habían llevado ahí sobre la mesa de la cocina, con un enfermero que sólo le gritaba, y los guardias ahí, diciendo

obscenidades, así lo tuvo. Un varón. Pero se lo llevaron. Y dos días después a la chica.

Yo le prometí, el tercer día, cuando me volvió a decir que la iban a matar y que qué iba a ser de su hija, que no iba a permitir que a la beba le pasara nada. Y la abracé, porque lloraba y lloraba y me salió así, abrazarla, me dio una pena. Ella primero saltó, como protegiéndose de mí, pero después se aflojó. Fue entonces, mientras la tenía abrazada, cuando me preguntó en voz muy baja por su compañero, si yo sabía dónde estaba, si ya lo habían matado.

—No, al principio no le dio el nombre, le preguntó por su compañero. Tu nombre se lo dijo el último día que estuvo en su casa.

Cuando le pregunté al Bestia se puso como una fiera, le dio una rabia total, rompió los platos de arriba del bargueño, me insultó, ya no me animo ni a tocarle el tema. A ella también debe haberle dicho de todo porque después de eso no me habló más. Ni yo tampoco. Sólo nos miramos y no sé, pasan cosas cuando nos miramos, o nos miramos mirar y acariciar a Lili.

Ayer, cuando le saqué el tabique, le mostré a Lili que está ya mucho mejor con la teta, toma sin problemas, abrió la boca, se veía que se moría por preguntarme algo pero estaba muerta de miedo. Me acerqué a ella y en un murmullo, aunque no había nadie, le dije: Decime, a mí tampoco me dejan que te hable, pero no se va a enterar nadie.

Me preguntó otra vez por su compañero, si no sabía si lo habían matado, que qué fue de él porque, donde ella estuvo hasta ahora, no está, pero que seguro que cayó, que ya lo deben haber matado, que ella no entiende cómo está viva todavía porque los que chuparon con ella ya no... y que él no estaba cuando se la llevaron a ella, pero que nunca, nunca lo vio, ni supo de él en todos esos meses. Porque aunque no te dejan hablar, igual siempre hay algún momento en que alguien te dice algo.

—A mí me avisó un vecino, que me abarajó en la avenida, a unas cuadras de casa, cuando yo volvía. A Liliana ya se la habían llevado y me estaban esperando, armados hasta los dientes, como me dijo el pobre Ramón.

Carlos se quedó callado, Luz quería preguntarle tantas cosas: qué hizo, cómo logró sobrevivir, cómo pudo abandonar así a Liliana, pero ya había decidido no acosarlo a preguntas, dejarlo que él le dijera sólo lo que quisiera, y contarle todo lo que ella sabía de la historia.

Me hablaba tan bajito, y tan rápido, como si las palabras se comieran unas a otras, que no le entendía. Ella se ve que le quiere decir que nació la beba, es lógico, pensé.

—¿Pero estás segura de que él está preso también?

Ahí escuchamos la llave en la puerta, le puse el antifaz en un santiamén y me puse a cantar «Manuelita».

No, esa noche me iba a escuchar el Bestia, me dije. Los mataban, ¿en serio?, pero qué animales, por qué, qué hicieron, por qué los meten presos. No sabía cómo encararlo, con el escándalo que me hizo la segunda noche yo ya no me atreví a tocar el tema. La verdad es que al Bestia cada día le tengo más miedo. No me animo ni a preguntarle qué pasa con el teniente coronel, me dijo que vendría cuando saliera su hija del sanatorio, pero hace una semana que está aquí Lili y ni habla de cuándo la vienen a buscar. Anoche lo atendí como si nada, le di de comer, vino, y no encontraba el momento de planteárselo.

Al final, lo de siempre, si cogemos, él se queda como después de haber comido mucho. Lo hice tantas veces sin ganas, como trabajo, que no sé por qué me costó tanto, pero es diferente. Es diferente coger con un tipo porque te paga que hacerlo así, para que largue prenda. Y puede ser también que me costó porque con el Bestia a veces me gustaba, cuando creía que me quería o que lo quería y hacerlo así me pareció asqueroso, repugnante.

—El Bestia empezó a darle asco. Un asco que se transformó en un odio terrible. Y si no lo echaba es porque ella pensaba que todavía podía hacer algo para impedir que la nena fuera a parar a manos de Dufau, y para que Liliana se salvara. Le costó creer que la iban a matar.

Pero igual fingí que me gustaba y que tenía el superorgasmo y le dije que me había hecho gozar un montón y esperé un ratito, poco, porque después se duerme, para preguntárselo. Lo hice bien, suave, le dije: No te enojes, quiero preguntarte algo, a lo mejor te parece

que no me debería importar nada, pero qué sé yo, como la veo todo el día, quiero saber si la van a matar.

A él le reventó pero me dijo que me quedara tranquila, que la iban a meter presa. Y de tanto aguantarme y fingir se ve que exploté:

—Y entonces por qué no le dejan la nena, mejor que esté con su madre en la cárcel que con el hijo de puta de tu reputo teniente coronel.

Se puso furioso y me dio una torta que todavía tengo sus zarpas en la cara, violeta la tengo. Se la voy a mostrar a Liliana. En cuanto se despierte la nena

No, mejor se la muestro antes, ahora que la beba duerme. No quiero que Lili se ponga nerviosa.

—Javier y Eduardo no eran sólo hermanos sino entrañables amigos. A Javier le parecía natural que Eduardo estuviera mal, dado el estado de Mariana, pero no podía comprender por qué su hermano no quería verlo, por qué reaccionaba así cuando le preguntaba por la beba, por qué lo echaba y le decía que lo dejara en paz.

—No, no me voy a ir. No hasta que me digas qué pasa, Eduardo, por qué me contestás así. Yo sé que pasa algo que no me querés decir. ¿Tiene que ver con la beba? ¿No está bien? ¿Por qué no la puedo ver? Por favor, hermano, confiate a mí. Yo estoy aquí para ayudarte. No me vuelvas a decir que me vaya.

—Disculpame, Javier. Estoy mal por lo de Mariana y por mis suegros que se meten en todo, que no me dejan en paz, que inventan cosas raras todo el tiempo, cosas disparatadas y que me hacen hacer cualquier cosa y yo soy tan boludo que me dejé arrastrar en esa locura. Estaba dolido, confundido y esa prepotencia de Alfonso es difícil resistir. Y ahora estoy desesperado, desesperado.

Pero Javier no puede obtener una sola aclaración a todo ese balbuceo confuso de su hermano, no entiende de qué cosas raras y disparatadas le habla, y sus preguntas parecen angustiar más y más a Eduardo.

—Sabía que estaba presionado por sus suegros pero no lo que había hecho. No se lo dijo hasta muchos años más tarde.

Eduardo le pide que se calle, que por favor, por favor no le haga más preguntas, no él, es cierto que tiene problemas pero no puede hablar ni quiere mentirle, no a él que se da cuenta de todo. Y cuando Eduardo se pone a llorar así, Javier sólo lo abraza y lo consuela, igual que cuando eran chicos. Ellos siempre se han respetado mucho, y él respetará el silencio de Eduardo.

—Liliana, despertate. Ves, esta torta me la dio cuando le pregunté por vos, imaginate si le pregunto por tu compañero, no cuento el cuento. Mirá, si no lo rajo a patadas en el culo como se merece ahora es por Lili. Y por vos también. Porque él es un tipo que se vino a vivir conmigo, y ésta es mi casa, no la de él. Ahora voy a hacerle el juego porque el Bestia está muy nervioso con esto, pero en cuanto se vayan ustedes, lo mando a la mierda.

—¿Nos vamos? ¿Cuándo? ¿Y la nena? ¿Qué van a hacer con la nena? Decime la verdad. Te la vas a quedar vos, ¿no? Por eso el cuarto está preparado.

—Ya te dije que no, que es para mi sobrino el cuarto.

Ni loca le digo lo del teniente coronel, se va a hacer mierda, le digo que no tengo ni idea de por qué la trajeron acá, que el Bestia no me lo dice, y como la veo llorando, le invento que quizás para que ella esté más cómoda los primeros días. No sé si se ríe o llora, las dos cosas, sí, se ríe y llora, está como loca. No sé qué decirle. Y me mira y son como cuchillos esos ojos tan verdes que tiene.

—Me estás mintiendo. Te la vas a quedar vos —cuchillos que se clavan en mí—. Por eso tenés este cuarto así. Y la ropa que usa Lili, ¿de dónde salió? ¿También es para tu sobrino? ¿Y por qué, por qué se la ponés a Lili?

Y ahora llora, con hipo. Y yo tengo bronca con ella, y pena, y ella no para, aunque ahora no me grita:

—Prometeme que le vas a decir quién soy, que yo soy su mamá. Y que me mataron porque...

—Basta, basta, Liliana. No me la voy a quedar yo, se la va a llevar el teniente coronel Dufau, para su hija.

—Miriam no quería decírselo, pero parece que Liliana la desesperó en un momento porque le pedía que me... que le dijera que... —Luz

se trabó y se limpió los ojos con rabia—, perdoname, me puse mal.

Y cómo llora, cómo llora mientras dice Dufau, Dufau, como un disco rayado.

—No llores, Liliana, qué querés que haga, voy a pedirle al Bestia otra vez que no se la dé, pero él es un cagón, obedece. No sé, no sé qué puedo hacer. No llores, voy a ir a visitarte a la cárcel, te voy a llevar comida.

—Dejame ir, por favor, dejame escapar.

—Estás loca, querés que me mate. Y además cómo, hay un cana en la puerta siempre, cada ocho horas cambia pero siempre hay uno. Me controlan todo el tiempo.

Le digo que si no para de llorar no le va a dar bien el pecho a Lili, que los chicos necesitan tranquilidad. Pero la verdad yo también estoy histérica, tengo un nudo en la garganta que no aguanto más.

Le pongo el antifaz nada más que para que no me vea cómo se me caen las lágrimas, y ahora, mientras le hago el provechito, apoyo la cabeza sobre la pelusita de Lili hasta que me voy calmando.

Manuelita vivía en Pehuajó, pero un día se marchó. Cantar siempre me calmó.

—Me gusta cómo cantás vos. ¿Cómo te llamás?

—Miriam.

—Miriam, cantá, seguí cantando. Te quiero decir algo —y es un murmullo que intento tapar con mi voz—. No sé qué hacés viviendo con el Bestia, pero...

Y yo qué le voy a decir: Y no sé, me gustó. Era tierno, dulce.

Empiezo de nuevo: Manuelita vivía en Pehuajó, y ella: ¿Tierno, dulce?

Su asombro me avergüenza. Mejor no le contesto: Pero un día se marchó. Nadie supo bien por qué, a París ella se fue.

—Pero vos no sos como ellos, si no, no podrías tratar así a mi hija, por favor, dejame escapar. Que me mataran era un riesgo, lo sabíamos, pero ahora que Lili nació, ¿cómo voy a permitir que me la roben, que se la queden esos monstruos? Vos la querés a Lili, vos misma le pusiste el nombre. ¿Te parece bien que se la queden los asesinos de sus padres? Por favor, dejame escapar. Dufau es el peor de todos, es el responsable. Yo no lo vi, estuve siempre tabicada,

pero a veces nos sacaban, cuando había «visitas». Y sé que era él, Dufau, el que me habló: me preguntó por mis padres, a qué colegio fui, y cómo una chica como vos, tan linda, bien educada, que podrías ser mi hija, se ha metido con esa escoria. Eso me dijo: que podrías ser mi hija. ¡Y va a llevársela a su hija!

Y llora y llora y yo sigo cantando «Manuelita» mientras pongo la beba en la cuna y cierro la puerta con llave, doble llave.

No, no quiero que se la lleven esos hijos de puta. Porque si ese hijo de puta quiere robarla, buena mierda van a ser los que se ocupen de Lili. Mierda como podría haber sido yo, pero no me daba cuenta. No, no sabía que era así. ¿Será cierto lo que me dijo Liliana? ¿Que la van a matar?¿Que los matan así? ¿Que a las otras las hacen parir ahí mismo, en la prisión?

No quiero escucharla, no le voy a permitir que me hable más. El Bestia dice que son unos asesinos, algo habrán hecho para estar presos. Pero igual, cuesta creer, y además Liliana quiere a su beba, qué importa lo que hizo, si ella la quiere, por qué la voy a tener yo.

El sargento Pitiotti informó a su teniente coronel que todo iba muy bien: la beba creciendo sin problemas, su mujer cumpliendo eficientemente su misión, todo bajo control, que el médico la había visitado, que la beba había engordado correctamente, y que no presentaba ningún problema de salud. No le dijo, por supuesto, que todo estaba bajo control después de sus trompadas.

Tampoco el teniente coronel le adelantó nada de cuándo terminaría esta misión. Al sargento Pitiotti le gustaría que terminara cuanto antes, que la hija de su teniente coronel se muriera o se restableciera de una vez por todas, porque él no quería seguir con esa tensión con Miriam, ni pegarle, ni que ella lo mirara así, como lo está mirando estos días. Porqué, aunque Miriam disimulara y ya ni le hablara de quedarse con la nena, él sentía que ella ya no era la de antes. Si hasta llegó a decirle que por qué no la dejaban a la beba en la cárcel con su madre. ¿Cuándo antes, cuando preparaba todo para el bebé, le había dicho algo así? Parecía que la quería más a la beba ahora que a él mismo. Esa beba de mierda tenía la culpa de

todo. Que se la llevaran de una buena vez, y a empezar de nuevo con Miriam. El la reconquistaría, se lo prometía. No quería perderla.

Yo me había propuesto no hablarle, o mejor dicho que no me hablara, porque no quiero saber nada, después se me escapa algo con el Bestia y me revienta. Pero bueno, no sé qué pasó, la cambiamos juntas a Lili, y justo se le cayó el ombliguito y yo me puse tan contenta, tan orgullosa de Lili, que no sé qué me dio, me fui a la cocina y descorché un vinito blanco para que brindáramos Liliana y yo por lo del ombliguito de Lili, porque ahora que se le cayó, tiene divina la pancita, rosita, suave.

Es tan dulce esa bebita. Todos los días hace algo nuevo, la muequita esa de los primeros días es ya claramente una sonrisa. Y los ojos, azules, brillantes, se le aclaran cada día más. Parece que ya está viendo, yo creo que me reconoce. Cada cosa nueva que pasa con Lili me pone superfeliz, y por eso me olvidé de lo que me había propuesto con Liliana: no hablarle ni que me hablara. La verdad es que las dos estábamos contentas, nos entramos a cagar de risa con el vino, y a decir una cantidad de boludeces, a brindar por los ojos más claros, por los piecitos, por la sonrisa. A cada una se nos ocurría algo distinto y zas, otro brindis, otra copa.

—No me puedo creer Liliana tomando vino y brindando con la mina de un torturador. Eso no puede ser cierto. ¿Quién te contó eso? ¿Miriam?

—Sí. ¿Por qué no comprenderlo? Esas dos pobres mujeres, permitiéndose un rato de alegría como pudieran en una situación desesperada. La beba ahí, me dijo Miriam, era para ellas... —Luz no disimuló su emoción— la vida. Yo creo que eso fue muy importante, decisivo, para solidificar esa alianza entre Miriam y Liliana.

Puede ser también que yo no soporto más ese dolor en la cara de Liliana, ese no saber qué mierda hacer para salir de esto, estar atada de pies y manos, cagada de miedo con el Bestia, y pensando que se la van a llevar a Lili, que no la voy a ver más, y que qué pasará con Liliana, que me dio por vivir ese momento como lo sentía, así, contenta, contentas las dos.

Debemos estar relocas porque eso de estar riéndonos como si estuviéramos en medio de la gran joda, con el cana ahí en la puerta, y en esta situación, es de inconscientes. Liliana está tirada en la cama muerta de risa. La culpa es mía. Me pongo un dedo en la boca y le hago señas para que se calle.

—Y ahora brindemos por vos —me dice Liliana despacito.

—Y ahora por vos —le digo yo.

Entonces ella se deja de reír, enciende esa luz en sus ojos y me suelta esa frase que me trastorna: Miriam, dejame escapar.

Yo le pongo el antifaz, que es mi manera de decirle basta, pero en realidad es para que no me vea, porque me desespera. La beba se pone a llorar y yo la alzo y empiezo a cantarle la de los alpinos, que no sé cómo me acuerdo, la cantaba la tía Nuncia. Eran tres alpinos que venían de la guerra, ahití, ahitá, rataplán.

—Sí, cantá Miriam, cantá —me dice Liliana.

Que venían de la guerra, y canto más fuerte porque Liliana se pone a hablar, mirá cómo tengo los tobillos todavía, es por los grilletes, meses me pasé así, eran tres alpinos que venían de la guerra, ahití, ahitá, rataplán, ésta es una guerra, dice el Bestia, y Liliana que no se calla, tabicada, engrillada, sucia, los olores, el más chiquitito traía un ramo de flores, ahití, ahitá, rataplán, y ella diciéndome todo eso: lo que les hacen en el «quirófano» donde los torturan, y dice que es el mismo Bestia que lo hace, él mismo, personalmente, a ella no, nunca entendió por qué, pero sí a los otros, yo sí entiendo por qué, ¡porque me la cuidaba a Lili para mí!, la hija del rey que estaba en la ventana ahití, ahitá, rataplán, que estaba en la ventana, más fuerte, más fuerte, no quiero escuchar pero tampoco le digo que se calle, canto más fuerte para que no la escuche Lili contar todo eso: cuando se la llevaron, lo que le robaron, ella tirada en el piso, pateada, con las manos sobre la panza donde Lili ya estaba formándose, oh bello alpino dame el ramo de flores oh bello alpino dame el ramo de flores ahití ahitá rataplán, no puede ser, Dios, que sea verdad, ella desnuda y el Bestia allí, manoseándola, así que estás preñada, putita, y todo lo que le hacía, amparada en mis tres alpinos, yo ya no quiero que se calle, quiero que salga todo ese vómito ignorado para mí que vive en ella, que salga todo, todo,

aunque me repugne, me duela, me caiga encima, me envuelva en su inmundo hedor, y que Liliana se alivie. Lili en mis brazos, yo, al oído, que me escuche a mí: Te lo daré si te casás conmigo, y no a ella, pero por qué por qué, por qué les hacen eso, la radio a los gritos que no logra impedir esos desgarradores aullidos trepando por su celda, como yo trato de tapar ahora esas desgarradoras palabras, te lo daré si te casás conmigo, ahití ahitá rataplán, si te casás conmigo, pero por qué, por qué, entre el ahitá y el rataplán, porque queríamos una sociedad más justa, y yo cantando más y más fuerte, buen día señor rey me caso con su hija, porque queríamos una sociedad más justa, quién sabe cómo seguía la de los alpinos, pero seguirla de cualquier manera, dame el ramo de flores, cantando fuerte como si tuviera muchas ganas de que el alpino y la princesa se casaran, llorando mientras cantaba, llorando cuando ella: Cómo puedo soportar que me maten y mi nena, mi Lili, tu Lili, Miriam, porque vos la querés también, quede con esos asesinos que me la van a robar, que la van a dejar sin identidad, sin saber siquiera quiénes eran sus padres.

Dejo la nena que se durmió aturdida con las estrofas de los tres alpinos todas confundidas a grito pelado y ese susurro atroz de Liliana.

Liliana se ha callado. Salgo corriendo, cierro la puerta, y me tiro en la cama y ahora sí lloro y lloro. Odio al Bestia, lo odio, me odio a mí también. Cómo pude ser tan egoísta, tan jodida. Tengo que hacer algo. Tengo que salvar a Lili y a Liliana.

—Cuando Javier encontró a su hermano eufórico porque Mariana había salido del estado de coma, y se estaba reponiendo bien, decidió encarar a Eduardo: Por qué no podía ver a la beba, y qué es lo que habían inventado sus suegros, qué era lo que él había hecho. Lamentó después haberlo hecho porque toda la alegría de Eduardo desapareció.

Algo turbio parece enredarse a los ojos de Eduardo mientras pierde la mirada en la pared.

—No le pasa nada a la beba, están cuidándola, es todo. Ya la vas a ver en casa, Javier. En pocos días, dos o tres.

No sé ni qué cara ponerle después de lo de ayer. Pero tampoco puedo hacer como si no me hubiera dicho nada. Le digo que yo no sabía nada, que no podía ni imaginármelo, y que por favor me crea, que yo no tengo nada que ver, que estoy sorprendida, que conmigo siempre fue tierno y que me cuenta que van a liberar a la patria de ideologías foráneas, cosas así, no esto.

—Dejanos escapar, Miriam. Yo tengo donde esconderme.

—Mirá, Liliana, si me seguís hinchando las pelotas, y diciéndome cosas horribles como ayer, te voy a vendar. Si no me hablás de Lili, no me hables. No puedo hacer nada, me va a matar. Vos misma me hiciste cagar de miedo ayer con todo lo que me contaste. ¿Qué querés?, ¿que me pase lo mismo? Vos estás en esto porque creés en una sociedad más justa, me dijiste, yo no creo un soto, ¿entendés?, creo que todo es una mierda, y no pienso morirme yo por algo en lo que vos creés y yo no.

—Tenés razón, Miriam.

Le apoyo la nena sobre ella, a Lili le encanta dormirse sobre la panza de Liliana, y las miro dormirse a las dos mientras les canto «Manuelita» Están tan lindas. Es horroroso que se la arranquen así, es monstruoso. Yo no sé qué pensaba antes, que tal vez estando presa no la quería, no sé, pensé en mí no más, y el bestia del Bestia que me hizo creer que todo bien, qué basura, hijo de puta. ¿Es posible que les hagan eso? ¿No se le irá la mano a Liliana? Tengo que hacer algo para salvar a Lili y a Liliana. Pero no sé qué.

Lo primero disimular ante el Bestia, que no sospeche que sé quién es, lo que hace. Y tratar de averiguar algún dato, si es posible, que nos pueda servir.

Cuando el sargento Pitiotti se paró en la florería y eligió esa docena de rosas tenía la certeza de no equivocarse. No sólo lo hacía porque se dio cuenta de que esa escena de violencia con Miriam era peligrosa, porque al fin era una mina y podía reaccionar mal y echarle a perder su misión, era también porque de verdad quería reconciliarse con ella, porque él la quería como nunca quiso a otra mujer. Y además cuándo soñó tener una mina como ésa con él. Un avión, un despelote, y encima de buen corazón.

La misión estaba por llegar a su fin, ya tenía apalabrado el próximo bebé, había dado las órdenes necesarias para que la detenida fuera bien alimentada y nadie la tocara. Y pronto podría entregarle el bebé a Miriam, aunque ya ni le hablaba de eso, esa beba de mierda la había hecho olvidar hasta sus ilusiones.

La carrera era muy importante para el sargento Pitiotti, pero una buena mujer a su lado también. Por eso le dijo que lo perdonara, que estaba muy nervioso, demasiada tensión en la oficina, y que los comentarios de ella lo sacaban de quicio, pero que había estado pensando que era lógico que ella les hubiera tomado cariño a esas dos, claro que porque vos sos tan buena, tan pura, que no te imaginás lo que una jodida asesina como ésa, aunque tenga esa carita de nada, es capaz de hacer.

—Miriam se había propuesto controlarse, no decirle lo que pensaba, quería aprovechar ese remanso para obtener información.

—Estoy tan contenta de que me pidas perdón, mi amor, estuve mal todo el día por eso. Lo que pasa es que, entendéme, estando aquí me encariño con la beba y después me va a hacer sufrir cuando se la lleven. Prefiero que se vayan cuanto antes. ¿Cuándo las vienen a buscar?

—No sé si mañana a la noche o pasado mañana. Va venir él mismo, su hija ya está mejor. Va a ser una buena oportunidad para presentarte. Él me prometió que el próximo chico que nazca es para nosotros. Seguramente la semana que viene.

—Mañana a la noche o pasado mañana, estas palabras martillaban la cabeza de Miriam cuando le alcanzó la beba a Liliana.

Claro que está contento, está feliz de que Mariana se haya recuperado. ¿Y entonces por qué esa cara? Cómo decirle que tiene terror de que le pregunte por la nena. Engañar a los otros fue difícil, pero engañar así a Mariana, decirle que la nena es preciosa, sí, y que está en casa, esperándonos. La está cuidando Amalia. Es ridículo, cómo puede estar la nena en la casa, y ella ahí, sin conocerla. Mariana le va a pedir que se la lleve y él qué le va a decir. Pero la explicación que le ha dado Alfonso, a quien Mariana le cree

todo, ha sido satisfactoria, porque ella no le pregunta nada. Se siente un estafador.

Uno o dos días y no veré más a Lili, no podré acariciar su pielcita suave, ni ver esos pocitos en su cara, ni sus manitas, los deditos de Lili cuando se enroscan a mi dedo. Y tampoco veré más a Liliana. Tengo que hacer algo pero no se me ocurre qué. ¿Y si en lugar de pimienta le pusiera veneno, si lo mato al Bestia? No, y después cómo me rajo. El cana está en la puerta. Voy a decírselo a Liliana. A ella se le va a ocurrir algo. Es una revolucionaria. Dejo la carne en el horno y me dirijo a su cuarto.

—¿Qué hacés? —me pregunta el Bestia.

—Le voy a alcanzar la beba, es la hora de comer.

—Dejala que se arregle, si está sin los grillos y sin esposas.

Una sonrisa, un beso, qué asco: Ya vengo, mi amor, dejame ver un poco a la bebita y vengo a hacerte unos mimos. ¿Por qué no descansás un rato hasta que esté la comida?

—Vení rápido que te quiero coger.

El Bestia entra en el cuarto, qué suerte, de allí no se escucha nada.

Entro y cierro con llave por dentro. No le saco el antifaz. Me pongo bien cerca de Liliana y le susurro: Mañana o pasado las llevan. No digas nada que está ahí. Yo me voy con el Bestia, pensá algo, a mí no se me ocurre —y escondiéndome en los berridos de Lili que, como si supiera, ha empezado a llorar— algo para escaparnos, las tres.

—Miedo más que al Bestia a sus propias palabras, miedo de lo que había dicho, de lo que podía esperarle, de esta jugada que nunca pensó posible pero que ya no quería detener. Pensá quién era Miriam, cómo había sido su vida, que hasta unos días atrás ella misma quería esa nena. Me contó que en ese momento recordó que el Bestia le había dicho que Liliana era una asesina ¿Y si la ayudaba a escapar y la mataba?, pensó. Entonces la mano de Liliana tomó la suya y Miriam se asustó y casi pegó un grito. Liliana se llevó la mano de Miriam a la boca y la besó. Ella sintió las lágrimas de Liliana cayendo sobre su mano.

Cómo va a ser una asesina. Bueno, si no me mata Liliana me va a matar el Bestia. Se acerca a su oído: Pensá dónde nos podemos esconder, y cómo salir de aquí sin que nos maten.

—Necesito datos —murmura Liliana—, dónde estamos, quién está abajo, la distribución del departamento, todo lo que sepas.

Salgo y cierro la puerta con llave.

Capítulo cuatro

Cuando el Bestia se despertó, me hice la dormida aunque no pegué ojo en toda la noche. Lili, como si supiera lo que pasa, se despertó no sé cuántas veces. Yo me levanté tratando de ni pisar el suelo, porque al Bestia le revienta que yo vaya a la noche a la «celda» (así le dice al otro cuarto) y, escudada por los berridos de Lili, le di algunos datos que Liliana quería saber: dónde está ubicado el departamento, que hay dos departamentos por piso y una escalera detrás de la puerta del palier, que hay un guardia abajo que cambia cada ocho horas, que cuando yo salgo, entra al departamento, también cuando quiere tomar café o ir al baño, que a la noche, cuando ya está el Bestia, también hay otro guardia.

—Cuando está el Bestia no lo vamos a hacer —me dijo enseguida.

Le tiene pánico. Yo también le tengo miedo, pero no como ella, será que lo he visto tan baboso conmigo que me parece difícil imaginar que me pueda matar. Claro que te mataría, y lentamente, muy lentamente, como a él le gusta.

Me fui rápido del cuarto, no sólo porque temía que el Bestia me pescara hablando con Liliana, sino porque no quería sentir ese miedo que Liliana me transmite, porque, si no, no voy a poder hacerlo. Pero ya no pude evitar ponerme a pensar qué me haría: que me llevaría al campo de detención y me extendería desnuda sobre esa cama de la que me habló Liliana y me ataría. Entonces me tapaba los ojos con la mano, como hago cuando veo una película de terror, pero no servía porque las imágenes estaban adentro de mi cabeza, no afuera como en el cine, y me veía a mí torturada, a mí

pasando por eso que me contó Liliana cuando yo cantaba la de los tres alpinos, el cuerpo contorsionado de dolor, la cosa esa eléctrica en los pezones, en las encías, en... Ay, no, basta, no quiero pensar en eso otra vez.

Entré hace un rato al cuarto y estaban tan dormidas las dos que me dio no sé qué despertarlas. Cuando las miro así, dormidas, tan lindas, tan desvalidas, me parece que yo no puedo, que no debo permitir que esto siga su repugnante curso. Y otra vez ahora me veo gritando, atada a esa cama, el Bestia, con esa mirada que pone cuando se calienta conmigo, bailándome esa cosa eléctrica por mi cuerpo. Pero qué me pasa, por qué no puedo parar.

Lili se despertó, qué divina, ella me salva, me trae suerte, ella nos va a traer suerte a las dos, seguro, no tengo que pensar lo que puede pasarme, tengo que hacerlo.

—Muchas veces entró Miriam ese día al cuarto de Liliana. Se conocieron en unas horas como muchos no se conocen en toda una vida.

Liliana no entiende por qué me quiero escapar con ella, le parece un riesgo inútil, azuzar al Bestia. Dice que anoche se quedó pensando cómo podíamos hacerlo y que decidió que me iba a dejar atada a la cama, esposada, para que el Bestia pensara que me obligó.

—Ah, sí. ¿Y se lo va a creer? No es idiota el Bestia. Vos estás encerrada. ¿Cómo se te ocurre que me podrías obligar? No soy tan frágil yo, y vos sos mucho más chiquita, no te atreverías a pegarme a mí, y si lo hicieras, yo te gano, mirame, soy mucho más grande, y más forzuda.

Y empecé a reírme pero de los nervios. Y qué me dice ella para calmarme: Tenés un cuchillo grande en la cocina, me imagino.

—Sí. ¿Para qué?

—Te vas a ingeniar para que cuando te llame el Bestia por teléfono vos le digas algo que justifique que tengas ese cuchillo en la mano. ¿A qué hora te suele llamar?

—Varias veces por día. ¿Para qué el cuchillo?

—Porque después le vas a decir que la nena lloró y no te diste cuenta y entraste con el cuchillo en la mano, cerraste la puerta y yo

te arrebaté el cuchillo, te lo puse en el cuello y te obligué a hacer tal y tal cosa.

De sólo pensarlo me da pavor. Yo no acepté ese plan, yo me quiero ir con ellas, ni loca me quedo acá. No importa que el Bestia piense que me obligó, si se escaparon estando bajo mi custodia, y él no puede darle la nena al teniente coronel, se le jode la carrera y eso sí que no me lo perdonaría. No creo que me mate, pero sí me fajaría, ay, ni quiero pensar. De todos modos, qué sería de mi vida, cómo haría para echarlo de acá, para decirle, con lo que le rompí las bolas con el bebé durante meses, que yo no quiero ningún bebé, asesino de mierda. Seguro que se me escaparía algo así en algún momento, aunque me controlara. No creo que siempre me las arregle para zafar como lo hice esa noche con ese mayor hijo de puta, sádico, que me ató y me metió el chumbo en la concha. No, porque el odio, el asco que le tengo al Bestia es muy superior al que me inspiró ese tipo que casi no conocía. Al Bestia pensar que llegué, no digo que a quererlo, pero sí a sentirme conmovida por su amor, por su ternura. ¡Ternura! Y es un torturador. Yo no soy más boluda porque no tengo tiempo. Así le dije a Liliana hace un rato y a ella le dio risa.

—No sos boluda, estuviste equivocada, es todo.

Le conté que cuando lo conocí era puta, y todo lo que hizo para encamarse conmigo, y que a mí me enterneció. Y por suerte me di cuenta a tiempo porque estaba tan embalada que casi le cuento lo del aborto y ella se hubiera imaginado todo el resto de la historia, lo mierda que fui yo.

Es raro lo que me pasó, a mí no me gusta contarle cosas de mi vida a nadie, las pocas veces que lo hice, además, me cagaron. Pero con Liliana es tan loca la situación que me da amiga, una hermana que nunca tuve. Ella tiene algo que me inspira confianza. O quizás se me dio por hablar porque es la última oportunidad que tengo de contar mi vida si me matan. Pero me sentí un poco molesta, porque ella me miraba y no me decía nada, nada, y entonces le pedí que me contara algo de su vida. Un poco como estar a mano, sentía que me había desnudado y ella no. Y cuando iba a abrir la boca, me dio pánico de que se pusiera otra vez a contarme lo del campo y yo tuviera todavía más imágenes de terror.

—Pero algo lindo, nada de lo del otro día, por favor, que después sueño. Contame de tu novio, tu compañero. ¿Están muy enamorados?

Como si hubiera prendido la luz, su sonrisa iluminó todo. Es lindísima cuando sonríe, y cuando se ríe también. No sé cómo se puede reír con lo que le pasa. Esta mañana se rió varias veces. Estaba de muy buen humor.

—Sí, estoy contenta porque nos vamos a escapar —me dijo—, porque al final te convencí —y se rió otra vez, con unas ganas, que ya no más verla así me dio entusiasmo en escaparnos.

Me contó al fin que su novio se llama Carlos Squirru, y me pidió que si le pasa algo, si la matan, trate de averiguar qué fue de él, y que si acaso, de casualidad, vive, le diga que nació Lili y quién la tiene.

—Y le dio un teléfono y un nombre para que tratara de averiguar.

—¿Qué nombre?

—El nombre sí lo recuerda todavía. Franco.

—Ah —y en su cara se dibujó una amarga sonrisa, hizo un gesto con la mano, como si apartara una mosca.

—¿Lo conocés?

—Sí, pero no quiero acordarme. Se quebró, o lo quebraron. Fue un informante. Cuando me enteré, yo ya estaba en España, para mí fue... algo decisivo, una fuerte ruptura con todo lo que había creído hasta entonces. Era un cuadro importante... y un amigo. Fue la primera persona que vi cuando se llevaron a Liliana. Yo estaba desesperado esa noche —Carlos se quedó en silencio, perdido en sus recuerdos, pero evidentemente no quería compartirlos con Luz, al fin reaccionó—. Y ¿qué pasó?, ¿llamó a ese teléfono?

—No, nunca. Cuando Miriam lo quiso anotar, Liliana le dijo que lo recordara de memoria, que no sabía lo que podía pasar y que podía ser peligroso, que nunca se anotaba un nombre, ni un teléfono. Una cuestión de disciplina. Miriam no quería ni pensar que a Liliana podía pasarle algo, y además no tenía ninguna disciplina, no entendía esas cosas como Liliana. El nombre sí lo recordó, pero se olvidó del número. Y el tuyo, ni siquiera estaba muy segura de que fuese ése.

—Algo lindo te dije y me hablás de que te van a matar, si te matan a vos, y estamos juntas, lo más probable es que yo sea boleta también.

—Quién sabe —me dijo—, el Bestia tiene debilidad por vos. Y cuando una tiene influencias con el poder...

Le dije que se dejara de joder, me enojé, al fin yo le había contado algo de mi vida y ella qué, se hacía la canchera, me cargaba. Me pidió perdón, me dijo que cuando está muy nerviosa le da por hacer bromas. Me contó que una noche en que los gritos despavoridos que venían del quirófano trepaban por las paredes de su celda, rebotaban sobre ella, la taladraban, para no escuchar, se pusieron a contarse chistes con otra piba con la que coincidió en la celda unos días, y que cada vez hablaban y se reían más fuerte hasta que entró un guardia y las empezó a zarandear y a insultar.

—Nos tiró al suelo y a mí no me pisoteó, pero a mi compañera sí. La destrozó a patadas, Sofi gritaba y él...

—¡Pero no podés parar de hablar de eso! No me cuentes esas cosas, Liliana, por favor. ¿No te pasó nada lindo en la vida?

—Muchas cosas —me dijo—. Cuando era chica, me gustaba andar en bicicleta. Salía con mi padre, a la mañana, muy temprano. Ah, qué bueno —y su sonrisa se desdibujó—. ¡Pobre papá! No hubiera querido lastimarlo. Él nunca entendió, no podía entender mi militancia... Se murió, el año pasado, del corazón, yo ya me había ido de casa.

—Algo lindo, Liliana, te pedí.

—Cuando lo conocí a Carlos, la primera vez que nos amamos, fue tan pero tan maravilloso.

Carlos fue el primer hombre con el que se acostó... y el único. Yo no me lo podía creer. Una piba tan linda, debía haber tenido mil tipos.

—Fueron horas y horas que se pasaron hablando. Once horas, me dijo Miriam. Y claro, no sólo fue planificar la huida, se contaron muchas cosas. Yo creo que lo que pasó ese día entre ellas marcó para siempre la vida de Miriam. Más allá de las enormes diferencias entre ellas, algo las unía de manera entrañable: el amor por... Lili.

Tengo veintidós años, me dijo, como disculpándose. Y nos queríamos mucho, pero mucho, mucho. Y ahí casi se larga a llorar. Ella está casi segura de que lo mataron cuando lo fueron a buscar.

—Mejor —me dijo—, porque en el campo te matan de a poco, te humillan, te doblegan, te ensucian. Te matan varias veces. Y esa vida que tenés ahí, yo, si no hubiera estado embarazada, ya estaría muerta. Ahora entiendo por qué me picanearon sólo las piernas, trataron de que el embarazo no tuviera problemas porque querían a mi hija sana para regalársela a la hija de Dufau. Él me eligió. Basura inmunda, nazi. Y fue el mismo Bestia el que me...

—Bueno, basta, Liliana —la interrumpí, pero porque yo no sé qué cara poner cuando me dice eso. ¡Si supiera que no era para ésa sino para mí que la guardaban! Las tengo que salvar, es lo menos que le debo, aunque me juegue la vida. Por la intención que tuve no más ya me doy asco.

Todavía no sabemos si Dufau viene hoy o mañana. Tengo que esperar el llamado del Bestia.

Ella ahora se quedó pensando cómo podemos hacer. Yo ya le di los horarios del cambio de guardia, incluso lo poco que sé de esos tipos (son siempre los mismos). El que está de las doce a las ocho es bastante simpático y me tiene unas ganas que no puede disimular. Se llama Pilón, cabo Pilón. El otro día estaba en la cocina, tomando mate, y yo entré y me agaché para sacar una tarta del horno, y cuando me di vuelta, el tipo estaba sirviendo agua en cualquier lado menos en el mate. Yo tenía una mini y le debo haber mostrado todo, pero no me di cuenta hasta que no le vi la cara a Pilón.

—¿Qué le pasa? —le dije mientras le sacaba la pava de la mano—. Me está enchastrando toda la cocina.

—Disculpe, señora —me contestó y tenía una cara de culpa el pobre.

Yo les tengo mucho odio, pero en ese momento me dio risa. Y después que soy así, qué le voy a hacer. Cuando un tipo me mira con tantas ganas como ése, a mí me da algo. Me tentó provocarlo un poco, total no se lo iba a contar al Bestia, con el miedo que le tiene. Y si se lo cuenta, mejor. Que se joda. Me le acerqué bastante, el tipo respiraba como un perro, jadeaba. Cuando estaba a un

milímetro de él, en ese susurro que aprendí de Anette, le dije: A ver si mira donde tira el agua, Pilón, en lugar de mirar otra cosita, por más linda que la encuentre. ¿O quiere que le cuente a mi marido?

Y me fui riéndome. Más tarde, cuando tocó la puerta otra vez porque quería ir al baño y le abrí, yo ya me había cambiado, volví al ataque: Mire cómo me tengo que vestir, de monja, para que usted no se me distraiga.

—Señora, yo no quise faltarle el respeto. La estaba mirando no más. Le pido por favor que no se lo diga al sargento Pitiotti.

—No te preocupes, pichón (esa palabra me la copié de Inés, a los tipos les encanta, no sé por qué). Te estaba cargando. Claro que no se lo voy a decir —y me puse contra la puerta del baño cuando él iba a entrar, cosa de estar bastante cerca—. Pero no me mires así... porque me ponés nerviosa —y mientras lo miraba como si me lo quisiera comer, me pasé la lengua por los labios, lamiéndome como él seguro querría hacer con todo mi cuerpo.

El tipo casi se me abalanza, se movió hacia mí y se detuvo en seco, como si lo hubieran enlazado desde algún lado. Y entonces yo me fui rapidito y me las arreglé para no estar ahí cuando saliera del baño. Debe cagarse de miedo de tirarse conmigo y que se entere el Bestia. Desde entonces hay un jueguito de miraditas con él, pero se queda siempre en el molde.

Después me quedé pensando por qué había hecho eso. Quizás por el odio que me da el Bestia: que piensen, que digan incluso que su mina está buenísima y que él no me debe coger porque, si no, no me calentaría con la mirada de cualquiera. De pensarlo ya me gustó. Y con el odio que les tomé después de lo que me contó Liliana, dejarlo así al tipo, caliente y con ganas, me da placer. Pero también debe ser por jugar un poco, ya estoy tan fuera de training, todo el día acá encerrada hace meses, con una tensión insoportable, sin saber qué hacer. Que el tipo piense en mí todo el tiempo, como le pasaba al Bestia, y que no pueda hacer nada porque yo soy la mina de un superior, me gusta, no lo voy a negar. Por eso a veces me visto con minis o esos jeans tan apretados que parecen fajas y una blusita de panza al aire cuando está Pilón. Y después me cambio, claro, antes de que llegue el Bestia.

Si acaso el chisme por casualidad le llegara al Bestia, yo, obviamente, se lo negaría hasta la autopsia (así hay que hacer con los tipos). Y hasta me imaginé la conversación si el Bestia me llegaba a decir algo: Qué, a vos no te pasó lo mismo, no te calentaste con la mina de tus superiores. Tampoco te las vas a agarrar con el pobre pibe, es normal, ¿no? Yo no me di cuenta de nada, ni sé qué cara tiene el tal Pilón, ni lo miro.

Pero no pasó nada de esto. Lo pienso no más porque me da gusto que el Bestia pueda sufrir, quedar como un boludo, un impotente, un cornudo. A veces hasta me da ganas de ir un poco más lejos, para que ya sea nítidamente un cornudo. La señora de Pitiotti, como él me dice, revolcándose con un cabito. Pero me conformo con miraditas y alguna que otra pequeña exhibición de mis encantos. Y lo tengo muerto, baboso.

Se me ocurre una idea genial. Y Liliana que se está comiendo el coco imaginando los movimientos exactos que deberíamos hacer para escapar del guardia, pero si es facilísimo. Se la voy a decir.

—Pero por qué no. Por qué decís no y no. ¿Cuál es el problema? Mi plan es perfecto. Mucho menos complicado que lo del cuchillo. Yo me lo llevo a Pilón a la pieza y ahí, al pasar por tu cuarto, tiro algo, el florero que está sobre la mesa, para que te des cuenta de que ya entré. Te dejo sin llave el cuarto, esperás diez minutos y te vas. Yo le digo a los quince minutos que voy al baño, que me espere, y me aseguro bien de que el tipo no acabe antes, porque ahí se olvidan de todo los tipos, recuperan ese ser asqueroso que tienen y si te he visto no me acuerdo, no, lo dejo en bolas en la cama esperando el bomboncito. ¿Por qué me mirás así, con esa cara de condena? Parecés mi tía Nuncia, la de Coronel Pringles, la misma cara de culo, como diciendo: Ésta no tiene vergüenza. Los tipos son así, Liliana, escuchá la voz de la experiencia, mientras están calientes se bancan todo pero después... Lo dejo ahí, como te digo, esperando, en el baño dejo preparada la ropa, me visto rápido, me rajo y te encuentro en la esquina de Ayacucho y Posadas. Ah, y puedo dejarlo encerrado para que tarde más en salir, no todos deben ser como el

Bestia para derribar la puerta. Dejá de negar así con la cabeza. Te lo doy servidito y a vos te parece mal.

—¿Te vas a acostar, dejarte manosear por esa basura? ¿Vos sos capaz de tener una intimidad con un tipo como él, un asesino? Sé quién es Pilón, lo vi en el hospital. He conocido muchos Pilón en estos tiempos salvajes. El que nos tiró al suelo y nos pateó, con ésta no, le dijo el otro, y me levantó, pero a Sofi le dejaron estampada una danza eléctrica y tenebrosa sobre su piel. O el otro Pilón que nos trajo sidra, nos convidó y cuando la estábamos tomando, nos tiró los vasos de un golpe y empezó a insultarnos y a golpearnos. Son sádicos, monstruos. No, Miriam, no te podés degradar hasta ese punto.

—Ay, pero cuál es el problema, Liliana. Si no lo hago porque me gusta. Es para escaparnos. Para derribar al enemigo. Dale, dejate de boludeces.

—No me gusta. Y yo tengo un plan que ni siquiera escuchaste, con la excitación que tenés con el tuyo.

—Pero sos increíble vos, Liliana. ¿Qué es lo que no te gusta? ¿Que me encame con ese tipo? Pero si a mí no me importa nada, lo hice muchas veces para ganar dinero. Ahora es la vida, la vida de Lili, la tuya, la mía la que está en juego. A veces parecés boluda, vos, qué importancia tiene un polvito. No me mires así, me revienta. Y además, te dije que no voy a coger con él, quedate tranquila, no, lo voy a cortar en el momento justo, le voy a decir que me tengo que ir a poner el diafragma, y mientras me visto le grito: Un momento, negrito, que no lo encuentro, o ya va. Mirá, yo me arreglo, vos te rajás antes y me esperás en la esquina y ya está. Todo lo que tenemos que hacer es sincronizar los tiempos.

—Yo no entiendo por qué Liliana se negaba con tanta insistencia al plan de Miriam —dijo Luz—; en esas circunstancias me parece que...

—Yo lo comprendo perfectamente, ella, como todos nosotros, éramos muy estrictos en ese sentido. Por eso me extrañó tanto que pudiera confiarse a una puta. Nosotros despreciábamos la liberalidad de una moral burguesa que...

—Tan estrictos —dijo Luz con sorna—, tan puros, pero podrían haber pensado que quizás no eran condiciones para tener un hijo.

—Lo deseábamos.

—No te parece que si estaban tan jugados a la revolución, podrían haber pensado si tenían derecho a exponer a ese hijo que querían tener a tales situaciones, a desaparecer, como ustedes mismos, a perder su identidad. Esos bebés no habían tenido la oportunidad de elegir en función de tal o cual ideología correr ese riesgo, como sus padres. Fueron ustedes quienes se lo impusieron —y el rencor centelleó en la mirada de Luz—. ¿Eso respondía a la moral revolucionaria o al más puro egoísmo?

—Cuando yo te hablo de moral, Luz... y tampoco nosotros sabíamos que...

—La idea es que uno de estos chicos —lo interrumpió Luz— podría decir hoy: a mí me obligaron a desaparecer. Ellos, los asesinos, pero antes mis propios padres, me expusieron a ese terrible destino de ser desaparecido... con vida.

—No sólo es inmoral tu plan, sino que está lleno de fallas. En primer lugar: y si el tipo no se va al cuarto con vos, o no quiere, vos te imaginás el pánico que le tiene al Bestia, no se va a ir a la cama con su mujer así no más.

—Ay, Liliana, sos un poco tonta vos, o me menospreciás. Mirame, te parece que un tipo se me va a resistir. Eso te aseguro, como que me llamo Miriam López, Patricia, como me decían de puta, que es imposible. Yo sé perfectamente qué tengo que hacer, y además te digo que lo tengo a punto de caramelo hace días y días. El tipo me mira y ya le sale leche por los ojos. No me mires así otra vez, Liliana. Cómo sos, che, creí que eras revolucionaria, no monja. A ver, cantame la otra falla de mi plan. Ésa no va.

—Si lo dejás encerrado en la habitación, y el tipo no sale, el Bestia, obviamente, va a descubrir inmediatamente que fuiste vos la que nos dejó escapar. En cambio, con mi plan...

—Y qué importa, si ya nos fuimos. Qué mierda me importa lo que piense el Bestia.

—Con mi plan, vos quedás fuera de sospecha. Sospechar, quizás sospeche el Bestia, pero de ningún modo tendrá una prueba de que sos vos la responsable. ¿Quién me dio la llave del cuarto para salir, quién encerró al tipo? Vos, vos. Y si te agarra, te mata. No, yo no

puedo permitir eso, ni que te humilles dejándote tocar por un asesino. No puedo aceptar esa violencia. No me importa que lo hayas hecho antes, ahora no lo harías. No, no me digas nada. Escuchá mi plan. Vos entrás a mi cuarto con un cuchillo grande de la cocina porque estás distraída y no te das cuenta.

—Sí, ya pensé. Cuando me llame el Bestia le digo que estoy en la cocina cortando una carne para un guiso. Perfectamente se puede creer que fui con el cuchillo a atender el teléfono. Ahí le digo: Te dejo porque llora la nena. Él va a pensar después que entré a tu cuarto con el cuchillo. Ah, te gustó, eh, viste que yo también soy buena para planear, aunque no sea revolucionaria.

—Se pasaron el día armando planes, ¡pero eran tan diferentes! Miriam quería demostrarle a Liliana que también ella era capaz de inventar algo eficaz, quería que Liliana la considerara. Le importaba mucho lo que Liliana pensara de ella, por eso se empeñó en ocultarle que ella había querido a su beba. Y Liliana se lo creyó, seguramente porque la llevaron a su casa. La situación era tan absurda. Yo pienso que fue mejor que no lo supiera, si no, esa relación no podría haber llegado tan lejos.

—Muy bien. Pero antes hay que esperar que Pilón entre a la cocina o al baño. ¿A qué hora suele venir? No va a coincidir la llamada del Bestia con la entrada de Pilón, sería demasiada suerte.

—Ay, qué problema. Lo hago entrar cuando quiero. Voy hasta abajo y lo invito a unos mates. Y si no me llama el Bestia entonces, sino después o antes, qué importa, tampoco va a estar con el reloj controlando los minutos.

—Bueno, ya veremos, esos detalles los ajustamos después. Vos entrás al cuarto con el cuchillo, yo te lo pongo en el cuello, te hago abrir la puerta y pasamos por el pasillo, vos de frente y yo atrás muy despacito. Si el tipo sale de la cocina, yo lo amenazo con cortarte el cuello si no me tira el arma, me la acerco con el pie y te digo que la levantes.

—¡¡¡¿Te vas a llevar la pistola de él también?!!! No, no me gusta.

—Lo tengo que desarmar. Cerramos la puerta del departamento con llave para ganar tiempo y nos vamos. Dejá ahora la llave en la puerta. ¿A qué hora exacta suele llegar el reemplazo?

—A las ocho, ocho menos cuarto. Pero no me gusta. ¿Y si te ponés nerviosa y me cortás al cuello? Y llevar también el arma de él, menos. Si nos buscan, ¿vas a empezar a tiros con la nena ahí? ¿Sabés usar el arma?

—Por supuesto.

—Nunca me hubiera imaginado. Ah, ¿y quién lleva a Lili si vos me tenés agarrada del cuello?

—Vos. Todos deben estar enterados de cuánto querés a Lili, es lógico que no la tires.

—Pero pobrecita, con cuchillos, con pistolas. ¿Quién te entiende? Te parece violento que me encame con Pilón y no toda esa orgía de armas que estás preparando. ¿No podés imaginarte algo más tranquilo? Si hacés lo que te digo yo, la nena sólo sale con su mamá y no está ahí viendo escenas de violencia que después cómo la van a dejar. Yo leí en un libro que los chicos entienden mucho más de lo que creés desde chiquitos.

Ay, qué le estoy diciendo, va a sospechar, para qué me voy a comprar un libro con cosas sobre cómo son los bebés: Lo leí en una revista, que estaba en el consultorio del dentista.

Por suerte Liliana está demasiado concentrada en elaborar su plan y ni me escucha. Me voy rápido antes de meter la pata otra vez. Le digo que lo piense bien, que considere si mi plan no es mejor y que vuelvo en un rato, que se apure. Son ya las tres de la tarde. Si acaso se llegaran a ir hoy, casi no tenemos tiempo. Me parece difícil que sea hoy, porque el Bestia todavía no me avisó nada. Sería mejor hacerlo mañana por la mañana, o a mediodía. Tendríamos más tiempo y quizás conozcamos más detalles.

La voz me sale natural cuando le pregunto al Bestia si ya sabe cuándo viene Dufau, y antes de que me conteste ya empiezo a dar explicaciones: que quiero que esté toda la casa arreglada cuando llegue el teniente coronel, y yo también, que no me sorprenda, así, de entre casa. Avisame con tiempo.

—Va a ir esta noche, probablemente tarde. La hora todavía no está confirmada.

Hoy, hoy mismo, ay, no vamos a tener tiempo. Me acuerdo de lo del cuchillo, pero eso ya no me sale tan natural: Voy a hacer un guiso con una carne que compré ayer. La voy a cortar en trozos.

¿Y a qué viene eso?, se estará preguntando el Bestia, tenía que decírselo justo a la hora que se supone que iba a entrar con el cuchillo.

Lo trato de arreglar como puedo: Te parece bien, mi amor, por si el teniente coronel se queda a cenar.

Me dice «negativo» y casi lo puteo, aunque hace tiempo que me acostumbré que él, en lugar de decir no, dice negativo, será pelotudo, él debe creer que queda bien porque es de milico. ¿Negativo qué?, le pregunto, histérica. Que el teniente coronel sólo pasará un momento para recogerlas, y que no prepare nada, porque él tiene que trabajar después.

Y yo que sí, que quiero hacer una carne cortada en pedacitos, que no me diga que no. Va a sospechar, por qué tanta obstinación, qué estúpida, estoy arruinándolo todo. Le cambio de tema rápido: ¿Qué me pongo?, ¿qué te parece que me ponga esta noche? Por suerte pasó, me dice que con cualquier cosa voy a estar hermosa, que me vista de una manera sencilla, que él me elegirá la ropa cuando llegue.

—¿A qué hora? —y ya estoy temblando, que no se le ocurra venir temprano.

Piensa llegar entre las ocho y ocho y media. Cualquier cambio, me llama.

—Miriam se puso muy nerviosa. Si lo iban a hacer, no podían perder un minuto. Fue a decirle a Liliana que se apurara, que el plan de contarle al Bestia que estaba con el cuchillo, cortando la carne, ya no podía ser, que mejor hacer lo que ella había planeado: lo de Pilón.

Liliana, descalza para que sus pasos no se escuchen está estudiando la distribución del departamento para decidir los movimientos que vamos a hacer. Insiste con lo del cuchillo. Dice que es mejor que Pilón esté en la cocina. Así que si me pide para ir al baño, yo lo espero y le preparo un mate en la cocina y lo hago sentar de espaldas a la puerta. Busco una excusa para tener el

cuchillo en la mano, la carne ahí sobre la mesada, por ejemplo, y ahí Liliana se las arregla para que Lili llore, o yo invento que es la hora de la comida y salgo corriendo para el cuarto con el cuchillo en la mano. A mí no me gusta. Y mucho menos lo de la pistola: y si no le tira el arma, ella qué va a hacer, ¿degollarme?

—Discutieron bastante. Miriam se puso intransigente, no quería ese plan. Las armas le daban miedo. Liliana se impacientaba.

—Todo querés que se haga exactamente como se te antoja. Pero sin mí no te podés escapar. Así que mejor seguí mi plan.

—El tiempo corría y no llegaban a una solución. Eran casi las siete cuando se pusieron de acuerdo en que lo importante era escaparse y que usarían uno u otro plan, según conviniera. Liliana aceptó considerar el plan de Miriam, y Miriam que haría lo del cuchillo, si fuera necesario. Y quizás podrían combinar ambos planes. Liliana quiso mirar otra vez el departamento para comprobar cómo estaba ubicado el baño en el que Miriam se cambiaría y si de la habitación de Miriam se podía escuchar cuando ella se fuera, en el caso de que justo la nena llorara.

—No importa, Liliana, yo le hablo al oído sin parar, yo me las arreglo para que no me preste atención nada más que a mí mientras estamos en el cuarto y vos ahí te escapás. No va a escuchar nada.

—Pero Liliana quería estudiarlo. Justo Lili empezó a llorar y Liliana se encerró en el cuarto de Miriam y le pidió a Miriam que sacara a la nena del otro cuarto para que ella estudiara si ese plan era viable. En ese momento sonó el timbre. Las dos corrieron en sentido contrario y chocaron en el pasillo. Lili lloraba a los gritos. Eran las siete y diez, no se habían puesto de acuerdo en todos los detalles, y Pilón, ahí en la puerta. «No te olvides el cuchillo», le dijo Liliana, cuando Miriam salió de su cuarto. «Y vos no te olvides de que si cae el florero, salís a los cinco minutos», le dijo Miriam. Le abrió la puerta a Pilón con una sonrisa espléndida. Él le pidió permiso para pasar al baño.

—¿Donde se cambiaría Miriam?

—No, había dos baños. Él iba al otro, que estaba cerca del living.

—Pase, pase.

Con el apuro, me olvidé de cambiarme. Quería recibirlo con la mini negra y el top fucsia, las pilchas ayudan. Bueno, ya no hay tiempo. Me abro la blusa y listo. Saco la carne y la tiro sobre la mesada. El cuchillo, mierda. ¿Dónde está el cuchillo grande? Pero para qué el cuchillo, si vamos a hacer lo otro. Liliana me dijo que no me olvidara, se va a enojar. Aquí está, pero no me lo voy a llevar a la cama con el cuchillo en la mano. Lo llevo después a la calle. Lo pongo en mi baño, ah, y la ropa también, porque cuando vaya al baño, ya voy a estar en bolas y si me llevo ropa, puede sospechar. Corro al placard a buscar la ropa. Ay, que no salga del baño ahora, por favor, que le dé una descompostura terrible, que se quede horas en el baño. ¿Qué me pongo para escaparme? Ay, yo no tengo remedio. Qué importa qué me pongo. Un jean, una blusa. Y guita. ¡Mierda, la puerta del otro baño! No tengo tiempo de buscar la guita. Ni las llaves de la casa. Corro y lo agarro justo cuando va a salir del departamento. Miro la hora, son las siete y veinte.

—¿Quiere acompañarme con una copita, Pilón? —lo invito con esa sonrisa que derrite a los tipos.

—No, señora, gracias, no bebo cuando estoy de servicio.

—Bueno, unos mates, entonces. Hágame un poco de compañía. Estoy tan sola.

Ahí está, sentado donde me pidió Liliana. Pero para qué sirve si me lo voy a llevar de acá. Que no se me noten los nervios, Dios, no me acuerdo bien de su plan. Hablamos tanto que me mareé. Se me cae la pava al suelo, bueno, que piense que estoy nerviosa porque me lo quiero voltear. Me agacho y me tropiezo, me caigo, y él, no podía ser de otro modo, viene a socorrerme. Mejor, ganamos tiempo, me da la mano y se agacha para rodearme con su brazo la cintura. Paso mi brazo por su cuello. La respiración de perro de Pilón mientras me levanta, casi me tira otra vez al suelo de los nervios que tiene. Me tiene alzada. ¿Sigo el jueguito cómo? Estoy tan nerviosa que no sé qué hacer. No hay tiempo para sutilezas. Me apoyo sobre él, la boca entreabierta, húmeda y el tipo ya no puede más, en un salto me apoya sobre la mesada y me muerde la boca, ay qué bruto, me va a marcar, mi espalda sobre el mármol frío y él, tan caliente, su mano que corre despavorida ahora que ha abierto el cierre de mi pantalón

y lo empuja con fuerza hacia abajo, mientras la otra mano ayuda metiéndola por atrás con furor, y ahora con su boca el cuello, bajando, pero miralo vos al Pilón, no me lo imaginaba tan voraz, tan pasional. Todo esto me excita, el miedo del plan de huida, sus manos ágiles venciendo el escollo de la ropa, el Bestia que viene dentro de un rato. ¿Y si llega ahora? Me gustaría que me vea así, despatarrada sobre la cocina, mi cuerpo resbalando sobre la mesada y su boca ávida que baja por mis tetas, que muerde un pezón y, como borracho, ahora el otro, su lengua en mi vientre, ay, ay, me estoy calentando, no puede ser, y Liliana esperando, pobre, no debe saber qué pasa. ¿Cuánto tiempo habrá pasado desde que llegó? Que Liliana no haga una boludez, que no salga ahora, para qué la habré dejado sin llave. No, si va a esperar mi ruido. ¿Se acordará del florero que tiene que caerse? A mordiscones me arranca la bombacha y me chupa y me chupa y mi mano busca su sexo, así, bien caliente te quiero, ay, no puede ser que esté sintiendo esto, qué ganas de dejarme perder, pero cómo puedo calentarme ahora que me tengo que escapar, quizás por eso, por los nervios, a mí el sexo me distiende y su boca abierta húmeda comiendo mis pelos, su lengua entrándome. Este tipo es uno de ellos. ¡Uno de ellos! Me veo, me veo a mí misma, cayéndome de la mesada, resbalando hacia abajo, tocándolo, me acuerdo justo ahora lo que me contó Liliana, y mi mano salta de su pija en un movimiento rápido que intento disimular, eso que era tibio hace un instante es ahora un sudor helado, y esa saliva inmunda suya me ensucia el cuerpo, me degrada, lo agarro del pelo, controlándome esas ganas de arrancárselos, de escupirlo, de insultarlo, y él sigue, meta que te meta, sobándome las tetas y yo suavemente: Vamos, vamos a la cama, y casi lo empujo y lo llevo de la mano, esa mano que habrá pegado tantas veces, y se me da por mirarle los pies mientras me sigue, manso como un corderito, y pienso en los pies sobre la compañera de Liliana, su cuerpo escaldado por la picana y los pies de este degenerado o cualquier otro sobre ella, y me apuro como si estuviera con mucha urgencia de irme a revolcar con él pero es porque quiero terminar rápido. No es sólo lo que me pasa con el Bestia, esto es más, es otra cosa, es un odio extendido a todos ellos,

y al que me violó, ahora comprendo a Liliana cuando me dijo que no quería que me humillara, pero me queda poco, dentro de un rato me escapo y si te he visto no me acuerdo, a vos, Pilón de mierda, y al Bestia y a todos esos asesinos, me voy con Lili y con Liliana no sé adónde pero nada peor que esto, que Anette, y el Harry y ese terreno baldío. Yo, muerta de miedo, y Pilón me para en el pasillo, antes de llegar al cuarto, y me vuelve a poner sobre la pared, se ve que le gusta andar cogiendo por toda la casa, en la cocina, en los corredores, en todos lados menos en la cama. ¡Ay, con lo apurada que estoy justo me toca uno raro! ¿Y si se le ocurre hacerlo en el baño y me sigue cuando le digo lo del diafragma? No, le voy a cerrar la puerta con llave, ya me las arreglaré. Me lo traigo de la mano aquí al dormitorio. ¿Cómo va a hacer Liliana para calcular los cinco minutos si no tiré nada por el pasillo como le dije? ¿Cinco o diez minutos habíamos quedado? Me olvidé, me olvidé el tiempo y me olvidé de tirar el florero. Bueno, lo tiro cuando salga al baño y me quedo ahí un rato más, pero es para el otro lado mi baño, bueno, éste qué sabe cómo es la casa, voy lo tiro y ahí me voy al baño, ya sé que no es lo previsto, pero... Pilón me saca del todo la ropa y se saca la suya, y lo meto en la cama y de pronto se levanta como herido por un rayo y me dice, los ojos desbocados, inyectados por el deseo y el miedo: Y tu marido, a qué hora viene. Ay, si se me va ahora, me muero, mejor que no hice el ruido del florero, mirá si Liliana sale y justo se cruzan, esto ella no lo pensó, tengo que evitarlo, tengo que impedir que se me raje. Soy una genia, ya resolví lo del golpe del florero a Liliana y lo de las llaves.

—No va a venir ahora, falta como una hora o más, pero esperá, por si acaso, que pongo la llave por dentro así, si llega a venir, tiene que tocar el timbre y nos da tiempo a vestirnos.

Una mueca que no me gusta nada en su cara, se está enfriando, me doy cuenta, no se lo voy a permitir, le toco el bulto mientras busco con frenesí con la otra mano en la mesa de luz las putas llaves de la casa que no aparecen, ay, sí, acá están, y el tipo con la cosa paradísima. Soy viva, como diría Anette, muy viva, debería trabajarlo un poco más así no le doy tiempo a que se le baje antes de que vuelva, que es el mejor modo de manejarlo, a la espera de su reina.

—Voy a cerrar y vengo enseguida, acostate acá y esperame.

Lo miro como si me muriera de impaciencia, asqueroso, una mano más encima de mi cuerpo y vomito, aunque tendré que soportarle otras. Ahora sí, voy y tiro el florero en la mesa que da al corredor del cuarto de Liliana, la nena no llora, por suerte, y pongo las llaves en la puerta de calle, así ya las tengo en el momento de escaparnos, vuelvo corriendo al cuarto y cierro la puerta. El tipo, ya en bolas en la cama, con una sonrisa clarísima en su piel oscura, unas ganas de mí que encontraría conmovedoras pero que no me van a conmover porque es una basura, uno de ellos. Liliana ya debe estar saliendo del cuarto cuando me tiro con él y le digo despacito: Ay, cómo me gustás, qué ganas que tenía de coger con vos, cualquier cosa le digo así no escucha nada. ¿Cómo calculo el tiempo? ¿Cuento hasta veinte?, y su manaza en mi culo, su aspereza, su temblor, y me pellizca y me pellizca y me quejo riéndome y me dan un poco de miedo esos pellizcos ya violentos. ¿Y si se le da por torturarme?

—Ay, qué idiota soy, me olvidé de ponerme el diafragma, es que me volvés tan loca que no puedo pensar en nada —el tipo me quiere matar, se ve que lo quiere hacer ya ya ya—. Lo siento pero si me quedo embarazada se arma la bronca, porque el Bestia...

Y muevo el dedo para un lado y el otro, negando, y después para abajo, como diciéndole: Ése no va más, no se le para. Y me encanta imaginar cómo éste se lo va a contar a los otros, y el Bestia como un impotente con una mina que es un avión, y yo ya lejos, ya libre, y me acerco y se la chupo como si me diera vuelta de placer y no de este asco brutal, nítido, nauseabundo, pero lo importante es que lo dejé bien preparadito para esperarme. El tipo de ahí no se va a querer mover hasta que me clave, hasta que me taladre por todos lados, ah, pero no vas a poder, hijo de puta, porque antes de que se te baje, yo ya me rajé.

Y me voy rapidito para el baño, Liliana ya debe haber salido, ojalá, ni un sonido de la nena ni de ella se escucharon aunque con la respiración de ése en el oído, su jadeo de perro y las boludeces que yo le decía como para escuchar algo. Me visto, qué macana que me olvidé lo de la guita, si con todo lo que me olvido y me equivoco, el plan sale bien y logramos huir es porque Lili nos va a traer suerte,

porque yo si me hubiera querido dedicar a robar bancos seguro que ya estaba en cana con esta falta de disciplina. La palabra disciplina es de Liliana, y ya me subo el cierre del jean y me meto el cuchillo ¿dónde?, dónde si no tengo cartera, me meto el cuchillo bajo el jean y me tapo con la blusa, no se me nota mucho, pero ¿para qué el cuchillo si ya nos fuimos?, bueno, pero Liliana me dijo que no me olvide. La llave está en la puerta y la saco y cierro con dos vueltas, la de seguridad y la otra. Pilón, Pilón, qué grande sos, ni te moviste del cuarto. ¡Miriam sola no más!

Me rajé, bajo dos pisos por la escalera, y llamo el ascensor en el quinto, qué complicada que es esta Liliana para armar planes. Me cruzo con la de enfrente abajo, esto no lo pensamos, ah, sí, Liliana lo pensó pero ya no me acuerdo ni lo que me dijo. Con suerte se olvida de que se cruzó conmigo y que estaba sola. ¿Le preguntará a todos los vecinos el Bestia cuando se entere? Éste es capaz de quemarme con cualquiera. Nunca se acostumbró a vivir en casa de gente distinguida. Bueno, qué me importa si no le voy a ver el pelo más a nadie. No voy a correr, como me dijo Liliana, no, yo tranquilita, hasta la esquina, como si no pasara nada. Y Pilón qué va a decirle, que estaba en la cama conmigo, no, no creo, ojalá el Bestia lo encuentre en la cama, así sabe que lo cagué por partida doble, se alegrarán Liliana y las otras a las que torturó de lo que le estoy haciendo. Estoy por llegar a la esquina, el estómago se me frunce, estoy cagada de miedo. ¿Y si justo llega el Bestia? ¿Y si Liliana no está? ¿Y si calculé mal el tiempo y ella todavía no se fue de casa? Yo nunca calculé el tiempo que pasó después de tirar el florero, me pareció bastante pero qué sé yo, entre el asco y todo lo que me pasaba, cómo puedo saberlo. ¿Y si la dejé encerrada y justo sale el tipo en bolas y se cruzan? No están. ¡Liliana y Lili no están! Me asomo, como quien no quiere la cosa. Sí, ahí detrás. Liliana y Lili, sí, ay sí, Dios mío, qué alegría. Les grito y las saludo con la mano. Liliana me mira que me fulmina y me indica con la cabeza algo. ¿Qué era? ¿Qué tenía que hacer? Ahora no me mira, como si no estuviera, se apoya contra la pared, me acerco hasta ella.

—El cuchillo —me dice y mira para todos lados mientras me extiende la nena.

Me hace señas. ¿Qué quiere? Ah, sí, que lo ponga abajo de Lili, ella se lo guarda debajo de la manga. Camina atrás de mí, muy pegada.

—Qué haces, Liliana, te rayaste completamente. Estás como una cabra.

—No te des vuelta.

—Miriam no entendía nada de lo que hacía Liliana.

—Pero si no hay nadie, estás loca, no hagas papelones, Liliana, no vas a sacar el cuchillo acá, estoy con la nena, la gente va a pensar raro.

—El cuchillo no se veía, Liliana lo tenía escondido en la manga. Seguramente porque, si las pescaban, quería que quedara claro que llevaba a Miriam amenazada con un cuchillo.

Caminamos por Posadas una interminable cuadra. Le digo a Liliana que no podemos tomar un taxi porque no tengo dinero. Ella no me contesta, sigo caminando y me dice: Crucemos. No entiendo para qué vamos a ir a la plaza, quizás para estar lejos de la calle. Ella debe pensar que nos pueden buscar. Pilón ya debe haberse dado cuenta, pero qué sabe dónde estamos. Vamos bajando por la plaza. Le pregunto adónde vamos, y apenas me contesta. Bueno, mejor no le hablo, ella debe saber adónde vamos y cómo podemos hacer para no pagar, quizás alguien pueda prestarle dinero al llegar.

Estamos en medio de la plaza, bajando. ¡El Bestia! Mi corazón que da una voltereta y se escapa de mi cuerpo.

—Miriam, cuando lo vio, apuntándolas con la pistola, lo único que atinó a decirle fue: No dispares, y ahí sintió el frío del cuchillo en su cuello.

Pero ¿cómo apareció éste aquí? Ahora entiendo lo del cuchillo, es para no echarme la culpa. Pero me da miedo ese cuchillo ahí, ay, que no le dé nervios y me corte.

—Soltá el cuchillo o te bajo —es la voz del guardia de las ocho, están los dos.

—No, que estoy yo —le grito y me pongo bien pegadita a Liliana para que se den cuenta de que si le disparan me matan—. Decile que no tire —le imploro al Bestia y sus ojos encandilados con una luz loca, que nunca le había visto, no se me desprenden de mí. Ese odio turbio no es para Liliana, es para mí.

—Pasó todo tan rápido, me contó, que ni se dio cuenta cómo, no sabe si fue el Bestia o el otro. Alguien empujó a Miriam con fuerza y trastabilló. Enseguida, el disparo y Liliana en el suelo. Le habían dado en la pierna. Miriam no pensó nada, se tiró sobre Liliana, como escudándola, quizás pensara que no se iban a animar a disparar si ella la cubría con su cuerpo... la beba ahí —y la voz de Luz, una cuerda a punto de rasgarse—. Liliana me dio un beso y le dijo a Miriam: Salvala, decíselo y... repitió tu nombre y el de ella, ya sabría entonces que... —las lágrimas presas a punto de reventar ahí mismo, en esa mesa del Café Comercial— mientras el Bestia la agarraba a Miriam con fuerza del brazo y la arrancaba de allí.

Yo resisto pero el Bestia me arrastra con él, Lili, en mis brazos, llora a los gritos, se debe dar cuenta, pobrecita.

—Entonces escuchó los disparos: No mires, le gritó el Bestia, pero miró, la vio a Liliana, estaba ahí,... muerta.

En la mesa de al lado, la pareja se preguntaba qué le pasaría a esa chica que lloraba con un llanto lento, fino, que compungía de sólo mirarla. El hombre que estaba con ella, ¿su padre, un amigo, un viejo amante?, apoyó su mano sobre la de ella y la miró con una ternura abismal. Él también parecía a punto de llorar.

Se quedaron largo rato en silencio, Luz con la cara agachada. Cuando Luz alzó la mirada y vio que Carlos la estaba mirando, los ojos enrojecidos, no tuvo ninguna duda de que él ya sabía, y lo creía, que ella era esa nena. Su hija.

—La mataron, hijos de puta, la mataron. Si era una criatura.

Y se me acerca, su inmundo aliento manchándome la piel: Ay, Miriam, qué buena que sos, te da pena, y hace unos minutos te iba a asesinar. Quedate tranquila, mi amor, ya pasó todo.

¿Se lo creyó? No puede ser, no puede ser. Está fingiendo, hay algo en su tono que me dice que es mentira, el qué buena sos sonó a qué basura sos. Igual no puedo decirle nada, el llanto me ahoga, me dejo llevar. Salvala, me dijo Liliana. No voy a permitir que se la lleven. Pero ahora qué hago, no me puedo escapar. Por algo viene conmigo, si no, se hubiera quedado con los otros.

—¿Qué van a hacer con Liliana? —le pregunto.

—Ellos se van a ocupar. Olvidate, ya pasó todo.

Y recorro el mismo camino y me sostengo a Lili que no para de llorar.

—Hacela callar.

—Debe tener hambre —le contesto—. Hay que comprar leche, algo, ya no tiene a su mamá —y el llanto me ahoga, me voy a morir de tristeza, de desesperación, como si yo misma fuera la que me quedo sin mamá—, andá a comprar algo para darle.

Sí, y nos escapamos, en cuanto se dé vuelta.

—En casa hay, ya compré el otro día lo que me dijo el médico. Y pará de llorar, Miriam, que ya pasó todo.

Ay, Lili, Lili querida, no se va el monstruo. Pero ya nos vamos a arreglar, te prometo, no te voy a dejar irte con los malos. Te voy a salvar, como me pidió tu mamá.

Capítulo cinco

Eduardo, a un costado de la habitación, observa al doctor Jáuregui hablando con Mariana:

—Despreocúpese, está evolucionando muy bien, mañana ya se podrá ir a su casa. Duerma bien esta noche, descanse, porque a partir de mañana, los próximos veinticuatro, veinticinco años —y se ríe estentóreamente—, ya no podrá dormir. No se crea que dan trabajo sólo de bebés.

Jáuregui sabe perfectamente que Mariana ha tenido un hijo muerto. A Eduardo le asombra la naturalidad con la que miente. Él no puede. Cada vez que alguien menciona a la beba, teme que algún gesto lo delate, que alguien se dé cuenta de que él es un estafador.

Le cae muy mal el médico. Pero cuando Alfonso lo hizo venir, Eduardo no se atrevió a oponerse. Si bien él cree que Miller se equivocó porque no previó la cesárea a tiempo, está seguro de que la infección que contrajo Mariana en el quirófano no fue responsabilidad de Miller. Apenas lo insinuó, sus suegros le saltaron encima. Él era el que se había equivocado, y tenía que pagar un precio: que decidieran todo, que corrigieran sus errores, que otro médico devolviera la salud a Mariana y que otro bebé reemplazara al muerto.

Si está muerto, se consigue otro y ya está. Siente subir una indignación que le tiñe la piel mientras el médico, con total espontaneidad, le habla de la niña: Sí, claro que la vi, hablé con el

pediatra que la atiende. Todo está perfecto y es preciosa. También, con esa mamá y ese papá, no podía ser menos.

¿Cómo será la nena? ¿Y si no tiene nada que ver con ellos? ¿No desconfiará Mariana? Si Mariana se da cuenta de que él la ha engañado, no podrá perdonárselo. ¿Perdonaría él si Mariana le dijera que es su hija una beba que no lo es? Sin duda, no. ¿Y cómo reaccionaría Mariana si le dijera la verdad? Tal vez, dentro de unos días, se lo diga, se tranquiliza, mientras el médico le da la mano y una amistosa palmada en el hombro. Cómo puede tratarlo tan amablemente sabiendo lo que ha hecho.

El Bestia me ha dado unas latas de S-26 y dos biberones para que le prepare de comer a Lili. Quisiera saber por qué el médico que vino a verla el otro día no me dio estas indicaciones a mí, si yo estaba ahí cuando la revisó. Se lo dijo sólo al Bestia, después. ¿Por qué va a ser? No se atrevería a decirme: Mire, cuando la maten a Liliana, le prepara esto a la nena. Estaba todo previsto. No pude impedir largárselo así al Bestia. Y él reaccionó muy mal: No estaba previsto que *ustedes se escaparan* —y su mirada punzante se incrustó en mí como una aguja oxidada, ahí sentí que sabía que yo era responsable, y que me odiaba, pero enseguida intentó corregirse—. No estaba previsto que te cortara el cuello en la plaza, hubo que matarla, lo que sí estaba previsto es que la beba sería entregada hoy al teniente coronel Dufau, y así se va a hacer.

Su mirada amenazante y su mano golpeando la mesa con fuerza me hicieron comprender que el Bestia no se tragó el bolazo, que el Bestia sabe, o sospecha, que yo tengo la culpa de que las cosas pasaran así, y que no intente otro juego porque me va a aplastar como a una mosca.

—¿Entendiste, Miriam?

Yo apenas asentí. El odio amordazado vaya a saber por qué parecía chorrearle por la piel, y él se lo secaba con un pañuelo.

—Qué calor hace, mierda —dijo cuando se fue al cuarto, seguramente porque ya le resultaría muy difícil controlarse, no insultarme y fajarme como tendría ganas.

¿Por qué habrá decidido disimular? Quizás para que no se arme quilombo antes de que llegue su mierdoso teniente coronel, no le gustará admitir que su mina lo cagó ante Dufau. No le conviene. Se le pudre la carrera.

Mientras caminábamos hasta casa, me vendió que él me consideraba la víctima, y hasta me contó la angustia que le dio cuando Pilón le dijo que la detenida había huido llevándome a mí de rehén, y me contó los detalles de cómo nos habían encontrado rápido porque él es muy eficiente y no iba a permitir que me pasara nada. Pero ahora me parece evidente, aunque intente disimularlo, que él sabe que yo me escapé con ellas. ¿Sabrá también lo que hice con Pilón? Porque si me mintió con lo otro, bien puede haberme mentido con lo de Pilón. Quizás lo encontró en bolas, en mi cama, y no me lo dice porque planea una tortura lenta y salvaje, algo especial para mí, su obra maestra de crueldad, y querrá sorprenderme.

—Sí, aquí está tu comidita, bebita, no llores más. Tomá, tomá.

Lili se arranca la tetina de la mamadera y llora. Abre la boca como desesperada buscando en el aire la teta de la mamá, y yo le encajo esa goma horrible y la vuelve a escupir.

—Mi búsqueda empezó por el simple contacto con la goma de la tetina de una mamadera que me regalaron cuando nació Juan. Es curioso, yo creo, no, estoy segura de que en algún lugar de la memoria, o de mi cuerpo, yo tenía marcado ese día.

Me la pongo contra mí, para que sienta mi calor, como hacía Liliana cuando le daba de mamar, y al fin ella se prende, debe estar muerta de hambre.

—Sí, tomá, Lili, preciosa, tomá esta leche, aunque no sea tan rica como la de mami. Ella no está más, querida, vas a tener que tomar esto.

Estoy temblando y Lili se va a dar cuenta. Escupe la goma y llora y vuelve a prenderse. Ahora camino por la cocina y le canto «Manuelita». Me acuerdo de Liliana, de su sonrisa cuando yo le cantaba a Lili. Si no me hubiera escapado, quizás todavía estaría viva. Pero ¿por cuánto tiempo? Seguro que la iban a matar, y

torturar antes. Te matan muchas veces ahí, me dijo Liliana. Mejor entonces que la mataran una sola.

Seguro que el Bestia dio la orden de matarla antes, porque allí no dijo nada, se quedaron los otros y él se vino conmigo. Pero es el Bestia quien asesinó a Liliana, aunque no haya sido él quien empuñara el arma.

Y después que se vaya el teniente coronel, me matará a mí. Aunque de otro modo, seguramente. ¿Cómo lo hará? No, no quiero ver esas imágenes que me contó Liliana.

Me asomo por la puerta de la cocina, desde aquí puedo ver la puerta de entrada del departamento, el Bestia está en el cuarto. ¿Y si me fuera ahora que Lili está tomando su mamadera y no llora? Sí, ahora o nunca.

Me pego al borde de la pared, impidiendo que me vea, tengo el estómago hecho un nudo, una burbuja de miedo baila alborotada por todo mi cuerpo: No, no te saques la tetina, seguí un poco, amorosa, fuerza que ya llega. Estoy a medio metro de la puerta de entrada y escucho el ruido del ascensor que se detiene. No me puedo arriesgar a encontrarme con los vecinos. Espero aquí hasta escuchar la puerta del otro departamento cerrándose y ahí nos rajamos. Pero no, el timbre, y los pasos del Bestia. Me pongo de un salto en la puerta y la abro con cara de nada, así, naturalmente, la señora que abre la puerta de su casa. ¡Pilón!

—¿Está su esposo? —y más que bronca conmigo parece que tiene miedo, niega insistentemente con la cabeza, me quiere decir algo que no sé qué es. ¿Que no le contó nada de lo nuestro?

El Bestia ya está allí.

—Dejanos, Miriam.

Me voy al cuarto de Lili mientras me trato de imaginar de qué hablarán. Debe tener una furia conmigo terrible.

Le hago el provechito a Lili y la pego contra mi cuerpo, siento su pielcita suave, tibia, mis lágrimas mojan su cabecita, y ella la empuja para atrás, con una energía que no tenía hasta ahora. Ojalá tengas fuerza, mucha fuerza para sobrevivir a estos monstruos si no puedo salvarte, Lili.

—¿Qué te pasa? Estás muy serio.

Nada, no le pasa nada, cómo se atreve a indignarse con otros con lo que él ha hecho.

—No te cae bien el médico, no sos nada simpático con él.

Sí que le cae bien, otra mentira, no puede parar, cómo decirle que le cae mal porque no parece reprobar su conducta. Le gustaría tanto poder confiarse a Mariana, pedirle perdón por haberle mentido, consultarle: ¿quiere Mariana la nena que le consiguió vaya a saber cómo su padre?; ¿está dispuesta a aceptar como suya una hija de otros? Porque si es así, no hay problema, pero... si no quiere, ya es muy tarde. Él se ha erigido en el dueño de su destino: ha anotado a esa beba como Luz Iturbe, hija de Mariana Dufau y de Eduardo Iturbe. Alfonso ya ha ido a Buenos Aires para buscarla. Todos decidiendo por Mariana. Eduardo, sin saber qué hacer, la abraza, le dice que la quiere, que la quiere mucho, que ha tenido tanto miedo cuando ella estaba mal.

—Ya pasó todo, Eduardo, ponete contento. Mañana estamos en casa, con nuestra hija. Es linda, ¿no? ¿Se parece a vos? ¿Le pusiste la alfombra roja cuando entró o te olvidaste? —y Mariana se ríe.

Eduardo recuerda ahora esa tarde en que Mariana, aún no del todo despegada de los cuentos infantiles, le había pedido que cuando ellos entraran por primera vez a su casa con su hijo pusiera una alfombra roja para recibirlo como a un príncipe. Y Eduardo había pensado en darle el gusto. Había comprado un pasillo de moqueta roja y disfrutó mucho imaginándose la escena. Seguro que Mariana se había olvidado ya de su broma cuando llegara de la clínica, cómo se reiría cuando viera la alfombra roja y escuchara la música que él había comprado en el negocio de discos. Pasó un largo rato allí, buscando algo adecuado. Le pidió asesoramiento a Willy, el empleado, a quien conocía hacía años: Una música... de ésas que ponían en los palacios, en las películas de Sisi y Sisi emperatriz. Mariana le había hablado varias veces de esas películas que inspiraban sus sueños de adolescente. Le contó a Willy la sorpresa que le preparaba. Encontraron una de fanfarrias romanas que los había hecho reír mucho. Las fanfarrias, la alfombra roja y su hijo entrando triunfal a su casa.

¿Cuánto tiempo había pasado desde entonces? Tres semanas, sólo tres semanas. ¿Qué tienen que ver estos túneles sombríos en los que transita ahora su vida con esa charla con Willy, con esa alegría que sentía cuando escondió el rollo de alfombra en el garaje donde Mariana no pudiera encontrarla?

Eduardo busca en el cuello de Mariana un aroma que le devuelva por un momento la frescura de esos días, de los juegos y el entusiasmo, de las risas y el amor. Hunde su cara en la piel tibia de Mariana para protegerse por un instante de esta asfixiante enredadera de engaños que se ha adherido a su vida.

Ni fanfarrias romanas, ni tapiz rojo, ni risas. Alfonso, en medio de las sombras de la noche, introducirá furtivamente a su casa a la beba. Amalia lo estará esperando.

Cómo puede estar acariciando a Mariana, diciéndole que la quiere más que nunca y ocultándole algo tan esencial como que su hija en realidad no es su hija.

—Mamá me dijo que Luz tiene los ojos claros. ¿Son verdes o azules?

—No sé, no me fijé mucho.

Cómo decirle que ni siquiera la conoce, que Amalia dice cualquier cosa porque ella tampoco la vio. ¿Cómo puede mentir con tal impunidad su suegra? ¿Y él, cómo puede inventar estas excusas?

—En los bebés el color de los ojos no se define hasta más adelante, tu mamá no puede saberlo.

Ya está actuando como un delincuente, se está cubriendo. ¿Va a vivir así, diciendo cualquier mentira, cualquier excusa? No, no podrá. Debe tener coraje y decirle la verdad a Mariana.

—Eduardo tenía la intención de decírselo a Mariana, pero siempre tuvo miedo de su reacción. Y pasó lo que pasa con las mentiras, se dice una y, para hacerla verosímil, se dice otra y después otra y así se cae en un enjambre de mentiras del que resulta difícil salir. Hay gente que miente toda su vida y lo soporta, pero Eduardo no era un mentiroso.

Pero ahora no, ahora ella quiere descansar, tal como le aconsejó su médico, que mañana es un día muy importante y quiere estar bien para cuidar a su hija.

—¿Quién es el amorcito que quiere mucho a su nena y se va a quedar aquí, calladito, y haciéndome mimos mientras me duermo? Vos. Vos.

Y Mariana le da un beso en la boca, le pone la mano sobre la cabeza y cierra los ojos aplicadamente para dormir.

El cabo Pilón le comunicó que todo se había realizado según sus órdenes y sin problemas. El auto estaba estacionado donde él le indicó. Habían ahuyentado muy fácilmente a los curiosos en la plaza apuntándolos, y luego habían colocado el cadáver en el baúl del Falcon con la mayor discreción.

El sargento Pitiotti había pensado que podrían comunicar a la prensa el enfrentamiento en la plaza, en el que fue abatida una subversiva, para evitar sospechas entre los que presenciaron la escena. Pero pronto lo descartó, no sería conveniente arriesgarse a que la familia pidiera el cuerpo, e hiciera una autopsia. Aunque tampoco habría problemas, le habían destrozado el vientre a balazos, jamás se detectaría el estado de puerperio. Esta orden la había dado antes, por si acaso. Pero para qué. Tampoco había querido conducir el cadáver al centro de detención para evitar que alguien lo viera y se despertara algún rumor. No, no podía olvidarse que el teniente coronel había sido muy claro en el sentido de mantener una discreción total en todo lo que atañía a ese caso. Él no quería que nadie más que el Bestia y los tres policías que cumplían la guardia estuvieran al tanto de la situación, que nadie se enterara ni pudiera sospechar que la detenida M35 había dado a luz a una beba que sería la nieta del teniente coronel. Ya hacía unos días, el Bestia se había cubierto en el centro diciendo que la detenida había entrado en estado de coma y había fallecido.

El sargento Pitiotti era muy cuidadoso en cuanto a las mentiras: siempre es conveniente repetir a todos lo mismo. No había manera de evitar que se filtraran rumores en el centro de detención, y si a algún detenido le llegara alguna información sobre Liliana (siempre había guardias que hablaban más de la cuenta) mejor que fuera siempre la misma versión.

—Por eso cuando me dijiste lo que había declarado esa chica que la asistió a Liliana antes del parto, me impresionó tanto. Porque la historia del hijo muerto y de la terapia intensiva y del estado de coma que le llegó a ella por el guardia es la de Mariana, no la de Liliana. Deben haberlo hecho a propósito.

—Varios de los testimonios de los sobrevivientes tenían esta versión.

—¿Y alguien trató de corroborarlo en el hospital? —y no pudo evitar Luz ese reproche que se coló en su voz—. ¿Alguien trató de averiguar en qué hospital se había producido este hecho que nunca sucedió?

Carlos acusó el golpe:

—Yo lo supe antes, en febrero de 1977, porque Teresa, que fue liberada, se lo dijo a mi padre. Lo creí. Y sólo fue el dolor... y el alivio de que hubiera muerto así y no como consecuencia de la tortura.

Sería mejor esperar las órdenes del teniente coronel antes de tomar una decisión, por eso el sargento Pitiotti había pedido a los dos guardias, en la seguridad de que matarían a la fugitiva, que dejaran el cadáver en el baúl del auto, estacionado en un lugar discreto. Él podría llegarse hasta allí más tarde y hacer lo que el teniente coronel le indicara. Estaba seguro de que su plan complacería a Dufau, pero necesitaba su autorización.

Cumplida la tarea, el cabo Pilón le pidió su permiso para retirarse. El sargento Pitiotti tenía la impresión de que Pilón le ocultaba algo, tal vez por esa manera de desviar la mirada cuando le hablaba. Lo mismo le había parecido cuando lo encontró en el departamento, pero ahí no había tiempo que perder. Le había contado los hechos de una manera confusa.

—Cuando el Bestia intentó abrir la puerta del departamento, le llamó la atención que estuviera cerrado con doble llave, y también con la de seguridad. Por eso tocó el timbre, impaciente. Esos minutos que tardó en superar las dos vueltas de llave y las dos cerraduras deben haber permitido a Pilón terminar de vestirse y llegar hasta el living. A Miriam, el Bestia le contó, mientras caminaban de la plaza al departamento, que apenas entró, Pilón le comunicó que la detenida había huido, cuando él estaba en el baño,

y que la señora tampoco estaba, que todo había sucedido muy rápido y en extremo silencio, y que él recién se había dado cuenta cuando quiso salir del departamento y lo encontró cerrado con llave. Fue entonces que malició que algo había pasado y se puso a recorrer la casa, de esta manera justificaba su ingreso al living por el corredor de las habitaciones, que es donde lo sorprendió el Bestia cuando entró. Miriam recuerda que el Bestia le dijo varias veces, camino a su casa, que Pilón estaba muy perturbado. Y ella pensaba: como para no estarlo.

¿Sería posible que Pilón sospechara, como él, que Miriam colaboró de buena voluntad y no amenazada por un arma blanca? No podía permitirlo y mucho menos que cometiera la imprudencia de decirlo. Tenía ganas de pedirle que le repitiera los hechos tal como sucedieron, pero temió que Pilón entrara en contradicciones y que él no pudiera dejarlas pasar. Lo mejor sería imponerle silencio, amenazarlo sin demasiadas explicaciones.

—Antes de que se vaya, cabo Pilón, quisiera señalarle que su actitud no se corresponde con los hechos, usted habla de lo que ha sucedido como si fuera un mero accidente y no como una falta de responsabilidad de su parte. Usted estaba de guardia, ¡y en el mismo departamento!, cuando huyó la prisionera. No sólo eso sino que ha puesto la vida de mi mujer en peligro. ¿Se da cuenta, cabo, la gravedad de los hechos que le estoy señalando?

Antes de que Pilón pronunciara una palabra, el Bestia levantó la mano interrumpiéndolo: sin embargo, dado el feliz desenlace gracias a su pronta actuación y considerando que todo esto había sucedido en su propia casa, lo mejor sería no hacer ningún comentario sobre lo ocurrido. De lo contrario, él iba a tener que castigarlo. Y muy severamente.

Pilón no ignoraba hasta qué punto podía llegar el Bestia. Cualesquiera fueran sus sospechas, o sus certezas, se cuidaría de no comentarlas.

El sargento Pitiotti le pidió que estuviera atento porque posiblemente lo llamaría esa noche para cumplir una misión secreta, que ya le comunicaría oportunamente.

El cabo Pilón hizo la venia y se retiró.

La extiendo sobre el cambiador y le saco la ropita. Le paso un algodón para limpiarla. Se me cierra la garganta. La miro a Lili. Cómo, cómo la quiero. Como si supiera lo que estoy sintiendo, me hace una sonrisa, es sólo un instante, pero me llena de placer, el nudo en la garganta afloja. Ahora mueve las piernitas, está contenta de estar desnuda, limpita... y conmigo. Ella también me quiere, estoy segura, me lo muestra. Está tranquila, los ojos bien abiertos, claros, clarísimos. No le pongo todavía los pañales, que disfrute un poco así.

—Ves, Lili, como sos tan buena y tan linda, me hiciste olvidar de los malos.

Y otra vez esa sonrisita que ilumina todo. Sólo sentir la tibieza de Lili, lo mucho que nos queremos, y borrar todo eso horrible que está detrás de esta puerta. ¿Y si la cierro con llave y no los dejamos entrar? Nos quedamos acá.

Inútil, el Bestia la derribaría. El solo evocar su imagen ya me arruinó todo el placer que sentía.

Apoyo a Lili sobre el cambiador y preparo los pañales: Arriba la colita, muy bien, Lili, muy bien, le pongo los pañales y otro besito en los brazos, en las manitos, en los cachetes. La puerta se abre con violencia.

—Preparala que en un rato viene Dufau a buscarla —me mira fijo, de arriba abajo.

Para salirme del miedo le pregunto: ¿Qué pasa? ¿Por qué me mirás así?

—Nada, te miro la ropa. ¿No te querías arreglar? Dejá la chica y andá a vestirte.

Tengo que hacer algo, urgente, pero qué, me pregunto mientras le pongo la batita.

—Dale, andá.

—No tengo ganas de cambiarme, ni de pintarme, quiero estar con Lili —debo tener los ojos rojos como cuando me aguanto el llanto.

Entonces viene y me agarra con fuerza del brazo: Hacé lo que te digo, Miriam. Su inmunda mano tan cerca de la piel rosita de Lili me da ganas de vomitar, corro el brazo: Dejame, la voy a poner en la cuna.

Lili llora y el Bestia hace un gesto de impaciencia.

—Sería mejor que la durmiera antes —le digo.

—Andá no más, yo me quedo con ella.

No la voy a dejar con ese asesino, pero no me da para inventarle nada como antes, podría darle un beso y decirle: Dale, dejame que me quede, pero no puedo, lo odio de tal manera, nunca, nunca odié tanto a alguien.

—Me la llevo a mi cuarto, mientras me cambio, así no te ponés nervioso si llora —y sin esperar que diga nada, me rajo con la beba alzada.

Mientras camino al cuarto pienso que quizás tenga la posibilidad de escaparme todavía, si logro burlar al Bestia.

—Hasta el último momento Miriam estuvo tratando de escaparse con la nena, pero el Bestia, que, si no lo sabía con certeza, al menos lo sospechaba, no le perdía pista.

Apenas acuesto a la nena sobre la cama, aparece el Bestia, y se sienta en la misma cama. Lili se pone a llorar, de asco debe ser, los chicos entienden mucho más de lo que uno cree. La voy a levantar y el Bestia se pone delante y me lo impide: Cambiate ahora.

Y es una orden a la que sé que no puedo desobedecer.

—¿Qué hacés acá? Me ponés nerviosa, y a la nena también, por eso llora.

—¿No querías consultarme sobre lo que te vas a poner para recibir a Dufau? ¿No me dijiste eso por teléfono?

Me doy vuelta y abro el armario para disimular esas ganas de pegarle, de matarlo, y me imagino, por puro gusto no más, cómo le clavaría las uñas, y lo golpearía y le patearía los huevos. Qué sádico, sólo se queda acá para arruinarme este tiempo con Lili.

Saco un pantalón, una blusa. No me quiero cambiar acá expuesta a su repugnante mirada, pero peor entrar al baño y dejarla a Lili sola con el asesino de su mamá. Ay, voy a llorar otra vez, me doy vuelta para que no me vea y me cambio a toda velocidad, tiene una sonrisa cínica en sus labios cuando me acerco para llevarme a Lili.

—Estás muy linda, pero pintate, se te nota que lloraste.

Alzo a la nena:

—Y qué, tengo que mostrarme como una jauja con todo lo que pasó hoy —aprovecho que ha aflojado por un momento su mirada de odio y pruebo qué pasa—. Me amenazaron con un cuchillo, después vi cómo mataban a Liliana, no la voy a ver más a Lili.

Me la saca de los brazos, no quiero tironear, me da miedo que le haga daño. La tira sobre la cama con violencia y salta hacia mí. Por un momento, creo que me va a pegar, su brazo extendido me alcanza cuando corro hacia el baño, se enlaza a mi cintura y me aprieta contra sí. Su brazo de acero oprimiendo mi estómago, llagando mi piel, el Bestia se pega a mí, todo su cuerpo contra el mío, ensuciándome, ahogándome, puedo sentir su rigidez: Ah, si no fueras tan hermosa, Miriam, tan hembra.

Su respiración comienza a agitarse, su otra mano me toca las tetas con brutalidad. Si no reacciono, la repulsión me va a desvanecer.

—Dejame que me voy a maquillar —y lo empujo pero él me retiene con fuerza.

—Portate bien, Miriam, no seas imprudente —y el aliento sucio de su deseo me mancha la oreja—, sos demasiado hermosa para terminar... mal —suelta un poco el brazo pero aún no me libera—. Quiero estar orgulloso de mi mujer cuando te presente al teniente coronel, ¿entendiste?

Al fin me suelta y entro al baño, me maquillo de cualquier modo mientras trato de imaginarme los planes del Bestia. ¿Me matará en cuanto se vaya el teniente coronel? No parece que quisiera denunciarme. Seguramente piensa matarme de a poco, como me anunció Liliana, ella, al fin, lo conocía mejor que yo. Y aunque no me torture con la picana, o con lo que sea, basta con que se quede acá, violentándome con su presencia, con sus manos, con su sucio cuerpo, para matarme de a poco.

Cuando Alfonso Dufau tocó el portero eléctrico del departamento de la calle Ayacucho, se sorprendió bastante de que el Bestia y su novia vivieran allí. Tenía anotada la dirección hacía unos días, pero no le había prestado atención. El departamento debía ser de ella. ¿Sería posible que el Bestia se hubiera conseguido una novia con plata? No pudo evitar esa sonrisa de complacencia, era un

muchacho muy inteligente, Pitiotti, no sólo una bestia. Por eso Alfredo Dufau confiaba en él hacía tiempo. Pero la verdad es que el Bestia lo sorprendió, ¡quién hubiera dicho que ese negrito viviría en un departamento de esta categoría!

El teniente coronel Alfonso Dufau se felicitó a sí mismo de la decisión de guardar la nena ahí, de confiar en el Bestia. No le hubiera gustado que su nieta pasara sus primeros días en un lugar sórdido. ¿Quién sería la mujer? ¿Cómo la habría seducido? Quizás le haya mentido, debió de haberle contado que era un oficial. Al Bestia le gustaba mucho el poder, y eso es algo que Dufau apreciaba. Tenía la mejor predisposición con ese muchacho. Lo ascendería tan pronto fuera posible. Ponderaría a su mujer aunque como fuera un loro, se prometió cuando el ascensor se detuvo en el séptimo piso.

Si antes se sorprendió de que el Bestia viviera en ese lugar, cuando vio a Miriam no pudo creer que esa mujer espectacular fuera la novia del Bestia.

—¿Y no tenía miedo de que la reconociera? ¿No era una mina de las fiestitas de ellos?

—El Bestia debía de saber que no la había visto. Probablemente, Alfonso no iba con putas, o a esas fiestas. Acordate que cuando él solicitó su primera cita con Miriam, dejó entender que era para Dufau. Y Miriam no lo conocía.

Que se hubiera pescado un bagallo con guita y tratara de trepar, ya le parecía bastante mérito, pero que esa morocha despampanante, que de sólo mirarla un instante ya le despertó un deseo que hacía tiempo, cuánto tiempo que no sentía, lo azoraba de tal manera que apenas si logró decirle: Mucho gusto, señora.

Pero no fue la única sorpresa que iba a recibir esa noche el teniente coronel Dufau. El sargento Pitiotti le había pedido a su mujer que se retirara (con una autoridad innata que resultaba extraña viéndolos así: él, tan poca cosa, ella, tan sin igual) y que preparara la niña porque quería hablar con el teniente coronel a solas.

El sargento Pitiotti le refirió muy sucintamente lo que había pasado esa tarde, acomodando los detalles como más le convino para dejar a Miriam en un lugar destacado (en su historia había sido ella quien,

al ver al Bestia, había empujado a la detenida, permitiendo que la pudieran abatir, y salvando de todo peligro a su nieta). Él había obrado con rapidez y eficiencia y finalmente todo se resolvió. Había pensado que, aunque hubo testigos, sería mejor no denunciarlo como un enfrentamiento, ya que había entendido que este caso era mejor tenerlo en la mayor reserva. El cadáver de la detenida estaba aún en el baúl del auto a la espera de sus instrucciones. Tenía una buena idea pero quería consultar a su teniente coronel antes de llevarla a cabo.

El sargento Pitiotti hizo lo correcto, el teniente coronel no quería que se hablara de este asunto, que se asegurara de que los policías que intervinieron, aunque no estuvieran ligados al centro de detención, no lo comentaran.

Había que desembarazarse del cuerpo lo antes posible, sin que nadie se enterara. No quería, ya se lo había dicho, que se supiera nunca que su nieta es hija de una de éstas. Aunque los chicos no tienen la culpa. Pero igual, lo prefería así. Tal vez el sargento Pitiotti —no quisiera ordenárselo, sino pedírselo, como un favor especial, personal— pudiera hacer desaparecer ese cadáver con la mayor discreción.

Justamente era eso lo que el sargento Pitiotti iba a sugerir. Ya tenía pensado cómo hacerlo. Contaba con la ayuda del mismo cabo que estaba de guardia.

—Ése no hablará, téngalo por seguro. Dufau negó con la cabeza.

—Prefiero que nadie más que usted intervenga. ¿Será posible, sargento?

—Por supuesto, mi teniente coronel.

Aunque esto alteraba un poco los planes del Bestia, ya que él no quería ausentarse de su casa esa noche por tanto tiempo como le demandaría la tarea, aceptó. No creía que cambiara mucho las cosas, él había sido bastante claro con Miriam: Sería una lástima, tan linda, que terminaras mal.

Se levanta y sale al hall a encender un cigarrillo. Hace cuatro años que Eduardo ha dejado de fumar, y ahora, desde ese cigarrillo que pidió a la empleada que le falseó el certificado de nacimiento, no

puede parar. Siente que el tabaco lo ensucia y es casi un placer sentirse sucio de humo y nicotina y alquitrán, de cualquier otra cosa que no sean sus mentiras, su estafa. Porque no sólo a Mariana está estafando. ¿Qué le dirá a esa niña, cuando crezca? También deberá mentirle a ella. Este dolor nuevo lo ha arrancado de la cama al corredor. Sólo había sentido miedo, aprensión, con respecto a la nena, pero ahora que se acerca el momento de conocerla, que es una realidad que desde mañana enfrentará, siente mucha vergüenza ante ella. Porque si no se atreve a decírselo a Mariana, a Luz también le mentirá.

¿Qué clase de padre puede ser alguien que engaña desde el primer día? Aspira el cigarrillo y se siente sucio. Lo menos que puede hacer es averiguar quién es su madre. Y algún día, ya verá cuándo, lo decidirán juntos con Mariana, se lo dirá a Luz.

—Aunque dio muchos pasos para averiguar sobre la madre, nunca llegó a decírmelo. Nunca —y Luz se calló abruptamente, miró para otro lado, como si sus pensamientos la llevaran a otra escena de la que no quería hablar a Carlos; por fin dejó salir, casi como si hablara consigo misma—. Y en el Banco Nacional de Datos Genéticos, tampoco había nada...

—¿Cómo?

—Nada —entonces sí miró a Carlos—. Y el Banco se creó en 1987, aunque muchos años antes ya se hacían estas gestiones, mil novecientos ochenta y siete, Carlos —la repetición del año era un nítido reproche—. Allí está la sangre de centenares de familiares de detenidos—desaparecidos durante la dictadura para ayudar a reconocer la identidad de sus hijos. Yo me hice el análisis de histocompatibilidad, se buscó en el Banco pero no dio nada... no había ninguna sangre que pudiera relacionarse con la mía. A mí nadie me buscó.

¿Qué había allí, en el fondo de esos ojos verdes, incendiándose?, se preguntó Carlos. ¿Odio? No, pero un sentimiento tan intenso como el odio que Carlos lo recibió sin poder nombrarlo. No podía desprenderse de esa suerte de azote verde, como tampoco pudo el Bestia, veintidós años atrás, expulsar esa mirada de Liliana en el asiento trasero de ese Falcon. Carlos la sostuvo en silencio un

tiempo que se le antojó larguísimo, sin que el brillo en la mirada de Luz se atenuara.

Se levantó, pegó con su mano sobre la mesa. Luz se sobresaltó, se puso también de pie. Abrió la boca para decir algo que no dijo, quizás pedirle que no se enojara, que comprendiera su rencor. Carlos volvió a sentarse mientras apoyaba su mano en el brazo de Luz, indicándole que se sentara, negó con la cabeza como diciéndole que no se preocupara, que no se iba a ir.

—Me dijeron que fue un varón y que estaba muerto al nacer. Ya te lo dije. Pero a mí lo que me dolía era que me la hubieran arrancado a ella. Nunca más su piel tibia, su risa, nunca más su entusiasmo, esas ganas de hacer, de luchar, de cambiar el mundo. Yo lo creí, no lo puse en duda... no sé cómo decírtelo, me dolió, sí, pero cómo sentir tu muerte al lado de esa pérdida brutal que significó la de Liliana.

Luz pareció enternecerse pero fue sólo un instante:

—Pero no estaba muerta, estaba, sigo estando... viva, Carlos.

Lili, preciosa, no me vas a perdonar nunca que te entregue a los malos. Pero qué querés que haga, el Bestia me amenazó. Si vivo, algún día te voy a ir a buscar, muerta no hay ninguna esperanza. Lili querida, quiero que sepas que te quiero mucho, mucho, que lo que me diste vos en estos pocos días, y tu mamá también, pobrecita tu mamá, no me lo dio nadie nunca. Lili, te vas a acordar, por si me mata el Bestia, te digo, te vas a acordar que tu mamá se llamaba Liliana, y que era muy buena. Y tu papá, Carlos. Y que a ellos los mataron porque querían una sociedad más justa. Y acordate de mí también, de cuando te cantaba «Manuelita» y cuando te decía:

—¿Quién es la nena más linda del mundo? Lili, Lili. Así se despidió Miriam —y la voz de Luz se partió en mil astillas—, porque entonces la llamó el Bestia, y ella se limpió las lágrimas, pero claro, era indisimulable. No quería llorar delante de Alfonso, quería pasar lo más inadvertida posible, porque ya esa noche empezó a concebir uno de los tantos planes de rescate, y claro, no le convenía llamar la atención de Dufau y que después pudiera acordarse de ella. Cuando entró al living, él la miraba, según Miriam, «con esa cara de

asquerosos que ponen los tipos cuando te tienen ganas» la miraba a ella y no a la nena. Y el odio, el miedo, el dolor, Miriam se largó a llorar ahí mismo, aunque lo que menos quería era mostrar hasta qué punto le dolía separarse de mí, pero no pudo evitarlo. Estaba temblando, lo único que se le ocurrió fue pedir que la disculparan, que había vivido tantas cosas horribles ese día.

—Por favor, señora, no se disculpe. Es normal, con todo lo que le pasó.

Y yo sentada con Lili en brazos, no puedo, no puedo dársela.

—¡Qué coraje, qué temple! La felicito.

El Bestia extiende los brazos para agarrar a Lili, sabe que no se la puedo dar, ni tampoco mostrarlo, es un tironeo suave.

—Es que Miriam se ha encariñado con la chiquita, le cuesta —trata de justificarse ante su teniente coronel, como si yo fuera algo suyo que le fallara, que hubiera que aceitarme, al fin me la saca y yo lloro a los gritos, sí, a los gritos.

El Bestia me mira censurándome, y el monstruo, en lugar de agarrar a la nena, me pone una mano sobre el hombro:

—No sufra, dentro de unos días tendrá el suyo.

El llanto se me corta como la manera más eficaz de que me saque su hedionda mano del hombro, y la saca, sigo con la cabeza baja, no quiero ver cuando el Bestia se la entregue. Por suerte Lili duerme, por suerte no está mirando a estos dos canallas que se la pasan de brazo en brazo. Ya se la debe haber dado porque el Bestia se me acerca y, con un tono que finge ser cariñoso pero en el que puedo sentir su bilis, me dice: Querida, saludá al teniente coronel, que ya se va. Yo vuelvo enseguida.

Me paro, no estoy viva, es un sueño, una horrible pesadilla, el monstruo la tiene alzada con incomodidad, y la espía, pero apenas me levanto, su mirada se desprende de Lili para clavarse insolente en mí.

—Una vez más, gracias por todo, señora.

No sé si dicen algo más, ya no siento nada, no lloro. La puerta se ha cerrado. No puedo moverme.

El sargento Pitiotti acompañó al teniente coronel Dufau al auto, y lo ayudó a poner a la nena en el moisés. Colocó el bolso que le había pedido a Miriam que preparara con unas mudas, dos mamaderas y varios chupetes que él mismo había comprado. Durante el trayecto que separaba el departamento del auto habían cruzado la plaza donde fue abatida la detenida.

—Qué valor el de su novia, cásese pronto, sargento, es una orden —y los dos se rieron—. ¿A que no ha recibido nunca una orden más grata?

Hablaron de la belleza de la beba y de la suerte de que todo se hubiera resuelto tan bien.

Vuelvo enseguida, me dijo. Quizás sólo lo acompañe al auto. Cuando vuelva, me mata. No sé exactamente cuál es su plan pero no puedo permitirme la mínima duda, la menor especulación. Me voy ya. La cartera, todo el dinero que tengo. Las llaves. Tres pisos por la escalera. El ascensor. Ay, que no esté abajo. Liliana querida, ayudame si me ves. No está. Bendito taxi.

—Tome por el Bajo.

Capítulo seis

Cuando le indiqué al taxista por el Bajo, no tenía claro adónde iba a ir. ¿Adónde nos íbamos a escapar con Liliana? ¿Adónde puedo ir yo? Al Claridge, por qué no. Y aquí estoy, en una de las suites donde tantas veces estuve laburando. Pensaba entrar y registrarme como una huésped cualquiera, al fin, puedo pagármelo, me lo pago. Pero ni siquiera fue necesario. Apenas entré, me topé con el bueno de Frank en la recepción.

—Patricia, qué sorpresa, creí que lo habías dejado... y me alegré.

—A Frank lo había conocido cuando Miriam iba a esas citas, que solían ser en el Claridge. Una vez que se quedaron charlando, él le había propuesto encontrarse fuera del trabajo. Salieron algunas veces juntos, a comer, al cine. Frank, hijo de un norteamericano y una argentina, era bilingüe y pretendía hacer carrera en la hotelería. Él se interesaba por la vida de Miriam, aunque ella nunca le había contado gran cosa. A Miriam le caía bien Frank.

—¿Habían sido amantes?

—No, amigos. Ella había tenido la fantasía de acostarse con él, pero Frank nunca se lo propuso.

Me preguntó a qué suite iba, de la agencia no le habían avisado nada. Y entonces yo lo asombré:

—Ya no trabajo para Anette, ni para nadie, vengo como clienta, me voy a registrar y ¿sabés, Frank?, no me llamo Patricia, me llamo Miriam. Así que andá anotando, no más —le dije mientras buscaba el documento en mi cartera.

Frank negó con la cabeza. ¿Y cuántas noches se va a quedar la señora?, me cargaba mientras sacaba una llave y me la entregaba, ¿le hago subir el equipaje?, señalaba mi pequeño bolso, ¿o se arregla solita? La seiscientos tres está libre, y creo que será de su gusto.

Le sonreí y salí a mil al ascensor, antes de que llegara el otro, el viejo ese que me cae tan mal. Lo hizo para hacerme un favor, para que no pague.

Ahora que lo pienso, mejor que no me registró. Si al Bestia se le da por buscarme por los hoteles, y justo pregunta por mí aquí, que es dónde estuve con él la primera vez que... no quiero ni acordarme. Pensar que me alegré cuando vi que era el Bestia.

Ay, suena el teléfono. ¿Y si Frank al fin me registró? No, yo le dije Miriam, ni siquiera sabe el apellido. ¿Y si el Bestia preguntó por todas las Miriam que hay en el hotel?

Levanto el tubo y no digo ni hola, por si acaso:

—¿Patricia? —me dice del otro lado—. Soy yo, Frank. ¿Puedo subir? Quiero hablar con vos.

—Sí, claro, pero estoy muy cansada.

¿Qué querrá? ¿Cogerme? ¿Existe todavía alguien que te hace un favor porque sí? Un día, cuando estábamos tomando algo, se lo pregunté, porque me intrigaba que se mostrara tan interesado en mí y no diera ni señales: ¿No me querés coger vos? Y él, con esa sonrisa tan especial que tiene: No puedo permitírmelo, debés cobrar caro y yo soy pobre. Te puedo hacer una rebaja, si querés, como lo haría por libre y no por la agencia.

Se lo había dicho así por jugar, para provocarlo, como nunca me decía nada, y a mí ese día me acuerdo que me dieron ganas. Desde un tiempo, no lo hacía por gusto, por mí misma y no por laburo. Y Frank me caía bien. Era simpático. Por supuesto, no le iba a cobrar, pero no llegué a decírselo porque él, antes de que yo abriera la boca, me había soltado un no, la verdad es que no pagaría nada por vos, nunca daría un peso por acostarme con vos, no me interesa. Y a mí me había dado bronca.

De eso estamos hablando ahora, de que yo jugaba, que se lo decía en broma, pero que él me hubiera despreciado así, tan fuertemente,

que no le gustara nada como mujer, a mí me había dolido.

—No entendiste nada, Patricia, yo lo que no quería eran tus servicios. Yo te tomé cariño... me importabas, es obvio. Claro que te deseaba, pero hubiera querido que hicieras el amor conmigo porque yo te gustaba. A mí nunca me calentaron las putas, en ese sentido soy distinto de otros hombres.

—Pero qué idiota, si yo me hubiera ido a la cama con vos porque sí, a mí también me gustabas, te dije lo de la rebajita para seguir con el juego.

Frank se golpea la cabeza con la mano: Yo no soy más boludo porque no tengo tiempo. Y yo me río: Justo eso mismo le dije ayer a una amiga.

Una amiga, sí, Liliana fue mi verdadera amiga, mi única amiga, y está muerta, y Lili con el milico. Y el Bestia, que ya debe haber vuelto y estará como loco porque me rajé, buscándome, quizás en este mismo momento, el pánico me sacude: No me registraste vos, ¿no? Como te dije Miriam. ¿Quién sabe que estoy acá?

—No, cómo te voy a registrar. El viejo se tuvo que ir por un rato y yo te di esta suite porque está libre. Hubo una anulación. Pero mañana vas a tener que...

—¡Ah, qué alivio! Porque cuando vine ni pensé, pero por ahí se le ocurre buscarme aquí.

Frank se me acerca: ¿Qué te pasa, Patricia? Estás temblando. ¿Quién te busca? ¿De quién tenés miedo?

Yo ni le contesto pero me doy cuenta de que mi pánico es indisimulable. Me dejo abrazar por Frank, apoyo mi cabeza sobre su hombro, y lloro, lloro. Ay, cómo me equivoqué, cómo me equivoqué, Frank.

—Llorás como si se te hubiera muerto alguien.

Claro que se me murió alguien. Pero sólo dejo salir esas lágrimas que lo empapan. Él me acaricia la cabeza, sin decirme nada. ¿Qué va a entender el pobre Frank? Yo quiero que me consuele. Me dejo caer sobre la cama y él me mira, y cuando le veo eso tan nítido en su mirada me digo que fui una imprudente en tocar ese tema, y que tengo que ser clara. Soy, quizás, demasiado directa: Ay Frank, querido, no se te ocurra cogerme, no sabés todo lo que pasé estos

últimos días. Él reacciona mal, si no te pienso coger, no mientas, y sigo llorando, conozco esas miradas.

—Si te miro así es porque me gustás, pero no voy a hacer el amor si estás llorando y en ese estado, no soy tan bestia.

Qué sabe Frank por qué la palabra bestia me produce este miedo que me recorre de la punta del dedo del pie a la cabeza, me sacude. Miedo y asco, un asco hondo, profundo. No digas esa palabra: bestia, te digo que no soy tan bestia como para que mi deseo de vos... , ya sé lo que me dijiste, es la palabra bestia lo que no soporto, estuve viviendo con un tipo este tiempo, hasta pensaba casarme, le dicen el Bestia, es su nombre, ¿te das cuenta?, y yo me fui a vivir con él, como si nada, bestia es poco, es un asesino, un inmundo, un sádico.

Frank no entiende cómo me enganché con él. Porque creí que me quería, que me comprendía, te juro, me parecía tierno, y sabés qué es: un torturador.

—Pero quién es, porque acá los conocemos a todos.

—No, éste vino una sola vez, no lo conocés.

Pero entonces qué pasó, me pregunta. Y no debo hacerlo, pero le cuento que yo estaba muy mal porque me había hecho un aborto cuando lo conocí, y que él entonces, no, no puedo decirle que me prometió un bebé, que fue bueno conmigo pero yo no sabía en verdad lo que él era, un monstruo, después, cuando lo supe... , porque después pasó de todo.

Cómo va a entenderme algo, si empiezo una frase y la corto, tampoco quiero que me entienda, es sólo hablar porque estoy histérica y quiero descargarme y la expresión de Frank me hace sentir cómoda, pero no puedo contarle lo que me pasó, le digo que me escapé y que el tipo me va a matar.

Frank me abraza, me pide que no tenga miedo, que le cuente y él me va a ayudar: ¿Era uno de tus clientes? ¿Es un milico? ¿Conoció tu casa? Pero si está en mi casa. Se vino él a vivir a mi casa. Y me acuerdo de los muebles, de los tapizados, algo tengo que hacer para recuperarlos.

—Frank, ¿vos te animarías a ir a mi casa con una mudadora y sacar todo? Yo no puedo ir.

—Pero si está en tu casa, le decís que se vaya, que se terminó, y basta. Si querés yo me finjo tu nuevo novio para que el tipo no pueda pegarte.

—Ay, Frank, tenés razón, vos no sos más boludo porque no tenés tiempo. Si vamos ahí los dos, nos mata, sin problema. Por qué te crees que le dicen el Bestia. Yo al tipo lo cagué, no sólo como mina, lo cagué en su carrera, ¡y es un milico!, y el tipo que ahora ya no le quedará ninguna duda de que fui yo quien lo hizo, va a querer matarme, aunque está enamoradísimo de mí.

Frank no me dice nada, pero debe sentir esta desesperación, este agujero negro en el que me hundo, Liliana acribillada sobre la plaza, nunca más Lili, su pielcita suave, porque me corre suavemente el pelo de la frente y me acaricia la cabeza, como si intentara apagar esta hoguera de imágenes horrorosas que arde en mí.

—Ahora quiero dormir, no puedo más. Hasta que no duerma no puedo pensar.

Frank me tapa, me da un beso en la mejilla, apaga la luz y se va.

—Pero Frank, aunque no había entendido nada del confuso relato de Miriam, de lo que no tenía duda es de que estaba en peligro. Si el tipo era tan peligroso, no era conveniente que ella se quedara ahí, al fin ése era, o había sido, su lugar de trabajo. Por eso la despertó a las siete de la mañana, le dio las llaves de su casa, la dirección, y le pidió que lo esperara ahí, sin moverse.

Me dice que a esta hora voy a pasar inadvertida. Pero por qué no me anotás la dirección, en lugar de hacérmela repetir tantas veces, sos como Liliana vos, Frank, la disciplina. Pero qué le digo, si ni siquiera sabe quién es Liliana.

—Lo que Frank no quería era que si ese milico la encontraba, Miriam tuviera su dirección. Era algo de sentido común, no de disciplina. A su vecino lo habían chupado, le contó a Miriam después, sólo porque estaba su nombre en la agenda de un tipo que parece que era montonero. No podía asociar a Patricia, su amiga, la puta, con una subversiva, pero si tenía problemas con un milico, no eran tiempos para correr riesgos. Por eso tampoco se quiso ir con ella, ni estar en la recepción cuando Miriam saliera del hotel. Su turno, de todos modos, había terminado.

Y que si alguien me ve cuando salgo, me dice Frank, sólo sonría, y que ni se me ocurra decir que él me dio la suite. Y tiene razón, porque el portero, que me reconoce enseguida, me hace una sonrisa que yo le devuelvo cuando me pregunta si quiero un taxi. Que no, gracias, que me voy caminando. Hay que cuidar hasta el último detalle, decía Liliana. Ni sé quién estaba en la recepción, a propósito, no miré. Aunque no creo que al Bestia se le ocurra venir hoy mismo al Claridge. Estoy exagerando, y Frank, que ni sabe lo que pasa, anoche debo haberlo vuelto loco porque hoy estaba más nervioso que yo, y me metió más miedo.

Frank no pasó por la casa de sus padres como había previsto. Fue directamente a su casa y esperó a Miriam sentado en la escalera. Con el apuro no se dio cuenta de que él le había dado el único juego de llaves que tenía. Lo primero que le pidió Miriam, apenas entraron, es que fuera hasta su casa, a ver si lo veía salir al Bestia. Suele irse a las siete y media, ocho. No entendía para qué, pero lo haría si ella le prometía que no iba a salir de su departamento.

Se bajó en Ayacucho y Alvear y caminó pausadamente en dirección a Posadas. No tuvo que hacer ningún esfuerzo para reconocer al Bestia de inmediato. Estaba de pie, en la misma puerta del departamento, y miraba hacia un lado y el otro, como si le costara despegarse de ese lugar. Más que furia, como le había anunciado Miriam, era otra cosa, era dolor. Esos rasgos duros, toscos, no lograban ocultar una aflicción profunda. No había ningún guardia en la puerta y Frank estaba seguro de que el Bestia no lo había visto. Lo había seguido hasta el estacionamiento de la otra cuadra. Y el Bestia nunca lo había mirado.

Ahora se acostaría a dormir. Que se quedara ella en su cuarto, que él iría al otro. Miriam se acercó y le dio un beso: Gracias, Frank, sos un divino. Y perdoname que ayer no me quise acostar con vos, pero ahora, si querés...

—No, Patricia, ahora el que va a dormir soy yo.

Por suerte me dijo que no, porque la verdad yo no tenía nada de ganas. Tengo que decidir qué hacer. No soporto que el Bestia siga en

mi casa, con mis cosas, pero ni loca voy a ir a echarlo, porque me mata. Lo mejor será ir a ver al propietario del departamento y tratar de anular el contrato. Y que lo eche él al Bestia, si es que no se fue antes.

Frank no se va a negar a mudar las cosas por mí.

—Llamó por teléfono al propietario. Le dijo que se tenía que ir a Italia y que se mudaría esa misma semana, o la próxima, y le entregaría la llave. El dueño del departamento aceptó porque aún faltaban tres meses de contrato y Miriam ya lo había pagado.

Y ahora cómo hago para buscar a la nena. Ni sé cómo se llama. Debe tener otro apellido. En algún lado debe haber guías telefónicas. Sí, aquí. Busco Dufau.

—Alentada por la tonada correntina de la mucama que le respondió, se animó a decir que era amiga de la infancia de su hija y que quería su teléfono.

—¿Cuál de las tres? —me pregunta.

No tenía idea de que tuviera más de una hija. Ni siquiera sé el nombre de la hija. Me quedo callada, sin saber qué decir, pero la elocuencia de la correntina me proporciona algunos datos. ¿Eras compañera de las mellizas? Sí, le contesto con toda seguridad. Ellas llegan a las seis, más o menos. Si viven con Dufau no puede ser, pero ya no puedo decir: Ah, no, era compañera de la otra.

—Dijo que llamaría más tarde u otro día, pero cuando lo habló con Frank y con todo lo que pasó después en Coronel Pringles, descartó la idea. Podía ser muy peligroso. También en esos días, me contó, fue cuando buscó en la guía tu apellido, tratando de averiguar algo. Aunque, como te dije, lo buscó con una «e» delante.

—No insistió mucho —dijo Carlos con cierto desdén.

—No, ella creía que estabas muerto.

—Dale, ¿no podés ir hoy mismo a buscar mis muebles, o mañana? —le pido a Frank cuando se despierta.

—Pero estás loca, ¿y si llega el Bestia?

Sí, seguro que no se fue del departamento. Debe estar esperándome, el muy boludo. Pero si Frank va a la hora en que él trabaja, no se cruzarán.

El sargento Pitiotti no podía sacar ninguna información, estaba distraído, angustiado. ¿La encontraría al llegar? Llamó varias veces durante el día. Ella no iba a irse así como así, dejándolo a él en su casa. Y además había dejado toda su ropa. Volvería. Estaba seguro de que Miriam volvería.

La nena llora todo el tiempo. Mariana está agotada. Eduardo le dice que descanse, él se quedará con la beba hasta que se duerma. Se lleva el biberón. La pasea y el llanto se va calmando. Sale al jardín. Es una noche cálida. Prueba con la mamadera y Luz esta vez se prende. Qué grato le resulta este silencio. Mira a Luz, su hija. ¿La siente su hija? Sí, pero no lo es. Se sienta en un banco, alejado de la casa. Ahora que no nos escucha nadie te lo voy a decir. Necesito decírtelo, Luz, chiquita, a vos no quiero mentirte.

Y aunque no abre la boca, le cuenta a Luz la verdad, le promete que se lo explicará cuando sea más grande y averiguará todo lo que ella quiera, y ahora sí, más aliviado, puede darle un beso en la pelusita de la cabeza antes de dejarla en la cuna.

Durante unos cuantos días, el sargento Pitiotti se aferró como un enamorado a cualquier esperanza, tal vez Miriam fuera a verlo para pedirle que se fuera y entonces él la convencería de seguir juntos. No se iba a ir definitivamente sin tratar de recuperar sus muebles. Miriam tenía una locura, que él nunca había comprendido, con los muebles, los jarrones, las alfombras. No, uno de estos días volvería y cuando él le llevara el próximo chico que naciera se le pasaría todo. A propósito, hacía ya tres días que Miriam se había ido y él se había olvidado de ver a la detenida que estaba próxima a parir.

—¿Cuánto le falta? —le preguntó a Teresa, la chica que había controlado las contracciones de Liliana.

—No lo sé exactamente pero la puedo revisar —se ofreció.

En su vida había hecho una revisación ginecológica, pero antes de que la hiciera el animal del enfermero, le pareció preferible. Teresa le metió el dedo en la vagina, y puso cara de estar calculando, después

apoyó las manos contra su vientre: Está alto todavía, y no tiene dilatación. Unos diez días, dos semanas, tal vez.

Cuando el Bestia se fue, Teresa le dijo al oído que no tenía ni idea de lo que había dicho, pero que le parecía mejor seguir con este juego, porque así te lleva al hospital, como a Liliana. Siempre será más seguro, y quién sabe si habría alguna posibilidad de avisar a la familia.

Sí, sería mejor, y una sonrisa débil se dibujó debajo del tabique de la detenida.

—Teresa me contó —dijo Carlos— que al poco tiempo de enterarse de la muerte de Liliana, también se llevaron a otra chica, que el Bestia había marcado, a parir a otro lado. Pero no fue el Bestia quien la llevó.

—¿Adónde? ¿A un hospital? Tal vez el mismo al que llevaron a Liliana.

—No sé, Teresa no me lo dijo, quizás no lo supiera. La chica nunca volvió a aparecer, y sobre ella no hubo ningún comentario.

—¿Y no averiguaste más? ¿No viste en el juicio a las Juntas si había algún testimonio que hablara de esa chica? ¿No consultaste con ningún organismo de derechos humanos? Una pista que pudiera conducirte a Liliana... a mí. Yo busqué uno a uno en todos los testimonios todas las Lilianas que aparecían mencionadas... y también los Carlos... Carlos apoyó su mano sobre la de Luz. —Ya te dije que creí que nuestro bebé había nacido muerto, me enteré mucho antes del juicio a los militares —Carlos se incorporó en la silla. Miró a Luz. Había llegado su momento de hablar—. Estaba en Paraguay, escondido en un campo, justo enfrente de Posadas, donde vivía mi familia. Mi cuñado me ayudó a escapar, cruzamos el río en un bote, a la noche. Era peligroso quedarme allí, pero yo no quise irme, ni aun cuando mi hermana me consiguió el pasaporte falso. No podía hacer nada, pero significaba estar más cerca de Liliana. Todavía tenía la esperanza de que pudiera aparecer. Yo le había avisado a Nora, la madre de Liliana, que la habían secuestrado, ella hizo el hábeas corpus y se movió todo lo que pudo. Pero nada. Como siempre, le dijeron que Liliana no estaba en ningún lado.

—¿Se llama Nora? —lo interrumpió Luz, los ojos brillando de entusiasmo—. ¿Y... vive?

—Sí. Mis padres estaban en contacto con ella, pero, por supuesto, ignoraban dónde estaba yo. Me moví mucho, pero siempre dentro de la zona. Fue desesperante estar ahí, en Paraguay, sin poder hacer nada, todos esos meses. Yo llamaba para tener alguna noticia y mi hermana y mi cuñado me rogaban que me fuera. Ellos también se pudieron escapar, en diciembre. En febrero del 77, mi padre me dijo lo que le había contado Teresa. Entonces sí, vine a España.

—Y tus padres ¿viven?

—Mi padre sí. Mamá se murió en 1980. No pude verla.

Frank la había ayudado en todo, aunque en esa semana que estuvo en su casa no había logrado comprender bien la historia, porque ella sólo le había contado partes. Lo de Liliana se lo dijo la misma tarde que ya estaban los muebles en la guardadora, cuando él le dio las cartas del Bestia.

—Cuando entró Frank, una media hora antes de que llegara la mudadora, encontró una serie de cartas y notas diseminadas por toda la casa. Seguramente se los había dejado por si ella llegaba al departamento a buscar sus cosas cuando él no estaba.

—¿Mudaron las cosas de Miriam en esa situación? Pero ¿por qué?

—Miriam insistió tanto que Frank le dio su acuerdo para presentarse él mismo a buscar las cosas. El guardamuebles lo contrataron a nombre de Frank. Yo tampoco entiendo qué le pasaba a Miriam con esa historia de lo que tenía en ese departamento. Debe tener que ver con lo que ella había puesto allí afectivamente: representaba un sueño que ella había podido realizar. Y también fue una manera de decirle al Bestia: Basta. Porque, increíblemente, él no hizo nada hasta entonces. Y había pasado más de una semana.

Mientras Miriam leía las cartas en voz alta, insultaba al Bestia. «Miriam, la semana que viene llega nuestro hijo, esperame.» «Tengo que hablar con vos, no hagas locuras.» «Te quiero, te adoro.» Y esa otra larga carta hediondamente melosa en la que le hablaba de cuando se conocieron, de sus proyectos, de lo felices que fueron hasta que se complicó todo con la nena del teniente coronel, pero

que no había sido su culpa, «sino su deber». Su deber, qué hijo de puta.

Recién entonces Frank se había podido enterar de todo: la huida con Liliana y Lili, el asesinato de Liliana, lo de Lili y el teniente coronel, su propia huida más tarde.

—¿No la buscó el Bestia?

—Había llamado a Anette, para ver si había vuelto a trabajar con ella. Me parece que fue el mismo día, pero claro, antes de que él se enterara de que en el departamento sólo había quedado su ropa. Tal como Miriam le había pedido a Frank.

Por eso, cuando llegó al hotel al día siguiente, y le preguntaron si él no había visto por casualidad a Patricia en esos días, le dio pavor. Si el Bestia ya la había empezado a buscar, cómo iba a reaccionar ahora, cuando encontrara el departamento vacío.

—No, hace mucho que no veo a Patricia. Pero el portero la había visto salir de ahí una mañana, hacía unos nueve o diez días. ¿No estaba él en la recepción la noche anterior?

No sabe qué día fue que la vio salir el portero, él, como ya dijo, hace meses que no ve a Patricia. Hubiera querido averiguar más, pero era preferible cambiar rápidamente de tema, no mostrarse interesado, no despertar la menor sospecha.

Cuando el sargento Pitiotti entró y encontró sólo su ropa y el departamento vacío, no hizo nada más que patear y dar puñetazos sordos contra las paredes, hasta que se dejó caer, impotente, sobre el suelo pelado hasta el día siguiente. A la mañana le preguntó al portero del edificio y a sus vecinos si habían visto el camión de mudanzas. Efectivamente, pero nadie recordaba el nombre de la mudadora, ni sabía a qué dirección habían llevado las cosas. Y tampoco el sargento Pitiotti quiso insistir. No le gustaba verse así, en ese papel de hombre abandonado.

—Lo único que sabe Miriam es que cuando llegó el propietario ya no había en el departamento ni rastro del Bestia. Debe haberse llevado sus cosas ese mismo día. Tampoco querría comprometerse haciendo averiguaciones. Sé que no la buscó oficialmente.

—Le costaría decir que su mina lo había cagado. ¿Qué le habrá inventado a Dufau?

Esa misma tarde, después de esa charla con su teniente coronel, que tanto lo ha humillado, el Bestia recuperó toda su eficiencia para obtener información.

Apenas llegó la prisionera se la entregaron, y él, recordando la frase de Dufau «¿Y para cuándo los confites, sargento?», la golpeó con fuerza porque se negaba a desvestirse. Y ellos la ataron de pies y manos a la camilla. Tuvo que decírselo: su novia y él se habían distanciado. Pero sería una crisis pasajera. Seguramente.

Si bien había explicado varias veces (el sargento Pitiotti era considerado un experto) que lo mejor era aplicar la picana a los músculos largos, los del antebrazo, los de las piernas primero (llegar al umbral del dolor, pero no traspasarlo, porque después se insensibiliza, y ya no habla) esa tarde pareció olvidar tanta ciencia y pasó rápidamente de las piernas a la vagina. Ella se había quedado mal con todo lo que pasó el otro día, mi teniente coronel, es una mujer muy sensible, pero ya se le pasará. Un toque no más, quince mil voltios a treinta miliamperios.

—Y ahora a largar todo, putita montonera.

Esas primeras tres horas eran fundamentales, el Bestia bien lo sabía, por eso empleaba todos sus recursos, excitaba tanto su imaginación, para lograr que cantaran enseguida. A las tres horas saltaría la emergencia y se congelaría la célula, y ya sería más difícil agarrarlos.

Ese día el Bestia quería hacer su trabajo con toda eficiencia para borrar la imagen de blando que pudo quizás mostrarle a Dufau un rato antes: su novia se fue a ver a su familia, él la iría a visitar y ya se reconciliarían. Entonces, cuando le estaba marcando los pezones a la prisionera, se le ocurrió: ¿No estaría en Coronel Pringles? Y él buscándola por Anette. En cuanto tuviera franco, el domingo, se largaría para allí. Que anotaran todo lo que decía la prisionera, rápido, antes de que se desarticulara la célula. Necesitaría ayuda, pero no quería que nadie supiera de esta búsqueda, se trataba de su mujer no de una subversiva. ¿Pilón? Sí, lo llamaría a Pilón. Ése seguro que no hablaba.

El sargento Pitiotti todavía podía encontrarla y convencerla de que siguieran juntos.

Cuando Laura y Javier los fueron a visitar todavía estaba Amalia. Para ayudar a Mariana, estos primeros días son difíciles. Y la nena es tan llorona. Pero vieron qué linda es. Sí, ¿a quién se parece?

Ahora vendría lo de siempre, pensó Laura que ya había vivido esa experiencia cuando nació su hijo, cada uno le encuentra parecidos con todos los miembros de su propia familia. Por eso le llamó tanto la atención que Amalia, curiosamente, la viera idéntica a Eduardo y no a Mariana o a ella misma. ¿No le parece, Javier?

—Sí, puede ser, aunque cuando son tan chiquitos, no me doy cuenta.

Su consuegra le dio la razón: tenía algo de Eduardo, y para ser gentil añadió: aunque los ojos son los de Mariana.

Pero en qué son idénticos, se dijo Laura, si Mariana los tiene castaños y esta nena es obvio que los tiene claros.

—Tu madre dice cualquier cosa para quedar bien, le dijo a Javier al salir, pero lo que sí es rarísimo es la actitud de Amalia. ¿Por qué tanta insistencia en que se parece a Eduardo? ¿Y le viste la cara de furia de Eduardo cuando lo dijo?

—No, me pareció que Eduardo estaba bien, contento.

—Sí, pero no cuando Amalia hacía esos esfuerzos con los parecidos, la miraba de una manera. Aquí hay algo raro, Javier.

—Que no, que está delirando. Ah, no, vos también me dijiste que había algo raro con la nena cuando estaba en la clínica. ¿Por qué nadie la podía ver? Sí, es cierto, pero ahora está ahí, está bien, y yo a Eduardo lo veo... bien... quizás un poco preocupado, tenés razón, o cansado, pero es lógico, un bebé te cambia mucho la vida, a mí también me pasó los primeros días de Facundo.

No, no era lo mismo, Laura no le podría decir qué, pero había algo que no le gustaba, que le parecía muy raro, oscuro. Pero mejor se callaba porque a Javier lo estaban poniendo mal sus comentarios. Y además, quizás tuviera razón, a ella le caían tan mal los suegros de Eduardo que cualquier cosa que viniera de ellos le parecía mal intencionada.

Le pido a Frank que no se vaya al otro cuarto, que se quede conmigo.

—¿Por qué? ¿Tenés miedo? —me pregunta.

—Sí —le contesto, aunque más miedo parece tener él—. Pero no es por eso. Quiero dormir con vos, ¿o no te gusto?

Claro que le gusto, pero él es mi amigo, no mi cliente. Se ha comportado como un amigo, un amigo leal. Y eso es lo que es. Pero ¿qué tiene de malo ser amigos y hacer el amor? Y Frank sonríe. Bueno, si lo tomás a mal, no te voy a insistir, es dormir con vos, dormir solamente, te juro que no te voy a hacer nada, le tomo el pelo.

Y nos acostamos los dos en su cama. Soy yo la que me acerco a él: Ves, sólo quiero apoyarme aquí, descansar. Y él me abraza, no le creo del todo que no quiera. Una mano lleva a la otra.

—Vamos a hacer lo que vos quieras nada más —lo tranquilizo.

Y él me besa suavemente, me desliza sin prisa el camisón y su boca me recorre los hombros, el pecho. Y le digo que lo quiero, que quiero hacer el amor con él, no porque le esté agradecida y le quiera hacer un servicio gratis no porque... Me besa en los labios para que me calle.

Tiene razón: los cuerpos se explican mejor que las palabras, y siento cuánto me gusta, y cuánto me quiere, y ahora nos dejamos ir a esto que los dos teníamos tantas ganas, con todo lo que nos sale, ternura, amor, pasión, y cuando al fin llego ahí, a donde me lleva Frank, tan alto, cae toda mi coraza y me emociono. Me gusta este llanto que me sale, tan distinto del de todos estos días. Estoy feliz, y también triste, pero no sólo por lo que pasó, sino porque no lo voy a ver más a Frank. No quiero que se dé cuenta, me acurruco contra él y espero que se duerma. Puta vida, justo cuando siento todo esto que ni siquiera sabía que era tanto, no lo puedo vivir.

Lo decidí hoy, cuando me contó lo del Claridge, quizás por eso insistí tanto en que durmiéramos juntos, para despedirme. No lo quiero comprometer más, cualquier día de estos alguien se va a enterar que me esconde y se va a quedar sin laburo. Y para mí tampoco es seguro. Mañana, en cuanto se vaya Frank, me voy a Coronel Pringles. Allí no creo que al Bestia se le ocurra ir a

buscarme. Si la llamó a Anette, es porque piensa que volví a trabajar de puta. Y si así fuera, no me iría al pueblo.

Lo miro dormir mientras me imagino lo que le voy a escribir en esa carta que le dejaré mañana.

A los dos días que se fue Miriam de su casa, a Frank le volvieron a preguntar por ella. Pero por qué, qué pasaba con Patricia, intentó averiguar mientras revisaba el libro, tratando de disimular su interés. No sabía, le dijo el viejo, pero ya había recibido una llamada de la agencia hacía unos días, y esa tarde se había presentado un tipo, de civil, pero que, sin duda, era un militar, preguntando por ella y hasta amenazándolo: que le costaría caro si ocultaba información, que pasaría al día siguiente, y que esperaba que tuviera algo más concreto que decirle, con quién estaba, y cuál era su paradero.

El Bestia, se dijo Frank, y quiso disimular su turbación con una broma: Tal vez alguien que se quedó caliente con ella y, como no trabaja más, estará tratando de encontrarla como sea.

Pero si ya estaba llegando al punto de buscarla sin disimulo, bien podía ir a Coronel Pringles. Debía tratar de avisarle a Miriam, como fuera.

Casi no lo podía creer la tía Nuncia cuando me vio allí. Hacía siglos que no sabía nada de mí.

—¿Te vas a quedar a vivir? —me preguntó mirando mi enorme valija.

—No, vine a visitarlas, por unos días. Pero me puedo ir al hotel, si no te viene bien.

—No, de ninguna manera, quedate en casa.

Y aquí estoy, en el mismo cuarto que compartía con la Noemí, que ya va por el tercer nene. Le pareció raro que me emocionara al conocer a mi sobrino.

—No sabía que te gustaban tanto los chicos.

Claro que me gustan, y ya estaba lagrimeando acordándome de Lili. La Noemí se alegraba de que me hubiera ido tan bien, de que tuviera una buena carrera y fuera rica, pero si te gustan tanto los chicos, es una lástima que no tengas, deberías casarte. Sí, algún día

lo haría, ahora tenía que viajar, continuar mi carrera de modelo. Le conté que me habían contratado en Italia, y seguramente después trabajaría en Francia.

Casarme, tener un hijo, como si me metiera en el túnel del tiempo, lo que me decía la tía entonces. Tal vez por eso, cuando volví a la casa, mientras nos tomábamos unos mates, y ella me pedía que le contara de mi vida, de si tenía novio, le inventé que sí. Y se lo inventé igualito que Frank, rubio, medio castaño, simpático, bueno, trabajador, ¡y tiene una sonrisa!

—Ay, Miriam, qué alegría verte enamorada.

Y mientras la tía iba entrando en el novelón, yo me lo iba creyendo más y más y me dio muchas, muchas ganas de llamarlo a Frank. Pero por qué no te casás, entonces. No, ahora no puedo, tengo contratos importantes en Europa, pero quizás a la vuelta.

A la vuelta de qué, si ni sé adónde me voy a ir. No me voy a eternizar en el pueblo, ni irme a Buenos Aires con el Bestia buscándome. Ay, Frank, querido, qué hago. Ni siquiera a vos te puedo pedir ayuda.

Me voy un rato al bar. Lo encuentro tal cual. Me da alegría cómo me saluda el Gordo: Miriam, la reina. Ya me había olvidado que fui Reina de Coronel Pringles, pero ellos no. Le pido un whisky mientras le cuento el mismo verso: los contratos en Europa, el éxito, y que quise venir antes a ver a mi familia.

Pero ni la alegría que me da que me reconozcan todos y ese afecto con que me reciben logran tapar la angustia: Lili con los monstruos, Liliana muerta, y Frank... le dije que no nos volveríamos a ver.

Lo llamo de ahí mismo, le pido al Gordo que me preste el teléfono.

—Por suerte tuvo ese impulso de llamar a Frank, que le ordenó que se fuera inmediatamente de allí, que la situación era muy seria y que temía que el Bestia pudiera ir a buscarla al pueblo. Eso la salvó, se debe haber cruzado con el Bestia y Pilón, porque fue al día siguiente que le hicieron bolsa la casa a la tía.

No le fue difícil encontrarla. El mismo Gordo del bar le dijo que estaba en la casa de la tía. Pero claro que el Bestia no le creyó que se había ido esa mañana y la apartó de un empujón y la buscó hasta

el último rincón de la casa, tirando todo lo que encontraba a su paso. Fue Pilón el que puso el arma en la sien de doña Nuncia, para que le diera el domicilio de su hija. Pero para qué, si les digo que se fue, tenía que viajar a Italia.

Ni rastros de ella en lo de Noemí tampoco. El Bestia se ensañó con el cuarto del bebé, lo rompió todo, y si no hubiera intervenido Pilón, que logró arrebatarle el bebé y dárselo a la madre, el Bestia lo hubiera estrellado contra el suelo al primer berrido.

Ella tampoco sabía más que lo que le dijo su madre: que se había ido a la mañana, pero ni siquiera se había despedido de ella. Siempre fue una ingrata, la Miriam, ella no la quería nada. Y ahora le habían roto todo por su culpa.

El cabo Pilón no creía que estuviera escondida en el pueblo. Lo más probable es que fuera cierto: se había ido esa misma mañana. Y además, sargento, tampoco conviene seguir haciendo lío acá. Él mismo le había dicho que debía ser absolutamente secreto. Si seguían, podían despertar sospechas, y era una cuestión personal, no de subversivos, su mujer no es una subversiva, ¿no?

El sargento Pitiotti ni le contestó, se metió en el auto y emprendió el regreso. Se quedó rumiando la frase casi cincuenta kilómetros, qué le había querido decir, qué sabía Pilón, acaso creía que lo de la huida de la prisionera... Se tiró a la banquina y frenó con violencia.

—Ahora me va a dar la verdadera versión de los hechos que tuvieron lugar el 7 de diciembre.

Pudo percibir el temblor en los labios del cabo Pilón: que no entendía lo que le estaba preguntando. Y por qué me insinuó que era una subversiva mi mujer. No, si él no le había insinuado nada, él no sabía nada. Pero la amenaza del Bestia era demasiado intensa, y Pilón entonces: Esa mujer que usted busca yo no creo que sea una subversiva, si no que no se lo merece. El sargento Pitiotti le ordenó que se explicara.

Bueno, algunas veces, lo había provocado, y cómo, ¡en su propia casa!, pero claro, él nunca había entrado en eso, respetaba mucho al sargento Pitiotti. Y decírselo, compréndame, era muy violento.

Pitiotti arrancó el auto y continuaron los dos en silencio toda la ruta. Hubiera preferido casi que le dijera que fue cómplice de la

detenida a esto que le había dicho Pilón, podría preguntarle más, pero un nudo le cerraba la garganta. Tampoco quería la humillación de los detalles que pudiera darle Pilón. Ya se los preguntaría a Miriam, porque, ahora estaba seguro, la iba a encontrar, y entonces sí, le haría pagar sus agravios, como a él le gustaba, con toda la crueldad de la que era capaz, y muy lentamente. Iba a gozar el dolor de Miriam tanto como gozó del amor.

—No creo que sea necesario que le diga que esta misión, como la que cumplió en mi casa, no existió —le dijo a Pilón.

Aquí estoy, en el hotel donde Frank y yo nos registramos como el señor y la señora Harrison. Frank se tenía que ir enseguida, no teníamos nada de tiempo, pero lo hicimos lo mismo y fue maravilloso. Me pidió que no saliera, y que no hablara con nadie hasta que él volviera. Fue a hacer unas gestiones: No te preocupes, yo me voy a encargar de todo para que salgas de peligro.

Doy vueltas por el cuarto. Tengo ganas de llamar a lo de Dufau para ver si averiguo algo de la nena, el teléfono de la hija. ¿Cómo se llamará? Pero me da miedo, y Frank se va a enojar conmigo. Cuando le conté que planeaba raptarla me dijo que estaba completamente loca.

Hay un servicio de habitaciones, un menú, me dio hambre, marco y pido que me suban una hamburguesa y un jugo de naranja. Soy la señora Harrison, digo, de la 328.

¡La señora Harrison! Y me río sola cuando corto. No entiendo cómo puedo sentir esta alegría, ahora que a mi amiga, la única amiga que tuve, la han asesinado, que mi Lili está en manos de unos cerdos que la robaron, que me está persiguiendo el Bestia y ahora sí, para reventarme, ya sin ninguna ambigüedad, en este momento que tengo que abandonar lo que descubrí: el placer de hacer el amor con un amigo, o lo que sea, un par, que de verdad me apoya, aunque sea tan diferente, aunque no le gusten las putas y yo para él sea Patricia. En medio de estos flagelos yo me divierto jugando el papel de quien me gustaría ser por un rato: la señora Harrison, pero no para darle el gusto a la tía, no, porque es lindo sentirse la mujer de alguien que es capaz de jugarse por mí. En este momento me divierte jugar a la señora Harrison. ¿Por qué tengo que buscar una

excusa para estar contenta un rato? Aunque todas las circunstancias que me rodean parecen indicarme que lo mejor sería cortarse las venas, la verdad es que la estoy pasando bien. Yo soy así.

Tal vez por eso la llamo a la tía, me quiero disculpar por haberme ido así, apenas una nota, y decirle que estoy con mi novio, y contenta.

Y entonces me cuenta todo lo que les hicieron. Que qué hice, por qué me buscan, que le diga la verdad. Y yo no sé qué decirle. No entiendo nada, es lo primero que se me ocurre, pero sé que tengo que inventarle un argumento a su medida: que seguro que eran matones de un hombre con el que yo no había querido casarme, rico, pero malo, y que, como ella sabe, yo estoy enamorada de otro. Sí, se suaviza, el chico éste, ¿cómo se llama? Boby, invento al momento, por suerte no le dije el nombre. Y que no se preocupe porque mañana me voy a Italia, que ya les escribiré. Y que les mandaré algo de dinero antes de irme para compensar un poco lo que les rompieron.

Cuando Miriam se lo contó, Frank se felicitó de haberle pedido a Charly que la llevara en su lancha: Te vas al Uruguay mañana mismo, en la lancha de un amigo mío.

—Frank tenía amigos de otra clase social, porque había estudiado en el colegio Lincoln, becado, claro, porque sus padres no tenían un mango, pero era norteamericano. Se seguía viendo con un amigo, que tenía una lancha y solía ir ~(z~)~ hasta Carmelo, en el Uruguay, ahí había mucho menos control. Le pidió si podía llevar a una chica hasta ahí, que él la encontraría después en Montevideo. El amigo no preguntó mucho, lo creyó más una historia de polleras, porque así se lo insinuó Frank, y aceptó —y Luz se rió.

—¿De qué te reís? —le preguntó Carlos.

—Me acordé de una frase de Miriam cuando me lo contaba: «Además, cuando vio el lomo ese que era yo entonces, se debe haber sentido orgulloso de su amigo. Debió de hacer un gran esfuerzo para no tocarme, se le iban las manos». Ella, que sabía lo que Frank había insinuado, se explayó: que se había separado del marido porque se enamoró de Frank, pero como todavía no tenían el

divorcio y el marido lo tenía entre ojos, se daban cita en el Uruguay, para que no los vieran juntos.

—Yo no me quiero ir mañana, claro que estoy muerta de miedo, pero aquí quién me va a encontrar. Y si no, veníte conmigo.

Después de lo que le había contado ella misma, cómo podía no darse cuenta del peligro que corría: que si no te vas, te llevo yo mismo. Aunque, claro, no es conveniente que nos relacionen.

No, tenía razón, le dijo Miriam, no quería que él se comprometiera más por ella. A ver si te hacen boleta por culpa mía.

Lo iban a hacer como lo había planeado Frank. Era mejor que no los vieran salir juntos del país, que no los relacionaran, porque si me agarran, yo voy a saber dónde estás viviendo y eso puede ser peligroso.

—Pero no fue para protegerse ella, sino para protegerlo a Frank, que Miriam decidió no llamarlo para darle su dirección.

—¿Y no lo llamó nunca, con todo lo que la había ayudado?

—No, quiso cortar drásticamente, sabía que él iba a insistir en verla y ella no quería meterlo en más líos, pero porque lo quería, para salvarlo. Aunque Frank no lo entendió así. Y al cabo de un tiempo se consiguió un trabajo en Estados Unidos y se fue a vivir allá. Se la encontró, años después, por la calle Gorlero, en Punta del Este. Él había ido a pasar las fiestas con su familia. Y por eso, en ese invierno, se tomó dos meses de vacaciones en su trabajo y volvió al Uruguay. Y fue exclusivamente para verla. Pero eso fue mucho más tarde, en el invierno del 83.

—¿Y Lili?

—Lili —Luz sonrió, se detuvo un instante, y la próxima palabra la pronunció lentamente, como si fuera producto de una elección—: Luz creció con esos padres, con alguna angustia congénita, como decía mamá, pero con alegría también. Podría decir que tuve una infancia feliz... hasta el 83. Ahora, mejor me pido un vino, antes de contarte todo lo que pasó en el 83.

Segunda parte

1983

Capítulo siete

Todo estuvo bien en el cumpleaños de Laura, hasta que a Carola Luccini se le ocurrió hablar del secuestro de sus amigos. Ya habían terminado de cenar y los invitados estaban distribuidos en distintos grupos.

—Los chicos no tenían nada que ver con nada.

—¿Y cómo sabés? —la interrumpió Mariana, impertinente.

—Porque los conocía mucho, desde chicos. Nuestras madres eran amigas. Ella trabajaba en un colegio y nunca se metió en nada raro. Y su hermano ¿qué pudo haber hecho? Tenía diecisiete años cuando lo chuparon.

—¿Cuándo qué? —reaccionó Mariana—. No te entiendo.

Alberto Luccini le hizo una seña a su mujer, que a Eduardo no le pasó inadvertida.

—Cuando lo secuestraron. Fue un error y no aparecieron nunca. La madre está destruida. Cartas, hábeas corpus, entrevistas con militares, con marinos, con obispos. La policía, la Iglesia. Nadie sabe nada, como si se los hubiera tragado la tierra. Lo más seguro es que los hayan matado.

—Si los detuvieron, por algo será. Vos qué sabés. Que los conocieras de chica no tiene nada que ver. Pueden haber cambiado. A lo mejor eran chicos bien, pero les lavaron el cerebro los comunistas y se metieron en la guerrilla. La madre debe ser una de esas que ni miran lo que hacen los hijos, no tiene ni idea, y ahora llora, demasiado tarde. Haberlos controlado un poco antes.

Eduardo y Alberto quisieron parar aquello, pero tanto el «¿Les traigo una copa?» de Eduardo, como el «Vamos, chicas, no se pongan densas» de Alberto rebotaron en esa burbuja electrizada que las contenía.

Carola se puso como una hiena: que ella qué sabía, que ni los conocía, que eran unos chicos fantásticos y muy católicos, y la madre alguien absolutamente dedicada a sus hijos, y que no hablara así porque no se lo iba a permitir. ¿Cómo?, me querés decir, ¿cómo puede haber hecho algo malo un chico que acababa de cumplir diecisiete años?

Eduardo apoyó su mano sobre el brazo de Mariana y con la mirada le rogó que se callara, porque lo que había sentido crecer en ella mientras hablaba Carola sabía que iba a estallar con violencia. Y a él no sólo no le gustaban las escenas de violencia sino que estaban en la casa de su hermano, era el cumpleaños de Laura, su mujer, y por nada del mundo quería que se produjera esto que parecía ya imparable, porque Mariana estaba furiosa, tanto o más que Carola.

—Y qué, no te acordás de ésa de quince que se hizo amiga de la hija del comisario y se metió en la casa para meter una bomba. Quince años tenía, y ya era una asesina. Y tu amiguito, ¿no podía hacer nada por tener diecisiete?

—Él no hizo nada, te dije —y parecía que le iba a pegar—, y le cortaron la vida y sus padres no tienen ni una explicación. Detenidos decís vos, ¿dónde? A ver, decíme, dónde, porque su familia lo ignora. ¿Te gustaría que te pasara algo así con tu hija?

—A mí no me pasaría nunca. Yo la voy a educar bien.

Alberto quiso detenerla, pero Carola se había puesto de pie y con el dedo extendido le gritaba:

—Estás diciendo cualquier cosa, Mariana. Aquí hace años que desaparece gente sin ninguna razón, y no sólo se los llevan, les roban todo, y los hacen...

—¿Y qué querés? —la interrumpió Mariana—, ¿que no hagan nada? A vos parece que no te importa que tiren bombas, que secuestren a empresarios, que estemos todos en peligro. Estás de acuerdo con ellos, entonces.

Si no hubiera sido por Luccini, que no se supo cómo logró arrancar a Carola de ahí un momento y decirle algunas palabras mientras la llevaba hacia la mesa, quién sabe hasta dónde habrían llegado.

—Pero por qué te ponés así —le dijo Eduardo a Mariana—. No te das cuenta de que está hablando de unos chicos que quería mucho, que eran amigos desde chicos.

—Mirá, callate, Eduardo, vos no te das cuenta de nada. Sos demasiado bueno, demasiado ingenuo, o boludo.

No le pudo contestar porque Carola y Alberto, con unas copas en la mano, se acercaban. Con la cara aún colorada de tanto alborotamiento, los ojos rojos donde se agolpaba el llanto, Carola, en un tono suave y contenido, le dijo a Mariana: Disculpame, creo que me exalté porque quería mucho a esos chicos. Por supuesto que yo no quiero que tiren bombas, ni nada de eso. Nosotros —y señaló a su marido— estamos totalmente en contra de los guerrilleros.

Después de siete años de ausencia, Buenos Aires le parece tan irreal a Dolores. Las mismas calles, los mismos árboles, las mismas esquinas y, sin embargo, tan diferente.

—Lo que influyó mucho en Eduardo fue su reencuentro con Dolores. Fue su historia la que lo llevó a un terreno del que ya no iba a poder salir. La cuñada de Dolores estaba embarazada cuando la chuparon.

—¿Quién era Dolores? —le preguntó Carlos.

—Dolores era la sobrina de un vecino de los Iturbe. Ella y su hermano Pablo, que vivían en Buenos Aires, solían pasar algunos meses de verano en Entre Ríos en el campo de su tío. Tenía unos cuantos años menos que Eduardo. Cuando sos chico la diferencia se nota más, quizás por eso esa relación era imposible. Javier me contó que entonces Eduardo estaba muy enamorado de Dolores, que se pasaba horas escribiéndole cartas. Pero después, por esas cosas de la vida —ellos no fueron más a Entre Ríos, Eduardo se fue a estudiar a Rosario—, se dejaron de ver y seguramente se olvidaron uno del otro. Hacía doce años que no se veían cuando se encontraron de casualidad en Buenos Aires, en el invierno de 1983. Dolores acababa de volver al país después de siete años de exilio. Pero no para

instalarse, pensaba seguir viviendo en Francia. Quería conectarse con las Abuelas de Plaza de Mayo.

El taxi se desliza por Libertador bajo una lluvia fina. Era un día lluvioso también aquel en que Pablo la había llevado con él a estrenar el auto que le habían regalado sus padres para sus dieciocho años. A toda velocidad por Libertador, los dos muertos de risa. Dolores puede escuchar hoy esa risa, vivirla como entonces. Pero los aullidos de dolor se van entremezclando con la risa. Esos aullidos que no sabe si vienen del exterior, donde ya no está Pablo, o de ella, porque esos gritos, aunque sólo los escuchó una noche, se le quedaron adentro para siempre.

Cuando Luz le trajo el cuaderno para que viera cómo hizo los deberes, Mariana apenas lo miró.

—Muy bien, muy bien —le dijo y cerró el cuaderno.

—No, mami, mirá todo. Sigue en la otra hoja, hice un dibujito.

Lo hojeó muy rápidamente y llamó a Carmen. Ya era tarde: Luz tenía que bañarse. No, todavía no, por favor. Luz quería que jugaran un rato con los rastis nuevos, que armaran casitas.

La ponía nerviosa esa manera de insistir de Luz cuando quería algo: Dale, mami, sé buenita, dejame. La ponía nerviosa que Carmen no viniera enseguida cuando la llamaba. Se paró en la puerta y le gritó: Carmen, llevala a Luz a bañarse y cambiarse.

En realidad lo que la tenía de mal humor no era ni Luz ni Carmen, reconoció, sino la discusión que había tenido con Eduardo después de la reunión de ayer. Mariana pensó que Eduardo no había entendido nada de lo que había dicho Carola Luccini, ni el porqué de su reacción. A Mariana le hubiera gustado seguir la discusión cuando se fueron del cumpleaños de Laura, pero Eduardo cambió de tema, y después la mimó tanto que a ella se le había terminado pasando la bronca, y se durmieron abrazados después de hacer el amor.

Eduardo siempre lograba desviarla con su actitud cariñosa y ella terminaba por no decirle todo lo que pensaba. Pero esta vez no lo permitiría, en cuanto llegara Eduardo de Buenos Aires iba a aclarar ese tema con él. Si ella le contestó así a Carola fue porque se lo merecía, aunque estuvieran en la casa de sus cuñados. Lo volvería a

hacer si cualquiera, en su cara, defendía a un subversivo. Eduardo admitía que los demás pensaran y sintieran lo que se les diera la gana, sin mostrarles nunca su error, ella no. Esa actitud de perdonavidas de Eduardo la sacaba de quicio. Pero era muy difícil pelearse con él, su habilidad para arrancarla de cualquier discusión y llevarla a los juegos, los mimos era irresistible para Mariana. No podía dejar pasar esto, sin embargo, porque el día de mañana podía surgir un tema así delante de Luz, y ellos, responsables de su educación, debían mostrarse claros en sus juicios de valor. Eduardo era un ingenuo, no se daba cuenta de lo que pasaba en el país, lo que explicaba que personas como Carola le dieran pena en lugar de preguntarse por qué defendía con tanta virulencia a unos subversivos. Bien podría ser una comunista solapada, Carola.

Por eso cuando Eduardo llamó para avisarle que volvería al día siguiente, ya que su última reunión era demasiado tarde, Mariana le pidió que, por favor, volviera esa noche, porque tenía que hablar con él.

Dolores mira a la derecha y le sorprende el Dandy. Tantos años, tantas cosas han pasado y ahí sigue ese bar, como si nada. Sin pensarlo, le dice al taxista que se detenga. Paga y baja. Atraviesa la terraza invernal y entra al bar. Parece mentira que el Dandy esté ahí, como siempre, y su hermano ya no.

Todos estos años en Francia han formado una cascarita sobre su herida, pero desde que está en Buenos Aires, el dolor está expuesto, a la vista, ella puede palparlo, olerlo, sentirlo revolverse en su cuerpo. Es un dolor que no la deja en paz, que le pide acción, venganza, reparación. Y la única reparación posible, se dice, será mover cielo y tierra hasta encontrar esa criatura, su sobrina o sobrino, si es que ha sobrevivido.

Se sienta a una mesa junto a la ventana y pide un café con leche y un tostado. Pasea su mirada por el bar. Y los recuerdos se suceden uno a otro: ella, con su uniforme, a la salida del colegio, encontrándose con Pablo y sus amigos, ella contándole que está enamorada «de verdad» de Eduardo, y que si no la dejan ir a Entre Ríos ese verano, se va a escapar de casa, esos lomitos y cervezas

con los amigos después de las fiestas o el cine, Pablo, serio y eufórico, anunciándole su militancia.

Pablo la había citado en el Dandy, y a Dolores no le extrañó, porque desde que ella tenía trece y él quince años habían tomado la costumbre de intercambiar confidencias en el Dandy, como si la presencia de sus padres se lo impidiera en su propia casa. En esa época ya no se veían como antes. La facultad, distintos horarios, nuevas amistades que ella no conocía, tenían a Pablo mucho tiempo fuera de casa. Poco a poco él se fue distanciando del grupo de amigos del que Dolores formaba parte. Por eso se había puesto tan contenta cuando le propuso encontrarse en el Dandy ese sábado a la tarde.

No era que la quisiera menos que antes, ni que ahora ya no le divirtiera salir y charlar con su hermana menor, como Dolores le reprochaba, sino que su vida estaba cambiando desde que comprendió algunas cuestiones claves de la sociedad de las que antes no tenía conciencia. Y le habló de la lucha de clases, de la injusticia del sistema capitalista burgués. Se había ligado a la «única» fuerza revolucionaria, según él, capaz de organizar y conducir a las masas hacia una situación más favorable. Había decidido militar en el PRT. Se lo comunicó lleno de orgullo: por primera vez se sentía útil, y protagonista de un momento histórico incomparable.

La palabra *revolución* le iluminaba la mirada, la paladeaba en su boca como el dulce más preciado, el alcohol más excitante.

Quería compartirlo con ella, su mejor amiga, su querida hermanita. Además, el partido había decidido que era más seguro para sus militantes que ciertos padres supieran dónde estaban militando. Como a él no le parecía posible que sus padres se enteraran por el momento, había decidido decírselo a ella, pero no se lo cuentes a papá y mamá, por favor.

—No, no lo entenderían, se pusieron muy mal cuando les dijiste que no querías el auto que te habían regalado, que te daba vergüenza tener un auto a tu edad cuando otros no tenían qué comer —le reprochó Dolores—. No deberías haberlos herido así.

Pablo le pidió que tratara de reflexionar y no se quedara en el límite de las relaciones personales, que alcanzara el límite de la lucha de clases. El límite individual transforma todo en penoso y oscuro. El límite objetivo de la historia nos zambulle en el sufrimiento y las alegrías de las masas, en sus perspectivas, en la lucha.

¿Cuánto tiempo pasó desde esa tarde a esa otra cita, que le propuso Dolores, entre los llantos de su madre y los gritos de su padre, el día en que Pablo les comunicó que se iba de la casa? ¿Seis meses? ¿Un año? En ese tiempo, ella había guardado el secreto, como él le pidió, no sólo ante su familia, sino también ante sus amigos. Pablo le había dado el periódico *Nuevo Hombre* para discutirlo, pero Dolores le había dicho que no se quería meter en política, y él reaccionó mal: Sacate la venda, Dolores, no es bueno ser ciego por voluntad, como dice Larralde.

No se pelearon, pero el día a día de vidas tan distintas los había distanciado más y más.

Esa tarde de la cita en el Dandy se enteró de que se iba a vivir con Mirta, su compañera, a un barrio marginal: iba a proletarizarse. ¿Proletarizarte? ¿Qué querés decir? ¿Vas a hacerte obrero? ¿En serio? Pablo, estás loco. ¿Por qué? Y él le explicó pero a Dolores le resultó difícil comprender, le dio bronca: ¿Por qué tenés que hacer todo así, en extremo? ¿No podés hablar con «las masas» sin tener que disfrazarte de ellos?

Aunque Dolores ya empleara esa jerga en la que se estaba estrenando en la facultad, no podía comprender la decisión de Pablo. Él no la culpaba: la educación, esa gente bien intencionada pero equivocada a la que ella, sin duda, estaba escuchando por lo que decía, porque ni los Montos, ni los maoístas, nadie que no fuera el PRT podía encarar la verdadera lucha. Era hora de que se despertara, y viera lo que pasaba a su alrededor.

—No se puede rehuir un compromiso agudo jugueteando con especulaciones intelectuales, Dolores, se marcha junto a las masas, compartiendo su camino. A la victoria o a la derrota, ésas son las únicas opciones en la lucha revolucionaria.

Pero habría de pasar mucho tiempo antes de que sus cartas desde la clandestinidad le dieran una dimensión más verdadera de la pasión que movía la vida de Pablo. Porque él creía en la vida, en eso su padre se equivoca terriblemente, ella había cometido el mismo error, Pablo no había sido un suicida.

«Te confundís, Dolores. No es que no me importa la vida. Luchamos por la vida pero en un sentido de vida muy distinto al del sistema burgués, luchamos por la vida en un sentido más pleno y preciso, la vida digna de toda una humanidad colectivamente realizada» le había escrito Pablo. Y él estaba feliz, entusiasmado, seguro de su camino.

Eduardo decide ir a tomar algo al Dandy hasta que llegue la hora de su cita con Urrutia. Quién sabe a qué hora va a terminar esa reunión. La idea de conducir en plena noche y con este tiempo no le gusta. Pero Mariana le ha pedido que no deje la vuelta para el día siguiente, ya que tiene que hablar con él urgente y a Eduardo le cuesta decirle que no. Seguramente su mal humor se debe al incidente de anoche en el cumpleaños de Laura.

Quizás hubiera sido mejor no contradecirla, total, ya había pasado. Pero la verdad es que te indignó que se pusiera tan necia y tan insensible en esa discusión con Carola.

¿Por qué tenía Mariana que hablarle tan duramente? Ella ni siquiera conocía a esos chicos. Cuando la escuchas hablar así, sentenciando más que opinando, sin siquiera conocer la situación, no puedes evitar escuchar detrás la voz de sus padres. Esa seguridad, como si el mundo les perteneciera, y ellos estuvieran ahí para decir cómo debe ser todo.

—Un Old Smugler con hielo, por favor.

Eduardo observa a la mujer que está sentada junto a la ventana. Le parece conocerla.

¿Dolores? No puede ser. Su expresión es muy distinta, claro que debe haber cambiado en todos estos años. Ahora da vuelta la cara, y él no puede verla. Le han dicho que Dolores y Pablo están viviendo en Europa, hace años. Se pone de pie con la intención de acercarse, pero ¿y si no es Dolores? Vuelve a sentarse y entonces observa esa

angustia en su cara. ¿Está llorando? Sí, se está limpiando las lágrimas. Ahora está seguro: es Dolores. Le parece sentir en su boca esa pulpa suave y fresca de los duraznos que arrancaban de los árboles en esas siestas cálidas de Entre Ríos. Si todavía te ocurre, de cuando en cuando, morder un durazno y acordarte de esas ganas incontrolables de ella que sentías entonces.

Eduardo bebe un trago de whisky. Si va a saludarla en ese momento, la violentará.

¿Qué le pasará? Resulta difícil encontrar detrás de ese dolor aquella sonrisa espléndida de sus quince años. Quince años tenía en aquel verano de Entre Ríos. ¡Quince! Y Eduardo, con sus veintidós, cuatro o cinco mujeres con las que se había acostado, lo que creía entonces una larga y profunda trayectoria, se sentía un hombre maduro.

Un viejo verde, te decías. No, esa historia no podía ser, pero ninguna otra chica te había producido ese estado de azoramiento que te produjo Dolores. Conversar, reírse, jugar, tirarse al sol, andar a caballo, nadar en el río, todo se convertía en una experiencia fascinante con ella.

Te habías prohibido pasar de ese límite de juego de los encuentros, no tanto por la cuestión de la edad sino por el miedo que te daba la magnitud de tu deseo. Acercarte a ella podría ser zambullirse en un lago de placer del que ya no podrías salir hasta poseerla. Tocarla, besarla, sentir su tibieza, sus pechos erguidos contra tu piel, hincar tu diente en el durazno y sentir tu cuerpo hundirse en el suyo: esas fantasías que te dominaban día y noche. Pero fue Dolores quien tomó la iniciativa, lo mismo que con lo de treparse a los árboles para arrancar los duraznos, y correr hasta el río, y bañarse, y apartarse de los otros chicos buscando ocasiones de quedarse a solas contigo.

Eduardo recuerda ahora, tantos años después, cuánto lo conmovió esa postura con que lo invitó, seguramente copiada de una película hollywoodiense, la cabeza girada hacia él, los labios entreabiertos, los ojos cerrados.

Apenas apoyaste tus labios contra los suyos, tus brazos buscaron con urgencia ese cuerpo tibio, fresco y pulposo como los duraznos. Fue difícil detenerte, la otra tarde más y más. Se daban cita en el

río. Tu mano había conocido ya la curva de sus pechos, tus labios habían recorrido su nuca, su cuello. Fue la tercera tarde, cuando tu mano subía por sus piernas, lenta pero precisa, cuando apareció la madre de Dolores.

Más que los gritos de su madre acusándolo ya no se acuerda de qué después de tantos años (pero sí recuerda vagamente que estaba de acuerdo), lo sorprendió la reacción de Dolores mientras Eduardo se ponía de pie y se acomodaba la ropa: que no fue él, por qué le gritás, yo fui la que se lo pedí, qué tiene de malo, nos queremos nosotros, como papá y vos, por qué te ponés tan furiosa, deberías estar feliz, como yo, como yo.

—Andá inmediatamente a casa —fue toda la respuesta de su madre.

Te quedaste de pie ante su madre sin saber qué decir.

—Soy feliz, feliz —gritaba Dolores mientras se iba—, me gustó mucho, Eduardo, gracias.

Que no se repita, Eduardo, le dijo muy seria la madre de Dolores, aún mirando a su hija, vos sos un muchacho grande, Dolores es una nena. Le dijiste que no se iba a repetir, pero no pudiste dejar de desearlo día y noche. Después fueron unas cuantas cartas incendiadas, promesas de amarse hasta la muerte, fugarse si insistían en interponerse, y esas fantasías en las que te dejabas ir. Pero ella no volvió ese verano, y el tiempo hizo lo suyo.

Cuando Dolores conoció la casita de San Justo donde se habían instalado Pablo y Mirta, se quedó más tranquila. Ver el lugar donde vivía Pablo era no enfrentarse más a los desoladores escenarios de su imaginación. Él vivía ahí, y de esa forma, porque lo había elegido, estaba contento, se dijo, eso era lo importante. Dolores no iba para cuestionarlo, sino para poder compartir con él todo lo que fuera posible. Hacía más de cuatro meses que Pablo se había ido de su casa. Y eso debía haberle bastado, pero desgraciadamente no fue así. Dolores, ya en la Facultad de Filosofía y Letras, estaba seducida por el FAUDI, y si bien no se había afiliado aún al PCR se sentía más cerca de Pablo. Él se encargó de destruirle esta idea con muchos más argumentos de los que Dolores hubiera deseado. Y pronto se

engancharon en una absurda discusión que al fin Dolores pudo parar: ella estaba ahí para verlo, para pasarlo bien con él, y hacía horas que estaban que el imperialismo soviético, y Mao y Perón y Santucho, y la verdadera opción revolucionaria, al fin, no había ido a visitarlo para eso, te extraño un montón, tonto, dejame de joder un poco, te prometo que no me voy a afiliar a ningún partido sin consultarte, me voy a dar un tiempo, y ahora contame cómo estás, cómo es tu vida. Y él, feliz, porque había comprobado que proletarizarse era posible, y hasta saludable, y que la gente del barrio era muy solidaria con ellos y que Mirta trabajaba en una fábrica textil, y que el partido iba ganando la confianza de las masas.

A Dolores le daba miedo ese fervor partidario de Pablo, pero se había propuesto no contradecirlo, quería seguir viéndolo, y temía que, si lo cuestionaba, Pablo pudiera tomar la misma actitud que para con sus padres, a quienes no veía hacía meses. Su madre lloraba todos los días.

—Sí, la voy a llamar a mamá, te lo prometo —la tranquilizó Pablo.

Quedaron en verse la próxima semana, el domingo, Dolores les llevaría pastas frescas y Mirta prepararía un rico tuco, le sale de chuparse los dedos, había dicho casi tan orgulloso como cuando hablaba del crecimiento de su partido.

Unos días después la llamó y la citó en el bar de la estación de Retiro: se había salvado por un pelo de que lo agarraran, un vecino le avisó en la esquina que habían entrado en su casa y salió corriendo. Mirta, por suerte, esa semana estaba en la escuela del partido, y también se salvó. Les destrozaron todo, pintaron las tres A en sus paredes. En fin, debían pasar a la clandestinidad.

Dolores todavía no entendía lo que esa palabra significaba: otro nombre, nunca más saber dónde vivían, esas llamadas telefónicas cortas, el miedo latiendo en cada palabra, las cartas que ella abría impaciente, esos encuentros en lugares extraños, disimulando, a veces caminando uno detrás del otro como absolutos desconocidos hasta que Pablo decidiera que no había peligro y pudieran hablarse.

Dolores se lo había dicho a sus padres, no soportaba que sufrieran así, que se sintieran abandonados de su afecto, si él los quería, ¿o

no los quería?

—Claro que los quiero, Dolores, no tengo ninguna intención de lastimarlos, al fin la culpa en última instancia de que hayan reaccionado así es del sistema.

Pablo aprobó que ella les hubiera contado a los padres que él estaba en la clandestinidad, era mejor que lo supieran, así se preparaban si él caía, sabía que se enfrentaba a importantes riesgos.

Dolores evoca esa víspera de Nochebuena, escuchando las noticias de lo de Monte Chingolo, cuánto miedo, sus padres y ella sin hablarse, dando vueltas alrededor del teléfono. Que llame, que no le pase nada, que no sea él, por Dios, uno de los abatidos en Monte Chingolo. Fue su padre el que ganó la carrera al teléfono: Pablo está bien, les dijo, tenía que cortar, les desea una feliz Navidad. Y cuando se fue al cuarto, tenía diez años más encima.

Hacía tiempo que Pablo estaba en la clandestinidad cuando se produjo el golpe militar.

A ese encuentro en Morón también fue su madre, instruida por Dolores en no contradecir a Pablo, en verlo, darle un beso, transmitirle cuánto lo quería y nada más. Pero ella, aterrorizada por lo que podía pasarle, quería rogarle que se fuera del país, ellos tenían cómo sacarlo, ya habían hecho algunas discretas gestiones, un amigo de papá los llevará hasta Entre Ríos en su avioneta, le contó a Dolores en el tren. El resto del plan que su madre construyó con cuidado, tejiendo punto a punto como lo hacía con sus pulóveres cuando eran chicos, se lo explicó en esa pizzería que olía a queso quemado y aceite en la que se encontraron ese domingo a la tarde con Pablo y Mirta. Su madre hablaba sin parar: y de Entre Ríos, el amigo de tu papá los llevará a Brasil, y allí...

Pablo la interrumpió abriendo el saco de Mirta: Mirá, mamá.

Nunca podrá olvidar esa sonrisa de Pablo, esa mirada orgullosa: Acá está tu nieto, mamá, creciendo.

—Estaba en el penúltimo mes de embarazo cuando cayó.

No recuerda ya quién fue la que habló primero, si ella o su madre. ¿Estaba embarazada? Sí, y de cinco meses, aunque parece que se hubiera tragado un carocito. Con mayor razón, tenían que escaparse ya. ¿Cómo iban a tener un hijo en esas condiciones, de un lado para

otro? Pablo fue categórico: no, no se irían, él era responsable de muchos compañeros y no iba a abandonarlos en este momento. Quizás les dijo que les prometía que lo pensaría sólo para que aceptaran irse ya, no era prudente prolongar ese encuentro. Dolores tuvo que arrancar a su madre de un brazo y hablarle todo el tiempo para que no dejara salir ese llanto, esa emoción y ese miedo, todo junto. Qué habían hecho ella y su padre tan mal para que pasaran estas cosas, para que su hijo fuera así, tan inconsciente, convencelo, Dolores, por favor, cuando te llame tratá de que se vaya del país lo antes posible, a vos te escucha. Prometeme, querida, prometeme que lo vas a convencer.

En la próxima carta de Pablo parecía poco posible que Dolores pudiera convencerlo, no podrían verse hasta que él no lo dijera, era un momento difícil, habían caído muchos compañeros, pero él estaba seguro.

Dolores lo estuvo planeando cuidadosamente, se prometió que si tenía una sola posibilidad de hablar con Pablo personalmente le cambiaría las ideas. Uno a uno había estudiado sus argumentos, las posibles respuestas de su hermano, lo que ella le diría después. Su plan, su perfecto plan para que se escaparan, para que, por favor, no se dejara matar. Por eso les pidió a sus padres que no atendieran el teléfono, sólo ella podía decirle lo necesario para que Pablo no se negara a un encuentro. No le importaba mentirle, hacer lo que fuera necesario para lograrlo. Y lo logró.

Dolores siente una cuchara áspera revolviendo su estómago al recordarlo. Si no le hubiera insistido de tal forma en ese encuentro, quizás... Si no se lo hubiera contado a Mónica...

—Le había dicho a su amiga sólo que Pablo había accedido a verla ese lunes a las siete. No dónde era el encuentro.

Nunca jamás había ligado un hecho con el otro, se había preguntado una y mil veces por qué los habían agarrado justo ahí, cómo sabían que Pablo iría. Debían haberla seguido desde su casa, y en cuanto los vieron juntos... Eran ocho o diez, todo había pasado muy rápido. Los encapucharon y se los llevaron.

—Ni siquiera recordaba habérselo contado a Mónica, hasta que ella se lo dijo tres años después, cuando se encontraron de casualidad,

en Madrid. Mónica era su mejor amiga.

Pero no hay amigos, ni afectos, ni fidelidades, no hay nada que valga ante la tortura.

—Habían pasado ya más de veinte años cuando yo la conocí a Dolores y todavía seguía torturándose por esa imprudencia. De alguna manera, ella se siente responsable por el secuestro de Pablo.

—¿La conociste a Dolores?

—Sí, hace unos meses. Me contactó Delia, una de las Abuelas.

—¿Y por qué se siente responsable?

—Porque cuando se encontró con su amiga en Madrid, ella le contó, desesperada, que la habían chupado y que había cantado que Dolores se iba a encontrar con su hermano.

Mónica había sido clara esa misma noche cuando se emborracharon: no, Dolores nunca le dijo dónde, sólo que iban a encontrarse y si ella lo cantó fue porque no soportaba más el dolor, la picana en los pezones, ella no sabía nada, nada, de nadie, era un «perejil», la habían agarrado no se sabía por qué, quizás porque se estaba viendo con ese chico que era monto, o por error, como a tantos, hubiera cantado cualquier cosa con tal de que se detuviera ese dolor lacerante pero no sabía nada, la única persona de verdad metida que había conocido era Pablo, su hermano, y por eso, por eso cuando recordó que Dolores iba a encontrarse con él... ¿Podrás perdonarme alguna vez, Dolores? A Mónica sí la había perdonado, pero a ella misma no pudo perdonárselo nunca. No se lo perdona.

—¿Dolores? —ese hombre que está parado frente a su mesa la conoce, su sonrisa clara es una nota en falso en discordancia total con sus pensamientos—. ¿Te acordás de mí? ¿O estoy demasiado viejo?

Dolores apenas asiente con la cabeza sin poder pronunciar una palabra. Lo conoce, quizás, pero los fantasmas que la acorralan desde que entró en el Dandy se agolpan en su memoria impidiéndole llegar a ubicar esa mirada conmovida que el hombre que está frente a ella le dirige.

—Y pensar que me escribiste que yo era el hombre de tu vida, que la vida conmigo sería una fiesta del principio al fin, y ahora ni me conocés.

Y las tardes cálidas de Entre Ríos, esa burbuja de emoción de los quince años, ese corazón loco, entran como una bocanada de aire fresco.

—¡Eduardo! Pero si sos Eduardo, ¡qué alegría!

—¿Cuándo viene papá? —le preguntó Luz. —Tarde, ya vas a estar dormida. Lo vas a ver mañana. —Entonces contame vos el cuento.

—Tengo un recuerdo muy nítido de cuando papá me contaba cuentos antes de dormirme —a Carlos no le pasó inadvertida esa ternura con la que Luz evocaba a Eduardo—. Yo le pedía siempre uno de una nena extraterrestre, que se llamaba como yo, Luz, y que vivía unas aventuras que a mí me fascinaban. Papá los inventaba cada noche, era muy genial. Todavía me acuerdo de algunos.

Carlos se prohibió a sí mismo decirle a Luz lo que sentía en ese momento, ni siquiera hubiera podido definirlo con las palabras adecuadas. Era un sentimiento confuso, quizás mezquino, se dijo. ¿Tenía derecho él a pedirle a Luz, a quien apenas unas horas antes no conocía, que no llamara papá a ese hombre? ¿Tenía derecho a enturbiarle sus buenos recuerdos de una niñez que él no pudo compartir con ella? ¿Tenía la culpa acaso Luz de querer a ese hombre que la robó?

Era curioso cómo el timbre de la voz de Luz y hasta sus gestos parecían aniñarse mientras le contaba a Carlos un cuento de la extraterrestre Luz. Él sólo podía tratar de imaginar esa niña de cinco, seis años detrás de esa mujer que tenía enfrente, esa niña que él ya nunca podría conocer. Era necesario expulsar ese sentimiento molesto, aflojar las correas de rencor, olvidar las circunstancias, los odios, para dejarse llevar a esa atmósfera que Luz estaba creando, compartir como pudieran, aunque tarde, aunque prestados, esos cuentos que él nunca pudo contarle. Era Luz la que se lo estaba pidiendo, por qué, si no, había interrumpido la historia de la que él desconocía aún tantos elementos, para contarle un cuento.

Carlos pudo reírse con Luz del final del cuento. Sí, era genial, y ella lo contaba muy bien.

Mariana prefería leerle los cuentos, no inventarlos. Estaba cansada y de mal humor, pero se lo leyó porque quería que Luz se durmiera

pronto y tranquila. No podría soportar esa noche una de esas crisis que le daban a Luz de vez en cuando: los ojos abiertos como platos, esos ojos tan claritos y brillantes que parecían incendiarse y esos gritos de terror, como si estuvieran matándola.

—Son pesadillas —le había dicho el pediatra.

Pero con qué puede soñar, tan chiquita, se desesperaba Mariana. Ella no sabía qué hacer para calmarla, a veces se ponía a llorar con Luz. Eduardo, entonces, alzaba a la nena y la calmaba con una paciencia que, debía reconocer Mariana, ella no tenía.

Ya hacía rato que se había dormido Luz, cuando Eduardo volvió a llamarla para decirle que, lamentablemente, no podría viajar esa noche. La última reunión se prolongaba y deberían dejarla para el día siguiente. Saldría mañana a mediodía para Entre Ríos.

No es del todo mentira lo que Eduardo le dijo a Mariana: mañana debía reunirse con Urrutia. Pero también es cierto que fue él quien propuso continuar la reunión mañana por la mañana, con la excusa de que todavía quedaban varios temas a tratar.

Y lo primero que hiciste fue llamar a Dolores para invitarla a cenar.

—¿Por qué no? —te contestó.

No pareció extrañarle nada que Eduardo la llamara esa misma noche, y no la próxima vez que viajara a Buenos Aires, como le había dicho. Quién sabe si ella estaría la próxima vez, había venido sólo para hacer unos trámites, pero su idea era volver lo antes posible a Francia, donde estaba viviendo hacía seis años. Fue un impulso llamarla, se le ocurrió cuando estaba en la reunión.

La viste tan mal a Dolores. Pero no es sólo por eso, no te engañes, la verdad es que deseas verla, estar con ella, no te digas que es sólo para consolarla. Y quizás no tengas otra oportunidad si se va. Por eso fuiste tan ambiguo con Mariana.

¿Podrías acaso decirle a Mariana lo que le pasa a Dolores? Reaccionaría peor que con Carola, porque está claro que Pablo militaba en un grupo de izquierda. Para Mariana: los malos, sin matices, sin afectos. ¿No es por eso acaso que cuando Dolores te preguntó con quién te casate, sólo le dijiste con una chica de Buenos Aires? Es posible que hayas nombrado a Mariana, pero te

cuidaste bien de no mencionar su apellido. Te morirías de vergüenza de decirle que tu suegro es un militar después de lo que Dolores te contó. Ella odia a los militares. Y cómo para no odiarlos. Si hubieran desaparecido Javier y Laura, ¿qué sentirías por los militares?

Recuerdas el incidente de anoche y ahora te das cuenta qué es lo que más te molestó: ¿por qué Carola, después de decir todo eso, tuvo la necesidad de excusarse ante Mariana? ¿Por qué era tan importante que Mariana no pensara que ellos estaban de acuerdo con los guerrilleros? Una única razón, porque Mariana es hija de Dufau y Luccini debe tenerle miedo. Cuando le dijiste en el auto por qué no dejaba que cada cual pensara y sintiera lo que se le diera la gana, se puso furiosa: que si así la iba a educar a Luz, diciéndole que cada cual es libre de pensar lo que quisiera, y si mañana se hace guerrillera o drogadicta. Y ahí empezó esa ensalada de drogadicto-guerrillero-homosexual que hace del lado de «los malos», mientras que del otro están sólo los «buenos», su papá, por ejemplo. Para los esquemas de Mariana, Dolores formaría parte de los malos. Si Carola le pareció sospechosa por lo que dijo, ¿qué pensaría de Dolores? A veces el infantilismo de Mariana te divierte, pero en este aspecto te enferma. Sí, claro que vas a hablar con Mariana, no vas a dejar las cosas así, la que no ve lo que pasó en el país en estos años es ella. A Dolores también la secuestraron.

—Zafé de milagro. Podría estar muerta —le dice Dolores mientras cenan.

—Pero si vos no estabas en la guerrilla, no te iban a matar.

Dolores lo mira con un tierno asco y se pregunta cómo puede estar contándole eso a alguien que da esa respuesta. Pero ya está, ya lo ha dicho. Tal vez debe de darse cuenta de que ella está ya en Buenos Aires, que Eduardo no es como las personas con las que ella ha hablado en Europa, exiliados, que eso también es ser argentino en 1983, aunque ya se esté en la transición al gobierno democrático. Sin embargo, no puede evitarlo:

—No, no militaba. Y qué tiene que ver. ¿Pensás que por eso me largaron? —y se detiene un momento para volver a la carga, con más furia aún—. ¿O pensás que los que militaban, o tenían ideas

distintas de las tuyas sí se merecían que les destrozaran el cuerpo, que los vejaran, que los asesinaran, o que los quebraran ideológicamente obligándolos a una traición penosa? A ver, explicame un poco.

Eduardo no ha querido herirla, si no, no estaría apoyando su mano sobre la suya, sin decirle una palabra, ni la miraría así, asustado pero tan queriéndola. No puede juzgar todo en extremo, hay matices. Que no tenga conciencia quizás no sea culpa suya. Tampoco debe considerar que quienes no piensan exactamente igual que ella son todos iguales a esos hijos de puta. Sus padres, por ejemplo, cuánto les costó entender: No, no los van a matar. Mirta está embarazada, el Ejército de San Martín no va a maltratar a una mujer embarazada, decía su padre con una convicción asentada en él desde una tradición tan diferente a la de esos tiempos salvajes, y de verdad no podía entenderlo. Cuántas horas tuvo que soportar esperando en los vestíbulos de sus antes queridos amigos para recibir un rechazo, una negativa, respuestas difusas en la mentira y la impunidad, cuántos hábeas corpus, trámites inútiles, cuánto dolor, pobres, cuánto dolor, cuánta impotencia tuvieron que pasar para poder decir lo que esa tarde misma le ha dicho su madre, en un susurro enardecido: Esos hijos de puta, asesinos, deben haber regalado al bebé. Sí, hay matices.

—Lo siento, no quise herirte. Quizás ignoro muchas cosas, no tuve nadie cerca a quien le hubiera pasado algo así. Pero no quiero que pienses que a mí me parece bien que maten o torturen a alguien, ni que pienso que alguien se lo merezca. Y además quiero que sepas, que sientas, que me duele mucho lo de Pablo, también porque te duele.

—Perdoname vos, estoy mal. No debí haberte gritado así. Tengo tanto odio adentro. Y lo que me dijiste me hizo pensar que vos estabas del lado de los enemigos. Es muy injusto, quién sabe qué pensaría yo si no me hubiera pasado todo esto, si no hubiera estado esa noche...

Y Dolores se interrumpe. Mira a Eduardo, tan pendiente de sus palabras, bebiéndolas como entonces, como cuando él era «el chico

grande» y ella «la chica» y piensa qué gracioso, ahora ella es la adulta, y él, el chico ingenuo.

Aflojar, aflojar, salí para pasarla bien, para destensionarme, se dice Dolores, para acordarme qué lindo era cuando este chico que tengo enfrente me hizo sentir que mi cuerpo existía y que era pura alegría, pura emoción, para acordarme por un rato, aunque sea, cómo era la vida antes del horror. Y no alcanza a encontrar la frase que los pueda sumergir en las tardes de sabor a durazno porque Eduardo, aún preso de la reacción de Dolores, se defiende:

—Te quise decir, no sé, creía que si no tenías nada que ver, te dejaban libre. Pero no sé...

—Yo me salvé porque al tipo que estaba ahí en ese momento se le dio la gana. Podría habérsele dado la gana otra cosa y entonces estaría muerta: «Andate muy lejos, porque la próxima vez te matamos, putita bolchevique», así me dijo.

—Estuvo solamente una noche, al día siguiente la largaron. Pero su hermano se quedó, ella escuchó sus gritos cuando lo torturaban.

Basta, basta, no quería descansar, pensar en otra cosa, no es uno de ellos Eduardo, si no, no estaría tratando de disculparse, de abrirse, de aceptar lo que le diga Dolores, pero ya tendrá tiempo de explicárselo, ahora debe salir de esos corredores oscuros si afuera está el sol, ahí mismo, enfrente, en esa mirada cálida de Eduardo, su amor adolescente.

El intento de sonrisa de Dolores es una mano tendida que Eduardo se apresura en tomar.

—Contame, quiero saberlo.

—No, por favor, no hablemos de eso, necesito descansar.

—Dolores, si te puedo ayudar en algo, decímelo.

—Sí, me podés ayudar, haceme acordar de esas tardes de Entre Ríos: cómo eras vos, cómo era yo entonces —y sí, sólo esa imagen borrosa, ellos dos a la orilla del río, ya le cambió la expresión—. ¿Sabés que estaba perdidamente enamorada de vos? Te debía dar risa, era una nena. ¡Y esas cartas que te escribía! Leía los *Veinte poemas de amor y una canción desesperada* y me encerraba a escribirte. Me copiaba versos de Neruda. Lo que te debés haber divertido...

Por primera vez, desde que se han encontrado, Eduardo puede escuchar esa risa clara de Dolores.

—Yo también estaba muy enamorado de vos, de veras.

Dolores no lo puede creer, está exagerando.

—Cuando me acordaba de vos, siempre pensaba cuánto debías haberte reído de mis cartas, esa suerte de mezcla de Amalia, Corín Tellado y Neruda.

Reírse, no, lo emocionaban, lo exaltaban.

—Mejor que no te diga todo lo que me pasaba por la cabeza... por el cuerpo, mejor dicho, con tus cartas —y entonces es Dolores la que recupera esa risa de Eduardo.

Dolores le dice que le da lo mismo dónde, que elija él dónde van a seguir charlando después del restorán.

Te gustaría decirle: Vamos a mi hotel. Es sólo un instante, mientras la ayudas a ponerse el abrigo, un instante pero te impresiona, casi como entonces, la magnitud —y la inoportunidad— de tu deseo. Quizás por eso te apresuras en responder el nombre de un bar cualquiera que no queda lejos.

Pero no son sólo esas siestas de duraznos y deseo y esas cartas arrebatadas las que ocupan la conversación.

No, Eduardo quiere saber, no es sólo que Dolores no puede evitar el tema, no.

Le preguntas, la vas guiando, sufres con ella, por eso Dolores, cuando ya están en el bar, te cuenta todo: lo de las tres A en la casa de Pablo, lo de las capuchas, las patadas y los gritos, esos aullidos que ella había escuchado esa noche, lo de las torturas, los robos, lo del secuestro de Mirta que debía estar de siete meses, Dolores ya estaba afuera, porque en cuanto la largaron, ella se fue, primero a Brasil, ese mismo plan que habían preparado sus padres para Pablo pero él ya no, y después Francia, lo de sus contactos en Europa con los organismos de derechos humanos, sus planes en Buenos Aires: conectarse con las Abuelas, entrevistarse con gente, tratar de que sus padres salgan del puro dolor y luchen con la organización.

Pero en qué mundo, en qué país has vivido mientras pasaba todo lo que te cuenta Dolores.

—Hasta que Dolores no le habló del bebé de su hermano y su cuñada, él nunca había sospechado que podía ser hija de desaparecidos.

—No puede ser. No sé por qué te querés creer eso, quizás lo quieras mucho a Eduardo y...

—Sí que puede ser —lo interrumpió cortante Luz—. Yo te digo que él hasta entonces no sabía que les robaban los hijos a los que secuestraban. Yo misma, que sí lo sabía, porque yo escuché hablar de esos casos, el de los mellizos y otros, nunca se me ocurrió sospechar que yo podía ser una de ellos.

—Pero por qué ibas a saber si jamás te habían dicho que no eras hija de ellos. ¿O te lo dijeron alguna vez?

—No. Pero yo sospeché muchas veces que no era hija de mamá, por ciertas cosas que ella me decía cuando yo hacía algo que no le gustaba: que son los genes, la herencia, que tenía un demonio adentro, una cosa oscura, y no sé cuántas estupideces más. Ahí me acordaba de esa frase que me dijo Miriam cuando me fue a buscar al colegio, porque me acordé durante muchos años, aunque yo era muy chica.

— ¿Miriam? ¿Qué te dijo Miriam? ¿Cuándo?

—Eso no te lo conté todavía, te voy a confundir. Lo que te quiero decir es que yo, hasta que no nació mi hijo, nunca me pasó por la cabeza la idea de que yo podría ser uno de esos bebés nacidos en cautiverio. Era una idea loca, salida como de la nada, pero si no me hubiera obsesionado con esa idea, no estaríamos hoy hablando acá en Madrid, vos y yo.

—Pero ¿por qué se te ocurrió, si nadie te dijo nada?

—Dejame ir por orden. Te estaba diciendo que Eduardo lo sospechó a partir de sus conversaciones con Dolores, no antes. Yo lo creo. Todo lo que hizo a partir de ese momento prueba que él se jugó, ¡y cómo!, para llegar a la verdad.

—Pero ¿qué pasó?, ¿no llegó a la verdad nunca? —no pudo evitar Carlos ese tono mordaz—. ¿O se olvidó de decírtelo en todos estos años? ¿Cómo podés defender así a alguien que te privó de tu identidad?

La mirada de rabia de Luz fue más elocuente que todas esas palabras que ella, sin duda, estaba esforzándose en no pronunciar. Carlos se dijo una vez más que debía evitar mostrarle ese sentimiento que lo poseía cada vez que descubría cuánto quería Luz a ese hombre, que no era prudente, ni justo, ni oportuno dejárselo ver de esa forma. Ella permaneció callada un interminable momento, hasta que sacó las palabras despacito, como si le costara un enorme esfuerzo seguir hablando, pero se lo impusiera.

—Preferiría que escucharas más antes de mostrarte tan categórico en tus juicios.

Es muy tarde cuando Eduardo acompaña a Dolores hasta la casa de sus padres. Le dice que la llamará si viene pronto a Buenos Aires.

—Sí, claro que lo pasé bien, me encantó verte. Dolores no puede imaginar hasta qué punto han influido sus palabras en ese pesar de Eduardo, que evidentemente deja traslucir, si no, ella no le estaría diciendo: Disculpame, no era mi intención hacerte sentir mal, no, de veras, me hubiera gustado sólo que nos divirtiéramos acordándonos de Entre Ríos y no tirarte este peso, pero no lo pude evitar.

—No te preocupes, es cierto, me siento mal, pero no es culpa tuya, no, de ningún modo, te agradezco tu confianza, que me hayas contado todo eso que yo no sabía, creeme, no así.

Le da un beso: Suerte, Dolores.

—La próxima vez te tocá a vos, me vas a contar todo de tu vida. ¿Prometido? —se despide Dolores.

Capítulo ocho

Desde que los había visto ese verano en Punta del Este, Miriam no podía abandonar la idea. Aunque había decidido hacía mucho tiempo que sus planes de raptar a Lili, escaparse con ella, cuidarla y contarle toda la verdad sobre Liliana y sobre ella misma eran descabellados, cuando reconoció a Dufau llevando de la mano a una nena que debía ser Lili, no podía ser otra, su corazón latió tan fuerte que Miriam supo, en ese instante, que su proyecto de raptarla estaba aún tan vivo como aquella noche en que debió entregársela a Dufau.

—Durante esos siete años, por un lado, se decía que era una locura, que ella no podía arriesgarse a hacerlo, que ya era algo perdido, pero, por el otro, nunca dejó de dar un paso en ese sentido. Por si acaso, se decía. Y así hizo esa llamada telefónica antes de irse de Buenos Aires, y logró averiguar que las Dufau eran tres hermanas: la mayor y dos mellizas que vivían con sus padres. Ya en el Uruguay se puso a ahorrar dinero para que, si algún día podía llevarme con ella, pudiéramos huir del país. Lo fue planeando como sin querer, diciéndose que no lo haría y al mismo tiempo ajustando todos los detalles. Por otra parte, las circunstancias del último tiempo no eran las mismas. Cuando volvió a obsesionarse con la idea y decidió ponerla en práctica, ya había pasado la guerra de las Malvinas, la derrota. Era otro clima. La transición a la democracia. El exilio quizás ya no era necesario.

—Miriam no era precisamente una exiliada —dijo Carlos con cierto desdén—. Si no, no se hubiera ido al Uruguay. Los milicos uruguayos

actuaron en conjunto con los argentinos.

—Sí, era una exiliada porque no podía volver a su país. Sabía que el Bestia la iba a matar. Y te parece que con las circunstancias que había vivido, ¿no tendría tanto miedo como cualquiera de ustedes? ¿Qué es lo que te da la condición de exiliado? ¿La militancia? —Carlos se alzó de hombros y no contestó—. Lo cierto es que ella tenía mucho miedo, sabía que no podía hacer nada por mí, sin embargo... lo de los documentos se le ocurrió como cuatro años después de instalarse, lo que demuestra que nunca abandonó la idea. Se conectó con un tipo en una disco de Punta del Este que hacía documentos falsos, averiguó cuánto costaban, cómo se hacían, inventó que eran para una amiga a la que el marido le pegaba y quería huir con su hija. Era como renunciar a un plan y al mismo tiempo estar ajustando todos los pasos para tenerlo todo listo, si se presentaba la oportunidad.

No podía pensar en otra cosa. Anoche, cuando estaba cenado con Frank y él le contaba de su vida en Estados Unidos, de su casa con jardín, de su trabajo, ella lo interrumpió:

—¿Te parece que el Bestia me seguirá buscando? Ya hace más de siete años que me fui.

—No sé. ¿Por qué? ¿Te querés ir del Uruguay?

No sabía si se quería ir, se lo estaba planteando. Miriam ganaba mucho dinero... siempre supo hacerlo. Hasta podía permitirse tomarse el mes de julio completo de vacaciones. Ya lo había hecho el año pasado. Nada: ni espectáculo, ni citas, nada. Un mes sólo para ella. Descanso total.

—¿Y no se te ocurrió viajar? —quiso saber Frank.

Y en la mirada de Frank Miriam percibió una esperanza, quizás tuviera algunos planes con ella, que aún no se los había dicho. Sólo que fue para verla. Miriam había matizado: Vamos, no exageres, también habrás venido a ver a tu madre, a tus amigos y te diste una vueltita por el Uruguay. No vas a usar tus vacaciones sólo para venir a verme. Frank había sonreído tenuemente.

No, jamás en su ánimo estuvo la idea de viajar. Sólo cuando quería ser modelo y triunfar en las pasarelas del mundo. Hacía mucho tiempo que había abandonado esos sueños... y también otros. Y

estas últimas palabras las remarcó con toda la intención de que Frank comprendiera que eso tan fuerte que había pasado entre ellos ya no tenía ninguna posibilidad.

Le había gustado encontrarlo ese verano de casualidad por la calle, y haberle podido explicar, aunque él no pareció creérselo del todo, que si nunca lo había llamado, había sido para protegerlo, para no meterlo en más líos. Pero esa noche que habían pasado juntos ese verano en la casa de Miriam había disipado el rencor de Frank. Ella le dijo que fuera a verla otra vez, si alguna vez volvía a Sudamérica, pero no se imaginó que, apenas unos meses después, él se presentaría allí.

—En todo caso, ha sido una buena coincidencia —le dijo Frank con cierta irónica amargura— haber venido a visitarte en este mes, en que los dos estamos de vacaciones, porque, si no, no tendrías ni tiempo de verme.

—¿Qué hizo en el Uruguay? ¿Siguió siendo puta?

—Al principio trabajó sólo en un cabaret de Carrasco: un espectáculo erótico. Le costó mucho aceptar la primera cita, me contó, pero después... al fin, como dice Miriam, qué jugaba ella ahí, nada, y era todo lo que sabía hacer. Fue el dueño del cabaret quien la conectó con una agencia en Punta del Este, donde se instalaba en los veranos. Y ganaba mucho dinero. Sí, Miriam siguió siendo puta hasta que volvió a la Argentina, cuando me fue a raptar. Después ya su vida...

—¿Te fue a raptar? —y Carlos se incorporó, entusiasmado—. ¡Qué cojones tenía esa mujer!

A Luz le hizo gracia la expresión tan española, sonrió complacida. Evidentemente para Carlos, Miriam ya no era ese personaje despreciable, a quien le parecía imposible que Liliana se hubiera confiado. Y a Luz esto le gustó porque Miriam le gustaba, la quería, podría decir sin exagerar.

—Y por qué estás pensando en irte del Uruguay si te va tan bien. ¿Estás cansada acaso de esta vida que llevás?

Miriam sonrió. Frank no podía ocultar el rechazo que le producía su modo de vida, pero no se dio por enterada, se limitó a responderle: no, no estaba demasiado cansada, pero ella ya tenía treinta y dos

años, su trabajo, aunque por el momento iba bien, no iba a durar mucho tiempo más. Y tenía otros proyectos. Por eso también se había tomado ese mes de vacaciones, para pensar. Ah, sí, se sorprendió Frank, qué proyectos, y otra vez esa luz en sus ojos, ese reacomodarse en la silla para escuchar con interés, le decían a Miriam que tal vez en serio Frank había ido allí sólo para verla, para proponerle algo que ella de ningún modo iba a aceptar. No, ella tenía otros planes: rescatar a Lili.

—Puedo ayudarte a pensar en tus proyectos —sugirió animado Frank—, darte ideas.

—No, de ningún modo —Miriam se rió—. Mis proyectos son muy secretos —trató de disimular con una broma.

¿Qué le diría Frank si ella le contara que su proyecto era raptar a Lili y escaparse a donde nadie pudiera encontrarlas? Que estaba loca, seguramente.

Por qué le había preguntado lo del Bestia, quiso saber Frank, no podía creer que quisiera volver a la Argentina. Él no volvería nunca, de paseo, nada más. Ya no podría vivir en Buenos Aires.

—Quizás vuelva. No creo que exista ya tanto peligro, el Bestia se debe haber olvidado de mí. Y además, ahora que los milicos se van a ir, no creo que haya un riesgo serio para mí.

—No sé. Que el tipo se haya olvidado de vos me parece imposible. Con lo que le hiciste. Y además, vos no sos fácil de olvidar. Yo no te olvidé nunca.

No quería que siguiera en esa tónica, no quería ilusionarlo. Si no los hubiera visto en la playa ese verano, quizás hasta recibiría bien esta invitación aún no formulada, pero ya claramente allí. Aunque ahora no tenía más que una idea fija: raptar a Lili, y, por cierto, no se la iba a contar a Frank.

Prefirió que él imaginara otra cosa: negocios que montaría, en Buenos Aires, o en alguna provincia, ella a cargo de algún lugar nocturno, y que fueran las otras las que trabajaran. Una madama, sí, y los dos se rieron, aunque a Frank, evidentemente, no le hacía gracia.

Ya más tarde, en su casa, cuando lo vio dejar la ropa sobre la silla, pensó que no debería ni mirarlo, ni ofrecerle ese lugar a su lado,

porque Lili podía evanescerse. Su mano tibia atravesó la blusa que Miriam aún llevaba puesta, no debería permitirlo porque ella quería seguir en esa otra imagen: huyendo en el auto con Lili, pero eran tan cálidas las caricias de Frank en sus muslos que el cuerpo de Miriam se dejó resbalar a esa tibieza, a esa exaltación de los cuerpos que se desean. Aunque le gustó tanto hacer el amor con él, sintió la necesidad de apartarse de su lado, de darse vuelta en la cama y no disolverse en ese bienestar. Ella debía rescatar a Lili.

—Miriam —no, no quería escucharlo, no quería que se lo dijera, pero Frank lo dijo—: ¿por qué no te venís a vivir conmigo? Y vemos qué pasa.

—No seas loco —le contestó riéndose—. ¿Qué haría yo con vos allá, tan lejos? Y además te digo que tengo otros proyectos.

Que no se le ocurriera a Frank, por mucho que le gustara estar con él (debía reconocerlo) sacarla de su idea, de su fundamental objetivo. Ya había avanzado, estaba más preparada. Cuando los vio en la playa se dijo que no podía arrancarle la nena de la mano de Dufau y echar a correr con ella, era impensable, pero no le vendría mal tener la mayor cantidad de datos posibles, por si algún día se animaba a hacerlo. Por eso los siguió disimuladamente y se instaló a tomar sol de espaldas cerca del grupo en el que estaban. No sabía ni cómo habían llamado a Lili, no conocía su apellido, ni el lugar donde vivían.

—¿Y cómo hizo para averiguar tu nombre y dónde vivías? —le preguntó Carlos.

—El verano del 83 fuimos a Punta del Este. Nos había invitado una familia amiga de los Dufau: los Ventura —Luz hablaba como consigo misma—. Ahí lo conocí a Daniel, ya ni me acordaba, estaba con su mujer y sus hijos, no se había separado todavía.

Luz se quedó callada un largo rato, había algo oscuro, álgido, que Carlos no podía entender.

—¿Qué te pasa?

—Nada, no tiene nada que ver. Me puse a pensar en ese verano y me perdí. Es que Daniel Ventura tuvo mucho que ver con mi vida después. Cuando Miriam lo vio a Alfonso conmigo, caminando por la playa, él no la reconoció. Ellos iban siempre a la misma playa y

Miriam se las arreglaba para instalarse cerca y escuchar las conversaciones. Un día se metió al mar al lado de donde yo me bañaba, otra tarde en que yo jugaba sola en la orilla, me ayudó a hacer un castillo de arena, pero cuando se acercó Alfonso, ella se fue, no podía arriesgarse a ser reconocida. Me emocionó cuando me contó que esos días se pasaba horas observándome. Es curioso que alguien desconocido como era ella para mí entonces me quisiera tanto, que tantos pensamientos de su vida estuvieran ligados a mí y yo sin enterarme. Escuchando las conversaciones en la playa se enteró que se llamaban Mariana y Eduardo Iturbe, que vivían en Paraná, en la provincia de Entre Ríos, que él se ocupaba del campo. Después, cuando lo decidió, todo era más fácil: tenía el apellido, la ciudad, no le costó averiguar la dirección.

Quizás por ese gusto que le daba estar con él y ese temor de que la apartara de su objetivo, Miriam le pidió a Frank que se fuera, que no se quedara a dormir con ella. Claro que se verían otro día, seguro, le prometió.

Quizás Frank mismo, sin quererlo, precipitó los planes de Miriam. Porque esa misma noche, cuando él se fue, Miriam decidió que no dejaría que el tiempo se le colara en divagaciones: lo haría ese mismo mes. Primero iría a Buenos Aires y luego a Entre Ríos. Allí encontraría la mejor manera de llevarse a Lili. Si la pescaban, huiría del país. Y si lograba raptar a Lili, también se iría, muy lejos.

Al día siguiente vio al hombre de los documentos para que prepararan su pasaporte y el de la nena. Tuvo que inventarle otra historia para justificar su foto, aunque a él no parecía preocuparle el motivo sino que le pagara cuanto le había pedido, y más aún, porque tener que sacar la foto para el pasaporte de la nena de esa foto que ella había sacado en la playa era bastante complicado, pero algunos dólares ayudarían a superar los problemas técnicos.

A Frank lo vio algunas veces más, siempre dejándose ir y resistiendo. Le dijo que debía hacer un viaje por un proyecto de negocio, pero que pasaría antes por Buenos Aires y que podían encontrarse allí.

Mientras conduce por la ruta hacia Entre Ríos, Eduardo está muy perturbado. Todo lo que le ha contado Dolores lo ha impresionado fuertemente, pero si tuviera que buscar un punto de esa conversación en la que se sintió más que tocado, fue cuando ella le contó lo de su cuñada embarazada, nunca habían tenido la menor noticia de ese bebé, ni siquiera tenían la certeza de que hubiera nacido.

Esa sola mención fue capaz de levantar esos muros densos de un recuerdo que dormía en tu memoria, entre los pliegues de tu cuerpo. Fue como caer de golpe en un remolino que te tiraba para abajo y aunque extendieras los brazos te hundías y te hundías más y más. ¿Y si fuera Luz ese beba que Dolores busca?

Eduardo le preguntó en qué mes y en qué año había desaparecido su cuñada, queriendo saber y no saber al mismo tiempo, porque si acaso coincidía...

Dolores no lo sabía exactamente pero debía haber nacido en julio. ¡Qué alivio sentiste! Entonces seguro que no era Luz, Luz había nacido en noviembre.

Pero ¿qué importa que no fuera la de la cuñada de Dolores? Podría perfectamente ser de otra mujer que estuviera en sus condiciones. Nunca, nunca lo habías pensado, no sabías que pudieran hacer algo tan aberrante.

Pero ¿quisiste saberlo en verdad? Te sometiste a lo que te dijo Alfonso sobre la madre: una de esas que ni saben lo que hacen cuando engendran, y que era mejor para todos que no se conocieran.

Y lo cierto es que en todos estos años Eduardo no ha mencionado nunca el tema del origen de Luz a Alfonso.

Pero ahora, mientras conduces a gran velocidad por la ruta, vuelves a sentir el peso de eso que huele mal, carcomido por el fraude, la impunidad. Te sumerges en aquella noche en la clínica, ya entonces sospechaste que ese malestar en tu cuerpo, en tu conciencia, no sería fácil de extirpar. Hubo épocas, las primeras de la vida de la nena, en que sólo lo sentías por momentos, pero con qué intensidad. Después te dejaste llevar por esa felicidad: ese placer que te daba tu hija día a día, ese sentirte bien con ella y con

Mariana. Pero ahora, después de lo que te ha dicho Dolores, dejas crecer ese malestar, le permites instalarse en tu cuerpo, en tu cabeza, para vivirlo como en algún lugar sabes que te mereces, como lo sentiste ya esa primera noche en que Mariana entró en coma.

Tal vez si Mariana se hubiera preguntado, como Eduardo temió en los primeros tiempos, por qué Luz es tan rubia, por qué tiene los ojos tan claros, si ellos dos son castaños, de ojos oscuros, se hubiera inquietado. Pero Mariana nunca tuvo la menor sospecha de que Luz no fuera su hija. Y todos parecieron entrar con tanta naturalidad que hace ya muchos años que no te haces preguntas, como si hubieras olvidado que Luz no es tu hija.

Quisiste olvidarlo. La quieres tanto a Luz, la sientes tan entrañablemente tuya que es difícil recordar que no es tu sangre. Pero no lo es.

En cuanto Eduardo llegó, Mariana le dijo que quería hablar con él urgente. Pero él quería tomar un té, jugar un rato con Luz. ¿No podían hablarlo después de cenar? ¿Era tan urgente? Luz mostrándole los cuadernos: Mirá, papi, el dibujito que hice. Y él, sin esperar la respuesta de Mariana, mirando el cuaderno, y hablando como si tal, como si ella no estuviera esperándolo: ¡Qué lindo!, te felicito.

A veces Mariana pensaba que Eduardo la quería más a Luz que a ella, cómo podía seguir hablando con la nena, mostrándole la caja de lápices de colores que le trajo de regalo, cuando sabía perfectamente que ella quería hablar con él, se lo había dicho cada vez que la llamó por teléfono.

—Te estoy esperando, Eduardo —y su tono marcó claramente su impaciencia.

La mirada recriminatoria de Eduardo le hizo saber que no sólo no tenía conciencia de que la estaba desconsiderando, sino que no pensaba moverse de donde estaba. Que los lápices de colores y los dibujitos, y las preguntas que le hacía a Luz sobre el colegio, y ella, como si no existiera.

—Ya que te importa tanto tu hija —no le gritó, pero parecía—, sería bueno que vinieras a hablar conmigo ya mismo. Te espero en el dormitorio.

—A partir de ese momento, comenzaron a pelearse, a veces concretamente por razones ideológicas, otras por cualquier cosa sin importancia, pero siempre estaba eso detrás. Él le contó varias de estas peleas a su hermano, con quien se empezaron a ver con mucha más frecuencia que antes. Javier se dio cuenta hasta qué punto lo había movido lo que habló con Dolores. Porque antes Eduardo era más bien de no hacerle mucho caso a lo que decía Mariana y buscar siempre estar en paz.

Cuando Eduardo entró al dormitorio ni siquiera le preguntó de qué se trataba: que qué le pasaba, por qué le hablaba así, parece que te molestara que esté jugando con Luz, y a él no le gustaba, y no iba a permitir que le hablara nunca más en ese tono delante de Luz.

Justamente porque a ella también le importaba mucho su hija, estaba preocupada por cómo él pudiera educarla. Porque lo que pasó el otro día, esa actitud estúpida que tomó con la mujer de Luccini, su inconsciencia, sus comentarios insensatos, claro, como vos no sabés en qué país vivís, no tenés ni idea de lo que pasa, la llevaba a pensar que debían ponerse de acuerdo en qué decirle a Luz, si un tema así surgía delante de ella. No podían ser tan irresponsables con la educación de su hija, había que transmitirle una postura clara y no el todo vale, dónde están los buenos y los malos.

Tal vez porque Mariana estaba acostumbrada a que, cuando se enojaba, Eduardo siempre terminaba tratándola cariñosamente para que se le pasara, se sorprendió mucho no sólo del tono que empleó, sino de la fuerza con la que defendió sus argumentos: que la que no tenía ni idea de lo que había pasado en el país en todos estos años era ella y no él, que Mariana no le iba a escribir ningún guión sobre lo que tenía que decir ni a Luz ni a nadie, que si ella se quería creer al pie de la letra lo que le decía su padre, que se lo creyera, pero que él sabía perfectamente que los militares cometían atrocidades, y que de ningún modo iba a apoyar la posición de Mariana, en principio, porque él no pensaba lo mismo.

Mariana no lo podía creer: qué le pasaba a Eduardo. Esto era mucho peor que lo de la otra noche, él parecía claramente defender a los subversivos. Y el tono con que le hablaba era insólito. Que estaba loco fue lo primero que se le ocurrió, pero esa frase dura, hiriente, que estaba masticando ni siquiera tuvo la oportunidad de decirla porque Eduardo, después de ese chorro de barbaridades: Me voy con Luz, y si te acercás, que sea con otra cara, y con otro tono.

No lo puedes evitar. La miras dibujar, decirte: ¿Te gusta, papi?, y sientes que no tienes derecho a ese papi, a ese beso que te da, cuando le dices que es precioso.

No quiere pensar en ese momento en la cuñada de Dolores, o quien fuera a la que se la habrían robado, ni quién merecería ese papi, ese beso. Tampoco es seguro que sea así. Él está muy impresionado por todo lo que se enteró anoche y la culpa de entonces ha tomado proporciones gigantescas. Quizás fuera sólo una mujer que no quería su hija, se trata de tranquilizar.

¿No es injusto que hayas tratado a Mariana con tanta rudeza? ¿De qué la estás culpando? ¿Es responsable acaso de lo de la nena, si ni siquiera lo sabe?

Cuando Eduardo está pensando en ir a buscarla al dormitorio, y ablandar la situación, Mariana pasa por delante, camino a la cocina y ni lo mira. Eduardo se acerca y le da un beso: ¿Hacemos las paces, linda?

Mariana lo mira severamente, ni le contesta y sigue su camino. Él se propone entonces hablarlo con más calma, y tratar de que ella comprenda. Lo mejor será ni mencionar a Alfonso.

Pero esa conversación, que Eduardo planea calma, se le va de las manos. Mariana considera una afrenta las palabras pronunciadas por él esa tarde, al principio pensó que se había vuelto loco, pero ahora está segura de que alguien le lavó el bocho, porque él es un ingenuo. La ingenua sos vos.

Y entonces, no lo puedes evitar, como si las palabras salieran sin que las controlaras: que no todo es como lo ves, que hay gente que ha sido secuestrada, y torturada y que ni siquiera formaba parte de una organización, y aun los que estaban comprometidos, ¿te parece

que hay derecho a que los secuestren y los torturen, los maten, sin siquiera un juicio? Y no sabes qué más le estás diciendo mientras Mariana abre los ojos, asombrada. Puedes sentir hasta qué punto te duele esto que pasaba en tu país y a lo que has cerrado obstinadamente los ojos.

Eduardo entiende mal el silencio y la consternación de Mariana y sigue hablando con la intención de compartir este dolor con su mujer, con la esperanza de abrirle los ojos a una realidad que ella tampoco vio, hasta que Mariana lo corta abruptamente: Pero de dónde saca él todas esas mentiras, quién se las contó. Vos estuviste con alguien en Buenos Aires que te reventó la cabeza. Antes no decías estas barbaridades. ¿Viste a alguien en Buenos Aires? ¿A quién? Decime la verdad.

—Pero claro, yo no le dije nada de mi encuentro con Dolores.

—¿Por qué? ¿Te parece que a Mariana le puede molestar? ¿Sabe que estuviste enamorado de Dolores? —le preguntó Javier.

—Sí, yo se lo conté hace años. Pero no fue por eso por lo que no se lo dije. Me di cuenta de que Mariana no podía recibir nada, que no está preparada para enterarse y yo no fui capaz de transmitirle lo que sentía. Si le hubiera contado todo lo que me dijo Dolores, iba a descalificar de plano su historia. Para Mariana, Dolores, Pablo, son los del otro lado, los subversivos. Y se pondría furiosa de saber que comí, que me conmovió, que me dolió lo que le pasaba a alguien que para Mariana sería simplemente una enemiga. Lo consideraría una traición a la patria, a ella y, sobre todo, a la basura de su padre.

A Javier nunca le cayó bien Alfonso, pero ese odio sordo que parecía tenerle su hermano le llamaba la atención. Tan poco de Eduardo ese sentimiento. Qué le había hecho, siempre sospechó que había pasado algo que él ignoraba.

—¿Sabés cuándo me di cuenta? Cuando nació Luz, en la clínica, estabas furioso.

Eduardo no quería hablar de eso ahora. No, sólo quería compartir con él lo que le había contado Dolores, porque le pesaba mucho. También a Javier le parecía monstruoso, aunque no se sorprendía como Eduardo, conocía otros hechos. Lo que no comprendía era por

qué era tanto peso para él: ¿es porque pensás que tu suegro está ligado directamente a la represión? Pero si así fuera, Eduardo, tampoco exageres, sólo te casaste con su hija. No te vas a hacer responsable de todos sus actos. Entiendo que debe ser difícil tratar este tema con Mariana, con la admiración delirante que tiene por su padre.

Pero sin duda había algo más, porque, si no, Eduardo no se sentiría así. Había algo que no le cerraba.

—Cuando Eduardo empezó a despertar...

—¿Despertar?

—Por decirlo de algún modo, a darse cuenta, a temer que yo fuera hija de desaparecidos, se acercó a su hermano Javier. Él me contó cómo sufrió Eduardo, por eso insisto en que te confundís, Carlos. Aunque a Javier no se lo dijo hasta unos días después, cuando pasó lo de Miriam.

Esa noche, en Buenos Aires, la víspera de su viaje a Entre Ríos, Miriam salió a cenar y pasó la noche en el hotel en el que estaba alojado Frank. Tenía mucho miedo, pero no le dijo nada. Tal vez presentía que algo podía sucederle y necesitaba, ella que era tan poco así, un poco de cariño, de ternura. Y Frank, ese yanqui loco, como le decía Miriam, le demostraba que la quería. Esa noche se durmió en sus brazos y hasta le gustó escucharlo hablar de sus planes en Estados Unidos: vivirían juntos en una casa con jardín, y ella no tenía por qué trabajar, para qué, pero claro que él no le iba a imponer nada, si ella quería seguir su vida que lo hiciera, sólo le pedía que se tomara un largo descanso, que se dejara ir al amor, que se dejara querer despacito, que se dejara cuidar y mimar. Y esa noche a Miriam le gustó escucharlo, era lo que necesitaba.

—Si me sale mal lo que voy a hacer, me voy con vos, y me guardás bien encerradita en tu casa hasta que se olviden de mí.

Y de pronto un frío súbito recorriéndole la columna: y si me descubren y si me meten presa... y peor, si me matan y si el milico se lo cuenta al Bestia y juntos me hacen... No, no quería acordarse de Liliana esa noche. Ya bastante terror.

Frank reaccionó, se incorporó en la cama: qué era lo que iba a hacer, que si no le salía iba a tener que esconderse, que le dijera la verdad.

Pobre Frank, se estaba preocupando otra vez por ella, como en aquella época que tanto la había ayudado.

—No te preocupes, estoy hablando de ese lugar que quiero poner en Entre Ríos, con algún socio, parece un buen negocio. Pero una nunca sabe con quién... —y un leve pero incontrolable temblor en el labio le dificultaba seguir su ficción.

—¿En Entre Ríos? No me lo habías dicho. ¿Quién vive en Entre Ríos? ¿La hija de Dufau? —Miriam se miraba las uñas, como si no lo escuchara. Frank la tomó de la cara y la obligó a mirarlo—. Miriam, ¿no estarás tan loca como para seguir con eso? Ya sabés de qué te estoy hablando —Miriam licuó la mirada en un esfuerzo denodado de no mostrar nada que la delatara—. Esa loca idea de sacarle la nena al milico.

Porque el miedo la ganaba tuvo ganas de contárselo todo, de pedirle que la ayudara a recuperar a Lili, pero se lo negó, sólo se acurrucó entre sus brazos, le pidió que le contara una vez más de su casa en Estados Unidos y de cómo la iba a querer si acaso ella era tan loca de irse con él.

Qué le preocupaba tanto a Javier, se preguntó Laura mientras cenaban, estaba distraído, el aire grave, apenas si intervino cuando sus hijos le hablaban. Pero esperó que los chicos se fueran a dormir para preguntárselo.

—No lo veo bien a Eduardo.

¿Qué le pasaba? Que estaba muy afectado, porque recién ahora se enteró de... de los secuestros, las torturas. También con la mujer que tiene, hija de un milico hijo de puta, iba a decirle Laura, pero se calló porque a Javier no le gusta que ella hable mal de la mujer de su hermano, es una buena chica y Eduardo la quiere.

Y sí, buena, pero bastante insoportable, una nena de papá y con una ideología de mierda. Alberto Luccini le había contado lo que pasó con Carola en su cumpleaños, y ella se alegró de no haber

estado presente en ese momento, porque se le habría aguado su fiesta.

Laura, que es muy prudente, nunca hace un comentario de algo que pueda tocar la represión delante de Mariana. Hacía unos años, cuando lo chuparon a su amigo Enrique, y la Negra y su hijo se guardaron en su casa hasta que pudieron escaparse, Laura estaba destruida. Mariana le había preguntado qué le pasaba que la veía tan mal, pero ella ni muerta le decía la verdad. Le contó algo a medias, que su íntima amiga se iba a vivir afuera y que no sabía si la volvería a ver. Y Mariana: ¿Por qué se va? Cómo decirle a su cuñada, hija de un teniente coronel: se va porque chuparon a su marido, y ella se salvó por un pelo, y no si no se va, la matan, y entonces Laura, sin pensarlo dos veces, le dijo: Porque al marido le salió un contrato en Europa. Ah, claro, seguir al marido, eso era algo que Mariana sí aceptaría, siempre está hablando de sus méritos por quedarse a vivir en Entre Ríos, tan lejos de los suyos: si el marido de su amiga tenía un contrato afuera, qué iba a hacer. Un contrato con la muerte que administra tu viejo, entre otros, le hubiera dicho con ganas.

Fue la primera vez que Laura entendió por qué le resultaba difícil tratar con Mariana, por qué siempre buscaba temas intrascendentes: qué tal las mellizas, sus hermanas, tienen novio, o recetas de cocina, o el tenis, lo que fuera, y se iba con cualquier pretexto si Mariana comenzaba a hablar de su padre. Sí, buena, y alegre, cuando no se mete con el tema de los enemigos de la patria podía ser hasta simpática. A Laura le extrañó que Eduardo hubiera tomado conciencia de lo que pasaba, porque a ella, siempre que lo veía, le daba la impresión de estar totalmente inmerso en el mundo de Mariana. Y entonces Javier le contó lo del encuentro con Dolores, una chica de la que estuvo muy enamorado. Y Laura riéndose: Ay, a lo mejor le mete los cuernos, le vendría bien. Javier se rió: Parece que vos no podés pensar en otra cosa, en el sexo, lo tenés metido ahí, y señaló la cabeza de Laura.

—Y aquí —le contestó Laura.

Se tiraron en la cama y se pusieron a reír y jugar, y por un rato Javier cambió esa expresión adusta por la de siempre, la que a

Laura tanto le gustaba. Ella pensaba que aunque Eduardo y Mariana aparentemente se querían mucho no podían tener esa dimensión de complicidad que tenían ella y Javier. Pero cuando Javier le contó la historia de Dolores, de su hermano Pablo, a quien él recordaba perfectamente, un chico genial, Laura se dejó de reír y le dijo que se alegraba de que, por los medios que fuera, Eduardo se sintiera tocado por esta historia, porque ella lo quería bien a su cuñado, le parecía un buen tipo, aunque un poco débil, y que viviera tan en babia le molestaba. Insistió varias veces en saber por qué lo había movido tanto lo que le contó Dolores y qué sabía Javier de lo que hacía el suegro, si no, sería porque sabía más de lo que decía, pensá, Javier, para él debe ser difícil contarlo, Eduardo es un tipo muy respetuoso y Dufau es el padre de su mujer.

—Pero a mí me habla mierda de él, lo odia de una manera radical, y Eduardo es un tipo que no odia a nadie.

Y entonces a Laura se le ocurrió: Y no será que Luz no es hija de ellos, que es una hija de desaparecidos. Pero decime, ¿estás loca vos? ¿No la viste a Mariana embarazada? ¿Por qué iban a hacer eso? Y Laura: Pero había habido cosas raras cuando la nena nació, que nadie la podía ver y que Eduardo estaba mal, Javier mismo se lo había contado. Y ya sin poder parar: Y después también, te acordás lo de Amalia cómo insistía con que se parecía a Eduardo, eso fue rarísimo y Luz no se parece a nadie. Quizás se les murió el bebé y el suegro les robó uno.

Javier se puso furioso, le dijo que estaba loca, y que la cortara, que su hermano nunca, me entendés, nunca se metería en una cosa así de sucia, y que Luz era hija de ellos y que no volviera a decírselo porque se enojaría mucho con Laura. Y ella: que la perdonara, que era una imbécil, que a veces se dejaba llevar, y que no se enojara, que ella lo quería mucho, y a Eduardo también, vos lo sabés.

Laura se durmió mal esa noche por haber dicho un disparate así, sin pensar. Javier se dio vuelta en la cama y ella apenas se atrevió a hacerle un mimo, que él no respondió.

Miriam se instaló en un hotel en el centro de Paraná. Fue fácil averiguar la dirección de Eduardo Iturbe: estaba en la guía

telefónica. Los dos primeros días pasó horas en ese pequeño café de la esquina de la casa, mirando por la ventana.

Desde allí se veía sin dificultad la casa de los Iturbe. Los veía salir, entrar. Pero, sentada allí, no podía averiguar adónde iban. Tendría que tener un auto. Por suerte, en el Uruguay había aprendido a manejar. Se había resistido bastante, porque nunca le gustó conducir, pero el dueño del cabaret de Carrasco le había dicho que era imprescindible tener auto en Punta del Este.

—Así como planeó durante años lo de los documentos, lo del dinero para sobrevivir afuera, curiosamente, no planeó cómo iba a llevarme con ella. Pensó que ya se le ocurriría allá, con lo que observara. Tuvo algunas ideas disparatadas, que después descartó porque eran complicadísimas, y de mucho riesgo.

—¿Como cuáles?

—Se le ocurrió trabajar en casa como mucama. Pero esto era un riesgo enorme, porque podían reconocerla muy rápido. Era un disparate.

Si la emplearan como cocinera, mucama o lo que fuera en la casa de los Iturbe, estaría mucho más en contacto y encontraría la ocasión adecuada para raptar a Lili, se dijo en el bar.

Le preguntó a la señora del almacén más cercano cómo hacer para conseguir trabajo doméstico.

—Tiene que tener referencias. ¿Usted tiene? —le dijo mirándola de arriba abajo.

Y esta mirada desconfiada le marcó a Miriam algo que no había pensado. ¿Coincidía su aspecto físico con quien solicita trabajo doméstico? Sin duda no, algo marcaría en ella otra clase. Se rió de su propio pensamiento: otra vida, debía decirse, qué otra clase. ¿Se le notaría su «profesión» a pesar del aspecto discreto: jean, saco sport, taco bajo, maquillaje mínimo, el pelo recogido?

—Le dio miedo de que la vieja del almacén desconfiara y le inventó una historia.

No, ella no tenía referencias porque no había trabajado en el servicio doméstico hasta ahora. Su marido era un empleado bancario en Buenos Aires, y ella, que era recepcionista, había dejado el trabajo cuando nació su hija. Su marido la había dejado por otra, sin

un peso, entonces... la vergüenza ante su propia familia, sus amigos... quería olvidarse completamente del pasado, por eso se había ido a Entre Ríos, para que nada le recordara tanto dolor.

La mirada de la mujer había cambiado completamente, también su tono de voz cuando le preguntó: ¿Y la nena, está con usted o la dejó en Buenos Aires? La había perdido, dijo Miriam bajando la cabeza, y anunciando un llanto que no era fingido.

—Miriam sentía que había perdido una hija, en la hija de Liliana.

La mujer salió del mostrador y se acercó a Miriam: Pobrecita, la ayudaría, le daría ella misma las referencias. Y la dejó después de haber perdido una hija. ¡Qué canalla!

La mujer le podría conseguir trabajo, pero ¿por qué justamente en lo de Iturbe? Le dijo que estaba mareada, que lo pensaría, que quizás buscara un empleo de recepcionista, aunque claro, tendría que conseguir dónde vivir.

En el bar decidió que alquilaría un auto para seguirlos. Ya sabía que Lili salía a las ocho y media, en el auto de Iturbe, y que solía volver a las cinco, con la chica del delantal a puntitos, seguramente la que trabajaba en su casa.

—¿Y al final qué hizo?

—Alquiló un auto y los siguió. Así supo dónde quedaba el colegio y la casa de la profesora de inglés. Y se paró durante días en la puerta del colegio.

En la primera semana que observó la salida de las niñas en la puerta del colegio, la chica que venía a buscar a Lili llegó dos veces tarde. Esperar que se demorara y acercarse a Lili. Ése era su plan.

—Pero qué loca y qué iba a decirte para que te fueras con ella. ¿Y si aparecía la chica cuando se estaban yendo?

La primera vez que se acercó, le dijo: ¿Te acordás de mí? Hicimos juntas un castillo de arena en Punta del Este.

—Ah, sí —le contestó Lili, aunque no parecía recordarlo—. ¿Cómo te llamás?

—Miriam.

Iba a proponerle que tomaran un helado cuando vio a la chica doblando la esquina: Chau, linda. Y caminó disimuladamente hacia el otro lado. Estaba segura de que no había despertado ninguna

sospecha, aunque quizás había sido imprudente decirle su nombre a Lili.

No era la primera vez, desde aquel día que se vieron, que la imagen de Eduardo se le colaba a Dolores en cualquier momento del día. Pero ahí, a la salida de la reunión con las Abuelas, le parece incongruente. Tal vez porque esa reunión la dejó esperanzada, ella se permite este pequeño rasgo de buen humor, esta conexión con la vida. Sería lindo hacerlo ahora que son grandes los dos, sentirse como entonces por un rato. A Dolores le parece curioso estar sintiendo esto, porque cuando estuvo con él el otro día no recordaba haberlo deseado. O quizás sí, en el recuerdo de aquel tiempo, tan tan lejos. Aunque cuando la llamó esa misma tarde en que se habían encontrado para que cenaran juntos, fue saltar esa pequeña alegría, como tantos años atrás, cuando abría sus cartas.

Pero bueno, tampoco ella está en Buenos Aires para hacerse líos, si quiere, debe admitir ahora que se toca la rodilla y otra vez Eduardo, su sonrisa, sus manos, si quiere algo así, una pequeña aventura, si lo necesita por alguna misteriosa razón que no tiene ganas de indagar, lo mejor será con alguien que no conozca, a quien ni siquiera pueda hablarle de todo lo que le pasa. Porque si acaso a Eduardo le había pasado por la cabeza tener una noche de pasión con un antiguo amor, y por eso la llamó enseguida, en cuanto ella dejó que el inmenso horror se deslizara entre ellos había sepultado en él cualquier deseo. Todo ese vómito ácido que ella le tiró lo había aplastado. Sí, estaba muy mal Eduardo cuando se despidieron.

Después de la conversación con Javier y lo que le pasa cuando mira a Luz, a Eduardo le resulta difícil soportar el mal humor de Mariana, su ofensa por la discusión que tuvieron.

Finge que está trabajando en el escritorio para evitar una discusión más con Mariana. Últimamente se pelean por cualquier cosa.

Te parece evidente que detrás de cada pelea, más que las palabras, está todo lo que no puedes decirle a Mariana.

Eduardo no sabe qué hacer con todo eso que le pasa. Tiene la necesidad de hablarlo con alguien. Pero con quién. ¿Dolores?

No, si ni siquiera te has animado a contárselo a Javier, cómo vas a atreverte a decírselo a Dolores.

Pero tiene que saber, tiene que saber más, lo necesita imprescindiblemente.

¿Y si hablaras con Alfonso? ¿Si le preguntaras directamente eso que ni te atreves a decirte?: ¿Luz es hija de desaparecidos?

La sola idea de la reacción de Alfonso, si Eduardo le contara su sospecha, le da pánico. Lo amenazaría, lo insultaría, y peor, dificultaría, quizás, sus posibilidades de averiguar.

Será mejor que trates de saber más por otro lado antes de encarar a Alfonso, que tengas más datos, más seguridad. ¿Y si la llamaras a Dolores? Podrías escucharla, sin necesidad de contarle tu historia.

Quizás le vendría bien salir un poco, distraerse, piensa Dolores. Y otra vez, inoportuna, la imagen de Eduardo. Se recuesta sobre la cama de su dormitorio, el mismo que tenía siete años atrás. Su madre lo ha dejado tal cual estaba, como si ella se hubiera ido a unas cortas vacaciones, y no a un exilio del cual no tenía idea ni cuándo, ni si podría volver. Ese largo día la ha dejado agotada. La reunión con las Abuelas, las conversaciones con sus padres.

Lo que más había entusiasmado a Susana, su madre, cuando le contó esa tarde su reunión con las Abuelas, fue lo que ellas le contaron de los estudios sanguíneos. Le pedía más y más detalles de esa asociación norteamericana que estaba ayudando a las Abuelas. Los avances de los estudios hematológicos permitirán determinar la identidad y la filiación de los niños desaparecidos. El proyecto, aunque claro, eso demoraría, es que todos los familiares puedan dejar su sangre en un banco para comprobar la filiación.

—Los estudios de compatibilidad se hicieron en el Servicio de Inmunología del Hospital Durand. Estaba perfectamente equipado. Paradojas de la vida. Porque fue un personaje de la dictadura, el ex intendente Cacciatore, quien había creado este centro, casi como un regalo que le hizo a su médico personal, a quien le interesaba mucho realizar trasplantes renales. Que después, con las investigaciones ya adelantadas, haya servido para probar los vínculos sanguíneos, la identidad de estos chicos, es gracioso, ¿no?

Sí, qué bien, así podrían demostrar —y ese brillo febril en los ojos de su madre— que la nena o el nene de Pablo y Mirta era de ellos, de su sangre, y no de los que lo robaron. ¿Se lo darían a ellos a cuidar? Claro que sí, o a los padres de Mirta, habría que ponerse de acuerdo. Y el solo mencionarlo era ya creerlo posible. Susana hacía planes de cuál sería el cuarto del nene si se quedaba con ellos: el que era de Pablo, o el tuyo, ¿qué te parece, Dolores?

Estaba yendo demasiado lejos, quizás no había sido prudente transmitirle el entusiasmo que ella misma había sentido después de hablar con las Abuelas. Su padre, evidentemente, temía lo mismo. El colaboraría, dejaría su muestra de sangre, si ese proyecto se llevaba a cabo, pero no esperaba nada.

—Tampoco le digas a tu madre cosas que no son, Dolores. Qué sabemos lo que pasó, ni siquiera si nació. Quizás la mataron cuando todavía estaba embarazada... esos asesinos.

Cuánto tiempo había pasado desde que le dijera aquello de que no podía ser, que el Ejército de San Martín no tocaría a una mujer embarazada. Siglos. Las antesalas del horror de sus antes amigos, la impotencia, la desesperación lo habían convertido en este veneno encapsulado. Dolores se le acercó y le acarició la cabeza.

—Justamente, papá, hay que hacer todo lo posible, seguir luchando. Yo no le dije que vamos a encontrarlo, pero sí que vamos a buscarlo.

Julio movía la cabeza hacia un lado y el otro, no, no había que alimentar falsas esperanzas: Dolores vive afuera, es él el que está todos los días con Susana.

—Dolores tiene razón, el que busca encuentra, Julio. No hay que desanimarse. Y además con la democracia muchas cosas van a cambiar. Seguro que los van a perseguir. Yo tengo la esperanza de que vamos a encontrar a nuestro nieto.

Dolores haría una cita con la madre de Mirta, sería más fácil hablarlo para ella que para sus padres. Eran tan distintos que sería complicado quizás el entendimiento. No, le dijo Susana, ella misma invitaría a la madre de Mirta a tomar el té, sería mejor luchar juntas, quizás hasta la convencería de meterse en la organización de las Abuelas.

Ah, si la vieras ahora, Pablo, tratando de acomodar todo, de que nada le nuble esta esperanza, animando a papá, haciendo planes para recuperar a tu hijo, torpes, ingenuos, cuánto ha crecido, y cuánto, cuánto ha cambiado.

—Dolores, te llama Eduardo.

Ojalá venga a Buenos Aires, se sorprende Dolores pensando, cuando va hacia el teléfono. Pero Eduardo no le dice nada: que cómo van sus gestiones, que si puede hacer algo por ella, que quiere agradecerle esa charla que tuvo con él, que no sabe qué importante fue para él. ¿Qué significa ese apocarse de su voz? No sabe qué es pero le llega muy directamente, la toca en alguna parte de su cuerpo. Y reacciona:

—¿Por qué no venís a verme? Me voy a quedar unos días más.

Antes de esperar su respuesta, ya se ha arrepentido. ¿Para qué se mete en líos? ¿Tiene ella espacio para lo que está invitando?

—Sí, en cualquier momento voy. Te aviso.

Por qué le cortó tan rápido, y por qué la llamó a esa hora.

No tiene tiempo de ponerse a pensar por qué Eduardo ha actuado así, porque Susana golpea a la puerta de su dormitorio, con una cara que hacía tanto tiempo no le veía que ya había olvidado. Que la vio muy sonriente cuando fue a hablar por teléfono, que quién es ese muchacho, ¿un amigo de antes, o alguien que conoció ahora? ¿Le gusta ese chico?

Pobre mamá, piensa Dolores, qué es este diálogo ahora, tal vez fue demasiada la presión de ese día. Hijos es también eso: entusiasmarse porque su hija tiene un nuevo amor. Respirar.

—No, mamá, era Eduardo, ¿te acordás? El chico de Entre Ríos, ese que te caía tan mal. Me lo encontré por la calle el otro día y charlamos un rato.

Pero se casó él, ¿no? Su hermano le dijo que se casó con... y la alarma en la mirada, ahogada esa pequeña brisa, los enemigos acechando: Se casó con la hija de un militar. Me lo dijo Pepe. Cuidado, Dolores, no le digas nada de nada.

Ya se destruyó ese pequeño clima, si hubiera podido contarle que sí conoció un muchacho, como dice su mamá, que le gusta, también

el amor o esas cosas de las que nadie se acuerda ahora. Sólo el miedo que toma cualquier rincón.

—No te hagas problemas, mamá, ni creo que lo vea.

Ésa puede ser la explicación de la reacción de Eduardo. Quizás ella le ha abierto los ojos. ¿Viviría tan en la luna? Suena el teléfono.

—Otra vez Eduardo —y no le gusta la expresión de Susana—. Es tarde ya. Cómo te llama a esta hora.

Que iría al día siguiente. Sí, quería hablar con ella. A las cinco, ¿está bien? En el Dandy, sí.

—¿Lo vas a ver otra vez? No te metas en líos, Dolores.

Por qué tiene tanto miedo, quién es el suegro de Eduardo, qué sabe ella. Susana puede averiguarlo por su hermano, sólo recuerda que su hermano les había contado que sus sobrinos se habían ido a Europa, porque él conoció en el casamiento de Eduardo a los suegros y le dio miedo decir la verdad. Lo llamo y le pregunto. No, dejá mamá.

Pero al día siguiente, antes de encontrarse con Eduardo, Susana ya le ha dicho que el suegro es Alfonso Dufau, un milico a cargo del cuerpo no sé qué, pero un peso pesado de la represión. Ni lo veas. ¿Y si quisiera averiguar algo sobre vos?

No, su intuición le dice otra cosa.

Capítulo nueve

Si había tenido alguna duda después de hablar con su madre, a la media hora de estar con Eduardo, Dolores tiene la certeza de no haberse equivocado, de que Eduardo no miente, ni persigue ningún propósito oscuro con ella. Lo que ella le había dicho la noche que se encontraron lo había afectado mucho y Eduardo quiere saber más: si los organismos de derechos humanos tienen una lista de desaparecidos, quiénes se ocupan de los casos de niños desaparecidos y cómo lo hacen, desde cuándo funciona la organización de Abuelas, las preguntas atropellándose, cómo se enteraron de que a su cuñada y a Pablo los mataron, ¿se lo dijeron oficialmente o sólo fue ese comentario de alguien que logró salir del campo de detención?, una atrás de otra, y cuántos centros clandestinos hubo, a cargo de quiénes estaban. Eduardo se ha estado preguntando todas estas cosas y más desde que habló con Dolores, y necesita saberlo, aunque sea doloroso para Dolores hablar de esto.

—Te lo pido como un favor personal. No puedo quedarme en esta ignorancia, ceguera, como quieras llamarlo.

—No, Eduardo, el otro día hablamos de mí, de mi historia, ahora te toca a vos. Quiero saberlo todo, contame de tu mujer, de tu hija, de tu vida en Entre Ríos.

No hay nada en especial en su historia, miente pero mal, y enumera una serie de informaciones sin importancia. Del suegro ni una palabra.

—¿Mariana qué? ¿Cuál es el apellido de tu mujer?

Sí, esta vez no hay duda. Dolores ha dado en el blanco.

—Dufau —la vergüenza torna esta palabra casi inaudible. El silencio se alarga como sólo los silencios cargados de palabras no dichas saben alargarse. Al fin Dolores decide que es mejor no dar más vueltas.

—¿No es un militar... de éstos? Él asiente con la cabeza.

Y del silencio a esa locuacidad nerviosa: Por eso, Dolores, tal vez por eso, o por otras cosas que yo no quise o no pude ver, yo ahí, en mi burbuja, mi mujer, mi hija, el campo, los amigos, y ni vi lo que pasaba. Y de él, de mi suegro, lo que hace, tampoco creas que lo cuenta. Para Mariana es un ídolo, un héroe, un santo.

Dolores siente cuánto odia Eduardo a Dufau, un rencor que va más allá de la molestia por la admiración que tiene su mujer por su padre.

—El otro día hubiera querido decirle lo que me pasaba a Mariana, pero cómo contarle que había estado con vos y lo que me habías dicho, con lo que siente por su padre. Lo intenté, pero es imposible.

Por eso yo, piensa Dolores, por eso me busca a mí. Eduardo está en silencio, pensando quién sabe qué hasta que deja salir esas palabras que huelen rancias de tanto estar guardadas.

—Aunque ella no tiene la culpa. Sólo yo tengo la culpa.

¿La culpa de qué? Dolores no lo sabe, ni lo pregunta. La culpa flota como un cuerpo espeso sobre Eduardo, no lo deja respirar, muerde sus palabras.

—Me gustaría hablarte de lo que me pasa, de algo que pasó hace años ya en verdad, pero no puedo, son cosas... familiares, privadas.

Dolores no sabe lo que atormenta a Eduardo, pero le parece prudente no indagar, ya se lo dirá, seguramente. Eduardo sufre y sufre mucho y más fuerte que la curiosidad por saber la razón de su sufrimiento es esa ternura que le brota, esas ganas de consolarlo, acurrucarlo y hasta dejarlo que llore sobre su hombro, si tiene ganas. ¿Pero cómo va a ponerse a llorar ahí, en el Dandy?

—Vamos a un lugar más tranquilo —propone Dolores.

—¿Adónde? —le pregunta Eduardo mientras pide la cuenta.

Dolores se encoge de hombros y sonríe: Ya se nos va a ocurrir algo.

Entrando de lleno por la puerta abierta de su sonrisa, que está allí, intacta, conduces por Libertador con la certeza de que es mejor no hablar. Giras y tomas para el Norte. Esa leve duda que tienes se disipa cuando Dolores apoya su mano en tu cuello y sientes ese calor de acuerdo. Y cuando has estacionado frente al lago del bosque de Palermo, te parece que debes decirle algo que justifique tu actitud, aunque ella nada te pregunte.

—Estoy muy mal, Dolores, pero no puedo decirte por qué.

Su mano tibia sobre tu mejilla es toda su respuesta. Te zambulles en ese abrazo con el que ella, sin duda, quiere consolarte. Le besas la oreja, tus labios entreabiertos buscan el costado de su cuello y basta ese simple gesto y ese leve temblor de Dolores para que, con la desmesurada rapidez de los días felices, vuelvan esas ganas nítidas de ella. Tu mano busca ávida bajo su ropa el contacto con su piel y ya no sientes nada más que ese deseo generoso que ha expulsado en un instante todos los tajos de la vida, hasta que ella se aparta bruscamente, se reacomoda la ropa y mira hacia afuera por la ventanilla del auto. Te preguntas qué estás haciendo, cómo has podido llevar su consuelo amistoso a este arrebato.

Cuando Dolores te dice suavemente Eduardo, y se detiene, aún mirando alrededor, intentas inventar una frase que te excuse, pero las palabras se niegan a encadenarse. Dolores, yo... Y ella te mira y se ríe, seguramente de tu incomodidad.

—Eduardo, vamos a un lugar más privado, a ver si nos pesca mamá como la otra vez.

Y entonces esa risa explotando, la llave del contacto del auto, rápido, que esto no se pierda, tu mano de la palanca de cambios a su rodilla, su mano sobre la tuya en una complicidad que dice que no importa que no fuera tu intención ni tampoco la de Dolores, que no hace falta explicarse, su cuerpo y el tuyo se están llamando, la vida ahí, en ese instante.

Frank la había llamado anoche para proponerle ir a verla, ya que en unos días debía volver a Estados Unidos, sus vacaciones estaban llegando a su fin. Miriam le contestó que todavía estaba muy

ocupada, pero que ya le haría saber si podía tomarse un descanso y pasar algunos días juntos.

¿Cuántos días llevaba Miriam esperando a la salida del colegio? ¿Diez, doce? Esa tarde se dijo que tendría suerte. El corazón le palpitaba como siete años atrás, cuando dejó al cabo Pilón en su cama y cerró la puerta de su casa con doble llave. Hacía cinco minutos que Luz había salido y la chica no llegaba. Se acababa de ir su compañerita. Era ahora o nunca, se animó.

—Hola, linda, qué tal.

—Bien, ¿y vos?

—¿Querés un helado?

—Había pasado horas pensando si era mejor ofrecerme un helado, o caramelos, o decirme que tenía algo en el auto que me quería mostrar, cualquier cosa con la que me pudiera atraer unos metros hasta su auto y arrancar conmigo a toda velocidad, antes de que llegaran. Lo tenía estacionado del otro lado de la plaza. Sus planes eran un poco burdos.

Le asombró lo fácil que había sido. Luz miró hacia la esquina y le dijo: ¿Me lo traés vos o cruzamos? Carmen siempre llega tarde.

—Vení conmigo, volvemos enseguida.

—No, yo no me acuerdo. Sí de lo que dijo después, cuando llegó mamá. Pero tampoco porque recuerde...

—¿Mamá le decís?

—Mariana, le dije mamá toda la vida —y Luz desvió la mirada—. Mamá es una palabra que va haciéndose con el tiempo. ¿Vos te acordás acaso cuando tuviste conciencia de que tu mamá era tu mamá? Para mí la palabra mamá fue siempre ella, Mariana, la que llamé mamá desde que aprendí a conectar esos sonidos a una persona.

Luz se quedó callada, como si le costara seguir hablando.

—No te voy a interrumpir más, perdoname, es esa bronca a contrapelo que parece que me sobrepasa. Tampoco es el momento. Por favor, seguí contándome. ¿Fue Mariana entonces a buscarte, no la chica que trabajaba en tu casa?

Las cinco y diez ya cuando Mariana salió de la casa de su amiga. Para qué le habría dicho a Carmen que no fuera a buscar a Luz. La llamó desde la casa de su amiga y no respondió al teléfono. Y Eduardo en Buenos Aires. Caminó tres cuadras hasta el colegio a toda velocidad. En la puerta no la vio, ni sabe por qué, cosa de Dios, como le contaría más tarde a su madre, miró enfrente y la vio allí, de espaldas, de la mano de una mujer, cruzando la plaza. Pensó que sería la madre de alguna nena que la llevaba a hablar por teléfono a su casa. No sabía por qué, pero estaba inquieta. Mariana caminaba rápido, casi corriendo, por suerte, que si no me apuro se la lleva, mamá, te juro, digan lo que digan papá y Eduardo, yo sé que esa mujer la quería raptar a Luz.

Cuando la vio dar la vuelta al auto, no tuvo la menor duda de que la nena era Luz. ¿Se iba a subir a ese auto? ¿Quién era esa mujer?

—Luz —le gritó, aunque estaba bastante lejos.

—Mami —la llamó Luz sonriendo.

Entonces la mujer miró a Mariana y levantó la mano, en señal de saludo, le dijo algo a Luz y se subió rápido al auto.

—¿Qué te dijo?

—Ésa no es tu mamá.

Pero quién era esa mujer, adónde iban. Y la agitación le hizo sacudirle el brazo a Luz. Una señora que la había invitado a tomar un helado. Y cómo te vas con cualquiera, sos loca vos. Qué te dijo, por qué se fue así.

—Yo no se lo conté seguramente porque estaba tan furiosa que me daba miedo. Pero después, cuando ella se enteró, me lo repitió tantas veces que jamás podría haberlo olvidado. Me lo reprochaba a mí, como si yo hubiera dicho esa frase. Cuando se peleaba conmigo, durante años, me sacaba eso de «que te fuiste así no más con una loca que decía que yo no era tu mamá». Y esta frase de sus reproches fue algo que me hizo presente esa aparición de Miriam. Y cuando alguna vez, en la adolescencia, pensaba que no era su hija, volvía ese recuerdo.

—¿Pensabas que no eras su hija?

—Pero así como cualquiera en la adolescencia puede tener esa fantasía cuando está muy en crisis con sus padres, era como

pensarlo y no pensarlo. Y entonces el recuerdo de esa mujer a la salida del colegio. ¿Qué me habría querido decir? Yo creo, pero claro que esto lo pensé mucho más tarde, cuando empecé esta búsqueda, que cuando se convive con algo que se ignora, de alguna manera se lo presiente como algo horrible, inquietante. Y yo durante muchos años tuve esta inquietud... esta angustia, algo amorfo, que no siempre se apoyaba en algún hecho, que surgía así, porque sí, como si fuera parte de mi personalidad. Pero mirá qué loco: fue Mariana misma la que me recordó en sus peleas conmigo que alguien había dicho que ella no era mi mamá. Porque si jamás lo hubiera mencionado, yo seguramente me habría olvidado. Tenía siete años entonces.

Luz le contó que la mujer la había invitado a tomar un helado, y que, cuando Mariana llegó, se había ido. Sí, la había visto otra vez, creía, a la salida del colegio.

Mariana esperó con impaciencia el llamado de Eduardo que estaba en Buenos Aires. Ya entonces se lo había contado a Amalia y a Alfonso, que le dijo que por qué iban a querer robar a Luz. También Eduardo le dijo que no se preocupara, que no sería nada, pero su voz dejaba traslucir inquietud: Cómo que la quisieron raptar. Mariana le explicó por teléfono que Luz le había contado cosas confusas sobre la mujer: que la conocía, que no la conocía, que no le dijo nada, pero yo la vi decirle algo antes de escaparse y Luz insiste en que no le dijo nada. Eduardo le pidió que no le hiciera más preguntas a Luz, que le leyera un cuento o le hablara de otra cosa, debe estar asustada.

—No, para nada, ella se iba tan tranquila con una desconocida, tan viva que es y parece tonta. Tenés que retarla seriamente, Eduardo.

—No te preocupes, yo voy a hablar con Luz mañana.

—Tenés que venir ahora mismo.

—No, lo siento, no puedo ir hoy. Tengo reuniones previstas mañana. En cuanto termino, salgo para Entre Ríos.

Como si hubieran estado esperando largos años ese momento, Eduardo y Dolores se amaron con tal intensidad que todo lo que los rodeaba pareció desaparecer. Hicieron planes para esa noche:

cenarían, irían a caminar por el puerto, y más tarde se dormirían abrazados.

Eduardo tenía que hacer indefectiblemente una llamada telefónica, y Dolores decidió darse una ducha, para que Eduardo pudiera hablar cómodamente.

Cuando Dolores sale del baño se da cuenta de que el clima se ha roto. La expresión de Eduardo ha cambiado totalmente, aunque intente esa débil sonrisa. ¿Se sentirá culpable con su mujer por lo que ha pasado entre ellos? Mejor será irse, pretextar cualquier cosa, no prolongar una situación que quizás traiga problemas a los dos. Al fin, ella había querido consolarlo quién sabe de qué oscuro dolor y lo otro se dio no sabía cómo, pero con tal fuerza que Dolores no quiso negarlo. Pero ahora ya no quiere quedarse con él, no le parece prudente. Que se verán otro día, mejor, porque ella ha olvidado todo pero que debe cenar con sus padres y unos amigos. Y Eduardo, tan otro del que era unos pocos minutos antes, cuando la recorría con urgencia, inventándole una y otra vez el cuerpo, proyectando una noche de placeres infinitos, apenas asiente con la cabeza, como si no le quedara fuerza para hablar.

—Eduardo, no sé lo que te pasa, pero sabés que podés contar conmigo —le dice antes de salir.

—Lo sé —Eduardo la abraza con ternura—. Gracias, Dolores.

Dolores cierra la puerta pensando que quizás debió haberle dicho algo a Eduardo que lo ayudara a hablar, a confiarse a ella. Siente un vacío en el estómago. Miedo, sí, es estúpido, pero tiene miedo por Eduardo.

—Dolores me contó que aún antes de enterarse de lo que le pasaba a él, ella presentía que estaba en peligro. Quizás porque ella... A mí me pareció, aunque nunca me lo dijo y, por supuesto, yo tampoco se lo pregunté, que Dolores estaba enamorada de Eduardo. Y que debió ser una historia muy fuerte. Nunca usó una palabra para definir su relación con él. Pero los matices de su voz, los silencios, lo que evidentemente callaba, su expresión cuando me hablaba de Eduardo, tantos años después, me dieron casi la certeza de que para Dolores él fue alguien... muy especial. Para mí fue importante hablar

con Dolores porque me dio una dimensión de papá que yo no tenía hasta hace unos meses.

¿Qué le estará pasando? ¿No había sido un error dejarse arrasar de tal manera por la sensualidad y no darle lugar a que él hablara? No, si lo habían vivido de esa forma, era porque así tenía que ser. Pero quizás ella debería haber... Basta, se dice Dolores mientras se sube al taxi, ella le ha ofrecido su ayuda y Eduardo sabrá qué hacer. ¿Y si no la llama más? Otra vez esa opresión, esa sensación de peligro. No, no se va a permitir ese malestar después de la maravillosa tarde que han pasado juntos. Se acurruca en el asiento, siente el calor del amor en todo su cuerpo, y le agradece a la vida. Se ve esa tarde en Entre Ríos, su madre furiosa, y ella gritando: Gracias, gracias, me gustó mucho. En el fondo, y a pesar de todo lo que ha pasado, ella sigue amando la vida.

Miriam se preguntaba una y otra vez si no había despertado sospechas en la hija de Dufau. Ella la había saludado con la mano y hasta creía haber sonreído antes de meterse en el auto y arrancar. ¿Sería esto suficiente? ¿Qué le habría dicho Lili? ¿Habría entendido esa frase que le dijo?: Esa no es tu mamá. Lili se había quedado mirándola apenas un instante, como si escuchara un ruido, y después Miriam no vio más, fue sólo huir, huir rápido.

—No había pensado decir esa frase. Me contó que le salió así. Quizás temió que fuera la última vez que me vería y que su promesa a Liliana...

—¿Ella te iba a decir lo de Liliana, o simplemente te pensaba llevar con ella?

—Claro que sí, ya te lo dije varias veces. Para Miriam fue muy importante lo que Liliana le pidió en esa plaza, cuando Miriam trató de cubrirla con su propio cuerpo —y la voz de Luz se quebró—. Carlos, Miriam de verdad quería salvarme. Si no, ¿te crees que con lo que había hecho, la locura de decirme esa frase, se iba a arriesgar otra vez? Y sin embargo lo hizo. Porque dejó pasar unos días y volvió a la salida del colegio. Se escondía detrás de un árbol y esperaba la ocasión para volver a acercarse. Aunque tenía miedo, también existía en ella la esperanza de que lo del día del helado hubiera pasado inadvertido.

Mariana no puede parar de hablar de la mujer que, según ella, quiso raptar a Luz. Y, si no, por qué la iba a meter en el auto, y qué hacía allí si no es la madre de ninguna nena del colegio. Pero ¿cómo sabés? Le hice muchas preguntas a Luz, pero ella sólo dice que la invitó a tomar un helado, y de lo del auto, nada, y eso que se lo pregunto todo el día. Parece que a vos no te importara nada. Mariana está furiosa con Eduardo: su padre sí que hubiera actuado de otra forma.

Eduardo tiene que hacer un esfuerzo sobrehumano para no contestarle lo que está pensando de Alfonso. No quiere otra vez esa violencia con Mariana que ya no sabe dónde puede ir a parar.

Le pide que lo deje hablar a solas con Luz, seguramente Mariana está tan nerviosa, se muestra tan enojada, que Luz debe tener miedo de que, cualquier cosa que diga, la retes.

Pero si ya habló Eduardo con Luz, acaso no se lo preguntó él también. Sí, pero siempre delante de Mariana.

Lo cierto es que a él también lo ha inquietado la historia, desde el mismo momento en que Mariana se lo contó, cuando él estaba en Buenos Aires.

—Y eso que yo no le dije el nombre, ni lo que me había dicho, hasta unos días más tarde.

—¿Cómo reaccionó cuando se lo dijiste? —preguntó Carlos—. Se debe haber muerto de pánico.

—Yo no me acuerdo. Tenía siete años. Esto lo sé por mis charlas con Javier, y con Laura, su mujer.

Te inquietó por tu mala conciencia. Si has robado a Luz, también pueden robártela.

Después se dijo que el tono de Mariana había magnificado el hecho, y que seguramente sería algo explicable: la mamá de alguna compañerita de Luz, quizás había otra nena en el auto y Mariana ni la vio. Y Luz, cómo va a hablar, si Mariana se pone en ese estado cada vez que le habla de eso. El tratará de obtener más información, pero, por favor, Mariana, dejame solo con Luz.

Eduardo va al cuarto donde Luz está jugando con los rastis, y se sienta en el suelo. Da algunos rodeos para abordar el tema de la señora y el auto, lo deja caer entre una pieza de rastis y otra, como

si no tuviera ninguna importancia. Y Luz repite lo mismo que ya ha contado tantas veces.

—¿Y a vos no te daba miedo irte con alguien que no conocías de nada?

—Sí que la conocía, la vi otras veces —pone un rasti sobre otro—. ¿Esto va acá, papi?

Eduardo coloca la pieza: ¿A la salida del colegio?

Y respiras, entonces sería la mamá de otra nena y no lo que te imaginaste.

—No sé, nunca vi a su hija.

—¿Pero va al mismo colegio que vos?

—No sé. No la conozco. Dame ese azul, pa.

Y entonces cómo la ha visto ahí, ¿por qué? No sé, Luz sólo se acuerda de que una o dos veces le dijo linda, que ella es muy linda. Le pareció una señora buena, de esas que les gusta estar con las nenas, no como la mamá de su amiga que no las aguanta. ¿Y te dijo algo más? No... y sigue con la mirada fija en los rastis, ah, sí, que me había ayudado a hacer un castillo de arena en Punta del Este.

Esto no te gusta nada. ¿Será alguien que los está siguiendo hace tiempo, esas de las organizaciones de Abuelas de las que te habló Dolores? Una araña caminado por tu espina dorsal, una mano de hierro apretándote el cuello.

¿Habría ya una denuncia contra ellos? Pero aún quieres darte un respiro: ¿Es una amiga de los Ventura entonces? Luz no sabe, ella mucho no se acuerda, sí, le parece que una señora la ayudó un día con un castillo. Se llama...

—¿Cómo, cómo se llama? —y te empeñas en evitar la ansiedad de tu pregunta, que Luz no perciba tu temor.

Pero Luz no se acuerda y Eduardo siente que, si la sigue presionando como Mariana, Luz no va a decir nada más. La tranquiliza. Luz ha estado bien en hablar con ella y hasta aceptar un helado si la señora era buena, pero ya lo de irte en su auto, eso no, claro que si ya la conocías...

Mejor no insistir, Luz empieza a tirar los rastis con cierta violencia, a poner esa cara que él ya sabe que no augura nada bueno. Mejor

será hacer esa construcción con los rastis, contarle un cuento. Otro día.

Mariana está muy ansiosa. ¿Y te dijo algo más? Que ya la vio otras veces a la salida del colegio. Y a mí no me dice nada, sólo el primer día me lo dijo, después que no se acuerda. Y ya sale corriendo Mariana cuando Eduardo la detiene por el brazo: ¿Cómo querés que te diga algo si la retás por todo? Luz te tiene miedo.

—No digas pavadas. ¿Y qué más te dijo?

No, lo de Punta del Este no se lo vas a decir. Lo importante es tranquilizar a Mariana: Que le decía linda y que era simpática, tampoco te tenés que enojar tanto con Luz, ¿qué chico rehúsa un helado de alguien que además le cae bien? Y Mariana que no soporta que todo le parezca bien, ¿así la vas a educar a Luz? Si es simpática que se vaya con cualquiera.

No, pero eso es todo lo que pudo averiguar: Quedate tranquila, si fue otras veces, quizás sea la madre de... De quién, eso también te lo dijo y yo se lo pregunté ochenta veces y no me dijo nada. No, a la nena no la conoce.

—Mirá, si esto sigue así, me voy a ir a Buenos Aires a hablar con papá para que mande a alguien a averiguar quién es esa mujer.

Lo que menos querrá es que se averigüe, piensa Eduardo.

Y entonces ya sabes, tienes la certeza de que Luz es hija de desaparecidos, estás convencido, lo sentiste claramente desde que Dolores te habló, tal vez por eso Dolores sea tan crucial en tu vida, eso explica ese deseo, ese amarla de esa manera tan esencial. Ella te abrió los ojos y por eso temes que esa mujer que la busca a Luz sea una de las que está averiguando por sus nietos. Debes preguntarle más a Dolores.

Mariana no para de gritar, de reprochar: su padre sí que ya sabría todo. Pero cómo puede ser tan estúpida como para creer a su padre un dios, acaso no sabe lo que su padre hace: matar, torturar, robar los hijos.

—Qué decís, estás loco —la furia deforma los rasgos de Mariana.

—Bueno, quizás no él directamente pero bajo sus órdenes.

Qué sabe Eduardo lo que es luchar por la patria como su padre.

No te puedes contener: ¿Luchar por la patria es disponer de la muerte y de la vida, robar hijos de secuestrados para otros, privándolos de su identidad?

Por suerte Mariana lo interrumpe con esa cachetada plena que le cierra la boca.

Por suerte, porque ¿hasta dónde más ibas a seguir? ¿Hasta decirle lo de Luz? Y qué tienes que gritarle a Mariana, ella ni siquiera lo sabe, a ella la has engañado todos estos años. Por eso te acercas y le pides perdón, pero ella llora sobre la cama y rechaza tus caricias.

Eduardo no quiere insistir ni con las caricias ni con las palabras. Está muy nervioso y teme descontrolarse otra vez.

Sale del cuarto y se va a la cocina. Luz está con Carmen, ya se ha bañado, se ha puesto el camisón y ahora va a cenar.

—¿Querés que me siente a comer con vos?

—¿No vas a comer más tarde con mamá?

—Sí, puedo comer dos veces. Sabés que soy muy comilón. Pero no se lo dice entonces, sino más tarde cuando él la está arropando y se dispone a contarle un cuento.

—Miriam, creo que se llama Miriam la señora que me invitó a tomar un helado.

El corazón te da un vuelco. ¿No era Miriam el nombre de la madre? ¿Dónde has guardado la fotocopia de ese certificado? En el escritorio de la oficina. En todos estos años ni lo has mirado. Sólo el primer tiempo, cuando Mariana todavía estaba en la clínica.

—¿Y te dijo algo esa señora, Miriam? Mamá me contó que te hablaba. ¿De Punta del Este?

A Luz, evidentemente, la perturba la pregunta de Eduardo, porque se da vuelta en la cama y evita mirarlo: Lo del helado, ya se lo ha dicho muchas veces, y que es linda. ¿Me contás un cuento, papi?

Le contarías el cuento de un hombre que está desesperado porque le ha mentido a todos, a su mujer, a su hija, a la hija de quién sabe quién. Pero claro que no vas a hacer eso. Te viene a la memoria esa niñera que tuviste un tiempo cuando eras chico, la que te decía que no eras hijo de tus padres, sino del deshollinador. Por alguna razón no se lo contaste a tus padres hasta mucho más tarde, cuando la echaron, ya ni te acuerdas por qué razón. Y entonces, no sabes

cómo, le cuentas que había una vez un nene que era un poco travieso, y que una mujer mala que lo cuidaba...

—¿Quién, la mamá?

—No, la niñera, un día le mostró un señor por la calle, vestido todo de negro y sucio y le dijo que si se seguía portando mal lo iba a mandar con él, con el deshollinador, que era su verdadero papá, porque él no era hijo de su mamá y su papá.

¿Pero qué le estás contando, te estás volviendo loco, dónde están los conejitos y las ardillas y las grutas y la extraterrestre que le gustan a Luz?

—Eso me dijo la señora del helado —y Luz apenas abre los ojos, pero le aprieta la mano fuerte—: que mamá no es mi mamá —y cierra los ojos—. Seguí con el cuento.

Tiene que arrancarle a Luz ese miedo, que en él no era más que un miedo tonto y en ella... Inventa rápido un final que la tranquilice, por eso Luz no lo contó antes, porque le da miedo.

—Al fin el nene que estaba tan preocupado, se acercó un día al deshollinador, y se lo preguntó. Y el hombre se rió y le contó que tenía cuatro hijos y que ninguno era él.

—¿Era un invento de la señora mala?

Ahora le podría decir que también esa señora, la del helado, era mala y lo había inventado, pero no quiere, o no puede, mejor seguir con el cuento.

—Sí, y el nene y el deshollinador se hicieron amigos y se lo contó a sus papis y a la señora mala...

—La que me convidó el helado, ¿es mala, papi? ¿Me quería robar, como dice mamá?

—A lo mejor te confundiste, no te dijo eso.

—¿Qué?

—Lo de que mamá no es... —no puedes ni seguir la frase—, le debes haber entendido mal, quizás te dijo: «¿ésa es tu mamá?» porque no la conocía.

Y Luz sonríe, cierra los ojos y Eduardo sigue, la voz más baja, buscando el sueño de Luz: que a la señora mala del cuento le dijeron que se fuera y el nene no tuvo más miedo y todos fueron felices y colorín colorado.

A Mariana le dice que Luz no le ha dicho nada nuevo, y esa noche intenta una caricia, pero Mariana se escabulle mostrándole que sigue muy ofendida con él. Eduardo se siente aliviado cuando Mariana apaga la luz del velador dando por sentado que esa noche ya no pasará nada más: ni reproches, ni amor, ni odio.

Él no puede dejar de pensar en lo que le ha dicho Luz, en ese papel, la fotocopia del certificado.

Y al día siguiente, sí, ahí está, en el tercer cajón del escritorio. Miriam López.

¡La madre! Te asustas, y al mismo tiempo, un júbilo que te da ganas de saltar: entonces no es, no se la sacaron a nadie. Y es loco, no tiene nada que ver, pero corres a llamar a Dolores, ahora sí puedes hacerlo, estuviste mal, sí, pero no era eso, no era una niña que le arrancaron a una madre, sino una niña que su madre no quería: La madre existe, es la que figura en el certificado de nacimiento. Claro que no va a decirle nada de eso. Pero sí puede: que fue maravilloso lo del otro día, que aún lo siente en su cuerpo, y es mejor, mejor que entonces, cuando eran chicos, porque ahora Dolores le da otra cosa, un gran placer, pero también el contacto con el dolor, con la verdad, ella le da conciencia, fuerza.

Te hace sentir un hombre, no un pusilánime.

A Dolores la desconcierta completamente este discurso confuso, pero siente cuánto significa ella para Eduardo, aunque no entienda las razones. Y le gusta, le gusta también en algún lugar de su cuerpo o en esa cosquillita que la marea por dentro.

—¿Por qué no venís y nos vemos otra vez? Me voy la semana que viene.

—Mañana, nos vemos mañana a las seis. En el Dandy.

Ya le preguntará, se promete Dolores, qué es lo que le pasa. Hay más que el goce del cuerpo en ese encuentro, hay algo que ella no sabe, y que debe lograr que Eduardo se lo cuente. Seguramente le hará bien.

Y en ella, ¿qué hay? ¿Qué quiere? No lo sabe. No puede definirlo porque lo ignora. De todas maneras, dentro de unos días se volverá a Francia. Ya está encaminado lo que ha venido a hacer a Buenos

Aires. Y esto de Eduardo no tiene nada que ver... aunque quizás... eso que le ha dicho de la conciencia. Lo cierto es que le da alegría volver a verlo, lo siente así, fuerte e inevitable y por qué no vivirlo.

Eduardo le dice a Mariana que se tiene que ir a Buenos Aires al día siguiente, pero que si está preocupada, vaya ella misma a buscar a Luz, y que llegue puntual. A partir del miércoles, él mismo la irá a buscar al colegio todos los días, para que Mariana se quede tranquila. Y tratará de averiguar todo lo posible.

—Ya había decidido que iba a buscar a Miriam, aunque fue unos días más tarde, después de hablar con Javier, que planeó cómo hacerlo.

—Era hora de que hicieras algo. Hoy ya lo llamé a papá y le dije si podía tomarse uno o dos días para ayudarme porque vos sos incapaz de averiguar quién es esa mujer y qué quiere.

Si Mariana no deja de provocarte poniendo de ejemplo a su padre, vas a decírselo, se te va a escapar. El otro día ya estuviste a punto de hacerlo.

—Mariana, no me hables nunca más bien de tu padre, te lo digo en serio, no puedo soportarlo.

Y esa harpía, esa cara de asco y furia, esos gritos, ¿ésta es Mariana, tu Mariana? Qué poco queda de ella en esa mujer que te está insultando, que está hasta fea porque el odio endurece sus gestos: lo que pasa es que tenés celos de papá, porque él sí que sabe proteger, y vos no, con vos me siento insegura como nunca.

Eduardo se impone no contestarle, no puede, no debe. Se va al escritorio, y comienza a planear cómo hará para encarar a Miriam, si vuelve a aparecer. Es importante que ella no le tema para que puedan hablar.

Una madre que abandonó a su hija y ahora está arrepentida. La sola idea, por más problemas que te traiga, te resulta hasta agradable porque no es eso, lo otro, lo horripilante, lo que tanto temés. Lo de la cuñada de Dolores.

Aunque se hubiera dicho muchas veces que era una locura, Dolores no pudo evitar esa súbita felicidad con la que se despertó

esa mañana y que no la abandonó en todo el día.

Por cierto, no era el único motivo. Cuando habló con su madre al mediodía, mientras almorzaban, estaba contenta, entusiasmada. Quién hubiera dicho, Pablo, que mamá iba a tener el coraje, el valor de desafiar el escepticismo de papá y sumarse a la lucha de las Abuelas de Plaza de Mayo. Vos que pensabas que ella no había hecho nada en su vida más que obedecer. Susana no paraba de hablar de esas mujeres admirables que desde el 77 están luchando, todo lo que fueron capaces de hacer en estos años, amenazadas y perseguidas, y le contaba una y otra vez lo del Congreso en Nueva York en el que participaron sobre «el signo de la abuelidad», ahora ya se podría probar el vínculo. Y es ella, Pablo, que te parecía que sus desviaciones burguesas la hacían ver con malos ojos a tu compañera por su extracción humilde, la que está tratando de convencer a la madre de Mirta de que se equivoca, que muchas mujeres embarazadas resistieron la tortura y llevaron a término su embarazo, y que deben luchar juntas. Juntas y con las otras harían mucho más, encontrarían a su nieto, estaba segura, su corazón se lo decía. La madre de Mirta ya no espera nada, sabe que sus dos hijos están muertos, demasiado dolor.

—Si Pablo te viera, estaría orgulloso de vos, mamá, como yo. Y no te preocupes por papá, él quizás no tiene la fuerza, pero ya lo va a entender.

—Y si le hablaras a tu papá, Dolores, convencelo de que no se oponga a que trabaje con las Abuelas. Yo no quiero tener problemas. Tu papá, pobre, no es por débil, está quemado, con todo lo que pasó, obispos, generales, todos, unos hijos de puta, que le dieron vuelta la cara, lo engañaron.

Sí, lo hablará, pero no esa noche. Dolores le dice a su madre que debe encontrarse con unos amigos. Pero no es tiempo de mentiras:

—Cuidate, Dolores, te dije que el suegro de Eduardo...

—No te preocupes, mamá. Yo sé lo que hago.

Capítulo diez

El sábado llegaría Frank a verla. De todos modos, Miriam quedó en llamarlo, por si cambiaba de idea y se iba a Buenos Aires. Y la tentó otra vez esa loca idea, ¿aceptaría Frank que se fueran los tres juntos? No, era un disparate, si lograba llevarse a Lili, le inventaría cualquier excusa a Frank. Lo llamaría del mismo aeropuerto para que no hubiera ni la posibilidad de verse un minuto. No lo podía comprometer otra vez. Pero tenía que lograr rápido rescatar a Lili. Ya no soportaba más esa tensión.

Miriam estaba dentro del auto cuando vio a Lili salir del colegio, ya le conocía la sonrisa, los saltitos. Que por favor tuviera suerte, que llegaran más tarde a buscarla. Había estacionado enfrente y si acaso tardaban, podía salir del auto fácilmente. No sé cómo voy a hacer, pero te prometo, Liliana, que se la voy a sacar y le voy a contar la verdad, me la voy a llevar lejos donde no nos encuentren nunca.

Cuando estaba bajando, el corazón latiendo fuertemente, Lili corrió al Peugeot gris. Miriam se metió rápidamente en su auto. Estaba segura de que nadie la había visto.

Apenas si han intercambiado unas pocas frases en el Dandy. Dolores no entiende lo que Eduardo le dijo por teléfono del dolor, lo de la toma de conciencia.

—¿Tiene que ver con lo que te conté la otra noche?

Eduardo no le contesta. ¿Cómo puede hablarle de lo que le pasa? Una palabra y sería una catarata imparable y ella lo odiaría. Dolores

no insiste, sólo apoya su mano sobre la de Eduardo: Cuánto dolor, es todo lo que le dice.

—¿Nos vamos? —le pregunta Dolores.

Y ya en el hotel, la amas lentamente, apasionadamente, como si tocando, lamiendo, bebiendo ese cuerpo sólido, firme, te conectaras con la vida, con la verdad. La perplejidad de sentir que tus manos y las suyas conocen desde siempre los laberintos del placer, como si sus cuerpos llevaran años explorándose, con el desafío de descubrir siempre algo diferente. Esa complicidad compacta que sólo da el tiempo, esa perfecta graduación de la ternura a la pasión. La besas en el punto exacto de su nuca. Ella se acurruca en ese hueco de tu cuerpo que parece haber sido creado para su reposo.

Tal vez por esa magia del tiempo compartido que nunca ha existido y que, sin embargo, Eduardo y Dolores tienen la sensación de haberlo vivido juntos, ella le está hablando ahora, como si fuera su mujer, su compañera, de todo lo que ha vivido esos días: de la lucha y los logros de las Abuelas de Plaza de Mayo, de cuánto ha cambiado su madre, de la esperanza.

Eduardo le hace preguntas: cómo buscan a los niños, cómo saben quién los tiene. Dolores le cuenta de las denuncias que reciben las Abuelas (a veces en forma anónima, otros que dan la cara) de mujeres que nunca estuvieron embarazadas y que de pronto aparecen con bebes. Y las Abuelas se acercan a los lugares donde les indican que viven los usurpadores, con la esperanza de ver a sus nietos.

¿No será Miriam alguna de esas que buscan? Que tenga el mismo nombre del certificado puede ser sólo una coincidencia. Pero no, Mariana estaba embarazada, quién iba a sospechar. ¿Por qué los van a seguir? Quizás alguna denuncia de una enfermera de la clínica que saben que tu hijo nació muerto, tal vez la misma que te hizo el certificado falso. Y mientras Dolores te sigue contando cómo actúan, esa náusea que te produce el fraude. A Dolores también la estás estafando, lo que parece una pregunta interesada en su vida, lo es en la tuya.

—Soy una basura —le dices.

Y ella que por qué, que se lo digas, que sabe que hay algo que te está atormentando, ese dolor que ella sintió cuando estabas en el Dandy. Pero cómo vas a decírselo, cómo puede sentirse después de haber amado así a uno que bien podría ser uno de esos ladrones de hijos, los que ellas buscan.

Eduardo se queda en silencio, cierra los ojos, la mano de Dolores acariciándolo, tratando de consolarlo, de calmarlo, de darle paz. No te la mereces, como no te mereces la sonrisa de Luz, lo que te quiere. Se lo dices: No merezco tus caricias.

Pero por qué, por qué. Y Dolores se acerca y lo besa, y le dice que sí se lo merece, que ella lo sabe, lo siente. Eduardo la abraza. Te gustaría dejar salir ese llanto que se ahoga en tu garganta. Hace años que no lloras, desde ese día en la clínica, tu hermano Javier apoyando su brazo sobre tu hombro.

Si pudieras decírselo. Pero cómo te mirará. Aunque si Miriam vive y es la madre... pero no lo sabes con certeza. Entonces le pides perdón, le pides perdón a ella por algo que no le puedes decir, pero no sólo a ella deberías pedirle perdón, a tu mujer también, a tu hija.

Por qué, por qué, Dolores le pide a Eduardo que se lo diga no sólo con palabras, se lo pide con todo su cuerpo, ese cuerpo que ha amado, que ama.

Ella tuvo una cesárea, sus padres estaban ahí, desde el principio. Poco a poco lo deja salir, en desorden, titubeando.

Dolores se aparta de Eduardo, salta y se sienta al borde de la cama. Te da miedo su expresión severa, sus ojos brillantes y muy abiertos. Entonces Eduardo insiste con lo de Miriam, el mismo nombre, entonces si es ella la que fue al colegio, no es de esos casos. Pero es como si lo que le contara de Miriam no le interesara. Ella tiene puesta la camisa de Eduardo, que ha manoteado en un momento y que ha abotonado, nerviosa, mientras él hablaba y hablaba.

—Parece que a Eduardo le llevó tiempo decírselo a Dolores. Y cuando lo hizo, ella se sintió terriblemente mal al principio. Pensá cuál era la historia de Dolores, para qué había ido a Buenos Aires, el otro lado de la historia que le contó Eduardo.

Ella no te ha interrumpido ni una sola vez, sólo te mira, está muy tensa. Sí, que te odie, te lo mereces.

—No, no te odio. Pero estoy muy...

No se atreve a decírtelo pero es posible suponer lo que piensa. Sus ojos afiebrados giran por la habitación para volver a posarse en Eduardo, con una determinación que lo sacude.

—No podés dejar esto así, Eduardo, tenés que averiguar. Es tu deber exigirle a tu suegro que te diga la verdad, de dónde salió esa beba —y está casi gritando, hace un evidente esfuerzo por controlarse—. Buscá a esa mujer, si es que va a la salida del colegio o, si no, donde sea que esté: que te diga si es la madre o no. Y, sobre todo, decíselo a tu mujer, cómo pudiste engañarla tantos años.

Como un martillo que golpea y golpea, Dolores te hace esas preguntas que tantas veces te hiciste: por qué aceptaste, cómo no preguntaste más sobre su origen, por qué todos estos años de silencio, de ceguera. No te importa balbucear, no encontrar una respuesta, no justificarte. Quieres mostrarte por una vez tan desnudo y tan sucio como estás, y que Dolores te juzgue.

—Pero después ella pudo comprender lo que sentía Eduardo. Esto me lo dijo muchas veces cuando nos encontramos: él buscó la verdad, no antes pero sí cuando yo tenía siete años. Y Dolores lo incitó a que lo hiciera. «Fui muy dura con él, pero creo que era lo que necesitaba de mí», me dijo, y estaba realmente conmovida. Por eso, y por muchos otros detalles, yo pienso que Dolores lo quería mucho, si no, no se explica que cuando él le contó que a mí me había conseguido Dufau, Dolores no haya reaccionado de otra manera: denunciando, por ejemplo.

—¿No lo denunció? ¿Cómo es posible?

—No, ella no. Fue su madre, Susana Collado quien lo comentó cuando... pero dejame seguir la historia.

Después de esa larga conversación, Dolores implacable, y tan queriéndolo al mismo tiempo: Y que si no es como creés, mejor, pero entonces ¿por qué no la dio en adopción? Y qué vas a hacer si te enterás de que es hija de desaparecidos, no vas a poder vivir con eso. Te das cuenta de lo que significa para Luz, privarla de su identidad, de su historia y de la historia de los padres, tratada como

una cosa. Vos mismo lo dijiste cuando hablabas de tu suegro, me impresionó: «Qué se cree, que se le rompió una muñeca, le traigo otra para que no llore». Un objeto más del saqueo.

Basta, basta. Eduardo se tapa la cabeza con la almohada y entonces sí deja salir ese llanto que hace años tiene estrangulado. Dolores se acerca, se tiende a su lado, le acaricia la cabeza.

También ella está llorando: por Eduardo, por ella, por Pablo y Mirta, por ese chico que quién sabe dónde está, quién lo tiene, te dice. Ya te habías convencido de que no era una beba arrancada de una madre, pero ahora la duda, como una rata agazapada, te roe el cuello, el cuerpo. ¿Qué vas a hacer si descubres que Luz es una niña nacida en cautiverio? No lo sabes.

—Lo primero será averiguar, y te prometo, Dolores, te prometo que lo haré.

—Te equivocaste mucho, Eduardo, seriamente, pero ahora sos otro y no podés dejar las cosas como están.

Eduardo siente que es así, que no puede seguir negando como hasta ahora. Dolores puede informarse, le dice suavemente, que le muestre esa fotocopia del certificado, ella sabe adónde las llevaban, aunque me extraña que haya un certificado.

—No, por favor, no se lo digas a nadie. Yo lo voy a averiguar.

Es tarde cuando Eduardo la acompaña hasta su casa. Dolores está silenciosa. Tampoco a Eduardo se le ocurre qué decirle. Le da un beso.

—Llamame en cuanto sepas algo. Yo puedo ayudarte. Y perdóname si soy muy dura. Pero lo que me contaste, como comprenderás, me mueve mi propia historia.

Dolores se da vuelta para entrar y vuelve a girar. Corre hacia Eduardo. Se abrazan con fuerza, con ternura.

Lo sabe y te abraza. Te sientes por un momento reconfortado, perdonado. Y fuerte.

—Eduardo, te quiero, confío en vos.

—Iré hasta el fin, me cueste lo que me cueste.

Eduardo espera en la esquina, sin acercarse. No tiene un plan determinado. Él no sabe cómo es Miriam, y mujeres hay muchas, las

madres de las niñas. De pronto, pierde de vista a Luz y sale corriendo. ¿Y si en ese enjambre de mujeres y nenas, la mujer se la lleva? ¿Si desaparece Luz?

Si desaparece Luz. Desaparece, la palabra te aporrea mientras corres y te haces paso entre la gente. Luz también es desaparecida, como sus padres, porque quién sería ella, cómo se llamaría, si tu suegro, y otros seguramente, no la hubieran condenado a desaparecer, arrancándola de su madre, borrando toda identidad. Pero no seas tan condescendiente, quién fue el cómplice de Alfonso Dufau, quién la ha desaparecido, poniéndole su propio apellido: Eduardo Iturbe. ¿Y a quién se le ocurrió ponerle ese nombre: Luz? ¿Para ignorar la sombra?

—La idea de ponerme Luz de nombre fue de Eduardo. Mariana siempre me lo decía, cuando me reprochaba mis estados depresivos: Mirá que llamarte Luz, vos, es gracioso, me decía. Parece que habían barajado una serie de nombres, entre los cuales estaba Luz, pero como cuando me anotaron Mariana estaba mal, fue Eduardo quien lo decidió. Y mamá siempre me dijo que mi nombre no le gustaba, y que «no me pegaba para nada».

Eduardo abraza a Luz efusivamente, como si no la viera desde hace años. ¡Qué contenta está ella de ver a su papá, de que la haya ido a buscar al colegio!

Al dejar a Luz en su casa, Eduardo le dice a Mariana que debe volver rápido a la oficina, que hablarán esa noche, pero que no hay nada nuevo respecto de la mujer.

—Miriam justo ese día no había ido a la salida del colegio.

Después de la llamada de Frank, Miriam se tiró en la cama y se dejó sentir esas ganas de protegerse entre sus brazos, de irse con él a esa casa con jardín y que la mimara, y que la cuidara. Se vio a sí misma chiquita y Frank acunándola. Porque a ella quién la había acunado. De su madre ni se acordaba, Miriam tenía dos años cuando la abandonó, pero si se fue así y tuvo que recogerla la tía es porque no la quería, seguro que nunca la acunó. Un cansancio de años cayó sobre ella. ¿Y si perdía todo eso que estaba soñando por nada? Porque si no la raptaba a Lili y terminaba presa, con suerte, o en

manos del Bestia, nunca más ese dejarse amar lentamente, dejarse cuidar, nunca más la vida.

Se sentó en la cama. No quería dejar crecer ese abatimiento que la embargaba. No quería debilitarse, no era el momento adecuado. Todavía no estaba todo perdido. Todavía podía llevársela a Lili. Ella le hablaría de Liliana y de ella misma, porque a Lili no la iba a tratar de engañar en ese aspecto como a Liliana, a Lili le diría toda la verdad.

—Y me la dijo. No trató de mentirme ni de justificarse.

Y podrían vivir en algún lado, y quién sabe, con la democracia, podría ponerse a averiguar, encontrar a la familia, una abuela, un tío. Al padre no creía, al compañero de Liliana también lo habrían matado.

Y Luz sonrió, aunque había un cierto despecho en esa sonrisa: Pero no estabas muerto, estabas vivo —el veneno destilando en sus palabras—, y no precisamente buscándome como Miriam, digas lo que digas de ella.

Carlos ya no intentó, como otras veces, excusarse: que yo creía, que me dijeron... no, se dejó pegar por ese gesto duro y esa mirada lapidaria. Luz debía necesitarlo y se lo iba a permitir.

Miriam se quedó pensando que no tendría suerte, que otra vez el Peugeot gris, y no la chica del delantal a puntitos que le daba más tranquilidad, porque al fin ella nunca la había visto, en cambio Mariana sí y Lili también, pero Lili no sabía que era Lili, creía que era Luz, educada por ellos, quizás la señalaría con el dedo y diría «ésta es la señora que me quiso llevar en su auto», «ésta es la señora que me dijo que no eras mi mamá». Y entonces a Miriam la llevarían presa, y después...

Las imágenes del relato de Liliana se ceñían sobre Miriam. Prendió la televisión, quería que le pasara delante de sus ojos cualquier imagen que no fueran esos escenarios del horror, no pensar en nada.

La hora de la salida del colegio había pasado.

Por un largo momento, Luz se quedó en silencio, la expresión sombría. En el camino de sus recuerdos había llegado a un corredor oscuro, al de sus padres, esa noche.

—Esa misma noche Mariana se enteró de que yo no era su hija. Hasta esa noche no lo supo ni lo sospechó.

—Debe haber sido muy duro para Mariana —dijo Carlos—, al fin, a ella también la habían engañado, no es lo mismo.

Había algo filoso en sus palabras, como si cortaran, un rencor de larga data:

—Sí, la engañaron pero no le importó, no lo juzgó, quizás porque ella hubiera hecho lo mismo.

Fue la primera vez que Carlos percibió la magnitud del conflicto de Luz con esa mujer a quien le decía Mariana, pero también mamá, a quien debió haber querido, quizás aún ahora la quisiera de algún modo, aunque la juzgara tan duramente. Ella, al fin, fue quien ocupó el lugar de madre durante años y años.

Luz ya se ha ido a dormir cuando empiezan a discutir. Cómo puede ser que Eduardo no haya averiguado nada. Seguro que ni miró. Sí que lo hizo, hasta había esperado sin dejarse ver por Luz, espiando, y nadie se había acercado a Luz, te lo aseguro.

Mariana gira la cabeza hacia un lado y el otro: Si ella hubiera sabido que Eduardo iba a ser tan blando, tan débil, no se habría casado con él, ella quería un hombre como su padre, fuerte, decidido. Un hombre.

—¿Un hijo de puta, ladrón, asesino, estafador, mentiroso, farsante?

Esta vez le abarajas la mano en el aire, antes de que te pegue, y así, con la mano de Mariana sujeta férreamente por la tuya se lo dices: que a ella misma la engañó, que cuando estaba dormida, anestesiada, le consiguió una beba, no sé cómo, ni dónde la robó, y se la impuso como su hija.

Recién cuando ve a Mariana que se desploma en el sillón y lo mira, estupefacta, se detiene. ¿Cómo has podido ser tan cruel, cómo se lo has dicho así? Le pides perdón, le cuentas todo, tu desesperación cuando Miller te dijo que el bebé había muerto, la amenaza de Alfonso de que a ella le pasaría algo, cómo te dejaste llevar, cómo te afligía mentirle. Pero aunque no debiste decírselo de esa manera, en medio de una pelea, por suerte, por suerte se lo has dicho, sientes un profundo alivio, como si te hubieran arrancado de cuajo una honda molestia.

—No puedo seguir queriéndote, durmiendo con vos, haciendo el amor, y con esa mentira ahí, ensombreciéndolo todo. Fue papá el que la consiguió. ¡Y nunca me dijo nada! —se asombra Mariana con una expresión que no es lo que Eduardo piensa, sino casi lo contrario.

Por fin se enojará con su padre, piensa Eduardo, por fin caerá esa estatua de bronce viviendo, ese ídolo a quien Mariana le rinde adoración día a día, aunque Eduardo también haya caído, aunque se esté mostrando así como se muestra, débil, desesperado, arrepentido.

Pero Mariana lo sorprende: Papá siempre quiso evitar que yo sufriera.

No, esto es demasiado, le gustaría decirle si se da cuenta de la gravedad, dada la época y las actividades del padre, pero si la madre de Luz vive, entonces, para qué va a torturarla con algo que ni siquiera sabe con certeza cómo es.

Eduardo le pregunta si podrá perdonarle alguna vez el engaño de todos esos años. Mariana no le contesta. Se levanta y se dirige al dormitorio de Luz. La observa como si acabara de conocerla. ¿Qué sentirá ahora que sabe que no es su hija?

Sufres de sólo pensar lo que debe estar pasando la pobre Mariana. Ahora la sigues al dormitorio. Intentas abrazarla, pedirle sinceramente perdón, cuando ella gira y vuelve a sorprenderte: Bueno, es clarita, y de ojos verdes.

Qué te quiere decir con esas palabras, prefieres no entenderlo, entonces Mariana piensa que... ¿No está desesperada? ¿No está furiosa con su padre, contigo? Sólo dice que Luz es «clarita».

—Que no es hija de una chinita, papá, al fin, me consiguió una beba que bien podría ser nuestra hija.

Entonces la furia gana a Eduardo, se va al escritorio. Tiene ganas de llamar a Dolores. Pero no. Lo llama a Javier: necesita hablar con él.

A las tres y media de la madrugada, Laura prendió el velador de su mesa de luz y se resignó a que esa noche ya no dormiría, que dentro de pocas horas despertaría a sus hijos, los ayudaría a vestirse

y tomaría el desayuno como una sonámbula. Esa noche era evidente que Javier no podía dormir. Daba vueltas y vueltas en la cama. La tensión inundaba todo el cuarto. Se había quedado hablando con Eduardo quién sabe hasta qué hora, Laura se había ido a dormir después del café y los había dejado solos. Qué le estaría pasando a su cuñado, era tan poco habitual en él ir a tomar un café después de cenar.

—No era un disparate, tenías razón, sos una bruja, Laura. Luz no es hija de ellos. El viejo hijo de puta lo volvió loco, lo psicopateó de todas las maneras posibles. Y Eduardo es débil, hay que reconocerlo.

Iba a estallar Javier, de rabia, de indignación, de dolor. Eduardo se lo había contado todo, paso a paso. Él pudo entender entonces cómo había entrado en eso, estaba destruido, Mariana muy mal de salud, el milico presionando.

Laura no lo podía creer, le dijo que le contara ya todo lo que sabía, por qué se lo había dicho ahora, qué había pasado, si fue por lo de Dolores que él...

No, no había sido sólo lo de Dolores, eso fue importante porque por primera vez se le ocurrió sospechar que Luz pudiera ser hija de desaparecidos. «Yo no lo sabía, cómo podía imaginarme que pudieran hacer algo tan aberrante», me lo repitió no sé cuántas veces en la conversación. Él se sintió muy culpable y muy mal al principio, pero después, no sé, el tiempo, lo que quiere a Luz, parece que lo hubiera olvidado. Pero desde que tomó conciencia, seguramente a partir de Dolores, está atormentado.

—Lo de Dolores tiene importancia. Yo creo (aunque no me lo dijo directamente) que le pasa algo muy fuerte con ella, algo que le da otra dimensión, que lo hacer crecer, que lo hace hombre, por eso recién es capaz de enfrentarse a eso que es tan doloroso. Hace un tiempo que están peleándose mucho con Mariana, y esta noche, en una discusión fuerte, le contó la verdad.

Laura quiso saber la reacción de Mariana, pobre, después de todo, si a ella la engañaron. Y cuando Javier le comentó lo de «clarita», Laura no lo pudo evitar: entonces es tan mierda, tan basura y tan impune como su padre.

—Laura me ayudó mucho, porque Javier no me lo dijo la primera vez que lo fui a ver, ni la segunda. Fue Laura la que lo convenció de que debía decirme la verdad, bueno, hasta donde él la sabía...

Que no dijera eso, que Eduardo mismo estaba arrepentido de haber salido corriendo así, cuando Mariana le dijo que Luz era clarita. Eso no quiere decir que sepa que se las roban a desaparecidos. Puede muy bien ser un comentario simplemente frívolo. Laura no lo creyó así.

Y cuando Javier le explicó lo del certificado, ella le dijo que era un disparate o que no querría decir nada, un nombre inventado. Porque si a las madres las asesinaban, seguro que las anotarían como NN. Sí, pero no todo fue igual, cometieron muchos errores, ellos mismos dejaron rastros. De todas maneras, no sé por qué vamos a hablar de ello porque no es así, la madre está viva y está dando vueltas por Paraná.

¿Cómo? Laura no entendía nada, esa noche no paraba el asombro. Te acordás lo que contó Mariana el otro día que a la nena quisieron robarla a la salida del colegio, que nosotros pensamos que era un delirio de Mariana, que sería una mujer que se le acercó a hablarle y ella había montado toda la historia. Bien, lo que no sabíamos es que la mujer le dijo a Luz que Mariana no era su mamá. Se lo contó Luz a Eduardo, y que en Punta del Este habían hecho un castillo de arena y que se llamaba Miriam. Te das cuenta, el mismo nombre del certificado de nacimiento.

Javier le había aconsejado que fuera al colegio, tratara de encontrarla, aunque las consecuencias pudieran ser penosas. Él mismo se había ofrecido a acompañarlo, pero Eduardo dijo que él se encargaría. Si es una madre que la dio, y ahora se arrepiente, ya podrá ver lo que hace.

Cuando Laura estaba vistiendo a sus hijos, no estaba dormida como había previsto, estaba muy despierta y sintiendo que Mariana no le daba pena, que su reacción misma mostraba que ella era una asquerosa, alguien que, si lo hubiera sabido, lo habría aceptado, alguien hija de sus padres, al fin.

—Javier siempre estuvo convencido de que Miriam era mi madre, y todo lo que supo de ella, porque Eduardo se lo dijo, es que era una

puta. Eso también le costó decírmelo. Si no hubiera sido por Laura... Su intuición siempre la hizo estar en duda, porque aunque vos camines por tapices de seda cuando hay una cloaca abajo, si sos sensible, la olés, y Laura es muy sensible. Se le había ocurrido aun antes de saber que yo no era hija de Eduardo y Mariana, y a pesar de que los datos indicaban otra madre, alguien que simplemente me había dado, ella me dijo que siempre le quedó una sombra de duda sobre mi origen.

Miriam había cambiado el modelo y el color del auto alquilado para que no la identificaran con el fallido episodio de días anteriores. Daba vueltas a la manzana del colegio, o estacionaba enfrente y miraba desde adentro del auto. Frank le había dicho que llegaba en dos días, porque ya no habría otro fin de semana, él debía volver la semana siguiente a Estados Unidos, era un trabajador, él, no un pachá. Y Miriam se había reído.

—Te reservo una habitación en otro hotel.

—¿Por qué? ¿No vamos a dormir juntos?

—Es que en este hotel me registré por cosas de negocios, y porque prefiero, además nada impide que yo vaya a dormir a tu cuarto, el señor y la señora Harrison.

Y evocar ese juego, que ella había hecho ese día en el hotel de Buenos Aires, la enterneció.

—Te llamo mañana, porque tal vez me vaya yo a Buenos Aires, si termino mis asuntos en Entre Ríos.

Y de ahí, lo más cerquita Suecia para que no nos encuentren nunca, pensó. Reservó dos pasajes de Buenos Aires a Estocolmo para el sábado, y dos para el domingo a Singapur, a nombre de los falsos pasaportes que le había hecho el hombre de Punta del Este. Se excitó con la idea. Como era muy supersticiosa pensó que esas imágenes tan nítidas eran un signo de la suerte, del destino que le decía que sí era posible, que ese día podría lograrlo, que Lili le iba a dar suerte.

Al principio sería difícil para Lili, pensó Miriam, quizás extrañara a los que ella creía sus padres, el amor no se saca y se olvida como tampoco se construye de un momento a otro. Miriam pensaba contarle que la robaron, que la arrancaron de brazos de su madre,

pero darle todo el tiempo necesario para que dejara de querer a Mariana y Eduardo, y como ella le daría día a día todo su amor, de a poco, Lili la iría queriendo. Quizás tuviera algún recuerdo de esos primeros días que pasó con ella. Eso ayudaría.

—Un recuerdo consciente, por supuesto que no, pero yo cuando la vi a Miriam, de grande ya, la sentí alguien muy cercano, familiar y es posible que tenga algo que ver con esos primeros días, quién sabe. Eso explicaría también lo que mamá me reprochó toda la vida: que te vas con una desconocida, una loca. A los siete años también pude haber tenido esa sensación de cercanía, por eso me habré ido con ella sin temor.

Habían pasado cinco minutos, siete. Miriam se bajó del auto y caminó decidida hasta el colegio. Luz dio un respingo al descubrirla. A Miriam no le gustó nada: Lili está advertida, tiene miedo. Pero es hoy o nunca, se dijo, y avanzó hacia ella.

—Hola, linda.

—Hola —le respondió en voz muy baja Luz mirando para otro lado, y luego giró rápido la cabeza, como si tuviera mucha prisa en decirle algo para que nadie la viera hablando con esa señora—. No me invites a un helado porque no me dejan.

—No, no te voy a convidar un helado. Te voy a hacer compañía hasta que te vengan a buscar.

Se acercaron al árbol. Miriam no sabía qué inventar, Lili no se iba a ir como el otro día si le habían dicho que no podía hacerlo. En cualquier momento llegaría alguien a buscarla, y detendrían a Miriam, la llevarían presa, la matarían. Entonces la imagen de Liliana pidiéndole que salvara a Lili y sentir crecer en ella una fuerza inmensa.

—Vamos hasta la esquina y volvemos para caminar un rato hasta que vengan —le propuso.

Luz se puso a caminar. Miriam le extendió la mano y cuando Lili la tomó, ella se dijo que, le hubieran dicho lo que le hubieran dicho, Lili no le tenía miedo. Tal vez fuera sólo lo del helado lo que le prohibieron, trató de animarse para que sus piernas no flaquearan. Cincuenta, sesenta metros y habría salvado a Lili de sus secuestradores.

—Pensó locamente que en la esquina me iba a alzar y saldría corriendo. Era su última oportunidad.

Eduardo se queda esperando en el auto, y deja pasar cinco, diez minutos, una eternidad. Ve a Miriam acercarse y hablar con Luz, y luego las dos calladas, junto al árbol. Se baja del auto cuando ellas comienzan a andar. Las sigue a corta distancia y apura el paso unos metros antes de la esquina. Eduardo toma con fuerza a Miriam por el brazo.

—¿Y usted quién es?

Luz se suelta de la mano de Miriam.

—¿Quién soy?

—Miriam —dice Luz—. Ella es Miriam.

Podrías preguntarle Miriam qué, pero quizás no quieras ni oírlo, porque si no es López, el mismo apellido del certificado... Eduardo improvisa lo primero que se le ocurre:

—¿Y qué hace?

—Miriam se dio cuenta de que Eduardo tenía tanto miedo como ella, se le notaba en la cara. Y entonces lo compadreó con su estilo desfachatado.

—¿Qué hago en la vida, dice, mi oficio? —y se ríe histéricamente—. Soy alternadora —y en voz baja, acercándose a Eduardo—, puta.

—¿Puta? —se desconcierta Eduardo que afloja la presión del brazo.

—Sí y usted qué, ¿ladrón?

Los dos al mismo tiempo miran a Luz, que está parada en el medio, con expresión compungida. La primera en reaccionar es Miriam.

—No te asustes, linda, estamos jugando. Éramos amigos de chicos y jugábamos al poli ladrón. ¿No es cierto?

—Cuando Eduardo asintió, ya Miriam había perdido todo el miedo. Supo que a ese hombre algo le pasaba, que estaba muy perturbado y que no tenía, aparentemente, la menor intención de violencia hacia ella. Miriam había estado demasiado conectada con la violencia como para no reconocerla.

—Sí, éramos amigos, los dos —y en voz baja—: Me gustaría hablar con vos. Claro, ahora no es el momento —y señala disimuladamente

a Luz.

Ahora es Miriam la que está desconcertada.

—Hablar conmigo. ¿De qué?

—De otra época. Me interesa mucho. Quiero saber algunas cosas que pasaron, puede ser bueno... para todos. ¿Me das tu dirección, o un teléfono donde pueda llamarte?

—Estuvo a punto de dársela, la actitud de Eduardo, a quien ella había llamado ladrón, y había reaccionado así, casi rogándole que se vieran, le inspiró confianza. Pero le dijo que mejor le diera su teléfono, que ella lo llamaría. Eduardo le dio su tarjeta.

—Por favor, llamame, yo necesito saber —y mirando a Luz, trata de disimular—, que me cuentes qué fue de tu vida en todos estos años.

—Y Miriam, metida en la ficción, se despidió de Eduardo como de un viejo amigo con un beso: Nos hablamos uno de estos días, le dijo.

Aunque no le gusta hacer eso, Eduardo le pide a Luz que no le cuente a Mariana que se fue caminando con esa señora, porque sabés que tu mamá se pone muy nerviosa. Y tampoco lo que estuvieron hablando. Él va a hablar con Miriam, viste que se lo pedí, y entonces van a enterarse de todo, por qué te va a ver al colegio, por qué...

—¿Y por qué me dijo que mamá no es mi mamá? —lo interrumpe Luz.

Luz, seguramente, le entendió mal el otro día, ya le preguntará él a Miriam, y entonces sí se lo vamos a contar a Mariana, para que se quede tranquila.

Toman un helado antes de volver.

Eduardo teme que Mariana le haga mil preguntas, como el otro día cuando la fue a buscar al colegio, y que no sepa disimular, y que Luz lo vea mentir. Ahora que Mariana sabe que Luz no es su hija, el episodio de esa mujer la preocupará aún más. Pero no, Mariana está bastante silenciosa y Eduardo la ve observar a Luz cuando hace los deberes, y otra vez siente una terrible pena por Mariana.

La madre de Dolores está exultante contándole cómo esa denuncia que hicieron hace ya tiempo sobre ese militar, un teniente primero,

que había aparecido con un chico sin que nadie hubiera visto embarazada a su mujer, estaba dando ya una pista bastante concreta, porque él estuvo destinado en El Vesubio, quizás él mismo fuera el que había torturado a la madre, qué repugnante, y la última vez que se la vio a la hija de Mercedes fue ahí, y la época coincide. Susana la acompañó esa tarde al barrio donde viven el ladrón y su mujer con el nene, quizás el nieto de Mercedes, y se encontraron al chico en el almacén con la farsante que le hace de madre, y Mercedes dice que tiene los ojos de su hija y las orejas como el compañero de su hija. Claro que no pudieron hacer más que eso y después se juntaron en la casa de Mercedes a llorar y llorar, y ella también lloró por Pablo, cuánto lloró, le hizo bien. Llorar con otro que le pasa lo mismo no es ese llanto a solas, estéril, es saber que hay un tiempo para el llanto y otro para la acción.

Dolores se conmueve. No había pensado que era posible que en tan pocos días su madre pudiera consustanciarse tanto con la lucha de las Abuelas.

Y es cierto que de Mirta hay pocas pistas, porque del Atlético se la llevaron, pero quién sabe adónde. Todavía le faltaban datos, pero ya irían atando cabos. Y ella está muy esperanzada, muy ilusionada.

—Voy a llamarla ya mismo a la madre de Mirta, al fin la voy a convencer. A ella le pasa un poco como a tu padre, se ha dejado vencer por el dolor, y en cierto modo es comprensible: dos hijos muertos —se para y la abraza—. Dolores querida, por suerte estás viva.

Cuántos chicos habrá desaparecidos, cuántos de quien se ignora su existencia. Cuántos padres, como la madre de Mirta, que ya no tienen ni fuerza para buscarlos. Y es inevitable que se le cruce: ¿alguien estará buscando a la hija de Eduardo?, si es que nació en cautiverio, porque aunque él crea otra cosa... es tan posible. Ella sabe que la nena nació el 15 de noviembre, pero quién sabe si fue ese día, y qué puede hacer Dolores, preguntar a las Abuelas: ¿hay alguna de ustedes que busca un bebé nacido aproximadamente a mediados de noviembre? No, le ha prometido a Eduardo que no hará nada, quizás sea no más una mujer que lo regaló, lo del certificado parecería indicarlo, pero con ese suegro...

Si Eduardo no logra contactar con esa mujer, ¿qué hará? No te voy a defraudar, le ha dicho, y Dolores le cree. Pero claro, es tan difícil.

Es curioso lo que le pasa con Eduardo, que le dé tanta pena, con lo que hizo. ¿Por qué no la llama? A ella le gustaría tanto verlo, darle fuerza. Se le ocurre una idea loca. Tiene aún unos días. Lo va a llamar y le va a proponer ayudarlo en su búsqueda. Ir uno por uno a todos los hoteles y averiguar si hay registrada una tal Miriam López. Ir ella misma a la salida del colegio, despertaría menos sospechas.

—Eduardo, tengo un plan. Me pienso ir dos o tres días a Paraná. No te voy a complicar la vida, no te preocupes, es para ayudarte, quizás entre los dos podamos encontrar a esa mujer.

—Ya la encontré —y su voz suena grave—, hablé con ella.

—Y ¿es la madre?

—No pude preguntárselo. Estaba Luz. Pero me dijo que me llamaría.

Dolores se desespera: Pero cómo te va a llamar. Y qué te dijo.

—Algo raro: que era puta. Y fingió que éramos amigos de la infancia, por Luz. Pero yo le mostré, de una manera clara, espero, que necesito hablar con ella, que quiero saber.

Dolores insiste en ir, en ayudarlo a buscarla. Pero él le dice que prefiere que no, que tiene la impresión de que Miriam lo llamará.

—Y además, Dolores, me encantaría verte, pero tengo que resolver muchas cosas. Se lo dije.

Dolores no comprende. Se lo dijo a su mujer: como te darás cuenta, estos días, quiero consagrarme a ella, lo debo hacer.

Un hueco en el estómago, le parece muy bien, Dolores misma le reprochó que nunca se lo hubiera dicho, pero quién sabe cuál habrá sido la reacción de la mujer de Eduardo. Está claro que puede impedir que él siga su búsqueda, que denuncie el caso, si es hija de desaparecidos.

Y además, aunque esto es muy pero muy egoísta, ella, no puede dejar de reconocerlo en ese nudo que siente en su cuerpo, probablemente no lo verá más y eso le duele porque ella, ahora es indudable, quiere verlo, pero no sólo para saber lo del origen de la nena, no, para tocarlo y que la toque, para amarse, pero por supuesto que no se lo va a decir, no está tan loca, ni lo quiere tan

poco como para complicarle la vida en las circunstancias tan especiales que está viviendo Eduardo.

Él le promete que la llamará si tiene novedades, se lo contará por teléfono, no cree que él vaya a Buenos Aires. Un vacío se abre en el cuerpo a Dolores. No, no va a ir... y prefiere que ella tampoco vaya, ¿lo comprende?

Claro que lo comprende, él tiene que resolver muchas cosas importantes, pero no ver más a Eduardo la angustia tanto que Dolores no entiende cómo, cómo puede pasarle algo así. ¿Será tan imbécil como para haberse enamorado de Eduardo? ¿En este momento? ¿En esta situación? Ella viviendo en Europa, él casado y con esa historia. Esa historia que se toca tanto con la suya. Pero al revés, en esa historia están del otro lado. Cómo puede ella sentir esto que ya no intenta negarse por alguien que... aunque hay un punto de contacto, sin embargo, trata de justificar sus sentimientos, los dos están buscando. No puede decirse entonces que Eduardo esté del otro lado, si lo estuvo, ahora claramente no lo está, si no, no haría lo que está haciendo. Y quizás, quizás, ésa sea su forma de quererla. Eso debe bastarle.

Sí, estarán en contacto, llamame aunque sea porque sí, aunque no tengas novedades, si tenés ganas de hablar. Y siente que la voz se le está quebrando y que está mostrando quizás demasiado, algo que hace a eso que ha nacido entre ellos, quizás en ella sola. Sí, Eduardo la llamará, se lo promete.

Cuando cuelga se pone a llorar, no, mamá, no me pasa nada en especial, lloro por todo, y por nada.

Capítulo once

Eduardo no sabe cómo han llegado a este infierno. Ha empezado esa conversación con la mejor intención, no quiere mentirle más a Mariana, quiere consolarla, lograr que pueda perdonarlo, pero se están gritando, quizás como nunca lo han hecho. Quién empezó poco importa.

Lo primero que te sacó de quicio fue cuando Mariana te dijo que ahora entiende algunas cosas de Luz que le parecían incomprensibles, y le reventaban: por qué gritaba así de chiquita, esas pesadillas, y ese hablar con cualquiera como si todos fuéramos iguales, a veces parece que le gusta más estar con Carmen que con nosotros, y otras cosas, no sé, cómo se levanta el camisón cuando se hace la que baila, su manera de moverse, ¡y tiene siete años!, esa desfachatez que tiene, cómo le sonríe a cualquiera. Mariana siempre se preguntó de dónde salían esas actitudes tan poco de una hija suya. Son cosas genéticas, seguro.

Ahí ya sentiste que estaba hablando una enemiga, alguien que no puede ser tu mujer.

Y después, cuando volvió con lo de clarita, ojos verdes, linda, porque no vamos a negar que es linda, pero también se heredan otras cosas, ¿o no? Eso es lo que me preocupa. Quién sabe cómo era la madre, una cualquiera, una puta, bah, qué otra cosa puede ser para regalar a la hija.

Ya para entonces Eduardo se había olvidado de su propósito: ¿Y si no la hubiera regalado, y se la hubieran arrancado, o acaso ella ignora que a las mujeres en cautiverio... ?

—Mirá, no me vengas con disparates como los del otro día que no sé quién te metió en la cabeza. Si papá la consiguió se debe haber asegurado de que era sana.

Las voces se confunden, se arañan: ¿a Mariana no le gustaría saber quién era la madre, ya que le preocupa tanto la genética?, ¿por qué no se lo pregunta a su papá? No, no le quiere dar ese disgusto, si Eduardo fue un animal que se lo dijo, ella no tiene por qué disgustar al padre. Él te pidió que no me lo contaras nunca. ¿Por qué lo hiciste? Para que yo me quede ahora pensando con qué me puede salir de grande Luz.

Y Eduardo ya ni sabe lo que le dice: que si no lo hace ella, lo hará él, por los medios que sea. Él va a averiguar si la madre existe y quién es... o quién era.

—Ese fue el principio del fin.

—Por qué, ¿se separaron por eso?

—No se separaron...

Luz se quedó callada. La mirada al vacío y un largo silencio que Carlos no osaba interrumpir con ninguna pregunta. Luz levantó la vista y la clavó en Carlos de esa forma que él ya había aprendido a reconocer después de horas de hablar con ella. Su tono, sin embargo, era calmo, su timbre, muy nítido, como si quisiera que estas palabras fueran muy bien entendidas.

—Cuando yo te dije que a mí nadie me buscó, me refería a una abuela como las de Plaza de Mayo o a un padre, un tío, alguien de mi sangre. Sin embargo, sí hubo gente que se preocupó por buscar mi origen. Eduardo...

—Pero estás loco, que querés, que nos quedemos sin la nena.

No, claro que no quieres, cómo podrías vivir sin Luz, pero tampoco te es posible sobrellevar el peso de esta duda toda la vida.

—Tenemos la obligación de averiguar la verdad, Mariana.

—Hay cientos de personas que tienen chicos adoptados y no creo que se estén preocupando por los padres.

—No te das cuenta de que no la adoptamos, la trajo tu padre, quién sabe de dónde, si hubiera sido una adopción legal...

—Mirá, si papá lo hizo así, sería porque era lo mejor en ese momento. Quizás más rápido. La adopción me parece que lleva un

montón de tiempo. Y además yo me iba a enterar.

No, no le contestes, no dejes que la ira te tome. No importa que sea tarde, Javier te comprenderá. Eduardo sale del cuarto.

—Eduardo —lo llama Mariana y él vuelve con una cierta esperanza —. ¿Adónde vas?

—No sé, quizás a ver a Javier.

—¿Qué? ¿Se lo vas a contar? No vayas, quedate conmigo. Te quiero decir algo para que te quede muy claro: Te prohíbo absolutamente que intentes averiguar algo de Luz. Yo confío en papá. Y esto puede traernos problemas —y su tono sonó distraídamente amenazante—. Al fin el que la anotaste sos vos. No creo que te convenga andar hurgando.

—Lo que más le indigna a Eduardo es que está furiosa con él pero no por lo que hizo, sino por habérselo dicho, y con el padre, el menor rencor. Anoche quería venir, pero temió la reacción de Mariana y se quedó. Yo creo que eso va a terminar mal, hoy me dijo Eduardo: Me da pena, pero hay momentos en que la odio. Y es la primera vez que se lo escucho, me sorprendió: Si Mariana no lo admite, si no cambia, me voy a separar.

—Tiene razón, mirá, a vos no te gusta que te lo diga, pero es una hija de puta. Y quizás hasta sepa bastante más de lo que dice. ¿No decís que le preocupa que sea asesina o puta la madre?, ése es el lenguaje de ellos, de los asesinos.

Y cuando Javier le dijo qué coincidencia, que Miriam le había dicho que era puta, Laura no entendió por qué. Tampoco él. Había sido un diálogo muy raro.

—Yo creo que debe ser una mujer que la dio y después se arrepintió, una puta, por qué no. Se lo dijo desafiante, algo así como yo: puta, y vos qué: ladrón.

A Laura le pareció más importante lo de ladrón que lo de puta, si le dijo ladrón es porque sabe que la robaron. Javier se impacientó, si Laura seguía con ese rollo, no le iba a contar nada.

—Se llama Miriam López la madre, está el certificado, yo mismo vi la fotocopia, me la mostró Eduardo.

—¿Y se parece a Luz?

—No, me dijo que era una mujer muy linda, morena, pero que no se fijó bien. Eduardo le pidió que lo llamara, necesita saber, es una obsesión ya para él.

—La verdad es que tu hermano es muy valiente, lo admiro. Porque con lo que la quiere a Luz me imagino que para él será terrible. Dolores debe ser una mina genial, porque lo que Eduardo quiere, esa obsesión, es descartar el tema de que sea hija de desaparecidos. Sí, sí, me callo, ya.

Desde su encuentro con Eduardo, Miriam se encerró en el hotel y no salió ni a cenar. Al día siguiente llegaba Frank y ella le había reservado ya un hotel alejado del centro. Dos o tres veces miró la tarjeta de Eduardo pero no se atrevió a llamarlo.

Las dudas giraban sobre ella como moscas de verano. ¿Qué querría saber él? ¿Por qué tenía miedo? Pero cómo iba a hablar con quien se finge el padre de Lili, el yerno de Dufau. Sin embargo, algo le decía que tenía que llamarlo. Por eso no se volvió a Buenos Aires todavía. Después de lo que había pasado, Miriam no podía volver al colegio, ni pararse frente a su casa, ni ir a la puerta de la clase de inglés, qué podía hacer: ¿entrar a la noche a la casa y llevársela? Ya no podía hacer más nada. Sólo había una posibilidad: Eduardo.

Alguna explicación debía haber para que él se hubiera comportado así. Si sólo hubiera querido impedir que ella se la llevara, la tenía fácil, llamaba a uno de los matones de su suegro, a un policía, y ya estaría presa, o sería boleta. No, había algo raro, y aunque fuera riesgoso, si era lo último que podía hacer por Lili, lo haría.

Todo el viernes estuvo Eduardo sin moverse de la oficina más que el horario de la salida de Luz del colegio y Miriam no lo había llamado.

Te dijo nos llamamos, pero qué importa, lo hizo para disimular delante de Luz. Quizás no te llame nunca. Si el lunes no has recibido noticias, irás a buscarla por todos los hoteles. Le preguntarás a todo el mundo.

Cuando Frank vio a Miriam con un bolso tan pequeño, le llamó la atención. Ella le dijo que aún conservaba la habitación en su hotel,

pero no pongas esa cara, claro que me voy a ir con vos. Como el lunes, cuando te vayas, me voy a quedar en el mismo hotel, para qué cambiar todo.

—Desde el primer momento, Frank sospechó que había algo que Miriam le ocultaba. Todo esto del hotel y de los famosos negocios le resultaba inverosímil. Aunque Miriam tenía una imaginación bastante desarrollada, no lograba armar una historia coherente. Quizás por su misma ambigüedad, porque ella quería y no quería al mismo tiempo que Frank lo supiera. El insistió mucho en que le contara la verdad. Y Miriam se hacía la ofendida. Pero Frank estaba pendiente de sus traspiés. En un momento ella le habló de una llamada importante.

—¿A vos te tienen que llamar? ¿por eso seguís con la habitación del hotel?

—No, yo soy la que tengo que llamar.

—Y entonces por qué. Todo le resultaba un disparate. Pero esperaba que su tenacidad y el amor pudieran derribar ese muro y que Miriam se confiara a él. Fue claro. Él debía regresar el jueves próximo a Estados Unidos, y quería irse con ella.

—Así que espero que resuelvas pronto esos «negocios» o lo que sea, de los que no creo nada, Miriam, porque tenemos pocos días.

Esa noche, después de hacer el amor, ella le dijo que lo quería pero que tenía muchas dudas.

Pero si todo lo que le estaba proponiendo era irse un tiempo, ver cómo se sentían juntos, no era un compromiso para toda la vida, sino darse esa oportunidad de aquello que era evidente, él lo sentía en su cuerpo, en el suyo y en todo lo que vivían. ¿O se equivocaba?

Fue entonces cuando Miriam le dijo que las dudas eran respecto de otra cosa, de algo que ella tenía que hacer, que no tenía que nada que ver con él.

Pero esa noche le pidió que por favor no le preguntara más nada, que la dejara dormir en sus brazos, descansar, que seguramente eso la ayudaría más que estar hablando con él de lo que no quería, o no podía. Y Frank no insistió.

Eduardo llega a su casa a las nueve y media de la noche con un humor de perros. Mariana lo está esperando con una buena nueva.

Ha decidido que se irán a pasar el fin de semana a Buenos Aires para descansar, y a ver si te calmás un poco.

—Ni pienso —responde tajante Eduardo—, tengo mucho que hacer.

¿Tienes derecho a tratar así a Mariana? Al fin para ella esta semana ha sido terrible. Y ése es su mejor programa: ir a ver a sus padres. ¿Pero podrías sentarte a la mesa enfrente de Alfonso y no tocarle el tema de Luz, no exigirle una explicación?

Eduardo ya se ha convencido que lo mejor será hablar primero con Miriam. Esto quizás le evitará enfrentarse a su suegro, lo que para Mariana sería otro golpe fuerte. Se propone una noche en paz, darse una tregua.

—Bueno, quizás vayamos, si termino lo que tengo pendiente de trabajo mañana a la mañana.

Pensaba ir a la oficina, sólo para esperar el llamado de Miriam.

Pero esa misma noche, cuando Eduardo se entera de que Mariana se lo ha contado a la madre, y le ha pedido que no le diga nada a papá, porque no quiero lastimarlo, ni que se enoje con Eduardo, se vuelve a alterar.

Y en esa discusión desenfrenada le tira todo lo que había guardado celosamente: lo de Miriam López, el certificado, y lo que le dijo Miriam a Luz. Mariana indignada con Eduardo, y con Luz que no se lo dijo y no se lo va a perdonar nunca, cómo puede creerle a cualquier loca que le dice que yo no soy la mamá. Pero si no lo creyó, Mariana. Errores al galope, como si no pudieras evitar ya provocar y provocar, como si quisieras que todo estallara en mil pedazos.

—Y a mí no me amenaces. Vos no me prohibís nada, ¿entendés? Yo voy a averiguar todo como sea. Voy a hablar con Miriam.

—¿Cómo? ¿Tenés sus datos?

La expresión de Mariana, esa mezcla de asombro y esperanza te alertan, cómo has podido ser tan imprudente. Mariana puede poner a su padre a la caza de Miriam, no sé qué le hiciste ya una vez, probablemente quedarte con su hija, y ahora serás responsable de quién sabe qué comando de caza mayor. Ahora sí será fundamental encontrar a Miriam, después de lo que le has dicho a Mariana, es tu obligación salvarla de las garras de los Dufau.

Mariana lo azuza: no puede creer que esté casada con un monstruo que la quiere dejar sin la hija.

—Y yo no puedo creer que esté casado con alguien que puede ser tan... tan...

No encuentras la palabra, no vas a decirle: tan distinta a Dolores.

—Tan ciega, tan cerrada, tan inmoral, tan despiadada, tan impune como tu padre. Tan enemiga, en este momento te siento mi enemiga.

Por eso Eduardo se quiere separar de Mariana, no quiere vivir más con alguien que piensa así, que puede encontrar algo peligroso, sucio en que Luz se levante el camisón cuando baila, en sus movimientos, en que hable con cualquiera. Me das asco, Mariana.

—¿Hay otra?

Eduardo ni le contesta.

—Porque sin otra los hombres no se quieren separar. Estás inventando cualquier cosa, insultándome, pero yo no te escucho, sé que no creés nada de lo que estás diciendo, que lo que te pasa es que te calentaste con una cualquiera, seguro, y estás buscando excusas para vivir una aventurita. Y cuando vengas a llorar, a pedirme perdón, no sé si te voy a escuchar. ¿Quién es ella? Decímelo. Hay otra mujer. ¿No es cierto?

Sí, hay otra, le dice mareado, pero no es por eso.

—¿Y quién es?

A las seis de la madrugada cuando Eduardo le afirma que no hay otra, que le dijo cualquier cosa para que se callara, recién entonces puede dormir. Y Mariana, no entiendes cómo, ni por qué, Mariana se te acerca, te dice que le pidas perdón y basta, y que mañana se vayan todos a Buenos Aires.

Ella está dormida cuando Eduardo se levanta. Le deja una nota en la que se disculpa por el modo en que se lo ha dicho, pero no por lo que ha dicho. Él se quiere separar de Mariana y va a averiguar el origen de Luz, le guste o no le guste a ella. Hablarán en otro momento, cuando estén menos alterados. Necesita descansar, pensar, estar solo. No me esperes.

Esa mañana, Miriam le dijo a Frank que iría a buscar ropa a su hotel. Su intención era llamar a Eduardo desde la habitación, aunque no estaba segura de encontrarlo un sábado a la mañana. Esa noche había decidido que lo llamaría, que era lo único que podía hacer por Lili.

Pero la propuesta de Frank de pasear por la costa terminó seduciéndola. Ya podría ir a la tarde. A la tarde seguro que Eduardo ya no estaría en la oficina. Bien, lo llamaría el lunes, después de que Frank se fuera.

Mariana llamó a Eduardo cinco o seis veces para exigirle que le dijera la hora a la que llegaría. A la noche. Necesitaba estar solo, ya se lo había escrito.

Desesperada, Mariana llamó a su madre y le contó todo lo que le había dicho Eduardo.

La ve desde el auto, está con un hombre, sentada en un café, al borde del río. Es Miriam, no hay duda. Eduardo aparca y entra en el café. Se sienta no muy lejos de la mesa de ellos y pide un té. Miriam no lo ha visto. Parece muy feliz conversando con ese hombre, ¿su marido?

Eduardo no sabe cómo abordar a Miriam, pero no puede dejar pasar esa oportunidad. Cuando ve que el hombre que está con ella saca el dinero para pagar, Eduardo se levanta y con paso rápido se acerca.

Miriam se sobresalta cuando lo ve. Es evidente que se siente muy violenta.

—Miriam, no me llamaste.

Y hay tal angustia en su voz que no puede seguir hablando. Los dos lo miran perplejos. Eduardo observa a Miriam pendiente de la reacción del hombre que la acompaña.

—Ya te iba a llamar —y como con Luz, trata de disimular—: Eduardo, un amigo, Frank.

Se dan la mano sin saber qué decir. El hombre le señala una silla invitándolo a sentarse pero la mirada admonitoria de Miriam se lo impide.

Pero no se puede ir así, y correr el riesgo de que ella no lo llame nunca. Debes transmitirle con mucha nitidez tu pedido.

—Para mí es fundamental hablar con vos —en su voz, en su mirada, Eduardo no disimula su ansiedad—. Necesito saber algo que seguramente vos me lo podés decir. Y no temas, quizás te convenga, porque yo, si es así...

La mirada intrigada del hombre lo perturba, no puede decir delante de él: porque yo, si es así, si Luz es tu hija, no voy a negarme a que la veas o lo que sea. Quién sabe qué problemas podía traerle a Miriam. Quizás ella nunca le haya hablado de su hija a su pareja, si es que es su hija.

—Si es como me imagino —y deseas que sea su hija, por favor, no lo otro— no habrá ningún problema de mi parte, de alguna manera vamos a arreglarlo.

Ahora los dos te miran estupefactos.

—De veras, no se quiere sentar, amigo —y es amable en su tono, debe de estar dándole lástima.

—Yo te llamo el lunes. Quedate tranquilo, te lo prometo.

—Después de ese encuentro, Miriam no pudo seguir inventando historias. Le contó la verdad. Y Frank coincidió con ella que era muy raro, pero que el hombre parecía verdaderamente desesperado, que si no lo hubiera visto con sus propios ojos, él le diría que no se encontrara con él, que era una celada, pero que ciertamente, por su actitud, no parecía el caso. Eduardo logró conmover tanto a Miriam como a Frank. Fue una suerte que se encontraran, porque quizás Frank, de no haberlo visto, habría tratado de impedir esa última locura de Miriam.

Pero había que ser prudente. Frank estaría con ella cuando hablara con Eduardo. Eso no, le dijo Miriam, ella quería hablar a solas con Eduardo. Entonces Frank controlaría de cerca, ya verían cómo, no permitiría que ella se expusiera a un peligro.

Claro que no se iría el domingo, se quedaría con Miriam, loca, cómo se te pudo ocurrir hacer una cosa así, loca, loquita, cómo te quiero. Y se alegraba al fin de saberlo, ese secreto entre ellos estaba impidiendo que se amaran como se merecían.

Cuando Amalia le contó a su marido lo de la tal Miriam López, Alfonso sintió una gran inquietud. El nombre de la madre que figuraba en el certificado, ¿quién lo había inventado?: el Bestia. Pero había algo más, que recién ahora se le ocurría relacionar. ¿Cómo se llamaba la novia del Bestia? Sí, sí, se llamaba Miriam. La que estuvo ahí con la detenida y la beba, esa mujer espectacular, se llamaba Miriam. Pero ¿era con ella con quien el Bestia se había casado? No estaba seguro, Alfonso no fue al casamiento. Le parecía recordar que una tarde le había dicho que estaba distanciado de la novia. Pero después le anunció el casamiento, ¿cuánto tiempo después? Basta de buscar en su memoria, se dijo el general Dufau. Necesitó dos o tres llamadas para que le consiguieran el número de la casa del sargento primero Pitiotti.

—Habla el general Dufau. Preséntese ya en mi domicilio.

Y a Eduardo ya le haría entender, por las buenas o por las malas, la imprudencia de esa «curiosidad» que le había dado en la situación actual del país. Y lo del divorcio, ni hablar. Sus hijas no se divorcian.

A las siete de la tarde, cuando Alfonso la llamó a Mariana, ella se quedó más tranquila. Su papá lo iba a arreglar todo. Él sabía cómo hacerlo.

—Los hombres, Mariana, a veces pasan por períodos difíciles, son débiles, tené paciencia, y no te preocupes que no se van a separar. El casamiento es para toda la vida, y Eduardo puede estar muy trastornado, pero él también piensa lo mismo. Es un muchacho de buena familia. Y además, después de la charla que va a tener conmigo, Eduardo te va a pedir perdón, ya vas a ver.

Alfonso nunca hizo mención a lo de la nena. Eso Mariana lo había hablado con Amalia, y seguro que su mamá convencería a Eduardo de que no hiciera tonterías.

—Tratalo cariñosamente cuando llegue —le dijo Amalia— aunque estés muy enojada, y ni le hables de la otra, nunca conviene hacerlo. Como si no te hubiera dicho nada, la ignorás. Ah, y en cuanto llegue, decile que tu papá quiere hablar con él.

¿Para qué lo había llamado el general Dufau?, quiso saber la señora de Pitiotti. Para encargarle una importante tarea, debía partir mañana para Paraná, en la provincia de Entre Ríos. Qué bien, se alegró la mujer, harta de que su marido le hablara de las glorias de un pasado no tan lejano, ligado a Dufau, y quería verlo recuperar su entusiasmo, y una expresión más agradable.

La época de oro del sargento primero Pitiotti había terminado. Los centros de detención clandestinos, desmantelados. Estos tiempos eran monótonos, sin ninguna emoción, y el sargento primero Pitiotti ya estaba demasiado «visto» como para confiarle otra cosa que un trabajito administrativo, nada. Por eso el llamado de Dufau había despertado en él una gran esperanza. De ninguna manera imaginaba que pudiera tener que ver con Miriam. Para el Bestia fue una sorpresa.

Cuando él le había participado a Dufau su casamiento, deseó con toda su alma que creyera que su novia era la misma que él había conocido. En el mes de enero era poco probable que el teniente coronel asistiera a la ceremonia, por eso había elegido esa fecha. Y siempre creyó que Dufau lo imaginaba casado con Miriam. Colaboró a este equívoco el hecho de que cuando le anunció el nacimiento de su primer hijo, Dufau le dijo: Ah, sí, cuánto me alegro. Y entonces Pitiotti dio por sentado que Dufau tenía presente cuándo él le había contado que su novia no podía tener hijos.

—Por suerte la ciencia avanza y ella ha podido superar su problema.

Pero esto no estaba nada más que en la cabeza del Bestia. Porque apenas entró en la casa del general Dufau, encantado, con una gran sonrisa, honrado de que lo hubiera llamado a su propia casa, se dio cuenta de que habían sido conjeturas falsas, que Dufau no se había entretenido un instante en pensar en la vida personal del sargento primero Pitiotti, sólo en la época en que él se hizo cargo de su nieta. Para su general, el Bestia era el que sabía apretar mejor, y más rápido, el que le había permitido la mayor cantidad de procedimientos positivos.

El general Dufau era de los que pensaba que cuantos más liquidaran, mejor, que había que eliminar a toda esa generación

apátrida para ganar la guerra, y no como los otros que querían recuperar a los montos, hacerlos sus socios. Para el entonces teniente coronel Dufau la cosa era una cuestión de números, de estadística. Él se sentía orgulloso de que sus campos de detención tuvieran los mayores porcentajes de eliminados, a él «recuperar» a los terroristas le parecía absurdo: el único subversivo bueno era el subversivo muerto. Y en ese sentido el Bestia lo había ayudado mucho.

La primera pregunta de Dufau ya le dio la pauta de que, si en lo personal se había equivocado, en lo profesional también, porque la razón por la que quería verlo de inmediato respondía a un grueso error de su pasado.

—Dígame, Pitiotti, la novia suya, esa que estuvo con la prisionera, ¿es su esposa? Ya no lo recuerdo.

El Bestia ni asintió ni negó, preguntó «¿Por qué?», que era como no decir nada.

—¿Se llamaba Miriam López?

Ahí ya no podía negarlo, como tampoco lo del certificado, esa irregularidad, ese exceso, como le estaba señalando Dufau, la furia vibrándole en la voz. El mismo sargento la había llevado, ¿por qué inventó el nombre de su novia?

—No sé, fue lo primero que me salió.

—Pero usted me dijo que era apta para la tarea, me lo afirmó.

Ahora apenas asentía con la cabeza, ¿se habría enterado de que era la puta Patricia? o algo peor todavía, que tuviera relación con lo que el Bestia a veces sospechaba y otras se decía que no, que no era posible que Miriam hubiera sido cómplice de la detenida.

—La tal Miriam López anda husmeando por Paraná, donde viven mi hija y su esposo, se acerca mucho a mi nieta. Y no quiero que exista, que abra la boca, al fin tampoco era su hija, ¿no? ¿Qué la mueve? No sé, ni me importa, pero deshágase de ella lo antes posible. Es una cuestión de horas. Y con eficacia.

Por un lado se sentía avergonzado, pero por otro estaba feliz. Que le dieran como tarea algo que él hace años, desde que le dijo eso Pilón en el auto, era su deseo más ardiente no podía satisfacerlo más: Dé por seguro que lo haré con toda eficiencia, y en su mirada

debe haberse reflejado algo de su deseo de aniquilar a Miriam que hizo sonreír complacido a Dufau.

¿Sabía su general si ella tenía algún seudónimo actualmente, conocía algún dato que pudiera ayudarlo? Porque ella solía usar seudónimos.

—Nombre de guerra, dirá —lo corrigió extrañado Dufau.

—No, seudónimo. Cuando la conocí se hacía llamar Patricia.

No lo podía creer Dufau, recién se daba cuenta. Claro que había escuchado hablar de Patricia, aunque él no iba a esas fiestas, ni utilizaba esos servicios, pero sus compañeros decían cosas muy... entusiastas respecto de ella: Y me quiere decir, Bestia, la ira temblando en su voz, cómo pudo confiarle el cuidado de mi nieta a una puta.

No supo qué contestar. Sabía que había sido un grave error, pero lo repararía ahora. Necesitaba ayuda.

—Podríamos llamar al que participó en aquel operativo, el de la Policía, cómo se llamaba.

—Pilón.

—Sí, que vaya con usted. Voy a dar la orden.

Ya es de noche cuando Eduardo llega a su casa. Se sorprende bastante cuando Mariana lo recibe con un beso y esa sonrisa que ya casi ha olvidado: Mi amor, qué suerte que llegaste, te extrañé un montón.

Si le parece bien a Eduardo, cenarán con Luz, como no tiene que ir colegio al día siguiente. Y después podrían salir a tomar algo, y más tarde a bailar, hace tanto tiempo que no van a bailar, Mariana tiene ganas de divertirse esa noche, de pasarla muy pero muy bien.

Eduardo no sabe qué responder, el intento de reconciliación de Mariana lo conmueve. Quizás haya podido reflexionar ella también, quizás todavía pueda intentar recomponer las cosas. Le dice que está muy cansado, le sonríe, que se dará una ducha, y después de cenar ya veremos.

—Aunque preferiría que nos quedáramos en casa, Mariana, y conversáramos tranquilamente.

—Como quieras, amorcito.

Mariana está dispuesta a darle el gusto en todo esa noche, y le guiña el ojo, pícara. Camina hacia la cocina y se da vuelta, con aire distraído:

—Ah, te llamó papá, quiere que lo llames ahora.

—No pienso hacerlo.

Dura un instante la expresión de furia de Mariana, pero lo suficiente como para que Eduardo advierta el denodado esfuerzo de voluntad de su sonrisa y su tono suave: Sí, dale, llamalo ahora, porque si no va a llamar él después y quizás nos interrumpa algo.

La presencia de Luz en la mesa logra que Eduardo se contenga, cuando suena el teléfono y Mariana le pide que atienda a su papá.

—¿Cuándo venís a Buenos Aires?

Su tono imperativo lo subleva. Tiene que hacer un enorme esfuerzo para no colgar.

—Quizás la semana que viene —le responde—, no, la próxima.

Y la voz de mando: Va a tener que ser esta semana. El lunes a más tardar, tenemos que tratar un asunto que no se puede demorar.

—El lunes es imposible, lo siento, cuestiones de trabajo.

—Entonces venís mañana. Te tomás un avión a la mañana y te volvés por la tarde.

Te da tantas ganas de mandarlo a la mierda, pero allí están Luz y Mariana. Y quizás sea mejor enfrentarlo de una vez por todas, ya no le tienes miedo. Si vas el domingo, podrás estar el lunes cuando te llame Miriam. Y te evitarás esa situación con Mariana que quizás no puedas manejar: entre la desconfianza y la esperanza de que ella pueda cambiar. ¿Y si vieras a Dolores?

—Eduardo, ¿me contestás? ¿A qué hora podés llegar? Porque yo tengo que organizarme el día.

También Eduardo organizará su día. Y tu noche, decides. Dolores, Dolores. ¿Por qué prohibírtelo si tanto lo deseas?

—Iré mañana. Le confirmo la hora cuando me informe sobre el horario de los vuelos. Adiós.

La sonrisa de Mariana te hace pensar que está al tanto, que toda su amabilidad estaba al servicio de que aceptaras.

—Papi, ¿podemos ir mañana al campo? —dice Luz—. Y andar a caballo, los tres juntos.

—Mañana va a ser imposible, querida, tu abuelo necesita verme y debo ir a Buenos Aires.

—Mañana justo, ¡qué lástima! —finge Mariana. Eduardo no le cree esa expresión compungida, ella está feliz. Y más tarde, cuando se le acerca y lo acaricia, no puede evitar sentir que éste es un plan orquestado por los Dufau en pleno.

—Mariana, por favor, no lo hagas más difícil. Te dije que me quiero separar y es en serio. Voy a hablar con tu padre, no sólo porque él me lo exige, sino porque quiero hacerle algunas preguntas que debí haberle hecho hace muchos años.

La ve dudando entre esas ganas de destilar su bilis sobre él y el mandato que seguramente tiene de sus padres de tratarlo cariñosamente.

Mariana se sienta frente a Eduardo y deja caer unas lágrimas, que quizás sean ciertas, no seas tan duro:

—¿Por qué nos vamos a separar nosotros con lo que nos queremos?

—Porque no tenemos nada que ver, porque pensamos diferente, porque lo que a vos te importa: esa cosa informe, peligrosa, que pudo haber heredado Luz —su voz ya crispada—, y peor aún, que ves ya en Luz, a mí me parece repugnante, y lo que a mí me importa, a vos te parece irrelevante.

—¿Luz? Y no te importa que Luz sea una de esas pobres chicas de padres separados, que ya sabemos lo que resultan.

—Me importa Luz, una nena probablemente separada... arrancada salvajemente de sus padres, de sus verdaderos padres.

No debió decir esa frase, Eduardo le pide que por favor no hablen más, que no quiere decir esas cosas, quizás innecesarias. Lo mejor será que nos acostemos a dormir.

La mano de Mariana te recorre suavemente, te gustaría recuperar ese placer que te daban sus caricias, pero no puedes evitar sentir esa desconfianza atroz, esa mano que cómo saber si responde a su deseo o a un plan determinado para manipularte.

No te atreves a apartarla, pero permaneces inmóvil, estático, aun cuando ella, en un rasgo que no le es propio, avanza, e intenta tocar tu sexo.

Como Eduardo no le cree, Mariana tampoco debe creer esa respiración profunda con la que su marido finge ya un sueño que está lejos de llegar.

Mariana desistió y se dio vuelta en la cama. Ya le haría pagar caro ese rechazo. Cuando sus padres lo pusieran en vereda, y le pidiera perdón, lo haría esperar siglos antes de aceptar hacer el amor con él. Aunque quizás debería fingir un tiempo más, hasta que la otra desapareciera de su vida. Esa otra de la que no le iba a hablar nunca, tenía razón su mamá.

¿Quién sería? Quizás la misma Carola. ¿O alguien que estaba en Buenos Aires? Porque fue después de su viaje a Buenos Aires cuando Eduardo se puso así de loco. No importa, fuera quien fuera, desaparecería. Ellos siempre vuelven, con la cola entre las patas, como dice su amiga. Y entonces sí, Mariana iba a vengarse de Eduardo, se lo prometía.

Eduardo había llamado a Dolores apenas llegó a Aeroparque, como a las once de la mañana: por suerte, por suerte la había encontrado, porque quería verla ese mismo día.

Y esa emoción, esa alegría en la voz de Eduardo. El corazón loco de los quince años, pero con todo lo que la vida le da ahora. Entonces no era ella sola, a él también le pasaba algo fuerte con Dolores.

Eduardo no le podía decir la hora en que se desocuparía, trataría de que fuera lo antes posible. Tenía una entrevista muy «agradable y muy urgente» le dijo irónicamente, su suegro quería verlo de inmediato. Y cuando terminara la reunión la llamaría para que ella fuera directamente a su hotel. Se alojaría en otro que el habitual, ya se lo haría saber.

—Cuidate, dulce —le dijo Dolores.

Y desde hace horas, son las cuatro de la tarde ya, Dolores da vueltas alrededor del teléfono, nerviosa, temiendo por Eduardo, con el monstruo ahí enfrente. Por suerte sus padres no están, su mamá se daría cuenta de todo. Hace días que le pregunta qué le pasa, qué

más le pasa, ella presiente que hay algo más. ¿No será Eduardo, Dolores? Pero ella se ha negado a contestarle.

Al fin el teléfono. Lo nota muy nervioso. Sí, estará allí, en el Wellington, en media hora, subirá directamente sin preguntar por él, a la habitación 402.

El domingo a la tarde, Miriam y Frank fueron a retirar sus cosas del hotel, ella estuvo de acuerdo, Eduardo le hacía buena impresión, pero, siendo yerno de Dufau, era prudente tomar precauciones.

Entró ella sola, así lo prefería. Frank la esperó en la esquina para que no pudieran relacionarla con él.

Miriam pidió la cuenta, dijo que se iba a Buenos Aires.

—Pero ¿vuelve?

—Sí, claro que voy a volver. Me siento muy bien, muy cómoda, en este hotel —y sonrió—, pero no sé exactamente cuándo. Voy a hacer la reserva desde Buenos Aires.

—No, le digo porque hoy estuvo preguntando por usted un señor. Yo le dije que estaba alojada aquí pero que hacía dos días que no la veía, se me ocurrió que había ido a pasar el fin de semana afuera. Y este señor seguro que va a volver. ¿Qué le digo?

Que me fui a Buenos Aires, respondió intentando un tono lo más natural posible. Sus manos temblaban cerrando el bolso, pero esto le permitía agacharse y que el empleado no percibiera su turbación.

—¿Y quién era este señor, dejó su nombre, algún mensaje?

—No, era un señor moreno, unos treinta y pico largos, más bien... —y buscaba la palabra—, usted me entiende: bastante moreno. Y muy autoritario, de esos que preguntan y a uno le da miedo no saber la respuesta.

Miriam se alzó de hombros: No tengo ni idea de quién puede ser. Si vuelve, que deje la tarjeta, y me lo dice al regreso.

Es el Bestia, estoy segura. Y Frank: que no necesariamente, que a lo mejor era un tipo que trabajaba para Eduardo. Pero que no importaba quién, sino que no era un buen signo, y que lo mejor sería irse de Entre Ríos, olvidar esta conversación, por muy buena impresión que les hubiera causado Eduardo.

—No, perdoname, Frank, pero no me voy a ir antes de hablar con Eduardo. Mi decisión es muy clara. Es lo que tengo que hacer.

Se quedaría encerrada en el hotel si Frank temía por ella, total ahí estaba registrada como la señora Harrison, ni siquiera le habían pedido sus documentos. Y al día siguiente hablaría con Eduardo.

Frank no quiso discutírselo. El devolvería el auto alquilado por Miriam a primera hora, en cuanto abrieran la agencia.

Capítulo doce

Apenas Dolores entra en la habitación de Eduardo, se abrazan largamente.

—Tenía tanto miedo, estaba tan asustada. Por suerte, por suerte estás bien.

Y Dolores te besa en la mejilla, en el cuello. Tus manos toman su cabeza, trenzas tus dedos a su pelo y la besas en la boca, en la oreja, mientras la empujas suavemente hacia la cama.

Ella se extiende y se ríe cuando te tiras sobre ella, esa alegría nítida de los cuerpos que se aman.

Pero Dolores aparta a Eduardo. Le dice que ya habrá tiempo para el amor, ahora está muy ansiosa.

Sí, te quedarás toda la noche con ella: Minuto a minuto te voy a disfrutar.

Dolores quiere saber lo que ha pasado en la entrevista con el suegro de Eduardo, qué le ha dicho.

—¿Le preguntaste quién era la madre? ¿Admitió que Luz es hija de desaparecidos?

No, no lo admitió y hablaron horas.

—No creo que sea así. Es raro pero hay un punto de coincidencia entre lo que me dijo Alfonso y lo que me dijo Miriam: que ella era una puta.

¿Cómo? Cuando Eduardo le cuenta en detalle lo de la salida del colegio, Dolores le da más importancia a la palabra ladrón: Con lo de ladrón quería decir algo, ¿no? Que a la nena la robaron, y tampoco te dijo que ella era la madre. Y Dufau puede inventar cualquier cosa.

Está bien, no te voy a interrumpir más, te prometo, pero contame ya mismo lo que pasó con tu suegro.

Eduardo le dice que ha habido de todo: intento de persuasión, mentiras, amenazas, órdenes, preguntas y evasivas, advertencias, y hasta un portazo, Eduardo se ríe con ganas, que ha dado él mismo, porque así se ha ido de la casa de su suegro, diciendo: Voy a hacer absolutamente lo que se me dé la gana, voy a averiguar todo sobre el origen de Luz, voy a hablar con Miriam López, y me voy a separar de su hija. El portazo todavía debe estar resonando en los oídos de los Dufau.

Y mientras Eduardo se ríe, le da un beso a Dolores para festejar.

—Me encantó irme así, con ese portazo y esa frase, que nunca me imaginé que me atrevería a decirle. ¿No me felicitás? —y vuelve a abrazarla—. Creo que si no sintiera lo que siento por vos, si no me hubieras dado esta fuerza nueva que siento en mí, no habría tenido el valor para enfrentarlo, y por primera vez decir yo las últimas palabras.

Eduardo va a tener que explicarle paso a paso, Dolores así no entiende nada. ¿Se quiere separar de su mujer?

—Sí —el rostro de Eduardo se ensombrece—. Porque es igual que su padre, es... no sé, la quería tanto que tal vez no quise darme cuenta antes, pero su reacción, desde que le conté lo de Luz, me mostró una Mariana tan distinta... despiadada. Me duele, sabés, me duele, pero ella...

—Tal vez sería mejor —le dice Dolores— que no me hablaras de eso ahora.

Pero él necesita contarle, no todo, sino algunas actitudes de Mariana que a él le dolieron mucho: lo que dice de Luz, su rotunda negación a que Eduardo averigüe sobre el origen de la niña.

—Pero yo, aunque esto me duela mucho, no voy a parar, no te voy a defraudar, ya te lo dije, Dolores.

Lo de su suegro empezó con una amenaza: A Luz la anotaste vos, te recuerdo, vos coimeaste a la empleada para que te extendieran un certificado falso, ¿quién te crees que va a ser el primero que va a ir a prisión?

Eduardo insistió en que le dijera por qué prisión, y su suegro, con esa sonrisita que tanto detestaba: que parecía que él no se daba cuenta de que el país estaba en otra situación y que podían pasar muchas cosas... desagradables con la democracia, no seas imprudente, muchacho. Ahí empezó la persuasión: Vas a perder a tu hija, a tu mujer, y todo tu prestigio, qué dirá tu familia, tu madre, tu hermano, tus empleados, si te meten preso.

Aunque Dolores se ha propuesto no intervenir, salta: Entonces lo dijo claramente, esto es una manera de admitir que es hija de una desaparecida. Te está amenazando con que si lo decís o te ponés a averiguar, sos vos el que va a ir preso. Él también, por supuesto.

¿Él también?¿Dolores piensa que él va a terminar preso?

Eduardo la ve desesperada: Que no, que ya se vería, al fin, él cometió un error, muy grave, sí, pero es evidente que está tratando de subsanarlo. Y además, él no sabía que les arrancaban los hijos a las mujeres en cautiverio.

Eduardo niega con la cabeza: él al suegro no le cree nada, pero cuando le dijo que la madre de Luz era una puta, la misma palabra que usó Miriam, él trastabilló. Y hasta le dio el nombre de una mujer, una tal Anette, que las regenteaba, y le dijo que le averiguaría el número de teléfono para que le preguntara si Miriam López no era Patricia, famosa puta de la época. ¿Y si así fuera? Pero pronto, mañana saldría de dudas. Le cuenta entonces lo del encuentro en el café y lo de la promesa de Miriam de llamarlo el lunes.

Dolores no comprende: ¿No era que Dufau no le ha querido dar nunca los datos de la madre?, ¿por qué surge ahora así, con nombre, apellido y hasta profesión? Porque Eduardo, en una pelea, se lo ha dicho a Mariana.

Y Dolores, preocupada: que él es muy valiente por tratar de averiguar, pero que nunca debió darle este dato a su suegro, que Eduardo no sabe cómo operan. Ella ha buscado en la lista de desaparecidos si figura Miriam López y no hay ninguna, pero puede ser que no se haya denunciado, si de hecho está viva, debe haberse escapado, aunque es muy difícil que haya sobrevivido después de tener un bebé. Quizás sea una puta pero, ¿por qué te dijo ladrón?

No puedes más. Ahora la sola idea de haber puesto en peligro la vida de Miriam te abate totalmente. Dolores se recuesta a tu lado, el bálsamo de sus caricias no logran calmar tu inquietud, y ella se da cuenta, porque te propone un rato de silencio, que te hará un masaje, que dejes por un rato todo de lado y sólo sientas sus manos que ella pasa como arrastrando tus pesares y expulsándolos de tu cuerpo, liberándote.

Cuando Amalia le contó a su marido que Marianita estaba muy preocupada porque Eduardo no había llegado y ya eran las nueve, Alfonso temió lo peor: que Eduardo, apenas llegado a Entre Ríos, se hubiera puesto en contacto con Miriam. Y el Bestia que no lo llamaba.

Hacía unos años, cuando las Abuelas empezaron a moverse tanto, a ver a todo el mundo, cuando publicaron esa carta de lectores en *The Buenos Aires Herald,* Alfonso había averiguado el nombre de todas ellas, y se había tranquilizado: la madre de Liliana no formaba parte de ese grupo, y en las listas que ellas presentaban tampoco figuraba la nena.

—Las Abuelas no tuvieron jamás una denuncia reclamándome. Yo consulté los archivos.

—La madre de Liliana no sabía que estaba embarazada. Fue su decisión no decírselo, para no angustiarla más. La vio dos o tres veces desde que pasamos a la clandestinidad, pero entonces el embarazo no se le notaba mucho, y Liliana lo disimuló con un abrigo. Yo respeté su decisión.

—¿Y nunca se lo dijiste? ¿Cree que no existo? ¿Que nunca existí? Ni aun cuando estaba en el vientre de su hija.

—Sí, supo que Liliana estaba embarazada. Yo se lo dije cuando secuestraron a Liliana. Pero cuando llamó Teresa, mi padre le comunicó lo que todos creímos: que Liliana había muerto después del parto y que su bebé nació muerto. No había por qué luchar, qué buscar. Yo hablé con Nora en el 84, cuando fui a la Argentina —Carlos sonríe tristemente—. Me dijo: Si al menos hubiera podido tener a mi nieto. Creo que Liliana, cuando decidió ocultárselo, no creía que su madre pudiera comprenderla. Nora y su marido habían

vivido muy mal la militancia de Liliana, su relación conmigo. Obviamente, me hacían responsable del cambio de Liliana. Aunque no era así: Liliana creía en lo que hacía. Cuando yo la conocí, ella ya estaba militando. Pero después, con los años, sobre todo después de esa charla desgarradora que tuve con Nora en el 84, sentí que, más allá de todo, ella quería muchísimo a Liliana y que hubiera comprendido el sentido de su lucha. Nos equivocamos mucho. Todos.

—¿Y tus padres?

—Ellos tenían una actitud distinta. Eran trabajadores, otra clase social. No estuvieron nunca demasiado al tanto de lo que hacíamos, pero creían que era bueno que sus hijos tuvieran ideales. Y estaban de acuerdo con ellos. Pero todo lo que pasó en esos tiempos salvajes los derrumbó. Mamá se murió, y ni mi hermana ni yo estábamos ahí. Yo creo que se murió de tristeza.

Lo que menos pudo imaginarse es que los problemas iban a venir de la novia del Bestia. Puta de mierda, qué se metía.

—Y si no lo podemos parar a Eduardo, ¿qué vamos a hacer? —le preguntó Amalia y Alfonso supo que detrás de esa pregunta había ya una idea—. No podemos permitir que siga con lo de la nena y mucho menos que se separen. Sería un papelón espantoso: ¡y que él la deje a Mariana!

Que no se preocupara demasiado, que ya cambiaría de idea cuando se diera cuenta de verdad lo que podía pasarle. De todos modos, él iba a volver a hablar con Eduardo. Quizás debía ser más contundente. Amalia estaba de acuerdo.

Las novedades que le pasó el Bestia a las diez de la noche lo pusieron más nervioso: que había ubicado el hotel donde se alojaba Miriam, pero que, imprevistamente, lo había abandonado por la tarde. Él conocía el modelo y el color del auto y la agencia en donde lo había alquilado, allí no pudo entregarlo porque estaba cerrada hasta el lunes y en el aeropuerto no había sido devuelto, él lo había comprobado. Mañana a la mañana seguramente tendría buenas noticias para él. Estaba seguro.

—Le dije que era una cuestión de horas.

Ojalá Amalia tuviera razón: Eduardo no está en Entre Ríos.

—Si está tan loco es porque tiene una fulana que le está dando vuelta la cabeza. Quizás esté con ella, en algún hotel. No será difícil averiguar, con un poco de suerte lo encontraremos —lo animó Amalia.

Todavía iban a esperar, dijo Alfonso, quizás llegara más tarde a su casa.

—No, está en Buenos Aires, mi intuición no me falla —afirmó Amalia y corrió en búsqueda de las guías telefónicas.

No quería que su marido se angustiara tanto, no valía la pena, estaba el Bestia allí, buscándola a Miriam, y él debía tener muchas ganas de eliminarla, no sólo por cumplir con su orden. Y en la próxima charla que tuviera Alfonso con Eduardo podría ubicarlo rápidamente, ella confiaba en el poder de persuasión de Alfonso. Y si no... en última instancia, a ella se le estaba ocurriendo una idea. Radical, quizás. Pero, si era necesario...

Y después de hablar con Eduardo, ¿qué haría Miriam? Suponía que irse con él, le había dicho Frank mientras cenaban. Habían pedido que les sirvieran en la suite.

Miriam no se atrevió a decirle que no, pero claro que dependería de esa conversación, quizás pudiera asociar a Eduardo a su propósito de decirle a Lili la verdad. Pero ¿cómo iba él a colaborar para quedarse sin la nena?

¿Y si le dijera a Eduardo que ella es la madre, le inventara una historia y él permitiera entonces que Miriam visitara a Lili de vez en cuando? Le contaría entonces que sus padres eran Liliana y Carlos y no esos...

Frank le dijo que prefería no escuchar más sus locuras, pero que sólo le iba a decir algunas cosas para que pensara: ¿Sería bueno para la nena un engaño sobre otro engaño? ¿O aprovecharías esa visita para decirle toda la verdad, sin poder hacer nada por ella, y encima exponiendo tu vida?

Miriam sintió que Frank era su amigo, que la quería de verdad, que la ayudaba a pensar, sin tratar de imponerle nada.

—La actitud de ayuda y comprensión que tomó Frank en ese momento influyó mucho en Miriam y solidificó esa relación. No creo

que ella estuviera enamorada de él, más bien buscaba protección, amistad. Frank fue el único hombre, me dijo, que la trató como a una persona íntegra, que la comprendía y la aceptaba tal cual era. Y esto para Miriam, en ese momento de su vida, era esencial.

—La señora Harrison desearía irse a dormir ya con el señor Harrison. ¿Es posible?

Una manera, como cualquier otra, pero prefirió la broma, de decirle que, aunque no supiera qué iba a hacer, en ese momento se sentía su mujer.

Dolores no puede aún recobrarse del miedo que le ha dado lo que le acaba de contar Eduardo, eso que él considera un estilo, una manera de hablar de su suegro, y ella, una clara amenaza: Quiero tu palabra de que no moverás un dedo para averiguar sobre la criatura, y que le pedirás perdón a Mariana por haberle insinuado lo de la separación.

Para Dolores cualquier amenaza de un administrador de la muerte como es Dufau es amenaza de muerte.

Pero a Eduardo, a pesar de que haya comprendido tantas cosas en poco tiempo, le resulta difícil pensar algo así, y Dolores no se atreve a decírselo. Ya se arrepintió bastante cuando llevada por el entusiasmo de la conversación le había dejado entender que él también iría preso.

Después del masaje, ellos se habían dejado arrasar por el deseo, y por un largo tiempo habían logrado borrar todo lo que no fuera esa verdad que sus cuerpos se transmitían más allá de cualquier palabra.

Cuando tomaban algo fresco en la misma habitación, Eduardo se había puesto a hablar de Luz, de su dulzura, de los cuentos que le cuenta, de sus paseos a caballo y de cómo le gusta a Luz hablar con la gente y bailar, de cómo se divierten juntos jugando a los personajes. Él la quiere tanto, tanto. Y Dolores sufriendo: Por eso, Eduardo, por eso, porque la querés, tenés que seguir adelante, le había dicho.

Y ahora, que Dolores piensa en las palabras de Dufau, en la muerte, en el nunca más Eduardo, pero ya no para ella, para nadie, se pregunta si tiene derecho a incitarlo tanto a que continúe.

—Dolores, me voy a separar de Mariana, te necesito, no te vayas. Necesito tu fuerza. Y cuando resuelva esto... no sé qué va a pasar, qué puedo decirte, sólo esto que siento: que me gustaría mucho estar con vos, vivir con vos. Pero qué puedo planear ahora. No te vayas, por favor, postergá tu viaje.

Qué puede hacer Dolores por él, su cuerpo tiembla, es otra vez ella pidiéndole a Pablo que no se deje matar, y sin embargo llevándolo justamente al lugar donde lo secuestran. Y a Eduardo, que siga, que siga, aunque adore a Luz, y esto pueda enviarlo a la muerte. Y la imagen de Pablo, de Mirta, de ese bebé que ella no conoce pero que espera que viva y que lo encuentren. Se pregunta si no ha estado haciendo una reivindicación de su sangre, un desplazamiento de esa necesidad de reparación con Eduardo. Que por favor, por favor sea no más Miriam la madre, y las cosas se arreglen de alguna manera, porque si es lo otro...

Se abraza a Eduardo con desesperación. Sí, claro que se quedará, todo el tiempo que él necesite. Y esa idea atroz que silencia: o todo el tiempo que...

¿Qué puede hacer? ¿Decirle que pare, que agache la cabeza ante su suegro, que viva en el engaño, que deja a esa pobre niña sin saber quién es? No. ¿Qué puede hacer? Amarlo.

Le pide a Eduardo que se extienda y que se deje amar, ¿acepta? Quiere lamerlo, besarlo, recorrerlo todo con sus manos, con su lengua, su vientre, sus piernas, pasar su sexo por sus mejillas, por sus ojos, por sus orejas, besarlo en la puntita mientras lo sostiene entre sus manos, y ahora abrir la boca, y muy lentamente introducir su sexo, sentirlo crecer y gozar dentro de su boca y escuchar los gemidos de placer de Eduardo, pero Dolores quiere que el placer se prolongue, por eso se despide suavemente con su lengua, y apoya su cabeza sobre el vientre de Eduardo, y se extiende, quiere descansar así y que él descanse, que descanse de todo, sintiéndose amado. Una pausa. Dejarse sentir esa completa paz un largo rato hasta que las manos tibias de Eduardo sobre ella comienzan a explorarla y ella descubre esa zona de su espalda que no sabía que existía hasta el calor de esas manos. Ahora Eduardo la gira y la besa en el cuello, en los hombros, en los pechos. Él sobre ella y ese deseo

que le transmite tan nítidamente que eriza toda su piel. Siente cómo su cuerpo entero se abre para recibirlo, su sexo entrando poco a poco en ella y más y más, mientras sus manos la recorren con urgencia, como si fuera a tomarla por todos lados, caballos desbocados en la tierra de su cuerpo y esa loca y fantástica sensación de dejar de ser, de perderse en el deseo de Eduardo hasta el infinito, ser eso: ese deseo de él de poseerla, se abre en ondas como el mar y parece que ya llega cuando él gime pero no, ella siente que hay más, y más, y más, y él la acompaña hasta el final, hasta ese júbilo extenuado donde ella puede volver poco a poco a sí misma, a recuperarse íntegra porque él la ha tomado por entero pero le devuelve ahora su ser ella misma, pero más rica, más plena.

Mariana llamó a sus padres a las dos de la madrugada para decirles que Eduardo no había vuelto. A pesar de que ellos le dijeron que no se preocupara, que él iba a abandonar esa actitud, y que de un momento a otro estaría en su casa, ella cree que Eduardo hará lo que le dijo esa mañana: volver al día siguiente.

—Pero por qué no lo dijiste antes. ¿Él te dijo que se quedaría en Buenos Aires?

—Sí, si se le hacía tarde.

Que no se preocupara, que se fuera a dormir. Su papá volvería a hablar con Eduardo. Lo iría a buscar a Aeroparque, o donde fuera, todo se iba a arreglar.

Amalia había llamado al hotel donde Eduardo solía alojarse y no lo había encontrado. Pero tenía aún una larga lista de hoteles, y todo el tiempo necesario.

Amalia pensaba que lo mejor, una vez que averiguaran dónde se había instalado, sería esperarlo cuando saliera. Así de paso veían con quién estaba.

Quizás su mujer tenía razón, había que averiguar rápidamente quién había perturbado hasta ese punto a Eduardo.

Aunque Amalia se fue al living a hablar por teléfono, Alfonso tampoco podía dormir.

Ese insomnio crispaba sus nervios. Si daba con Eduardo, ni siquiera esperaría a la mañana para ponerlo en vereda.

Ya se habían dormido hacía horas, agotados de la tensión y el amor cuando el sonido del teléfono los sobresaltó. Atendió Eduardo:

—Te lo voy a decir muy claramente, te quiero en el primer vuelo a Entre Ríos, y que le pidas perdón a Mariana. Y que no averigües una sola cosa más sobre Luz, si no, te va a costar caro.

Eduardo ha separado el auricular para que Dolores pueda escuchar justo en esta última frase: te va a costar caro. Lo que se temía. Un temblor recorre todo su cuerpo, quiere decirle algo a Eduardo, pero no puede, él ya está hablando, imprudentemente:

—Voy a hablar con Miriam o con quien sea, le guste o no.

Pero con quién se cree Eduardo que está hablando. Y de la furia a esa risa soez: Así que vas a hablar con Patricia, me parece difícil, a esa putita creo que le va a pasar algo que la dejará sin lengua, si no le pasó ya.

Es Dolores misma la que corta la comunicación. Son las cinco de la mañana. Él debe irse, Dufau ya lo tiene ubicado. Puede ser peligroso. Pero Eduardo está demasiado furioso como para entender: Cómo me ubicó, cómo se le ocurre llamar a esta hora. Se quedará allí hasta que se le dé la gana. No le tiene más miedo.

Y Dolores tratando de que entre en razón: que debe irse ya, que tiene que esperar el llamado de Miriam y ponerla sobre aviso, que Dufau puede esperarlo a la salida del hotel.

—Y que me espere, qué me importa. Basta, ya no recibo órdenes de Alfonso. Me iré en el vuelo de las nueve y media, no pienso moverme ahora, y no va a venir, ya me dio sus órdenes por teléfono.

Pero Dolores tiene miedo, le dice que ella se irá ahora. No, no te vayas, quién sabe hasta cuándo no nos vamos a ver. Y la abraza.

No, no lo va a dejar, aunque sea una imprudencia terrible. Porque ese hasta cuándo de Eduardo, que ella teme hasta nunca, la derrumba y la vuelca a sus brazos. Se pone a llorar. Y él a consolarla, que no se preocupe, que no le pasará nada, y que no quiere verla así tan triste.

Se quedará, sí, pero no saldrá con él del hotel, ni lo acompañará a Aeroparque aunque se muera de ganas de estar con él hasta el último instante. Son los dos lugares en los que su suegro puede presentarse.

A las diez de la mañana, cuando Frank fue a la agencia a devolver el auto de su amiga, ya que había tenido que irse imprevistamente para Salta, le dijeron que esa mañana, a primera hora, habían estado unos señores preguntando por ella, tenían algo urgente que decirle. Al empleado de la agencia le había parecido raro que preguntaran por ella ahí, ellos no dan información sobre los clientes. Pero este señor, uno de ellos, me sugirió, por decirle de alguna manera a ese tono amenazante, que le contestara todas las preguntas que me hacía: hasta cuándo tenía alquilado el auto, qué dirección había dejado. Como yo me negué, el otro, el que parecía más pacífico, sacó una placa de la Policía... y un arma. Y tuve que darles información, que no pareció satisfacerlos: que lo tenía alquilado hasta el miércoles, que se alojaba en tal hotel, que su registro de conducir era del Uruguay.

—Dé por perdido el auto, puede ir haciendo la denuncia ya si quiere ganar tiempo, porque ella se fue ayer —le había dicho el más duro.

Por eso él estaba tan contento de que no fuera así, y le agradecía mucho a este señor... Rodríguez, contestó Frank presuroso, la amabilidad de llevarlo. Aceptó rápidamente la cuenta, seguro de que estaba todo bien. Miriam ya había dejado firmado, como es lo habitual, el recibo de la tarjeta de crédito.

—No, no tengo idea de quiénes pueden ser esos hombres. Se lo contaré a mi amiga. Pero debe tratarse de una confusión.

—¿Y si vuelven? —evidentemente el empleado estaba atemorizado.

Frank se alzó de hombros.

—Ahí tiene usted su auto, en perfectas condiciones —y lo saludó con una sonrisa.

Alquiló en otra agencia un Renault y salió a toda velocidad para el hotel.

Miriam ya había llamado a Eduardo, pero él aún no había llegado. Estaría en su oficina a las once, le dijo una empleada.

—¿Le dijiste tu nombre? —preguntó Frank, alarmado.

—No, le dije la señora...

—¿Harrison? —gritó Frank, alarmado—. Nos van a ubicar de inmediato.

No, le había dicho la señora de Hernández, que no se pusiera loco. Pero para que supiera que soy yo, le dije que había quedado con el señor Iturbe en llamarlo hoy.

Que se olvidara de intentarlo. Lo de la agencia era un signo claro de que ellos debían huir de Entre Ríos lo antes posible. Devolverían el auto que él había alquilado en el aeropuerto de Rosario, o de Córdoba, él había dicho en la agencia que viajaría. Y Miriam: que no la pusiera más nerviosa, necesitaba reflexionar. Qué tal si daban un paseo por el río. No, Frank no quería que salieran de ahí más que para huir. Había dos tipos detrás de ella, ¿no se daba cuenta del peligro que corría?

—No quiero pelearme con vos, por favor, ¿me dejarías un rato sola?

—Si me prometés que no vas a llamar a Eduardo. Quizás tenga pinchado el teléfono.

—Eduardo no es peligroso, lo sé, lo siento así. El que me sigue es el Bestia, te lo aseguro.

Al llegar a la oficina, le informan del llamado de la señora de Hernández. Es Miriam y está viva, te alivias. Que te llame, que te llame ya. Y sí.

—¿Dónde nos podemos ver? —le pregunta Eduardo.

—Me están buscando, por todos lados.

Que se lo temía, pero que no tiene nada que ver con él, sino con Dufau, que quiere, a toda costa, impedir que ellos hablen. Es... por la nena. Por eso le pide por favor un lugar, el que sea, para encontrarse. Y si no quiere, bueno, le preguntará por teléfono.

—¿Y quién me asegura que no tenés pinchado el teléfono?

—No, no creo que llegue a tanto, estamos en Entre Ríos. Aunque no sé, puede ser.

Dolores le advirtió del peligro. Eduardo no sabe qué proponerle a Miriam.

—Me comunicaré de todas formas —le dice Miriam.

—Por favor, y rápido.

Si Frank la quiere tanto, si la quiere de verdad, le tiene que hacer un favor. Eduardo también tiene miedo, y me dijo que es Dufau, o sea el Bestia, el que me sigue. Tampoco quiso decirle más por teléfono, Frank mismo le había sugerido que podía estar pinchado.

—Lo único que podemos hacer es que vos vayas a su oficina y le des una cita acá en el hotel. Al verte, se va a dar cuenta.

No, ella estaba más loca que una cabra.

—Cuando vuelva quiero todo preparado para irnos.

Y Frank salió de la habitación. Miriam no sabía qué hacer, pero tenía la certeza absoluta de que debía hablar con Eduardo.

Casi saltó de alegría, lo abrazó con fuerza cuando Frank entró y le pidió la tarjeta de Eduardo.

Mariana está inquieta, preocupada, por qué Eduardo no la había llamado. Ya le había dicho el día anterior que volvería el lunes, y fue directamente al escritorio porque tenía citas.

—¿Vas a venir a almorzar? Te lo pido por favor.

No, no creo que tenga tiempo. La buscaré a Luz, y entonces nos vemos un momentito. Y el llanto de Mariana: Por favor, por favor, vení, que quiero decirte algo, no me dejes así.

No puedes dejarla así. Está desesperada. Quizás sea sincera.

—Haré lo posible por pasar, un rato, nada más. Tengo un día muy cargado.

Cuando Eduardo sale de la oficina, el hombre que vio con Miriam avanza hacia él con expresión grave. La secretaria sale del edificio en ese momento. No se le ocurre otra cosa que acercarse a él y extenderle la mano con un entusiasmo que Eduardo no sabe cómo es capaz de inventar.

—¡Alberto! ¿Qué es de tu vida? Acá, por Paraná.

Eduardo saluda con un gesto a su secretaria que los está mirando. Frank inventa una sonrisa, una palmada en el hombro:

—Bien, bien, vine por un trámite. Y ya me vuelvo esta noche. ¿Qué tal tu familia?

La secretaria de Eduardo, satisfecha su curiosidad, sigue su camino.

—A las seis, en el bar del Hotel de la Ribera, te espera Miriam. Y espero que no te siga nadie. No me gusta nada esto, no sé qué querés, pero no voy a permitir que Miriam se exponga al menor peligro.

—¿Están alojados ahí? —Frank no contesta—. No importa, donde esté, que no se mueva, que se quede encerrada hasta ese momento. Dufau está tras ella, quiere impedir que me cuente nada, y yo necesito saber. Te agradezco infinitamente tu ayuda.

Dos cuestiones influyeron para que Amalia y Alfonso se dijeran por fin lo que estaban pensando desde el día anterior, sin mencionarlo. Por un lado: el llamado desesperado de Mariana: Eduardo había pasado por su casa a mediodía y había dicho que se iba a separar de ella, y que nada ni nadie lo detendría en su búsqueda de la verdad sobre el origen de Luz. Por el otro: el Bestia no había podido dar con Miriam, aunque tenía una pista, la descripción de un hombre, su secuaz, seguramente, que esta mañana estaba en Paraná.

Alfonso le pidió que lo llamara a las seis de la tarde y que si para esa hora no había eliminado a Miriam, ya le daría las instrucciones para cumplir otra tarea.

Cuando Eduardo entra al bar, Miriam está ya en una mesa, fingiendo leer. Se saludan como viejos amigos. Desde un sillón del *hall,* Frank puede controlar tanto el bar como la entrada del hotel.

—Miriam, antes que nada, necesito que me contestes esta pregunta: ¿Sos la madre de Luz? De alguna manera lo arreglaremos para que puedas verla, te lo prometo.

—Yo no soy la madre, como vos no sos el padre, aunque hay un punto en el que somos iguales, la misma mierda, yo quería esa nena para mí. Mientras vos y tu mujer preparaban seguramente el cuarto de Lili...

—¿Lili?

—Sí, yo le decía Lili. Yo también preparaba un cuarto, con ositos en las paredes. Porque a mí me la habían prometido. Pero Lili no era mía, ni de tu mujer y tuya. Era de Liliana. Liliana ni sé el apellido, y de un tal Carlos, un tipo que deben haber matado. Liliana, por eso

Lili. Ella estuvo en casa, mientras tu mujer se restablecía. Y eso me cambió la vida. Entonces yo...

Eduardo no entiende nada, sólo quiere hacerle una pregunta que no puede demorar más: Ellos, Liliana, Carlos, ¿eran detenidos desaparecidos?

—Sí. Pero yo no sabía lo que hacían cuando el Bestia me prometió un bebé.

—Yo tampoco. Recién hace poco, aunque te parezca increíble, me enteré, y necesito saberlo todo. Por favor, contame.

—Yo le hice una promesa a Liliana: que le diría quiénes eran sus padres, que los mataron porque querían una sociedad más justa. Pero tuve mucho miedo, mucho y hui años, pero ahora vine a rescatarla de... ustedes, y decirle la verdad sobre su origen.

—Yo se lo voy a decir, te prometo.

Miriam le cuenta a Eduardo quién era el Bestia, esos días de Liliana y la beba en su casa, los primeros de Luz, lo que Liliana le había dicho, la fallida huida.

Te conmueve esta mujer, una puta, al fin era cierto, que ha tenido el coraje que no has tenido, te vas derrumbando, te duelen los balazos sobre el cuerpo de Liliana, los años de fraude, tu cobarde ceguera, tu egoísmo.

—¿Se lo vas a decir a Lili?

—Haré mucho más que eso —le dice Eduardo—. Tengo una amiga que está en contacto con la organización de las Abuelas de Plaza de Mayo.

Él denunciará el caso, confesará su participación, y ella, Miriam, podrá ayudarlo, si se anima. Debemos hacerlo.

Sí, lo harán, porque fueron dos mierdosos, cada uno en su estilo pero...

—Pero los dos queremos mucho a Luz. La mirada húmeda de Miriam se pierde en la ventana. Eduardo no entiende ese espanto, ese terror en su cara, ese levantarse rápido y decirle:

—¡El Bestia! Avisale a Frank, está en esos sillones del hall.

Y sale corriendo a encerrarse en el baño. Eduardo se acerca al hall y puede ver a esos dos hombres, con paso recio, en dirección a la recepción. Las palabras se atropellan cuando se acerca a Frank.

—El Bestia está en la recepción, Miriam, escondida en el baño.

Las manos de Eduardo temblando, intentando encender un cigarrillo.

—¿El Bestia te conoce? ¿Te vio alguna vez? —le pregunta Frank.

—No. Nunca. No sabía quién era hasta hoy.

Frank deja la llave de la habitación en el sillón.

—Subí ya. Y no respondas al teléfono, pueden estar buscándome a mí también. Golpearé tres veces la puerta para que me abras.

Frank se levantó y se metió en la cabina telefónica, desde donde podía observar la recepción. Los pasos del Bestia en su dirección. Frank salió con aire distraído y se fue al bar. Lo vio salir de la cabina, hacer una seña al otro hombre y dejar el hotel.

Lo estaba llamando desde la cabina del hotel, le explicó al general Dufau, había una cierta posibilidad de que Miriam y su secuaz estuvieran alojados ahí, pero no estaban en...

Alfonso lo interrumpió: No hay que perder más tiempo. Váyase de ahí.

La orden ahora era otra. Le pasó todos los datos: nombre, edad, descripción física, la dirección del despacho, del campo, de la casa (aunque jamás ahí, ¿comprendió?), de la casa del hermano, el modelo y el color del auto. Él sabría cómo hacerlo. Lo esencial: sin testigos, y claros signos de robo.

—También una cuestión de horas. Y esta vez, no me falle, o se olvida de su carrera.

El sargento primero Pitiotti pudo haber visto el auto de Eduardo, estacionado a pocos metros del suyo, pero la urgencia por organizar su plan, la orden de su general de abandonar ese hotel en donde no había encontrado nada en concreto, lo hicieron salir a toda velocidad del estacionamiento. Cuestión de horas, le había dicho Dufau. El primer lugar sería la oficina.

La conversación de Miriam, Eduardo y Frank en la habitación no duró más de veinte minutos. Eduardo hablaría esa misma noche o

mañana por la mañana con su amiga para ver cómo convenía hacerlo. ¿Se animaba Miriam a hacer la denuncia? Podrían ir juntos.

—Miriam podría testificar ahora, en los juicios que se están instrumentando en Madrid. Ella vio cómo asesinaron a Liliana. Y puede decir también lo que Liliana le contó —dijo Carlos—, pero seguí, seguí.

Eduardo tenía que hacer algunas gestiones aún, pasar por el campo, por su casa, hablar con su suegro para darle a entender que no haría nada, que había desistido, que Miriam había desaparecido de Entre Ríos, eso podría detener la persecución. También debería hablar con su mujer. Miriam y Frank se sobresaltaron.

—No, no se preocupen, no le voy a decir nada de lo que me contaste.

Frank dijo que ya no tenían nada que hacer ahí, que esto era demasiado y que se irían esa misma noche.

Eduardo, la voz rasgada, como pidiendo disculpas: que, además de esas gestiones necesarias, quería ver a Luz esa noche, estar con ella, contarle un cuento, en fin, despedirse. Y mañana al mediodía, con todos los datos que le daría su amiga, pasaría a verlos para urdir una estrategia, no podemos dar un paso en falso.

Por lo que Frank mismo le había comentado, ellos no corrían ningún peligro en el hotel, el de la recepción lo había saludado sonriente sin una sola palabra que le indicara que habían preguntado por ellos. El Bestia, evidentemente, no conocía su nombre. En ese aspecto Frank coincidía, pero quería alejarse de allí lo antes posible. No entendía por qué debían ir juntos a hacer la denuncia.

Miriam se dirigió a Frank:

—Eduardo necesita ese tiempo —implorándole con la mirada—. Y también... quiere estar unas horas con Lili.

Frank no respondió. Era evidente que ambos parecían necesitarse, que necesitaban darse coraje.

—A las doce, a más tardar, estaré aquí y nos ponemos de acuerdo. No quiero cometer equivocaciones —trató de convencer Eduardo a Frank.

Y Miriam: Si a la una y media no tuvimos noticias, te prometo que nos vamos.

Quizás el pudor, o la presencia de Frank llevaron a Eduardo a extenderle la mano a Miriam, pero ella, más impulsiva, lo abrazó.

Eduardo también tenía los ojos húmedos cuando le devolvió el abrazo a Miriam. Se sentían unidos y fuertes.

Le cae muy bien Frank, esa sonrisa leve, pero que alivió a Eduardo, mientras se estrecharon las manos.

Pasa rápidamente por la oficina, llamar a Dolores. A Javier lo había llamado esta mañana, diciéndole que hoy saldría de dudas, pero que Alfonso le había confirmado que Miriam era una puta. Ya le hablaría esa noche. No, no va a hacer ningún llamado desde la oficina. Lo hará desde el teléfono del campo, en veinte minutos puede llegar. Debe, imprescindiblemente, ver al encargado para que le pase el informe y darle instrucciones. Luego se encerrará a hablar por teléfono.

Desde la oficina llama a Mariana para decirle que en una hora, hora y media, estará en casa, y que le gustaría que Luz comiera con ellos.

En esos veinte minutos que conduces hacia el campo te imaginas todo lo que le dirás a Dolores, quizás sólo lo esencial para que te aconseje. Le dirás, eso sí, que la quieres, que la quieres mucho, que la necesitas. Ella te ha llamado hoy, pero sólo le dijiste que te verías con tu amiga y mañana le darías las novedades. Quizás le haya parecido fría o extraña tu forma de contestarle, pero Dolores habrá comprendido que, tal como ella te pidió, te estás cuidando.

La fuerza y la alegría que te da su amor, y el dolor, el terrible dolor de perder a Luz. Le preguntarás a Dolores si le parece posible que te dejen verla, a pesar de lo que has hecho.

No está la camioneta del encargado, mala suerte, Eduardo deberá volver mañana temprano. Busca el teléfono.

La madre de Dolores le dice que su hija ha salido, que volverá tarde. ¿Le dejo dicho algo?

—Sí, que la quiero mucho, y que la llamaré por la mañana.

Es tarde, pero mejor hablar con Javier ahora, de su casa le resultará más complicado. Javier no está, le dice a Laura que probablemente pase por su casa después de comer.

Eduardo sale rápidamente, pero no llega a cerrar la puerta de la oficina, el empujón llega con fuerza.

—Un tiro en la sien, un asalto —dijo Luz, indignación y dolor mezclados—. Laura nunca lo creyó. Dolores tampoco.

—¿Y vos?

—Yo sí, eso me dijeron toda mi vida. Lo creí hasta hace poco tiempo, hasta que fui reconstruyendo esta historia y ahora... ahora sospecho lo mismo que Laura. Y esto también —su voz cobró bríos— me propongo esclarecerlo. Javier hizo todas las gestiones posibles en la Policía, pero no llevaron a nada. No era el momento del dinero de la cosecha, y su hermano nunca se hubiera resistido a un robo. La billetera, el reloj. En algún momento Javier pensó, porque lo había visto tan desesperado a Eduardo, que podía haberse suicidado, y que quizás Mariana y los Dufau hubieran inventado lo del asalto para justificar ese tiro en la sien. Un suicidio tampoco dejaría bien a Mariana. Pero Laura siempre pensó que ni suicidio, ni asalto, asesinato puro.

A Amalia la había dejado un poco triste hablar con su hija.

—Está tan intranquila porque Eduardo no ha llegado, y a mí me costó decirle: No te preocupes, ya llegará. ¿Sufrirá mucho?

Alfonso que, desde que el Bestia le había dicho «Misión cumplida» estaba por fin relajado, después de tantos días de tensión, se afanó en tranquilizar a su mujer: ellos se encargarían de consolarla, pero pensá, Amalia, mucho, mucho más sufriría si hubiéramos dejado que ese loco siguiera su camino. Abandonada por su marido, sin la hija. Escándalo y peligro para todos.

—Sí, tenés razón. Y Marianita es joven, y tan linda, tan buena. Ya podrá rehacer su vida.

Y fue en ese momento cuando a Amalia le surgió esa idea que la hizo sonreír. A la primera que llamaría para comunicarle la noticia sería a Inés Ventura.

—Hacía años que Amalia deseaba estar ligada a los Ventura. Los admiraba. Muchos años antes, cuando nacieron sus hijas mellizas, las hermanas de Mariana, había elegido a Inés y a Daniel, que era

un chico entonces, como los padrinos de sus hijas. Y Daniel, entonces, cuando mataron a Eduardo, acababa de separarse.

A las doce y media ya estaba todo el equipaje preparado. Miriam insistiendo en esperar, que Eduardo llegaría de un momento a otro. Sí, por cierto, que sería muy difícil para él, como decía Frank, pero ella estaba segura de que la mujer no iba a convencerlo de nada, ni tampoco las amenazas de su suegro.

—Frank se estaba poniendo muy nervioso y bajó al bar del hotel. Allí se enteró de la muerte de Eduardo. Tampoco ellos creyeron lo del asalto. Ahí mismo pidió la cuenta.

Abrazó a Miriam: Lo mataron, lo mataron anoche.

—Se fueron inmediatamente del hotel. Y dos días después a Estados Unidos, donde siguen viviendo. Miriam tenía mucho miedo. Por supuesto, ya no podía hacer nada. Me conmovió cómo me habló de papá, lo lloró como si hubiera sido un amigo de años. Carlos apoyó su mano sobre la de Luz, recién entonces pudo aceptar ese papá de Luz para Eduardo que tanto le había molestado durante toda la conversación.

Ya saber que nació sano, que es varón, aunque no tengan idea de con quién ni dónde está, es estar más cerca de él. Así lo siente su madre y Dolores también. La esperanza de encontrarlo se agiganta, ya es algo concreto: buscan un niño nacido a finales de julio de 1976 en el Hospital de Campo de Mayo.

Dolores tiene tantas ganas de compartir con Eduardo esta alegría angustiosa que le produjo la noticia. La denuncia la recibieron las Abuelas por teléfono, el hombre no quiso dar su nombre, evidentemente tenía mucho miedo. Había visto a Mirta Ballerini, la compañera de Pablo, en el servicio de Epidemiología, en la sala de hombres del Hospital de Campo de Mayo y podía asegurar que había tenido un varón, que estaba sano, y que ella lo había llamado Guido. Mirta le había pedido que por favor avisara a su familia. El hombre le dijo que lo haría, pero no lo había hecho, no podía hacerlo, pareció disculparse. Era todo lo que sabía. Y cortó. Coincidía con otras informaciones, le explicaron las Abuelas. En esa sala solían dejar a

las embarazadas a las que llevaban a parir desde distintos centros de detención.

El destino de Mirta podía suponerse: el traslado, la muerte. Pero del destino del niño, nada. De todos modos Dolores sabe que no cejarán ni ella ni su familia ni las Abuelas hasta encontrar a ese sobrino, y puede ya imaginárselo: inventarle ojos, pecas, rulos, una sonrisa. Y entonces sí, se dice, lo encontrará. Y en este estado exultante decide contárselo ya mismo a Eduardo, no puede esperar.

—No —y la voz titubea—, ¿es usted una amiga? Ya la ha atendido otras veces la misma secretaria, quizás quiera averiguar algo, teme Dolores. Sí, es una amiga, es personal el llamado.

—Lamento... comunicarle que el señor Eduardo Iturbe falleció anoche.

Casi no puede entender lo que le explica esa secretaria que llora mientras le habla del robo, del tiro, de no sé qué problemas con el velatorio pero que el entierro está previsto para... Dolores corta la comunicación y se queda inmóvil, sin una lágrima hasta que se acerca su madre y ahí sí, abrazada a ella: Lo mataron, lo mataron a Eduardo. Ella está segura de que lo mataron.

— Dolores le contó todo lo que sabía a su madre. Porque fue ella, Susana Collado, la que le había hablado a las Abuelas, en 1983, de esa nena que tenía la hija del general Dufau, viuda de Eduardo Iturbe, probablemente nacida en cautiverio, aunque no lo podía afirmar. Dolores no llegó a enterarse de lo que habló Eduardo con Miriam. Fui yo quien se lo contó. Nunca pasó nada con lo que Susana Collado había dicho, no había del otro lado, del de mi sangre, alguien que me buscara. Pero este comentario de Susana me permitió lo que en un principio me habían negado, la prueba de sangre.

Tercera parte

1995-1998

Capítulo trece

Me mojo la cara, la cabeza, para tratar de apagar este calor, esta furia, estas ganas de estrellarme contra algo, esta desesperación en la que me deja la pelea con mamá. Me tiro sobre la cama y respiro, respiro profundamente.

Me digo miles de veces que no debo escucharla, y mucho menos engancharme en lo que dice y contestarle porque es peor, pero tiene una habilidad para golpearme donde más me duele que, a veces, no puedo resistir.

No sé cómo empieza, por cualquier cosa. Hoy fue por lo del auto, pero no importa el motivo, puede ser cualquiera, una frase, otra, y se desata esa furia que tiene conmigo y crece y crece hasta llegar a proporciones atroces, ya no sé lo que dice, ni por qué trato de defenderme. Cada vez sus ataques más fuertes, sus palabras enredándose a mí, ahogándome de rabia, de impotencia, de dolor. Entonces cuando ya no puedo más, salgo corriendo, me encierro en mi cuarto y siento que algo en mí va a explotar. A veces me voy porque me asustan esas ganas de lastimarla. Pero yo no puedo, ella sí. Aunque la otra tarde le dije de todo, estuve ofensiva, mala, y aunque después me arrepentí y le pedí perdón, es evidente que todavía no pudo digerirlo.

Me quiero ir de casa. No aguanto más. Pero cómo, con qué plata. Ellos no me van a dar un mango. Podría ponerme a trabajar. De todas formas mamá no me lo permitiría. Pero,

por qué, si no me soporta. «Porque queda mal.» Y a mí qué me importa que quede mal.

—Te denuncio ante un juez, sos menor de edad, y hasta los veintiún años vas a hacer lo que yo te diga.

Y Daniel, con esa sonrisita para el costado, de hipócrita. Le da placer cuando mamá se pelea conmigo y me dice esas barbaridades. Porque él también me detesta. Pero no es sólo desde que le hice ese comentario a mamá sobre sus negocios, ahí empeoró, pero nunca, nunca me quiso.

—¿Qué te pasa, Luz? —me preguntaba Daniel—. ¿Estás de mal humor, o triste?

—Es así, ya sabés, desde chiquita. Es genético. Siempre angustiada, siempre con cara de perro asustado.

En cierto sentido mamá tiene razón. Yo siempre tuve esos estados de angustia, de desasosiego. Ese no saber qué hacer, sentir que no estoy en mi lugar, en mi casa. Y va más allá de las peleas con mamá, y del malestar que me producen las miradas de Daniel, sus «monos», porque antes me pasaba porque sí también, sin ninguna razón en especial. Un miedo a algo que no sé qué es, como si tuviera un enorme peso sobre mí. O en cualquier momento algo o alguien pudiera atacarme.

Cuando era chica, y nos mudamos a Buenos Aires, yo pensaba que extrañaba Entre Ríos, que extrañaba a papá, que no me gustaba que mamá se hubiera casado tan rápido con Daniel, ni vivir en su casa.

—A los siete meses de la muerte de papá nos fuimos a vivir a Buenos Aires, al departamento de Daniel. Él fue al entierro, y unas cuantas veces más a Entre Ríos. Estoy segura de que ese casamiento lo planearon Amalia y la madre de Daniel, Inés Ventura. Era esta misma familia amiga de los Dufau que nos había invitado a Punta del Este el verano que Miriam me vio. Los Ventura eran muy ricos. Su hija viuda le daba por fin una oportunidad de emparentarse con ellos. Daniel era mucho mayor que Mariana, unos diecisiete años. Se casaron por la Iglesia, a pesar de que él estaba casado antes, con una divorciada con dos hijos. Juntado, como decía Amalia. Yo todavía me acuerdo de ese casamiento, todos felices y yo llorando. Mamá siempre me reprochó que me hubiera puesto a llorar ese día.

Pero después me fui acostumbrando a estar en Buenos Aires, el colegio, los amigos, la bici, el río. Cuando nos mudamos a Martínez, yo pensé que se me iba a pasar eso de sentir que no estaba en mi casa. Era nuestra casa, no la de Daniel, y, sin embargo, yo extrañaba, pero no Entre Ríos, era un extrañar vacío, de algo que no conocía. Igual que el miedo, no sé a qué, no es un peligro concreto sino algo informe que está siempre acechándome. Es algo muy viejo, que me acompañó siempre, será «genético» como dice mamá.

¿Por qué, le pregunté varias veces, a papá le pasaba esto, tenía miedo, angustia? Porque lo de genético debe ser por papá. Yo de él me acuerdo cuando me contaba cuentos, cuando andábamos a caballo, papá sonriendo, no angustiado. Pero puede ser que no me diera cuenta, yo tenía siete años cuando se murió. Mamá nunca me contesta. Pone una cara de no te voy a decir nada, no puedo. Si insisto, me dice: Mirá, Luz, no me hagas decir lo que no quiero.

Un día pensé que tal vez papá tenía lo mismo que yo, esta tristeza... no sé cómo decirle, esta enfermedad, y que quizás no lo mataron, sino que se suicidó y que por eso mamá cuando le pregunto por él pone esa cara o me responde así.

—Yo también, como Javier, aunque por causas muy distintas, sospeché que papá se había suicidado.

Una tarde en que me encontró mal y me volvió con lo de genético, se lo pregunté directamente: ¿Papá se suicidó?

—No se suicidó, lo mataron en un asalto, en el campo. ¿De dónde te salen esas ideas? Es esa cosa negra siniestra que tenés adentro, desde siempre, que te hace pensar esos disparates.

—Y más que las palabras era su mirada, ese... desconcierto, como diciéndose cómo me puede haber salido una hija así, como si hubiera algo en mí que le daba miedo. Algo que yo pensaba o que sentía... o que hacía. Porque también cuando me veía bailar...

Luz giró la cabeza para el costado, intentando ocultar a Carlos su turbación y se quedó callada un largo rato.

Puede ser que tenga razón porque eso que no sé cómo llamar es una cosa negra, que no deja ver nada, y lo tengo puesto desde que me acuerdo.

—Como el tabique. Una cosa negra que no deja ver nada. Pero te lo quitaste al fin.

—¡Veinte años me llevó!

Gabi me dice que son tonterías mías, que eso me pasa porque le tengo miedo a Daniel, y que tengo razón, porque es un mal bicho. La madre se lo contó cuando Gabi le dijo que no tragaba al marido de mamá, que le caía muy mal, que la miraba de una manera rara, como un asqueroso, y que le daban miedo esos «monos» que hay siempre en casa, los guardaespaldas de Daniel.

—Es un tipo que hace negocios sucios, un mafioso, por eso necesita que lo cuiden, no porque tiene mucho dinero. El padre de Marita está lleno de guita y no tiene custodias en su casa. Y no te quiero dar más manija, pero sé, me lo dijo Vale, que es de la familia de su ex mujer, que se portó como una basura en su anterior matrimonio. Por eso su mujer lo echó. Y no lo quieren ni ver, ni ella ni sus hijos. Vos debés intuir algo peligroso en él, y por eso te da miedo. No pienses cosas raras, lo de genético que te dice tu mamá es una pelotudez.

—Nunca lo soporté a Daniel. Y a partir de un momento de mi adolescencia se transformó en alguien realmente detestable, que me inspiraba una horrible desconfianza, aprensión. Por eso siempre me quise ir de casa. Vivir con ellos siempre lo sentí como algo... antinatural. Yo lo atribuía a mis broncas con mamá, a la incomodidad que me producía Daniel, pero desde que me puse a buscar mi propia historia, pienso que eso antinatural que yo sentía, ese no sentirme nunca en casa en mi propia casa, quizás obedeciera a una intuición de mi verdadera historia. Es algo complicado de explicar... se me hizo muy nítido cuando nació mi hijo. Fue entonces cuando empecé a buscar un hilo, algo que resignificara todo eso que yo había vivido con tanta incomodidad. Y lo encontré —Luz sonrió, triunfante—. Y aquí estoy en Madrid. Con vos.

Gabi no la traga a mamá, no me lo dice pero es evidente. Sobre todo después de que le conté la reacción de mamá cuando le dije que sabía que Daniel necesitaba custodia por la índole de sus negocios.

—Te lo negó —me dijo Gabi—, estoy segura, pero es cierto, yo lo sé, papá y mamá me lo dijeron. Y lo sabe mucha gente además. Hizo unos negociados en la época de los milicos, y también ahora, con este gobierno.

Mamá no me lo negó, sino que no le dio importancia. Y yo, que estaba furiosa, le exigí que me dijera a qué se dedicaba exactamente Daniel, porque yo no lo sabía. Me dijo que las mujeres no entienden de negocios y que ella no se mete en lo que hace su marido, y que cómo una mocosa como yo pretendía meterme, acaso no me daban de todo, debería estarle muy agradecida a Daniel.

—Mariana siempre me reprochó mi desagradecimiento, que yo no valorizaba que Daniel me diera tantas cosas no siendo mi verdadero padre. Aunque se refería a Daniel cuando lo decía, ahora pienso que es lo que ella siempre debía pensar respecto de sí misma, que yo debía mostrarme agradecida, porque no siendo mi verdadera madre, me daba cosas. Sí, cosas me dio, muchas.

—Tuvo un proceso judicial, pero como tiene mucha guita, zafó. Habrá comprado a los jueces, habrá tapado todo. Y tu madre, no puede ser que no sepa lo que hace si se casó con él —se indignó Gabi—. A lo mejor no lo quiere saber.

Yo no se lo pregunté nunca más a mamá, para qué, si no me va a decir nada y se va a enojar conmigo porque me meto donde no me importa. Lo del custodia de Daniel tampoco se lo dije. Me daba miedo cómo me miraba ese tipo, por eso evitaba salir al jardín cuando él estaba. Pero una tarde no lo vi, y yo estaba tomando sol, y de pronto, su mano sobre mí. Yo salté y lo miré con esa furia que me dio, porque era furia más que miedo: Si me tocás otra vez, te vas a arrepentir. Y el tipo no lo intentó más.

No se lo conté a Daniel, qué le iba a decir, si a veces él mismo me mira de una manera que yo no sé dónde meterme. Porque no me traga, pero igual, a veces me mira... no sé, como si yo le gustara. Dos veces lo vi espiándome, en la puerta de mi cuarto, y yo era mucho más chica. Por eso siempre que me cambio cierro la puerta con llave. Si le hubiera contado a mamá que el custodia me tocó, o que lo vi a Daniel espiándome, seguro que me echaría la culpa a mí, que pensaría que yo lo había inventado. Lo atribuiría a esa cosa

negra que tengo en mi cabeza, o peor, en mi cuerpo, lo que mamá ve en mí desde el día que pasó con el auto por la calle del río y me encontró besándome con Guillermo, mi novio. O antes ya, cuando bailaba.

Al fin Carlos rompió ese silencio del que Luz parecía no poder salir, perdida en quién sabe qué recuerdos que le daban ese dolor a su expresión.

—¿Cuando bailabas? ¿Qué pasaba cuando bailabas?

—No sé. Mariana no lo podía soportar. A mí siempre me gustó bailar. Me da mucha alegría, me distiende. Al principio no decía nada, venía y apagaba la música, y me miraba de una manera extraña. Hasta que una tarde, yo tendría... unos trece años y estaba en la terraza que daba al jardín bailando con la música a todo lo que da. Lo que fue salir de eso que yo sentía bailando a la cara de mamá. Muy fuerte, horrible. Me gritó: cómo podés bailar así, y no sé qué más, que dónde había aprendido a moverme de esa forma, que debería darme vergüenza, que parecía una... —Luz se frenó, como si no pudiera pronunciar esa palabra, o recordar aquella escena delante de Carlos—. Por supuesto, me cuidé mucho de bailar cuando ella estaba en casa. Bailaba en mi cuarto, con la puerta cerrada. O cuando salían, a la noche, qué placer, toda la terraza, toda la casa para mí. Entonces bailaba y bailaba —la sonrisa se hizo clara, nítida —. Sí, también la pasaba bien —otra mirada, otro brillo cuando miró a Carlos—. Con todo lo que te conté debés pensar que mi infancia, mi adolescencia, fueron pura angustia, pero no es así. Estaba todo eso, esa angustia, los cortocircuitos con mamá, sí, el malestar que me producía Daniel, pero estaba también todo lo otro, lo bien que lo pasaba bailando, soñando, leyendo, dibujando, lo que me gusta el sol, la bicicleta, esquiar, salir con mis amigos, y... tantas otras cosas.

Mamá se bajó del auto. Yo no la vi hasta que se acercó y me tiró del brazo:

¿Qué estás haciendo?, gritaba desaforada.

Nos estábamos besando, eso era todo. Me metió en el auto a la rastra y a Guillermo le dijo que no lo quería ver más por su casa. Yo armé más escándalo que ella en el auto.

—¿Por qué hiciste eso? Estás loca, Guille es mi novio. ¿Cuál es el problema?

Las dos gritando a la vez. El problema era que en la calle cualquiera podía vernos y qué iban a pensar de mí. Y que no le extrañaba que me comportara así, como una cualquiera, como una putita, que era genético, pero que ella me iba a enderezar.

Yo no me acostaba con Guillermo entonces, lo hice después, y no sé hasta qué punto mamá no influyó en esa decisión, estaba tan segura de que ya nos habíamos acostado, que por qué no hacerlo. Para ella esa desfachatez que mostraba por la calle era una prueba de que tenía relaciones íntimas con Guillermo y quién sabe con cuántos más. Me prohibió salir con él: «Hijo de padres separados tenía que ser». Aunque ella decía que la culpa era mía, que yo debía haberlo provocado. Para mamá, las mujeres son las que tienen la culpa porque «un hombre nunca se propasa con una mujer decente». Esa discusión terminó como tantas, con una cachetada.

Con Guille nos seguimos viendo a escondidas. Yo me rateaba al colegio y me iba a su casa. Y a veces, salía con un chico, de esos que le gustan a mamá, volvía temprano y Guille me esperaba en la esquina en su auto. Abría el portón como si entrara a casa, y cuando se iba el plomo con que había salido, me metía en el auto de Guille y nos íbamos por ahí. Hasta que una noche me pescó bajándome de su auto, ellos justo llegaban, y se armó un quilombo total. Fue el mismo Daniel el que le exigió a Guillermo que no volviera a verme.

Pero no fue por eso que nos dejamos, seguramente la relación duró más de lo que debía durar, porque esa prohibición de vernos que impuso mamá nos llevó a juegos divertidos para burlarla. Aunque Guille lo usó de excusa cuando cortó conmigo: que estaba harto de tener que hacer tantas cosas raras para vernos, que mis padres eran unos enfermos. A él le gustaba ya otra chica, y yo, en ese verano, me di cuenta de que no lo quería más. Cuando nos encontramos en una disco, este otoño, nos dijimos la verdad. Yo le conté que no era con él solamente, que también me había hecho historias con otro chico, que mamá era así. Y nos vemos de vez en cuando, nos contamos cosas, somos buenos amigos.

Guillermo me dice que es por eso que no me gusta nadie ahora, porque si cada vez que estoy con un chico tengo esos líos, a mí no me debe ser fácil. Pero yo no creo, lo que pasa es que no hay nadie que me interese, que me guste de verdad. Tampoco mamá me arma lío con todo lo que hago, es cuando me pregunta qué hace el chico con que salgo o dónde vive, y entonces le dan esos ataques de locura, porque no sé cómo llamarlos, y me pregunta si me acuesto con él o cosas así. Porque lo de putita no fue sólo ese día que me encontró con Guille, me lo dijo unas cuantas veces más. A veces sólo por algo que me pongo que le parece vulgar. Me dijo que no podía ir a la facultad con la mini verde, que iban a pensar que me quería levantar a los profesores para no tener que estudiar.

La historia que deliró cuando supo que era un profesor el que me llamó por teléfono todavía sigue apareciendo. A mí me da pánico que me vuelva a llamar José y mamá diga cualquier cosa. No tiene ni tuvo nada que ver conmigo, jamás se me ocurrió levantármelo, ni a él tampoco, es un tipo grande, casado, seguro. Me llamó por los trabajos prácticos. Pero para mamá lo que le pasa por la cabeza es la realidad.

—Estudié arquitectura, estudio todavía.

El otro día yo iba a la facultad y estaba muy tensa porque tenía que dar examen y había dormido poco. Me estaba mirando al espejo cuando mamá entró al cuarto y me dijo que cómo me miraba, que había algo raro en mí, que ésas eran actitudes de una loca, de una putita, y me preguntó si lo iba a ver a él, al profesor. Tal vez porque estaba nerviosa, no hice lo de siempre, escucharla como si oyera llover, y me trencé con ella. Reaccioné con una violencia que todavía me sorprende.

—¿Qué?, ¿es genético también?, ¿qué me querés decir, mamá?, ¿eras puta antes?, ¿de vos lo heredé? —ella estaba tan azorada que no podía ni responderme, buscaba algo, un arma, pensé—. Tanta preocupación por lo de puta será porque vos te sentís una puta, te casaste con un viejo por la guita —mamá avanzaba con la percha que había encontrado sobre la cama y yo no podía parar—. No hay mucha diferencia entre vos y una puta, salvo que ella es menos hipócrita.

Y salí corriendo antes de que me alcanzara. Di un portazo y me fui. Después me arrepentí, le pedí perdón, le dije que no creía eso, que sabía que lo quería a Daniel pero que ella me sacó de quicio y entonces le dije cualquier cosa que no pienso, de veras mamá, perdoname. Pero todavía está enojada, por eso salta por cualquier cosa, por eso en la mesa hoy me armó ese escándalo. No tenía ningún sentido. Le pregunté si me podía prestar su auto porque iba a una fiesta en el centro.

—¿Una fiesta dónde? ¿En la casa de quién? —dispuesta ya a dar el salto sobre su presa, yo, a dejar que sus palabras me arañaran.

Pero no me pudo decir nada, porque justo conoce a los padres de Verónica, son amigos de Daniel y de ella, «una familia bien». Entonces saltó por otro lado, que quién sabe si iba a esa casa sólo un rato y después salía a putanear por ahí. Sola en el auto, de noche. Y Daniel, con esa sonrisita que pone cuando mamá me humilla, de placer.

Ahora entra al cuarto y me deja las llaves del auto sobre la mesa de luz.

—Dejá, no voy a ir. No tengo ganas —le digo.

Y se hace la suave, me dice que no sea tonta, que vaya, que seguro que me voy a divertir, y conocer gente mejor que la que veo últimamente.

A mamá le parecen peligrosos mis compañeros de la facultad. Ella hubiera preferido que fuera a la Universidad de Belgrano, y no a la Universidad de Buenos Aires, como yo decidí. Le costó entender que ya no es un foco de comunistas, hasta Daniel se lo dijo: Las cosas cambiaron, Mariana, a quién le importa hoy el comunismo. Pero igual, no le parece algo seguro.

—Luz, tenés que ir a esa fiesta, ver otra gente.

Ya no sé si tengo ganas de ir o no. Ése es el problema, muchas veces me pasa eso, o porque se opone rotundamente a que vaya o porque me lo pide. Y me da bronca conmigo actuar en función de ella: hacerle caso o transgredir, da lo mismo. Que no me diga más nada, no quiero ni ir ni no ir al cumpleaños de Verónica por ella. La idea de ir un rato y salir a putanear por ahí, tal como me dijo, me salta y la echo. ¿Qué será putanear por ahí? No, no le voy a

preguntar nada. Me prometo no engancharme. Lo cierto es que no tengo ganas de nada.

Me llama Gabi y me pide si puedo pasarla a buscar por su casa. Ella también va, y me convence:

—Si nos embolamos, nos vamos por ahí.

Putanear por ahí, pienso, y casi me da placer.

—Bueno —le digo—, paso a las nueve, comemos algo y nos vamos.

Ramiro no tenía ganas de moverse de donde estaban, la charla era buena, para qué interrumpirla para ir a una fiesta donde habría mucha gente que ni conocía, ni ganas tenía de conocer.

—Yo tengo que ir —dijo Rafael—. Verónica se va a poner mal si no voy. Es su cumpleaños. Dale, acompañame. Además, ya le dije que ibas a ir.

No quiso insistir. Pagaron y se fueron. Rafael le pidió en el ascensor que si se levantaba a alguien, no lo dejara solo, que al menos saliera de la casa con él.

—Pero qué soy, tu niñera.

No, se lo pedía porque quería evitar una situación difícil con su ex novia, Verónica, que todavía seguía enamorada de Rafael.

—Tranqui. No me pienso levantar a nadie. Y nos vamos cuando quieras.

Planearon que, si se le ponía difícil a Rafael, Ramiro iría a socorrerlo, a decirle que se tenían que ir a esa otra fiesta. Pero no fue así, porque Ramiro ni vio los gestos desesperados de Rafael. Estaba demasiado concentrado bailando con Luz como para darse cuenta.

—A Ramiro lo conocí bailando —tan distinta la expresión de Luz, tan luminosa—. Nos enamoramos bailando.

Rafael se puso a bailar para acercarse a Ramiro, y Verónica lo siguió.

—Sos boludo, vos. No te ibas a acercar a decirme lo de tu fiesta. ¿Qué esperás? —le dijo al oído.

Pero Ramiro estaba perdido en ese giro de Luz cuando le hablaba Rafael, pendiente de ese momento donde él iba a poner su mano en

el lugar exacto de su cintura, ahora, y Rafa sin respuesta, mientras Luz y Ramiro acoplaban sus movimientos en ese ritmo, como si lo estuvieran creando, inventando. Sus cuerpos conocieron la armonía y el placer de bailar juntos una salsa, y toda la música que sonó después. Porque ellos no pararon de bailar, apenas se habían dicho los nombres. Habían pasado los ritmos tropicales, el rock, el reggae, habían hecho un largo camino. En algún momento, Rafael le había exigido a Ramiro una respuesta: ¿Nos vamos o no nos vamos? Ramiro ni lo miró, no abandonó ni un instante el imán del cuerpo de Luz, no dejó de seguir sus movimientos.

—Andate vos, o quedate, yo no voy a dejar de bailar hasta que ella no abandone.

Y eso pasó mucho tiempo después. Con el tecno habían estado a punto de abandonar. Es como el tono de ocupado del teléfono, le había dicho Ramiro y Luz asintió, pero hasta el tecno le gustaba con Ramiro.

Al fin fue Luz quien primero tiró la toalla.

—Me muero por una coca-cola.

Y él por un gin tonic. Recién entonces Ramiro se acordó de su amigo.

—Ya vengo. Voy a buscar a Rafael.

No lo veía por ninguna parte. Las ganas de que se haya ido y todas esas imágenes que se le cruzaban mientras lo buscaba en el living, en el balcón, en el pasillo: él yéndose de esa fiesta con Luz, conociéndola, besándola. Pero en aquel pasillo Rafael, con el paso de quién sabe cuántas copas ya.

—Lo siento —le dijo.

Y Rafael le puso su mano sobre el hombro y caminó con Ramiro hasta el living. No tenía por qué sentirlo, al contrario, si no hubiera sido por él y por esa minita, qué buena que está, Rafael habría cometido el error de su vida yéndose del cumpleaños de Verónica. La cabeza para el costado y los ojos brillándole: Vero está dándose una ducha para estar más presentable, dice que se le nota mucho... el sexo, gritó Rafa al oído de Ramiro.

—¿Dónde está ella, la bailarina? —le preguntó—, le quiero dar las gracias.

A Luz le dio mucha risa ese beso y esas palabras entusiastas de Rafael.

—Bueno, me alegro de haberte ayudado a que te reencontraras con Verónica, pero dale las gracias a... ay, no me acuerdo cómo te llamás.

—¡Ni el nombre sabés!, y él, mirá cómo está. Creeme, es la primera vez, y hace años que lo conozco, que lo veo tan enamorado.

Se acercó Vero y Rafael la abrazó y siguió su alcoholizado entusiasmo: Miralos Vero, ellos también están muy enamorados. ¡Qué buena energía hay en tu cumpleaños! Vení, vamos a bailar.

—Me llamo Ramiro. Y vos, Luz, yo sí me acuerdo.

—Volviste muy tarde anoche. ¿Te fuiste a otro lugar después?

Ya me estaba buscando otra vez, pero yo estaba de tan buen humor que la dejé pasar.

—No, me quedé en la fiesta de Verónica. Estuvo muy divertida —le contesté.

Y se la veía ya dispuesta a saltar, preparando alguna de sus frasecitas, pero no le di el gusto.

—Gracias por el auto, mamá.

Y me fui sin darle oportunidad a que la siguiera. Hoy a la tarde voy a encontrarme con Ramiro y no quiero engancharme en una pelea con mamá que me saque esta buena onda que tengo. Ayer, por suerte, ya se me había pasado cuando Ramiro se puso a bailar conmigo. La charla con Gabi, lo que nos reímos, y después la música tan buena habían sacado de mí todo el peso de la pelea con mamá. Me había puesto a bailar apenas llegué a la fiesta, no tenía ganas de hablar con nadie. Y él, ni me habló, se puso enfrente de mí y ahí empezó eso tan, tan genial, él me seguía exactamente, como en un espejo, los movimientos, hasta que me agarró la mano y me hizo hacer un giro, después fui yo quien imitaba una y otra vez lo que inventaba Ramiro. Sentía que volaba, que nadaba, que estabamos creando nuevas formas y hasta nuevos cuerpos. Y estoy segura de que para él era lo mismo. Cuando me llevaba en la salsa, sus pies y los míos, su cadera, la mía, como si hiciera años que practicáramos. Fue maravilloso bailar con él. Cuando nos fuimos a tomar algo, me

parecía que nos conocíamos hacía un montón. Tal vez por eso, cuando su amigo, el novio de Vero, qué borracho estaba, dijo que estábamos enamorados, a mí me pareció que era cierto. No sé si él y yo, así en general, eso era ridículo porque ni me acordaba de cómo se llamaba, pero él y yo bailando sí que nos habíamos enamorado.

Después hablamos muy poco, en realidad. Casi nada. Eso fue raro. Pero a mí me gustó que me hablara poco, porque yo en un momento pensé: ay, si baila así y es un tarado, qué lástima. Yo quería que me siguiera gustando, y aunque estábamos quietos cuando nos sentamos a tomar algo, yo podía imaginarlo bailando y no quería salir de esa magia. No me preguntó nada, ni yo tampoco. No sé lo que hace, ni cuántos años tiene, sólo que se mueve de una manera alucinante, y que tiene unas manos muy lindas y unos ojos que hablan mucho más que él.

Fue bueno quedarnos ahí todo el rato, en silencio. Ni siquiera me sentí incómoda porque no se me ocurría nada que decirle, estábamos tan de acuerdo en ese silencio como en los movimientos bailando.

Y al rato se escuchó Caetano y yo me paré y lo miré y él vino a mí, me puso la mano en la cintura y nos enredamos otra vez en algo que ya no paramos hasta tardísimo. Quedaban muy pocos en la fiesta cuando le dije que tenía que irme.

—Te llevo —me dijo lacónico.

—No, gracias, vine en auto.

—Te acompaño entonces.

Le dije que no, porque vivo lejos, en Martínez.

—No importa.

—No vas a tener cómo volverte desde ahí.

—Yo me arreglo.

Me encantó esa manera que tiene de decir apenas lo justo, y yo tenía ganas de que viniera conmigo. Tampoco en el auto me dijo mucho: que manejaba como bailaba.

—¿Cómo?

—Bien, con seguridad, en un ritmo exacto. Y muy linda.

Su mano me acarició la mejilla, y yo sentí cuánto me gustaba.

Cuando doblábamos para el río, le dije que ya llegábamos y me preguntó si nos podíamos ver hoy, y ya estaba anotando mi teléfono.

Yo no quería abrir el portón del garaje porque hace ruido y si acaso mamá lo escuchaba y se le ocurría aparecer en ese momento y armar un escándalo por la hora (ya estaba amaneciendo) lo arruinaría todo. Apagué el motor y dejé avanzar el auto hasta no muy lejos de la puerta de calle.

—¿No lo entrás? —me preguntó Ramiro.

—No, me da fiaca.

Me dio un beso leve, tan leve como sus palabras y no sé bien qué pasó, si yo me quedé mirándolo, o él se arrepintió y entonces fue un beso largo y húmedo que me dio vuelta.

Me bajé del auto y entré rápido, sin mirarlo. Esperé detrás del portón sentada como una tonta, mirando el cielo maravilloso de esa hora, y cuando consideré que Ramiro ya estaría lejos, volví a salir y guardé el auto en el garaje, porque si no hoy mamá me iba a decir de todo.

—Luz, teléfono.

Nos vamos a encontrar en la plaza de San Isidro. A las siete. Me dijo que me pasaba a buscar, pero no quiero. Mamá y Daniel no salen hoy y no quiero líos: que mamá se le ocurra preguntar quién es, y yo que no tengo ni idea del apellido, ni qué hace, ni dónde vive, ni ninguna de esas cosas que a ella le interesan. Y seguro que Ramiro le cae mal, por cualquier cosa.

Luz siguió mintiendo durante los tres primeros meses que salió con Ramiro, aunque ni sabía por qué lo hacía. No tenía ninguna certeza de cómo le podía caer Ramiro a Mariana. Y la sola idea de estar haciendo una lista de las características de Ramiro para ver cuál aprobaría y cuál no la enfermaba. Pero no podía evitarlo. Que viviera en Palermo, a su madre le parecería bien. Luz había conocido su casa, su madre y el marido, y no había encontrado nada que en principio pudiera disgustar a Mariana. Sólo que nunca le diría que había dormido con Ramiro y que su mamá, a la mañana, cuando los encontró en la cocina, la había saludado con toda naturalidad. Que el padre de Ramiro estuviera muerto y su madre casada otra vez, no

estaría mal para Mariana, al fin, igual que ella. Al papá de Ramiro también lo mataron, pero no en un asalto, sino que lo mataron los militares. Él tenía cinco años entonces. Y cómo decirle a Ramiro: Cuando conozcas a mamá, mejor no se lo cuentes, ella es hija de un militar. «Salvado por la obediencia debida», así le había dicho su amiga Natalia.

—Yo ni sabía lo que era. Tenía once años cuando se aprobó la Ley de Obediencia Debida. Y como te imaginarás en casa ni se hablaba de eso. O quizás sí, pero yo no prestaba atención. Pero en la casa de Natalia, una compañera de colegio, seguramente se hablaba mucho, y por eso ella, un día que se peleó conmigo ni me acuerdo por qué, me dijo: Callate vos, que tu abuelo es uno de esos hijos de puta que se salvaron por la obediencia debida. Cuando yo le pregunté a Mariana qué era la obediencia debida, me dijo de dónde sacaba yo eso, y me hizo un interrogatorio en el que yo terminé defendiendo a Natalia, aunque estábamos repeleadas. Los padres de Natalia habían conocido a mamá y también a Alfonso y Amalia en los sports del colegio, ellos solían ir a verme.

—¿Los «sports»? —la interrumpió Carlos—. ¿A qué colegio fuiste?

—Al Saint Catherine.

—¿Y qué te dijo de la obediencia debida? ¿Cuál era la versión?

—Mariana no me explicó nada, me dijo que la gente que hablaba así era una basura, terroristas, y que me prohibía terminantemente que le dirigiera la palabra a Natalia, que era una vergüenza que una chica así fuera al mismo colegio que yo. La que me lo explicó fue la misma Natalia. Estaba arrepentida de haberme dicho eso, me pidió perdón. Me contó que era algo que ella había escuchado en su casa. También a ella su mamá le había dicho que no le gustaba que fuera amiga mía, pero no se lo prohibió, como a mí. Yo le pedí que me explicara porque yo no sabía lo que era. Me dio su versión de trece años educada en una familia que, no sé bien por qué, tenía una conciencia muy diferente de la mía. Yo me quedé con una sensación confusa con ese episodio, no entendí bien lo que me dijo Natalia, pero, a partir de ese momento, cada vez que lo veía a Alfonso me sentía incómoda. Aunque él siempre fue muy cariñoso conmigo. Era imposible preguntarle a Mariana y yo no me animaba a hablar con

Alfonso ni con Amalia. De todos modos, fue algo que vi mucho después, que entendí con Ramiro, y formó parte, como un eslabón más, de esa cadena que yo fui armando y que me llevó a... buscarme... a buscarme a mí misma.

Ramiro le habló de la desaparición de su padre con todo dolor. Sus padres se habían separado dos años antes, pero el papá, «un tipo genial, fantástico», le había dicho Ramiro, lo iba a buscar siempre, y, en dos o tres ocasiones, su mamá lo había llevado a verlo. La última vez habían ido a una casa, en el Tigre, en donde su papá se había escondido.

—Recuerdo que papá y mamá se abrazaron al despedirse. Y recuerdo cuando mamá me lo dijo. No me dijo que estaba muerto, sino que había caído, y que, probablemente, no lo veríamos más. Ellos se habían separado, pero se querían.

Después de la desaparición de su padre, Ramiro y su mamá se exiliaron en México, donde vivieron hasta el año 1984. Allí se casó Marta, la mamá de Ramiro, con su actual marido, Antonio, otro argentino exiliado.

—Las cosas que me contaba Ramiro de su vida me dieron otra dimensión de la historia de mi país. Él, aunque se sorprendió cuando me obsesioné con esa idea —Luz sonrió—, tuvo mucho que ver con esta búsqueda. Pero claro que no fue deliberado, era parte de su vida, lo que él escuchó en su casa desde chico, otra historia, otra manera de hablar, otra visión del mundo. Sobre todo, otro grado de libertad y de información.

Estaban en la casa de Ramiro cuando él le habló de su experiencia a los catorce años, cuando asistió a alguna sesión del juicio a las juntas militares, de cómo leía, se tragaba los diarios del juicio que se publicaron en el 85, mientras estaban juzgándolos, como si así pudiera encontrar o vengar de alguna manera a su papá.

Luz bebía sus palabras, sus gestos, con avidez, se emocionó reviviendo con él aquella tarde en que condenaron a prisión perpetua a los milicos hijos de mil putas, cuando Ramiro había brindado con su mamá y Antonio.

—Claro que después vino el Punto Final, la obediencia debida y el indulto. Los indultaron después de haber sido juzgados y

condenados, ¿te das cuenta? Ah, ese cretino de Menem. Este país es amnésico.

Obediencia debida, su amiga Natalia. Como expulsada por esas dos palabras, Luz saltó de la cama de Ramiro. Se sentó en el suelo, frente a él.

—¿Qué fue la ley de obediencia debida?

—Ay, Luz, ¿en qué mundo vivís?

—Quiero que me lo expliques bien. Yo era muy chica entonces.

—La Ley de Obediencia Debida la aprobaron en 1987, y significó que esos cientos de torturadores, asesinos, están libres, no son responsables, porque recibían órdenes, como si alguien te pudiera obligar a hacer cosas tan aberrantes como las que hicieron.

Lo dijo tan despacio, que Ramiro tuvo que preguntarle qué le estaba diciendo porque no la había escuchado. Seguramente la expresión de Luz lo hizo acercarse a ella, abrazarla.

—¿Qué te pasa, linda, por qué estás así? Luz se dio vuelta, lo dijo mirando para otro lado:

—Mi abuelo, el padre de mamá, es uno de ésos, se salvó por la obediencia debida.

Vergüenza, sí, me dio vergüenza decírselo, pero también un inmenso alivio. No podía estar viviendo todo lo que Ramiro me contaba, sentirme tan cerca de él, tan queriéndolo, y seguir ocultándole que mi abuelo es «un milico hijo de puta», como él dice. Y aunque Ramiro, en un primer momento haya reaccionado así, sacando el brazo de arriba de mi hombro, parándose, dándome la espalda, y después esa mirada larga y seria que yo le sostuve sin decir nada, me alegro de habérselo dicho. Fue arrancarme esa sensación de estafa que yo tenía cuando me contaba esas cosas y yo trataba de disimular, de no decirle nunca lo que yo escuché en mi casa o, mejor dicho, lo que nunca escuché en mi casa. Qué sabía Ramiro de mí, de mi vida, hasta ayer: que me llevo mal con mi mamá, que me hace historias con los chicos que me gustan y por eso prefiero que ni lo conozca a Ramiro, que vivo en Martínez. Fue decir esa frase y sentir que soy yo, diga lo que diga, o sea hija y

nieta de quien sea, yo, de verdad, tan libre como cuando bailo o como cuando hacemos el amor.

Cuando Ramiro me dijo: «La verdad, Luz, es que me da asco que seas la nieta de Dufau. ¿Me podés entender?», yo alcé los hombros, no se me ocurría ninguna respuesta. ¿Qué podía hacer? No sé si lo podía comprender, pero que le diera asco me dolía. Yo no soy mi abuelo, soy yo.

Me quedé ahí, sentada sobre la moqueta, sin decir nada. Y Ramiro golpeaba su escritorio con la mano, como si tuviera mucha bronca.

—Soy un imbécil, no debería decirte esto. Pero no sé, no me pasó nunca, nunca tuve nada que ver con nadie que tuviera algo que ver con lo milicos. Y sabés, Luz, tu abuelo era... ¿Sabés quién era tu abuelo, o no?

Yo negué con la cabeza, me odié por no haber preguntado nunca nada. Desde que Natalia me dijo eso, yo creo que no quise ni enterarme. Ramiro empezó a preguntarme un montón de cosas que yo no sabía. Me puse muy mal, entonces me abrazó y yo sentí que me quería pero que lo nuestro no podía ser y se lo dije.

Mientras le hablaba le daba besitos y él también, hasta que Ramiro se apartó. Me dijo que no se sentía bien, que necesitaba pensar, estar solo, que mejor me acompañaba a casa.

—No, para qué, me voy sola.

Agarré mi bolso con los libros y me fui. En el ascensor escuché que me llamaba pero salí del edificio. Me alcanzó en la esquina y me dijo que no me fuera así, que no quería que me enojara, que había sido una sorpresa muy grande para él y por eso reaccionó mal. Nos fuimos a tomar algo y entonces no sé cómo, yo le empecé a contar muchas cosas de mi vida, de mamá, de Daniel. Cosas que antes me habrían dado vergüenza pero que me salían así, como si estuviera cargada hace siglos y sólo hablando con Ramiro pudiera aliviarme. Yo quería que él supiera todo de mí, así soy. Ramiro, quereme o no me quieras.

Y me quiere sí, me quiere. Nos quedamos juntos hasta las cuatro de la mañana. Hicimos el amor. Y fue fantástico, sensacional, impresionante, mejor, mucho mejor que nunca, y estoy segura de que es por eso, porque me saqué esa máscara, porque soy yo, de

verdad, ahora que pude decirle todo eso que tenía atragantado y ni me daba cuenta. Y sentí cosas nuevas, que nunca había sentido, muy fuertes. Tal vez por todo lo que había pasado antes entre nosotros, como si estuviéramos más desnudos, más desesperados.

Cuando me acompañó hasta casa, me dijo que hoy va a venir a buscarme y que lo haga pasar. Que le parece absolutamente estúpido que yo siga mintiendo, y tiene razón, si lo que tenemos es bueno por qué tengo que esconderlo. Anoche me pareció todo muy bien, pero ahora estoy muerta de miedo.

Mamá me había preguntado por él, alguna vez que lo atendió por teléfono, y yo le dije que era un amigo de Vero, como si no tuviera nada que ver conmigo. Le mentí sistemáticamente. Cada vez que estoy con él digo cosas distintas.

Contra todo lo que se habían imaginado Luz y Ramiro, Mariana reaccionó bien cuando lo conoció. Al día siguiente hizo las preguntas habituales, y Luz contestó lo justo para no alterarla. A pesar de que le había prometido a Ramiro no mentirle, Luz tomó un atajo, omitió todo lo que podía hacerla reaccionar mal e insistió en aquello que sabía que podía tranquilizarla: que es amigo de Verónica, la hija de sus amiguitos, que es creativo de una agencia de publicidad y que le va rebién.

Por suerte para Luz, en esos días Mariana estaba demasiado ocupada preparando un largo viaje al Caribe y la dejaba bastante en paz. Luz estuvo especialmente amable con ella, hasta sonreía con frecuencia.

—Se te ve contenta, Luz, qué te pasa, ¿estás enferma? —intentó burlarse Daniel mientras comía.

Mariana entonces pareció registrarla, buscando algo en su cara, que seguramente no iba a gustarle, por eso Luz consiguió esconder ese gesto que seguramente ya debería tener.

—¿Qué? ¿Te pasa algo?

El teléfono sonó impidiendo eso que estaba flotando y que Luz temía que pudiera desembocar en que Mariana la mandara a vivir en su ausencia a lo de Alfonso y Amalia, o a alguna de las casas de sus

hermanas mellizas. No, eso sí que no lo permitiría. No podría ver a Ramiro. Pero Mariana volvió exultante de atender el teléfono.

—Se le había resuelto algo, no sé si poder alquilar el mejor barco para navegar por el Caribe, o la reserva de un hotel muy especial, muy exclusivo, no sé dónde, esas boludeces que la hacen feliz. Por suerte, lo que fuera era lo suficientemente importante para ella como para olvidarse de mí. Y zafé. Si no te digo que hoy estoy en la casa de mis abuelos.

—Ahí sí que no entro —le dijo Ramiro.

Capítulo catorce

Mamá me llamó hoy por teléfono para decirme que atrasan dos semanas su vuelta, qué alegría, ojalá la atrasaran dos años. Jamás habría podido estar tanto con Ramiro si ellos estuvieran aquí. Estudio, como, bailo, charlo, amo, duermo, todo lo hago en la casa de Ramiro. No sé qué voy a hacer cuando vuelvan, va a ser durísimo.

Ramiro había dejado la casa de sus padres y se había instalado en un departamento en Belgrano. Luz lo ayudó a mudarse. Se pasaban horas juntos, muchas veces hasta la mañana, cuando Luz salía corriendo para su casa porque, según ella, tenía que llegar antes de que se despertaran las chicas que trabajaban en su casa. Era totalmente absurdo, pensaba Ramiro, esa actitud de vivir en la mentira. Era malo.

—Basta, Luz, de esas boludeces, crecé, y si no podés ahí adentro, andate. En realidad es lo mejor que podés hacer: irte de tu casa.

—Y cómo querés que me vaya, con qué guita, te creés que me van a dar.

—Te venís a vivir conmigo.

—No, no voy a vivir con vos para escaparme de casa.

—¿Por qué? ¿No te gustaría? ¿No te gustaría despertarte conmigo, dormirte conmigo, compartirlo todo?

La sonrisa que iluminó el rostro de Luz se apagó rápidamente.

—No, me lo decís porque querés salvarme de mi familia.

—También, pero no sólo por eso. No importa si es una locura, yo lo siento así, yo lo quiero así.

Luz le dijo que ella también pero que sería imposible, que Mariana era capaz de llegar muy lejos, de ir hasta un juez.

Ramiro no lo creía: Serán palabras que te dice para atemorizarte. Sólo palabras.

Luz sabía bien que no eran sólo palabras, pero igual, valía la pena correr el riesgo. Le preguntó a Ramiro si él soportaría los escándalos que podría hacer Mariana. Que no le parecería extraño que apareciera ahí, o en la casa de los padres de Ramiro, y armara un quilombo infernal. Luz no quería que ese tiempo de estar juntos que ella se imaginaba la fiesta permanente fuera enturbiado por esa sucia y eléctrica atmósfera que pone su mamá.

—¿Te estás escuchando, Luz?, si vos misma lo decís: «esa sucia y eléctrica atmósfera», ¿cómo vas a vivir en ella?

Y además, ella exageraba, creía Ramiro, era su madre, al fin, no la iba a tratar como a una delincuente, no iba a ir a un juez.

Cuando Ramiro le contó la decisión que habían tomado a su mamá, Marta se puso muy seria.

—Cuidate, Ramiro, la madre de Luz es hija de Dufau. Vos, por suerte, no conocés a esa gente.

Claro que Marta estaba de acuerdo: me parece maravilloso que estén enamorados, y qué importa si no hace tanto que salen, si se quieren y quieren estar juntos, ¿por qué no? Es lo otro, esa mierda de donde viene Luz lo que me asusta. Te puede salpicar.

Luz no estaba tan segura, pero poco a poco Ramiro la iba convenciendo: no sería tan dramático como ella lo imaginaba, y además estarían tan felices juntos que qué importaba aguantar un poco de líos al principio. Harían una fiesta con todos sus amigos para festejar el cumpleaños de Luz, bailarían hasta la madrugada. La vida entera sería una fiesta juntos.

Luz llevó su bolso a lo de Ramiro el día anterior a la llegada de Mariana. No había querido irse antes de que llegaran. Había decidido decir la verdad, comunicarle su decisión, darle la oportunidad a

Mariana de que mostrara un mínimo sentimiento hacia ella, una mínima empatía. Lo había planeado, lo primero de lo que le hablaría sería del amor, le diría que estaba feliz porque había descubierto el amor. Su mamá debía haber estado enamorada alguna vez, de su papá. ¿Se habrían querido Mariana y Eduardo? Nunca se lo había dicho. Y por el amor, la verdad, por eso no le quería mentir: Ramiro y ella habían decidido vivir juntos, ahora mismo.

Con la reacción que tuvo mamá a mis primeras frases, me olvidé de la posibilidad de llegar a una intimidad, a un tono que me permitiera preguntarle si alguna vez estuvo enamorada de papá.

—Sí, Eduardo se casó con Mariana, pero bueno, qué tiene, no quiere decir que fuera como ellos. Estaría muy enamorado.

—Yo jamás me podía haber enamorado de la hija de un milico, de un sádico.

—Ramiro se enamoró de la nieta de Dufau, y sabía quién era Dufau.

—Es que es otra generación, o vos quizás mostrabas otra cosa, pero Eduardo se casó con Mariana.

Luz miró para otro lado, impaciente. Carlos hizo un esfuerzo para salir de esa molestia, ese rencor, esos celos, sí, aunque era difícil quizás para él admitir esa palabra, Carlos tenía celos de Eduardo, le molestaba la manera de quererlo de Luz, de defenderlo.

—Pero ese hombre, el que se casó con Mariana, arriesgó su vida por conocer mi origen, y vos, que nunca te hubieras casado con la hija de un milico, pero que sos mi sangre, ¿qué hiciste por mí?

Carlos acusó el golpe. No intentó una frase, sólo apoyó su mano, tímidamente, sobre la de Luz. Ya tendría tiempo de evanescer ese sentimiento de Luz, de cambiarlo por otros, se prometió, y, en ese instante, Carlos se sintió su padre.

No, es imposible preguntarle algo a esa mujer a quien acabo de decirle que estoy muy enamorada, que conocí el amor, y ella, en respuesta, observa que se ha manchado el tapizado del sofá y llama con voz alterada a la mucama para pedirle explicaciones. Hace quince minutos que escucho esta discusión sobre la mancha, el

quitamanchas, la imprudencia que significa que a la mucama se le haya caído la bandeja sobre el sofá. Mi mensaje debe abreviarse.

—¿Qué decías, Luz? Ah, sí. ¿Y de quién te enamoraste?

—De Ramiro —le contesto mientras ella trata de sacar la mancha del tapizado—. ¿Te acordás de Ramiro? El chico ese que te presenté antes de que te fueras.

—Sí —ni una mirada—. ¿Te das cuenta? No sale. Y es imposible volver a conseguir esta tela. Son inglesas y ya no las importan más.

¿Para qué esperar?

—Mamá. Me voy a vivir con Ramiro, hoy.

Al fin he logrado llamar su atención. Mamá salta, se pone frente a mí, los ojos incendiados:

—Estás loca, Luz. ¿Qué estás diciendo?

—Lo que escuchaste. Me voy a vivir con Ramiro. No me fui antes porque esperaba decírtelo. Quería irme, no escaparme —le digo ya desde la puerta.

Pero no logro irme, ella me toma del brazo, siento el borde de sus uñas en mi piel, me empuja hacia adentro de la sala. Y ya no sé lo que dice, reproches, amenazas, es sólo un sonido alterado que no soy capaz de modificar, ni tolerar un instante más. Corro y bajo la escalera mientras escucho sus gritos llamándome y antes de cerrar la puerta: No vas a volver a pisar esta casa.

Mejor, si no la vuelvo a pisar, me dije, pero ya anoche no pude dormir bien, lloraba. Ramiro me dijo que no importaba, que era lógico, que ya sabíamos que no iba a ser fácil. Y que no quería que lo engañara, que no tenía por qué fingir una alegría que no tenía. Yo no podía dejar de pensar en la venganza de mamá. ¿Qué haría? Ni siquiera tenía la dirección, ni el teléfono de Ramiro. Yo hubiera preferido no irme así. Pero qué otra posibilidad me dejó. Me puso furiosa que le importara más la mancha del tapizado que lo que yo le estaba diciendo. Y después, todo ese griterío, esas insensateces.

El primer signo llegó al día siguiente cuando llamó la madre de Verónica, la amiga de Mariana. Le había pedido el teléfono a Rafael.

Le dijo a Ramiro que por qué se comportaban así, que entendiera a la madre de Luz, que ni lo conocía, ni siquiera sabía dónde vivía, ni nada. Y además Luz tiene dieciocho años.

—¿Acaso Verónica no puede ir a pasar el fin de semana con Rafael? —argumentó Ramiro—. Luz no puede nada, todo está prohibido, no tuvo más remedio que hacerlo así.

Le comunicó que iba a hablar con su mamá, si él no tenía inconveniente. Ninguno.

Ramiro podía estar muy seguro de que su madre la iba a sacar cagando a esa boluda, como le contó furioso a Luz.

Pero no fue la madre de Verónica sino la misma Mariana la que llamó por teléfono a Marta.

—Discúlpeme, señora... desconozco su apellido. Una prueba más del disparate que significa esto. Soy la madre de Luz. ¿Sabe usted que Luz está en la casa de su hijo?

—Sí, lo sabía.

Las dos trataron de controlarse. Para Mariana era imprescindible la colaboración de esa mujer, una persona bien, como le había dicho su amiga, la madre de Verónica, seguro que reaccionaría normal, que la ayudaría. Para Marta el control respondía a esas enormes ganas de putearla como si putear a la hija de Dufau equivaliera a putear a todos ellos, bendita vida que se lo permitiría hacer alguna vez. Pero no iba a dejarse ir a ese deseo, por Ramiro, le quería evitar problemas a su hijo.

Mariana le planteó que fuera a verla a su casa, antes de que ella llamara al juez, prefería arreglarlo de una forma más discreta, entre ellas.

—¿Al juez? ¿Y por qué?

—Luz es menor de edad. Su hijo, me imagino que no, debe tener unos veintitantos años.

—Veinticuatro. ¿Por qué?

A Mariana le molestó esta pregunta, estuvo a punto de insultarla, pero entonces pensó que, por cierto, aunque a esa mujer le pareciera también una barbaridad, era distinto, porque ella era la

madre del hombre, la que estaba quedando como una cualquiera era su hija.

—Pero yo no la eduqué así, créame —le explicó a una Marta cada vez más indignada, a punto de explotar.

—No es mi problema, sino el suyo. No pienso verla, ni en su casa, ni en la mía —la hija de Dufau no pisaría su casa—. Creo que es problema de los chicos, es su decisión.

Debatiéndose entre sus ganas de hacer sufrir a Mariana y su deseo de ayudar, en lo posible, a su hijo, Marta mezclaba los tonos, se ablandaba.

—Mirá, ¿cómo te llamás?

—Mariana.

—Mariana, tranquilizate un poco. No es para tomárselo tan a la tremenda. Se les ocurrió esta idea, ya cambiarán si se equivocaron. Son jóvenes. Lo peor es oponerte.

—¿Te parece bien? ¿Te parece que tengo que aceptar? Mirá, yo no sé cómo educaste a tu hijo, pero Luz no es una de esas chicas con las que habrá salido tu hijo.

—Bueno, hacé lo que quieras —se le iba la paciencia, una frase más y la iba a insultar—. Yo no me pienso meter. Adiós.

No bien cortar, Marta llamó a Ramiro a la agencia de publicidad donde trabajaba y se lo contó todo.

—Cuidate, querido. A Luz le puede costar muy caro todo esto. ¿Por qué no esperan un poco? Es muy chica Luz.

Ramiro estaba furioso, no lo podía creer. ¿Qué podía haberle dicho esa hija de puta a su madre para que creyera que era mejor que Luz volviera a la casa, con todo lo que él mismo le había contado de su familia?

—No me decís que es de terror esa mina. ¿Qué querés? ¿Que no la ayude a Luz?

—Tenés razón Ramiro, pero cuidate. A mí me dio miedo.

Toda esa tarde estuvo Marta con el corazón en la boca. Lo llamó a Ramiro otra vez y le preguntó si podía ir a visitarlos. Les propuso entonces que se escondieran unos días en su casa, hasta que se calmaran las cosas. A Luz le pareció una buena idea: con la

mentalidad de su mamá, no iba a imaginarse nunca que pudieran estar en la casa de la mamá de Ramiro.

—No, ni pienso moverme de casa. ¿Por qué tenemos que escondernos? —se indignó Ramiro—. ¿Están locas las dos? Mamá, ¿en qué época vivimos? ¿Qué te pasa?

—No sé, es como una bocanada de pasado, el terror de esos tiempos salvajes. Tu mamá me hizo sentir mucho miedo... como entonces.

Fue horrible para mí darme cuenta de que a Marta la conversación con mamá le evocaba esos tiempos salvajes, como ella dijo. Yo no lo entendía, no lo viví, ella trató de explicarme, pero lo que sí viví es el miedo a mamá, el que vivo. Y ahora se me ocurrió una cosa que me pone peor. ¿Qué hace mamá cuando tiene problemas?: llama a sus padres. ¿Y si se le ocurre intervenir a Alfonso? ¿Y si mi abuelo va a ver a la mamá de Ramiro?

—Rami, mejor me vuelvo a casa. Yo quería estar con vos, pero tampoco puedo cargar a tanta gente. Mirá cómo está tu mamá. Yo quería la fiesta, como nos dijimos, no esto. Mejor me voy.

No iba a permitirlo, me dijo, de ninguna manera. Ahora estaba enojado con su mamá porque me había metido más miedo. Pobre, no lo había hecho a propósito, él sabía que quería ayudarlos. Pero, francamente, la actitud que tomó me parece ridícula. Estamos en 1995 y no en 1976. Y su visita te angustió todavía más.

—Vos no te vas de aquí. No tengas miedo, dulce, no va a pasar nada. Yo te voy a proteger.

Pero me voy lo mismo. No soporto otra noche más así. Ni siquiera me atrevo a decirle a Ramiro lo que se me ocurrió de Alfonso. Ahora le escribo una carta, y me voy.

Mariana le había contado a Amalia paso a paso la conversación con Marta. Era hora de actuar. Prefería evitar el escándalo de tener que recurrir al juez. Amalia le dijo que la llamaría en un rato, que no se precipitara.

Alfonso estaba de acuerdo en tratar este tema él mismo. Era lo mejor. Tampoco podían cargar a Daniel con un asunto tan

desagradable, a fin de cuentas no era su hija. Qué vergüenza.

Él mismo iría a hablar con la madre del chico y le iba a hacer saber en qué líos se podía meter su hijo si continuaba con Luz. Le parecía más efectivo tratar directamente con la madre. Él sabía qué decirle exactamente para que ella convenciera a su hijo de que abandonara a Luz, que la echara de su casa.

Sería una buena lección para esa chica rebelde, dijo Amalia, para que sepa qué hacen los hombres cuando se les da todo a cambio de nada. Pobre Marianita, qué problemas le trae esa chica. Pero ya la iban a poner en vereda. ¿Vos no crees que puede ser... genético? Porque una chica criada como Luz que haga una cosa así, no le encuentro otra explicación. Mariana me contó que ya a los dieciséis años tuvo relaciones sexuales con un chico. Tiene un demonio adentro Luz.

Marta estaba temblando cuando llegó al consultorio de Antonio, su marido.

—Pero cómo es posible que hayas aceptado una cita con Dufau. ¿Estás loca, Marta?

La había aceptado para impedir que Dufau fuera a ver a Ramiro, ella no había querido darle el teléfono ni la dirección. Tenía mucho miedo y pensó que era mejor encararlo, este asesino quién sabe hasta dónde puede llegar. Pero ahora, la sola idea de encontrarse con Dufau le daba escalofríos. Antonio, ¿me podés acompañar? Es mañana, a las once.

Antonio le pidió que ante todo se calmara, le parecía que Marta estaba mezclando las cosas, entendía que ese nombre le evocara el infierno, pero tampoco había que confundirse.

—Es otra época, otras circunstancias históricas, Marta. Y Ramiro no es un nene. Si alguien tiene que hablar con Dufau es Ramiro.

El pánico en la mirada de Marta. No, prefería hacerlo ella, le iba a parar el carro, si Antonio la ayudaba. Él la iba a ayudar, pero sobre todo a pensar.

—¿Por qué no se lo dijiste a Ramiro?

—Dufau me pidió que no lo hiciera.

Eso no podía ser, no se podía dejar ganar por el terror. Iban a serenar un poco las cosas, hablarían con Ramiro y con Luz esa noche, irían a su casa y encontrarían la mejor solución. Antonio no quería que Marta pasara por la violencia de sentarse a la mesa de un café con ese asesino, no había por qué. Claro que la ayudaría, pero no de esa forma, no le parecía bien.

Lo único que podía hacer, lo mejor, era abrazarla, calmarla: Todo se va a arreglar, mi amor, no tengas miedo.

Cuando Marta lo llamó a Ramiro para anunciarle su visita, él ya había leído la carta que Luz le había dejado.

—No estoy bien, mamá, perdoname, nos vemos otro día.

Antonio le sacó el auricular: Lo siento, pero tenemos que vernos hoy mismo, Dufau le ha exigido a Marta un encuentro, esto está pasando de castaño oscuro, Ramiro, va a ser mejor que lo hablemos. Tampoco es justo que tu mamá...

—No te preocupes, Luz ya está en su casa. Me abandonó.

Le dije que no quería que habláramos, que había vuelto a casa, que me iba a quedar, pero que, por favor, no me dijera una sola palabra, porque en ese momento no podía aguantarlo.

—Esto no va a quedar así, como si no hubiera pasado nada —me gritó.

—Por favor, mamá, te pido que no hablemos hoy, nada más. Por supuesto que vamos a hablar. No me obligues a irme otra vez. Estoy demasiado triste para hablar. ¿Lo entendés?

Y lo logré, se calló. Sabe que no juego. Se encerró en su cuarto y pude escuchar que hablaba con Amalia. Le debe estar dando la noticia de mi regreso.

Si Luz lo había dejado a Ramiro, Marta no tendría por qué ir a esa cita. El alivio y el pesar de ver a su hijo tan triste.

—Luz es muy chica, si lo de ustedes es realmente como lo sentís, no te preocupes, seguro que vuelven a estar juntos. Necesitará madurar. Y a veces, Ramiro, no se pueden forzar los tiempos.

Con Ramiro habíamos pensado hacer una fiesta para mis diecinueve años. A mí me encantaba la idea. Todos nuestros amigos. Bailar. Y qué cumpleaños tendré: ir a cenar con mamá y Daniel. No pude negarme. Ella hace enormes esfuerzos por no decirme nada. Cuando le pedí que por favor no invitara a Amalia y Alfonso, se crispó: Pero ¿por qué? son tus abuelos. Porque lo prefiero así, mamá. Y no me dijo más nada, se fue con ese gesto de limpiarse las lágrimas, esa intención de cargarme de culpa. Pero para algo sirvió que me fuera, ahora ya no se permite esos arranques de cólera. Lo intenta pero yo la miro y se calla. Debe temer que me vaya otra vez. Ah, la vergüenza que ella pasó, me lo dijo tantas veces.

Ramiro está muy mal conmigo, el otro día me fue a buscar a la facultad. Me dijo que yo era una cobarde, que cómo me iba a separar de él con una carta. Yo le comunicaba esto, lo otro y me iba, y lo que él pensaba, lo que él sentía, ¿qué? Tiene razón. Lo escuché. Pero yo no puedo. Le dije que nuestra relación era imposible, que no quiero complicarle la vida a todo el mundo. Pero Ramiro estaba demasiado enojado conmigo como para comprenderme. Le pedí que no me fuera a buscar, que no me llamara. Y se fue creyéndose algo que no es, porque yo lo quiero a Ramiro, pero no puedo estar con él. No ahora.

Necesito saber tantas cosas que ignoro. Me había propuesto averiguar sobre Alfonso, pero es imposible hacerlo a través de mamá. Le pregunté qué participación había tenido Alfonso en la represión, de qué se ocupaba. Y ella: que a qué venía esa pregunta capciosa. Le dije que simplemente quería saberlo, que escuchaba hablar de esos años y sabía que él, siendo militar... Entonces empezó otra vez con el rollo ese de la facultad, que ella quería que fuera a la de Belgrano, porque la del Estado era un foco de comunistas, y que por eso yo ahora tengo algo contra los militares.

—La campaña de desprestigio contra los militares la empezó el inútil ese de Alfonsín, y mirá en qué estado dejó el país, en la hiperinflación.

Ya había escuchado muchas veces hablar del desastroso gobierno de Alfonsín a ella y a Daniel, lo que quería era que me contestara lo que yo le preguntaba.

—Hubo una época que el país estaba asolado por el terrorismo, y los militares lo salvaron, fue una guerra. Una guerra terrible. Papá combatió en esa guerra y yo estoy muy orgullosa de él. Vos deberías estarlo también, Luz, es tu abuelo.

Y después se fue por las ramas otra vez hablando de esa gente desagradecida que no tiene memoria y que desprestigia a los militares.

De dónde salía mi repentina curiosidad, quiso saber, sin duda estaba viéndome con gente inconveniente. Y ya cuando se pone así, lo mejor es dejar esa conversación que nos va a llevar a cualquier cosa menos a respuestas concretas a mis preguntas. Y yo no quiero llegar a esas discusiones atroces con mamá, no quiero provocar su ira. Ni la mía, porque sé que la culpa de que yo haya dejado a Ramiro la tiene ella, pero no quiero decírselo.

De todos modos yo no estoy preparada para vivir con Ramiro en estas condiciones. De hecho, no pude sostener mi decisión. Tengo muchas ganas de llamarlo por teléfono, decirle que lo extraño, pero para qué, si no puedo estar con él. Ahora me voy a poner a estudiar, quiero dar bien los exámenes. Estudiar, estudiar, y no pensar en nada más, que no me duela así, que se me pase este vacío, estas ganas de Ramiro que no puedo vivir.

Luz se propuso olvidar a Ramiro, pero ni el estudio, ni la playa, ni las salidas con sus amigos, nada le impedía que su recuerdo se le colara en todo lo que hacía.

Por un tiempo, Mariana y Luz habían conseguido evitar esas discusiones de antes. El temor de que Luz se fuera de su casa otra vez hizo que Mariana moderara su actitud con ella. Pero en el mes de enero, cuando estaban en Punta del Este, tuvieron un fuerte enfrentamiento en el que Mariana perdió totalmente el control y le dijo todo lo que había estado guardando esos meses.

Luz quería volverse a Buenos Aires pero sabía que Mariana se lo iba a impedir. Se le ocurrió entonces aceptar la invitación que Laura y Javier le habían hecho, cuando la llamaron para saludarla para las fiestas.

En esos años se habían visto poco con los Iturbe, apenas una o dos veces por año. La relación la sostenía Laura, que nunca había perdido el contacto con Luz. En una sola oportunidad, cuando Luz tenía trece años, Mariana había permitido que fuera a visitarlos. Coincidió con un viaje a Europa que hicieron Daniel y Mariana, y por alguna razón los Dufau tampoco estaban en Buenos Aires. Luz había pasado dos semanas en el campo y tenía un buen recuerdo de aquellos días.

Cuando le comunicó su decisión a Mariana, evitó relacionarlo con la pelea. Le dijo simplemente que ella tenía que preparar sus exámenes de marzo y que le parecía una buena idea ir a pasar unos días al campo con sus tíos, ya que en Punta del Este era difícil concentrarse. La desconfianza de Mariana era evidente.

—¿A Entre Ríos? Qué idea más ridícula. Te vas a morir de calor, te vas a aburrir. Si me estás inventando una mentira, ahorrátela, Luz, yo puedo llamar a Laura y Javier y comprobarlo.

—Llamalos, si querés. Yo ya le avisé a Laura que llegaría el lunes o martes.

Cuando volví de andar a caballo, Laura estaba sola en la casa. Una antigua molestia se le filtró en su mirada cuando me dijo que la había llamado mamá, que había estado hablando con ella.

Que ninguna de las dos se traga me parece evidente, aunque nunca habían dicho nada hasta ahora. Alguna vez le escuché a mamá un comentario, de esos estúpidos, como que Laura es una pueblerina, una mujer muy limitada, y que la pone nerviosa. Por eso cuando Laura me iba a visitar en sus viajes a Buenos Aires, mamá inventaba siempre una excusa para no estar allí o quedarse apenas unos minutos.

—¿Y qué dijo?, ¿que la llame?

Laura me miró y se tomó un tiempo antes de responderme.

—Me pidió que te controlara porque estás en una etapa difícil. ¿Qué pasó, Luz? ¿Querés contármelo?

Estaba casi segura de que mamá no le había contado a Laura que me fui a vivir con Ramiro, para ella sería un papelón, como dice.

Debía tener realmente miedo de lo que yo pudiera hacer para confiarle algo a Laura.

La relación que tienen Claudia y José, mis primos, con sus padres me parece envidiable. Tal vez por eso, para vivirlo por un rato, aunque sea, me puse a hablar de Ramiro, del amor. Esa conversación que planeé con mamá y nunca pudo ser la tuve con Laura. Tal como pensé, mamá no se lo había dicho. Laura se sorprendió cuando se lo conté.

—¿Y te fuiste a vivir con él? Mariana se debe haber puesto furiosa.

Laura sonreía, como si disfrutara de imaginar la reacción de mamá.

—Sí, y no le di ni la dirección, ni el teléfono, nada.

—¿Y qué pasó? ¿Cómo terminó esa historia? Porque volviste a tu casa.

Entonces le conté todo. Ella me animaba a seguir. Pero lo que más me impresionó fue su reacción cuando le conté lo de la madre de Ramiro, el terror que le había producido hablar con mamá.

—Lógico —me dijo.

—¿Lógico?

Laura pareció perturbarse, como si quisiera decirme algo y al mismo tiempo supiera que no era posible. Dio algunas vueltas, pero cuando empezó a hablar de esos tiempos, yo entendí su «lógico» También hubo algo que me dejó pensando, relacionado con la muerte de papá.

—Antes, bastante antes de esta sospecha, tuve una señal. Fue Laura quien me la dio. Hablábamos de otra cosa, de un problema que yo tenía en ese momento, y salió el tema de Alfonso y ella me dijo que papá había tardado en darse cuenta, pero que, cuando lo hizo, tomó una actitud muy frontal y que... no me dijo por eso lo mataron o algo así, pero en su balbuceo yo presentí que me estaba ocultando algo con relación a la muerte de Eduardo. Se lo pregunté pero ella no fue clara hasta mucho más adelante, cuando yo ya había avanzado mucho en mi búsqueda.

Me contó muchas cosas del período de la dictadura, y me dijo que ella en esos años no sabía exactamente lo que hacía Alfonso. Y cuando leyó lo del juicio a las juntas militares, y se enteró qué lugar

ocupaba, ahí supo con certeza que mi abuelo era un total hijo de puta, un asesino, perdonáme, Luz.

—¿Por qué?

Me contó lo de los campos de detención clandestinos y algunos hechos repugnantes de esa época. Y me dio esos diarios del juicio de los que me había hablado Ramiro y el libro *Nunca más.*

Javier no podía creer que Laura le hubiera dado a Luz los diarios del juicio, que ella conservaba desde que salieron. Pero por qué lo hiciste. Más allá de que la detestes a Mariana, no podés olvidarte que Luz es hija de ella, ahí aparecerá...

—¿Hija de ella? —lo interrumpió Laura—. ¿Qué pasa? ¿Te olvidaste ya de que no es hija de Eduardo y Mariana? Aunque más no sea que por Eduardo no deberías olvidarlo nunca.

A Laura nadie le sacaba de la cabeza que a Eduardo lo habían asesinado porque se puso a husmear en algo que podía perjudicar a su suegro, lo del asalto no se lo había tragado nunca.

Javier tampoco, pero nunca tuvo la certeza de que no hubiera sido tal como lo contaron. Las averiguaciones que había hecho entonces fueron infructuosas. Javier le había propuesto a Mariana realizar juntos algunas gestiones, y le dolió mucho la actitud de su cuñada. Ella confiaba en que la Policía iba a hacer bien su trabajo, fue toda su respuesta, y unos meses después se instaló en Buenos Aires. Lo cierto es que nunca se encontró a los asesinos de Eduardo y que Mariana nunca movió un dedo para que continuaran las investigaciones. Pero hasta ahí, hasta el dolor por el desinterés de Mariana había llegado Javier. Él no estaba de acuerdo con Laura, no creía que Alfonso lo hubiera hecho matar, ni mucho menos Mariana.

Unos días después del entierro, delante de Javier, Laura y unos amigos, Mariana había hablado de lo bien que se llevaban ella y Eduardo, de cuánto se querían, de que Eduardo, unos días antes de su muerte, le había dicho lo feliz que había sido en encontrar una mujer tan para él, y no sé cuántas cosas más en las que Mariana aparecía como la mujer ideal para Eduardo.

Javier trató de tomarse esta mentira de Mariana como una manera, como cualquier otra, de mitigar el dolor. Laura, en cambio, se había

indignado tanto que se había tenido que ir para no contestarle una animalada, como tenía ganas.

—Es una mentirosa, jodida, si Eduardo se quería separar, mirá si le iba a decir eso. No la soporto, la detesto, lo único que le importa es quedar bien.

—Cada uno elabora el dolor como puede, no tenés derecho a juzgarla así —le había contestado Javier—. Ellos estaban mal, pero también es cierto que se quisieron mucho, por eso Mariana necesitaba decirlo.

Y ahora Laura se lo recordaba: Te parece que lo quería, ¿y por qué no hizo nada entonces para averiguar sobre su asesinato? Porque ella, si no lo sabía, al menos podía sospechar que la muerte de Eduardo tenía que ver con su padre.

Hacía años que no hablaban de eso. En algún momento Laura se dio cuenta de que era demasiado doloroso para Javier y evitó todo tipo de comentarios. Por qué estaban discutiendo otra vez sobre ese tema, quiso saber Javier. Por Luz. Porque Luz le había contado algunas cosas de su vida que habían reavivado en ella esa sospecha. ¿Podés entenderlo, Javier?

—No te das cuenta el mal que podés hacerle a Luz si le decís tu sospecha. Es su abuelo, a fin de cuentas.

—Es un hijo de puta, y tampoco es su abuelo.

Y qué pretendés: decirle a Luz que no es hija de sus padres. Menudo favor le vas a hacer. Su verdadera madre no apareció nunca más.

—Quizás la mataron, como a Eduardo.

—¿Y por qué no te buscó nunca más Miriam?

—¿Miriam? —Luz no podía evitarlo—. ¿Y vos? ¿Por qué aceptaste tan fácilmente que había nacido un chico muerto? Mirá como te equivocaste: aquí estoy. Vivo —subrayó.

Carlos no le contestó, la miró a los ojos pidiendo un poco de clemencia.

—Perdoname, no debería ponerme así, pero es que me sale una bronca que no la puedo evitar.

—No te preocupes, ya vamos a hablar de esa bronca. Ahora estoy demasiado confundido. ¿Te podés poner en mi lugar? Enterarte a los

cuarenta y nueve años de que tenés una hija que ya es una mujer, con un hijo, enterarte de que sos abuelo —Carlos se rió nervioso—. Qué increíble, me dijiste que tenés un hijo pero no había pensado: soy abuelo. Normalmente esas cosas se van aprendiendo con los años, yo lo estoy aprendiendo en apenas unas horas. Y lo de Liliana, lo de Liliana... Luz, claro que entiendo tu bronca pero no sé qué hacer con ella ni con todo lo que siento en este momento, el horror de lo que le hicieron a Liliana. Otra vez ese dolor que creí anestesiado y que tu presencia, tu relato lo ponen en carne viva, como si a Liliana la hubieran matado recién hace unas horas, cuando me lo dijiste, su cuerpo acribillado...

La voz se le ahogó y no pudo seguir. Luz buscó la mano de Carlos y pudo vivir ese dolor de la muerte de Liliana de una manera distinta. Difícil sentir la muerte de una madre que nunca conoció, duele, sí, pero no era ese dolor crudo, punzante, que estaba sintiendo a través de Carlos. Y no fue una pregunta, fue una afirmación:

—La querías mucho.

—No sabes cuánto. Nos queríamos mucho. Por eso... no pude explicártelo cuando me lo preguntaste, pero ésa es la única razón, no importa si válida, la única razón para desear que nacieras. Todo lo demás que me reprochás: que fuimos irresponsables, que te expusimos a desaparecer, que... lo que quieras, no sé, tengo que volver a pensar todo eso... lo único que te puedo decir es que queríamos que nacieras porque nos amábamos.

—Me gusta, me gusta saber que me querían tener, que me desearon. Me pasé toda mi vida sintiendo que no era mi caso. Suponía que papá sí, pero mamá... era difícil sentir que me quería, aunque a su modo... tal vez. Lo que nunca supe es si ellos se habían querido, por eso me hace bien saber que ustedes sí se querían mucho.

Laura le explicó a Javier que toda esa conversación con Luz la había conmovido mucho, sobre todo cuando ella me preguntó eso, sabés, ahí me dio ganas de abrazarla. Le mentí... o quizás no.

—¿Cuándo te preguntó qué?

—Si Mariana y Eduardo se querían, si querían que ella naciera o vino así, de casualidad, por error. Le dije que sí la querían y también que ellos se querían, le mentí.

—No, no le mentiste, claro que se querían. En el último tiempo seguramente no, pero me parece bien que no se lo hayas dicho, para qué.

Laura le había dicho que se querían pero que eran muy distintos y que el último tiempo discutían mucho por problemas ideológicos y porque Eduardo odiaba a Dufau, lo odiaba, y tu mamá lo idolatraba.

Pero por qué tenías que decírselo. Javier no estaba de acuerdo, aunque lo comprendió cuando Laura le explicó que Eduardo se jugó mucho en el último tiempo y que Luz merecía saber que fue valiente y se enfrentó y que no pensaba como esos hijos de puta, que él no había tenido tiempo, porque lo habían matado antes, de saber hasta dónde había llegado el horror en esa época. Y Luz estuvo muy contenta, te juro, cuando supo que Eduardo no estaba a favor de los milicos, se alegró. Creo que Eduardo se merecía que alguien alguna vez se lo dijera a Luz. Pero quedate tranquilo, no le dije nada sobre su origen, bueno, tampoco lo sé de todas maneras, me refiero a que no es hija de Mariana.

Laura seguía sospechando que Luz era hija de desaparecidos, aunque no se lo decía a Javier.

—¿Seguís creyendo lo mismo?

Laura asintió, y casi disculpándose: Tal vez porque esa Miriam no apareció nunca más.

—Yo quise... buscarla.

—¿En serio? —se asombró Laura—. Nunca me lo dijiste.

No, no te lo dije nunca, pero lo hice, la busqué.

Tal vez por esto que le estaba pasando a Laura con Luz, Javier, después de tantos años, decidió contarle a su mujer algo que en su momento no quiso hacer. Había ido a Coronel Pringles y había preguntado por Miriam López y hasta había hablado con una tía, porque los tipos del bar, que conocían bien a Miriam, le dieron los datos. Miriam había sido una de esas reinas o princesas de belleza que después se convierten en modelos en Buenos Aires. Y

después... otra cosa, me imagino, aunque ellos me hablaron de Miriam como una famosa modelo internacional.

Javier se había presentado en la casa de la tía de Miriam López con el pretexto de que era representante de una casa de modas italiana y que la estaba buscando a Miriam para hacerle una buena propuesta.

—¿Cuándo hiciste todo eso? —el orgullo se mezclaba a la sorpresa.

Había sido dos años después de la muerte de Eduardo. Mariana y Luz hacía tiempo que estaban viviendo en Buenos Aires. Y su idea no había sido tratar de que apareciera la madre verdadera de Luz y la reclamara, no, nada de eso. Había ido solamente a cerciorarse de que no fuera lo que Laura temía, porque al fin, aunque te decía que no, tanto me machacaste con esa sospecha y tan desesperado estaba Eduardo por averiguar la verdad, que sólo quería saber, saber que no era así, continuar lo que Eduardo había empezado, y en fin, darle un cierre, aceptar que lo habían matado unos ladrones comunes, no sé, respirar, Laura, respirar.

—¿Y qué averiguaste? ¿Era la madre de Luz o no?

Supongo que sí. Me dijeron que había dejado de ser modelo, que estaba viviendo en Estados Unidos, que se había casado. Y que era muy feliz.

Y Javier se había quedado tranquilo. Había imaginado más o menos la historia de Miriam, una historia como tantas otras, pero que, desgraciadamente, por el momento y las circunstancias, se llenó de fantasmas. Y si no te lo dije fue porque no quería, me podés comprender, Laura, no quería aceptar que yo también sospechaba que Luz era... que podía ser...

Laura lo abrazó, claro que lo comprendía. Y se alegraba de que no fuera así.

—Sí, se quedó en Estados Unidos con Frank. Yo no creo que me haya olvidado, sino que desistió. Lo dejó ahí, en ese punto, decidió no decírmelo. No volvió a la Argentina en diez u once años, se metió en otro mundo. Pero me contó que esa vez que fue a la Argentina, cuando murió la madre de Frank, estuvo tentada otra vez de buscarme. Llamó a lo de Dufau, y consiguió el número de la casa de

Mariana. Pero no se atrevió a llamarme. Seguramente Frank influyó en esa decisión.

Laura le prometió a Javier que iba a ser más cuidadosa en lo que le dijera a Luz, que sólo iba a escucharle su historia de amor, no te imaginás, Javier la necesidad que tiene Luz de que alguien la escuche, con Mariana le es imposible hablar. Y voy a aconsejarla, darle coraje para que siga viendo a ese chico, si tanto lo quiere. Qué ironía de la vida que Luz se enamore justamente del hijo de un desaparecido.

Capítulo quince

Cierro el libro y lo escondo detrás de los otros, en la biblioteca de mi cuarto. Todavía estoy temblando después de leer ese testimonio, como si esas llagas, esa carne chamuscada me dolieran en mi propio cuerpo, esa vida ahí dentro de su cuerpo y la muerte cada día. No pude soportarlo. ¡Que ahí mismo, donde la llevaron a hacerle la cesárea, el inmundo guardia la haya violado! ¿Cómo, cómo es posible tanta crueldad? Diez días de arresto para el monstruo y siguió desempeñando sus tareas en Campo de Mayo, como si nada, dice el testimonio de quien sobrevivió. Y el bebé quién sabe dónde, con quién, de ella, nunca más se supo, la muerte. Peor que todas las vejaciones, los golpes, debe ser ir camino a la muerte después de dar la vida.

Los libros de la facultad de lado, la luz hasta la madrugada y esas historias que leo y leo sin parar sacudiéndome todos estos días. Esa galería de aberraciones: esos centros clandestinos, esos hombres y mujeres, chicos, viejos, picaneados, colgados, quemados por encendedores, estaqueados, tabicados, engrillados, desollados, sucios, con piojos, desamparados en manos de esos asesinos.

Nunca pude imaginarme que el hombre pudiera ser tan malo con el hombre.

¿Qué era lo malo para mí hasta ahora? Lo que me pasa con mamá, lo que pude imaginarme detrás de Daniel y sus «monos» alguna traición de una amiga, nada, pero que el hombre pueda odiar así, ser tan cruel, tan abyecto, eso era inimaginable para mí.

Ahora los fantasmas salen de esos diarios, ya amarillentos por el tiempo, y pueblan mis días y mis noches. Veo a esa chica, Beatriz, con la pierna rota, cuando va al baño en el campo de detención y encuentra que han puesto las cartas y el diario íntimo de su madre para limpiarse el culo. La puedo imaginar, tratando de esconder entre su ropa esos papeles de su madre que se había suicidado poco tiempo antes, loca de horror ante el destino de su hija. Habían puesto los papeles de su madre allí a propósito, para que ella los viera, como si sus torturas físicas fueran pocas. Y ese hombre a quien ni la picana en las encías, en las tetillas, en todos lados, ni el apaleamiento sistemático y rítmico con varillas de madera, ni el retorcerle los testículos, ni el colgarlo, ni el desollarle los pies con una hojita de afeitar, logran desmayarlo ni hacerlo hablar, entonces el trapo manchado de sangre. «De tu hija» le dicen, doce años tiene su hija, a ver si colabora, si habla.

Y esos simulacros de fusilamiento, esos juegos siniestros entre el bueno y el malo, esos gritos desgarrantes que traspasan las celdas.

Esto que acabo de leer es sólo algo más, pero es como si no pudiera ya tolerarlo, como si mi propio cuerpo estuviera cubierto de moretones.

Y pienso en Ramiro, qué sentiría él cuando leía estos diarios del juicio y pensaba que a su padre podía haberle pasado algo así.

Alfonso estaba ligado a la represión, él sabía lo que se hacía, él mismo daba las órdenes. Mamá no debe saberlo, no puede saberlo, si no, no lo querría así, ella es histérica, hinchapelotas, injusta, delirante, pero no es así de mala. Mamá no puede saberlo. Esta duda se me cruzó muchas veces estos días, por eso ayer, cuando leí el testimonio de ese suboficial, Urien, me quedé más tranquila. Él declaró que las órdenes eran que todo lo conocido, actuado, realizado con respecto a la subversión pasaba a ser secreto militar. Alfonso, por supuesto, no se lo habrá contado a nadie. Quizás ni siquiera a Amalia. Y a mamá seguro que no.

Pero me pregunto qué hacía ella cuando se estaba juzgando a los comandantes. Yo nunca escuché, que me acuerde, hablar del juicio en casa. Las sesiones eran públicas. ¿Habrá ido mamá alguna vez?

Mamá está en su cuarto. Entro y se lo pregunto. Me mira atónita.

—Qué decís, Luz, ¿estás loca? Cómo se te ocurre que pueda haber asistido a esas reuniones en las que todos esos desagradecidos, apátridas, se atrevieron a agredir a quienes los libraron del peligro de la subversión —creo que nunca la vi así, tan vehemente, tan creyendo en algo.

—Pero habrás leído algo en la época del juicio.

—¡Juicio! ¿Qué derecho tenían ésos a juzgar? ¿Quiénes eran?

—Fue un juicio, hubo jueces, abogados defensores, fiscales, hubo sentencia.

—Y mirá lo que pasó, nada, los dejaron a todos libres, salvo a los comandantes, que eran los que daban las órdenes. Si en algo se equivocaron fueron ellos, los otros obedecieron. Pero tampoco te creas que estoy de acuerdo en que se haya condenado a los comandantes, no era una guerra «convencional» y, al fin, ellos salvaron el país.

—¿Qué querés decir con que no era una guerra convencional? —y trato de no violentarme, de saber de verdad lo que cree mamá, porque no puede ser que ella conozca esos hechos tan abyectos y degradantes y los defienda.

—No era convencional, porque el enemigo no estaba afuera, sino que se había infiltrado en el mismo país, por eso tuvieron que actuar de otra manera. Hubo, quizás, algunos excesos, pero era una guerra y lo importante en una guerra es ganarla, como sea.

Querría preguntarle si considera una guerra a los secuestros en la madrugada por bandas anónimas, a enfrentamientos entre cadáveres putrefactos y fantasmas, como declaró esa chica, a la tortura y a los robos, pero me quedo callada mientras ella sigue:

—Ellos salvaron el país, en cambio, ¿qué hizo ese idiota que durante su gobierno los desprestigió de esa manera, qué hizo? Yo te lo voy a explicar, Luz, sumió al país en el caos más terrible, en la hiperinflación. Claro, a vos qué, ni te dabas cuenta, por suerte nunca te faltó nada. Pero a vos que te gustan los pobres —esa ironía con la que pretende insultarme—, bueno, a los pobres los debe haber dejado sin comer, claro que ellos están acostumbrados —y mientras enciende un cigarrillo su tono vuelve a registros más habituales, como si lo de Alfonsín y la hiperinflación la hubiera sacado de esa

exaltación patriótica y la volviera a su esnobismo habitual, su estupidez relamida—, claro que ellos siempre estuvieron acostumbrados a no tener nada, mientras que los que siempre tuvimos, ver amenazadas nuestras propiedades, nuestro modo de vida, uno se siente mucho peor.

—Te vas del tema, mamá, yo te estoy preguntando si leíste alguna vez los diarios en esa época, aunque sea el resumen de lo que decían en esos juicios, si alguna vez no tuviste algún asomo de duda de que no era como tu papá te lo contaba —y ahora sí se lo digo, para que se despierte—, porque no te debe haber contado que pasaban la picana, y que dejaban parir a una mujer para después robarle el chico y matarla.

Mi frase la desquicia. Está gritando.

—Pero de dónde sacás esas cosas, Luz, son esas mentiras que contaban como con los mellizos. ¿Te acordás de los mellizos, vos? —ha bajado el volumen, intenta persuadirme—. Viste ese chico por la televisión que decía que quería estar con su mamá y lo obligaban a estar con un muerto de hambre que ni siquiera los dejaba que siguieran estudiando con los maristas. Ellos la querían a su mamá, la preferían. ¿Por qué tenían que obligarlos a vivir con ese tío, al que ni conocían, y que era un horror? Estaban bien educados esos chicos, ¿te acordás?

Es inútil. Prefiero no escucharla.

—No, no me acuerdo casi nada. No importa, mamá. Ya entendí. Me voy.

—Luz —se para contra el cortinado, la luz se filtra y le da un aire trágico a su expresión, está buscando las palabras—, ¿por qué me preguntaste eso, Luz?

—Porque nunca me hablaste y pasó cuando yo era muy chiquita y después, después sí lo supe, pero mucho después y me preguntaba, no sé, si habrá algunas cosas que vos no sabés... Pero, dejá, no importa.

Su expresión se relaja, como si algo en mi respuesta la aliviara. Alfonso no debe haberle dicho nada, y ella no quiso saber porque idealiza a su padre.

Lo que sí entiendo es la reacción de Ramiro, ese asco que le dio enterarse de que yo soy la nieta de Alfonso Dufau. Cómo me sentiría yo ante alguien del otro lado, de la misma sangre de los asesinos, si a mi papá o a mi mamá le hubieran hecho lo que a su padre. Le tengo que decir a Ramiro que ahora lo entiendo perfectamente.

Dos veces escuchó la voz de Ramiro en el contestador, pero no dejó ningún mensaje, y aunque Gabi pensaba igual que Laura, que era una boludez eso de estar recopada con un chico y no llamarlo, a Luz le costaba hacerlo.

—No sé si me querrá todavía —le dijo a Gabi—, quizás ya se olvidó de mí. No me llamó nunca más. Además, Valeria me contó que está saliendo con una chica, más grande.

—Y qué querés que haga, boluda, que se quede esperando que vos lo llames. ¿Por qué tiene que saber que seguís enamorada de él? Decíselo. ¿Qué importa que tenga otra mina? Si vos le gustás más, la va a mandar a la mierda.

—Ramiro tuvo mucho que ver, Ramiro es hijo de un desaparecido, y él y su madre estuvieron exiliados, él me fue despertando de mi letargo, después otras cosas. Lo que me dijo Laura, lo que leí, la marcha en repudio al golpe militar, cuando se cumplieron los veinte años. Ese día fue muy importante para mí —el rostro se le iluminó—. En muchos sentidos.

Muchas veces en esos días recordó la frase de Laura: «Por el amor hay que luchar». Pero metida en esas historias de horror, a Luz cada vez le quedaba más claro que lo de ellos no podía ser, que era una historia imposible.

Ramiro se iba a encontrar con Mónica y los otros chicos en un café cerca de Congreso para salir juntos para la marcha. Sonó el teléfono y nadie contestó, y a Ramiro se le ocurrió que quizás fuera Luz y se detestó por estar pensando esto. Ya había pasado demasiado tiempo esperando cada vez que sonaba el teléfono que fuera Luz, y desilusionándose porque no lo era. Ya no era así, estaba bien con Mónica, y sin embargo, ahora otra vez esas ganas de Luz.

—Luz ya fue —como le dijo Rafael—, ya fue. Mónica es una mina de puta madre, Ramiro, ¿por qué pensás en esa nena pelotuda?

—No, si no pienso. Mentira, sí pienso. Demasiado, quizás.

—Porque te dejó, así es siempre, un mes más y la dejabas vos a ella y entonces ni te acordarías —opinó Rafael con aire de hombre conocedor.

Ramiro sabía que Rafael se equivocaba, que él seguía sintiendo algo muy profundo por Luz, que quería su bien, independientemente de él. Lo importante era que Luz pudiera salir de esa familia de mierda, liberarse, vivir como ella se merecía. Se lo diría, se prometió, apenas cicatrizara esa última herida que aún podía tocarse en su cuerpo cuando le faltaba Luz, en cualquier momento del día, estuviera trabajando o a punto de dormir, en su casa, o cuando bailaba. Pero Luz no lo había llamado ni una sola vez en todos esos meses, estaba presa de esa familia que para él representaba lo más abyecto de la condición humana. Era la nieta de Dufau, al fin, no, la historia de ellos no podía ser, era imposible.

—Ese día, cuando Ramiro y yo íbamos a la Plaza, cada uno por su lado, con sus amigos, nos íbamos diciendo la misma frase: que lo nuestro no podía ser, que era imposible.

Nunca más, nunca más, es un solo grito y miles de voces que vibran y me producen una emoción nueva. Y ahora: El que no salta es un militar. Y canto y salto con mis compañeros de la facultad y con todos, todos los que estamos aquí, camino a la Plaza de Mayo. Y siento crecer una fuerza en estas voces a las que me uno, me hermano. Qué palabra rara para mí que no tengo hermanos. Es ese latir todos juntos en ese grito, en ese canto, como si fuéramos la misma sangre. La sangre derramada no será perdonada, corea un grupo.

¿Cómo puedo vivir en la casa de la hija de un monstruo responsable de tanta sangre derramada? Mi madre, mi sangre. Y canto fuerte, como si así pudiera renegar de esa sangre. Y me aparto de mis amigos, avanzo, me cuelo entre la gente, me hermano con todos, con cada uno. Me he puesto al lado de esta columna, estos Hijos que reclaman por sus padres. Entonces la imagen de Alfonso, ¿qué dirían si supieran que alguien de mi familia es el

asesino de sus padres? Me aparto de ellos con pudor, me disimulo entre la gente, me escondo. Me abro paso sin saber qué busco, como si no pudiera quedarme en un lugar preciso, como si quisiera recorrerlo todo, estar con todos y sentir al mismo tiempo que no tengo derecho. Esa expresión en la cara de esa mujer que lleva la foto de sus hijos desaparecidos colgando me golpea, miro a las otras, sus pañuelos blancos, sus arrugas, su coraje. La madre quizás de esos tres hermanos que fueron cayendo, uno a uno, sin que jamás supiera dónde estaban, o la madre de esa chica de quince años que todo lo que pedía, con sus compañeros, era la reducción del precio del transporte escolar. Y le arrancaron la vida.

Tengo un nudo en la garganta, creo que voy a llorar. Y otra vez avanzo, en otra dirección. Los ojos tenebrosos de este hombre que entona con rabia las estrofas, quizás aquel que logró sobrevivir pero que día a día escucha los gritos de su mujer, torturada y violada en su presencia. Que nadie se dé cuenta de quién soy, quién es mi madre, mi abuelo, y entonces una mano fuerte me retiene del brazo, me sobresalto. Ramiro. Él sí lo sabe. Me mira fijo y siento pudor de estar allí. Su padre asesinado, su sangre, mi abuelo asesino, mi sangre. ¿Cómo puede latir junta nuestra sangre? No me dice nada, sólo me mira, sin soltarme el brazo, está muy sorprendido. Observo esa chica a su lado que nos mira y sonrío levemente. Hola, le digo, y trato de seguir mi camino, pero Ramiro me retiene.

—Me alegra mucho verte aquí —me dice.

Me acerco a su oído: Ahora entiendo que te diera asco que yo sea... Y no puedo ni terminar la frase, me doy vuelta y como si estuviera muy apurada sigo esa ruta extraviada entre la gente. Quería decírselo a Ramiro. Necesitaba. A mí también me da asco. Por eso quiero huir y a la vez zambullirme entre la gente. Mi corazón late agitadamente. Me detengo un instante, nunca más, nunca más. Y ahora son dos manos que se enlazan a mi cintura, sus manos, y saltamos juntos, su cuerpo contra el mío. Nunca más, nunca más.

—Luz, Luz.

Y es como si a través de Ramiro, que sabe lo de mi abuelo, y me abraza lo mismo, todos me admitieran, todos me abrazaran, todos me dijeran que es legítimo, justo, que me hermane con ellos, si así

lo siento. La sangre derramada no será perdonada. Y mi cuerpo, mi piel, mi cabeza, mis emociones lo deciden así. No perdonaré.

Estuvieron horas y horas en la plaza, escucharon a Fito Páez, a Teresa Parodi, a León Gieco. Luego en un café, dando tímidos pasos, mintiéndose de a ratos, que se habían perdido de sus grupos, hasta que fueron a la casa de Ramiro y junto a la ropa tirada con urgencia se desnudaron de los equívocos, los miedos. Ya no hubo más que la sabiduría de la piel y la tibieza y las manos y las bocas y aquello que ya habían intuido en la plaza se hizo nítido: todo lo que habían pensado uno del otro, esa imposibilidad de estar juntos, era mentira. Ahí estaban ellos, amándose con voracidad, recuperando el tiempo perdido en esa historia tan evidente, tan palpable como sus cuerpos mismos. Tal vez por el temor de perder esa certeza, Ramiro y Luz no se dijeron nada más esa noche hasta que ella volvió a su casa, y se despidieron con un largo beso. Ni un te llamo, ni un hasta mañana, ni un hasta nunca.

Ramiro no me pidió nunca que me quedara en su casa, ni yo le pregunté qué había sido de esa chica que salía con él. Simplemente nos seguimos viendo todos los días, sin ninguna palabra que defina lo que estamos viviendo. Dejándonos estar en esta nube de bienestar. Pero anoche, después de que pude explicarle todo lo que yo había sentido en esa manifestación: la emoción, la conciencia de esas historias leídas en las expresiones de mucha gente, el pudor que me dio cuando nos encontramos, él, hijo de un desaparecido, yo, nieta de un represor, sus manos aceptándome por todos ellos, mi compromiso de no olvidar, de no perdonar.

—Pero seguís viviendo en tu casa.

Sí, era absurdo, ridículo, antinatural estar diciendo esas palabras y dormir en mi casa.

—Me quedo a dormir con vos —y me dio temor—, hoy, si querés —agregué.

—¿Qué le mentiste hoy a tu mamá?

No debía defenderme, sino mostrárselo. Levanté el teléfono, me atendió mamá, dije sólo: «No voy a dormir a casa» y corté. Ramiro

me abrazó, estaba feliz. Lo decidí en ese momento.

—¿Querés que venga a vivir con vos todavía?

—¿Tenés alguna duda?

¿Pase lo que pase con mamá?

No, no le importaba nada.

Y entonces ahora voy a casa y preparo mi bolso y se lo comunico a mamá. Tengo miedo, pero tengo muchas ganas. No importa lo que diga y haga mamá. Yo me voy a vivir con Ramiro.

Me tiembla la mano cuando abro el portón de la casa, es una sensación hasta física en todo el cuerpo de sólo imaginarme la reacción de mamá. Primero voy a subir a mi cuarto. Preparo el bolso y después se lo digo. No, mejor se lo dejo escrito. Total, para qué hablar. Pero será imposible no hablar porque si está en casa no parará de reprocharme lo que hice anoche. No está en el living. Se me cruza Claudia, la mucama.

—Tu mamá está en su habitación, andá rápido —me dice bastante perturbada—, está destrozada.

No quiero ni pensar el escándalo que debe haber armado para que hasta Claudia esté casi llorando. Ay, va a ser peor de lo que me imaginaba. No podemos vivir así, no puede afectarle tanto que yo le haya dicho que no vengo a dormir, pero su llanto, que ahora escucho, en el vestíbulo de las habitaciones, tiene algo que me sacude. Es absurdo, cómo puede sufrir así. Voy hacia su cuarto, y escucho la voz de Daniel, preferiría que no estuviera allí pero no importa. La miro derrumbada en la cama y por un instante su dolor me conmueve.

—Se murió tu abuelo —dice lacónicamente Daniel.

Ella se incorpora, me abraza y llora, llora desesperadamente sobre mi hombro. Ningún reproche, nada sobre lo que pasó anoche, su dolor lo abarca todo y no hay espacio para nada más, quizás por eso permita este contacto, esta rara situación, el estar tan cerca, abrazándonos. Y me da culpa sentirme bien cuando ella sufre tanto, pero no puedo evitar esta confusa ternura, esta extraña emoción que me produce el inesperado contacto con mamá, este estar abrazadas, que ella llore contra mí. Y yo también lloro porque por fin puedo estar abrazada a mi mamá.

—¿Cómo fue? ¿Cuándo?

—Un derrame cerebral. Nos avisó Amalia. No hubo tiempo de nada.

Han envuelto su ataúd con una bandera. Ni sé quién es el monstruo uniformado que está hablando. No quiero escucharlo. La mano de mamá enlaza la mía y la ira que me producen las palabras de este hijo de puta amenaza la dulzura de este contacto entre su mano y la mía. Mamá me quiere, si no, en este momento no buscaría mi mano. Se desprende de mí y junto a su madre y a sus hermanas avanza hacia el cajón. Llora desconsoladamente. Veo esas cuatro mujeres, al pie del cajón. Ellas tienen la suerte de saber que ahí está el cuerpo de su marido, de su padre. ¿Cuántas personas en este país no tuvieron la posibilidad de dar ese último adiós a sus seres queridos por culpa de ese hijo de puta, que está allí, cubierto con la bandera? Ahora miro a los otros, firmes, orgullosos en sus uniformes. ¿Cómo pueden atreverse a exhibirse así vestidos después de lo que han hecho? ¿Por qué nadie los mata? ¿Por qué no hay nadie insultando?

Están bajando el ataúd con unas cadenas. ¿Sonarían así los grilletes de los prisioneros? Alfonso, me alegro de que estés muerto, que nunca más tenga que verte. Basura, asesino, hijo de puta. Estos insultos con que lo despido en mi interior, al son de los llantos de su familia, me provocan un nauseabundo alborozo. Ya desapareció de la vista el cajón. Mamá se acerca a mí y me abraza. No pienso quién es Alfonso, pienso que se murió el papá de mi mamá, ella sufre y me necesita.

Le costó a Ramiro entender esa sensación que intentaba transmitirle Luz. Ese sentirse cerca de su madre.

—Me entendés, nunca lo había sentido. Y cómo le iba a decir que me iba de casa justo en el momento en que le anuncian la muerte de su papá. Sí, un hijo de puta, estoy de acuerdo, pero es su papá. Y ella... cómo decirte, es así como es, pero es mi mamá. Y es la primera vez que me muestra que me necesita. No sé, puede ser que te parezca estúpido, pero me da placer llevarle un té o simplemente

quedarme con ella cuando se sienta en un sillón y mira por la ventana, y quizás poner una mano en su brazo y hasta abrazarla, ¿entendés, Ramiro? No es sólo por ella, es por mí, no lo viví nunca esto. Nosotros bien podemos esperar unos días. Sólo unos días. En cuanto esté mejor, se lo digo y vengo a vivir con vos.

Me miro todo el tiempo, voy al baño cincuenta veces por día buscando esa manchita que no está, me debía haber venido hace diez días. Aunque Ramiro no me dice nada, yo sé que le molesta que yo me siga quedando en casa, y entonces por eso quizás no le dije lo del atraso hasta anoche.

No sé qué esperaba de su reacción, pero esa sonrisa que se abrió a la risa me desconcertó totalmente. ¿De qué se reía? ¿Se daba cuenta de lo que le estaba diciendo?

—Sí, me doy cuenta, un lío total, pero me da alegría, Luz, eso es lo que me produce.

Y yo sentí la seguridad que me daban sus brazos, cómo podía tener algún temor con Ramiro abrazándome.

Y ahora en casa me miro otra vez y nada. El test me lo voy a hacer más tarde, cuando vaya a lo de Ramiro. Mamá me llama y me pide que me quede con ella. Le digo que sólo un rato porque me tengo que ir a hacer un trabajo a lo de Gabi. ¿Hasta cuándo la mentira? Y me toco instintivamente el vientre.

El dolor le ha opacado la voz.

—Bueno —me dice mansamente—. Te quería contar cuando papá nos llevaba con él a ver las maniobras. Nos quedábamos en el auto y él...

Trato de no entender sus palabras, de escucharlas sólo como una plegaria que ella necesita, desprovista de toda significación. He logrado silenciarme de todo lo que pueda romper este tono quedo, al que estoy tan poco habituada. Mientras ella sigue con quién sabe qué historias que no escucho, siento lo triste, pero inevitable, que será para mí romper esta dulce tregua con mamá, y me da pena, justo ahora, que hemos podido abrazarnos.

Lo planearon todo muy rápido. Aunque Luz se tomó dos días para pensarlo, la decisión la tomaron ya en el instante en que vieron la

rayita que indicaba positivo en el tubo y se abrazaron emocionados.

La primera en enterarse fue Marta.

—Sí, es una locura, mamá, puede ser, pero los dos lo queremos.

Marta se miró al espejo por toda respuesta: Mirá, Ramiro, ya se me puso cara de abuela. ¿No es cierto que estoy lindísima?

Y se rieron juntos un largo rato. Sí, le pareció una locura en el primer momento, pero los veía tan felices, tan claros, y ella misma sentía tanta alegría con la noticia, que tan loco no podía ser.

—Mamá, estoy embarazada.

Mariana le dijo que se lo hacía a propósito, para hacerla sufrir, si no podía haberle ahorrado ese disgusto, por qué se lo decía, es que no podía hacerse cargo de acompañarla ese irresponsable, no tenía veinticinco años acaso.

—¿Qué me estás sugiriendo, que debería haber abortado sin decírtelo?

Mariana ni le contestó. Claro que Ramiro se iba a hacer cargo, pero no de acompañarla a hacerse un aborto, sino de ser padre.

Estás completamente loca. No, Mariana no lo iba a permitir.

No podía no permitirlo, ahora era Luz la que iba a ir a un juez si su madre no la autorizaba. Habían decidido casarse, y quizás sólo por ella, para ahorrarle un disgusto más, porque a ellos, en realidad, les daba lo mismo.

Pero cómo se iba a casar ahora cuando estaban de duelo, o se había olvidado ya que su papá no hacía ni dos meses que estaba enterrado.

—¿Y qué preferís? ¿Cuando tenga una panza enorme?

Era un llanto rabioso el de Mariana, tan distinto del que le produjo la muerte de su padre, pensó Luz. La escuchó llorar durante no sabía cuánto tiempo, no, no le podía transmitir de ningún modo su felicidad, al menos debía dejarla llorar.

—¿Cuándo va a nacer el chico? —dijo por fin Mariana.

—En enero.

Al menos eso la tranquilizaba, en enero no hay nadie en Buenos Aires, pero algo tenían que decir para justificar que se casaban ahora. ¿No se podrían ir a Estados Unidos? Ella estaba dispuesta a

darles dinero para un año o dos, lo mejor sería que desaparecieran por un largo tiempo, si no, la gente se iba a dar cuenta. Ay, qué iba a hacer, Dios.

Esa misma noche fue Ramiro a hablar con Daniel y Mariana. Les repitieron su oferta de ayudarlos para que se fueran del país. Y respecto del casamiento, Mariana había pensado que...

Luz no podía creer que en esa tarde Mariana hubiera hecho ya tantos planes disparatados.

Los próximos días casi le dio pena escucharla contar a sus amigos que al novio de Luz le había salido un fabuloso contrato en los Estados Unidos con una agencia top de publicidad y quería irse con Luz. Sí, ella también le había sugerido que esperaran, pero hacía tiempo que estaban de novios, y sabés cómo son los chicos, por otra parte era tan buena oportunidad para él.

Ese joven emprendedor y de buena familia, el mismo que era un monstruo corruptor de menores hacía unos pocos meses. Le daba pena esa esclavitud de Mariana a la opinión de los demás.

Les hicieron prometer que no dirían nada, ni una sola palabra a nadie. Y aunque ni ella ni Ramiro aceptaron lo de Estados Unidos, sí se comprometieron a no desmentirla si se encontraban con sus amigos. Por suerte no iba a haber una fiesta, porque como estaban de duelo.

—Un brindis, aunque sea —suplicó Mariana.

Alfonso ya estaba bien enterrado. Marta y Antonio no tendrían que pasar por el oprobio de estrechar su mano.

—Está bien, mamá, sólo un brindis.

La fiesta la hicieron Luz y Ramiro a solas, bailando hasta la madrugada.

Capítulo dieciséis

Mis piernas abiertas, otro pujo, otro y llega, va a salir, está empujando, no es sólo mi respiración, él mismo está empujando. Me incorporo y veo salir de mí su cabecita roja, su cuerpo entero, mi sangre cubriéndolo, el cordón con el que todavía estamos ligados, que Ramiro corta ahora con el médico.

Lo apoyan sobre mi vientre, su tibieza, su cara girada hacia mí. Sí, yo soy tu mamá. Es tan fuerte, tan impresionante todo lo que siento. Una alegría feroz.

Ahora el beso de Ramiro y unas manos que sacan a Juan de mi vientre. No quiero que se lo lleven, le digo a Ramiro. No entiendo lo que me explica. Me duele mucho: la placenta está saliendo, la partera ahí, empujando pero no quiero distraerme un instante. Mis ojos buscan a Juan pero ya no lo veo. Trato de incorporarme y no me lo permiten. Juan ya no está en mí por eso pueden llevárselo. Unas ganas locas de que siga siendo parte de mi cuerpo. Una gigantesca ola de angustia estalla sobre la arena tibia de mi cuerpo, quiero que me devuelvan a Juan, que me dejen mover.

—Ramiro, Ramiro —lo llamo—, ¿dónde está Juan?

—Lo están revisando, Luz, está bien, perfecto.

—Quiero que me traigan a Juan.

—Quedate tranquila, dentro de un rato te llevan al cuarto —me da un beso, y se va.

—Ramiro, Ramiro. ¿Te vas con Juan? No lo dejes solo.

Ramiro me mira extrañado, pero él tampoco quiere distraerse, se va. Mejor, no quiero que lo deje a Juan solo con extraños.

—¿Cuándo me van a dar a mi hijo? —le pregunto a la enfermera que arrastra mi camilla.

Se ríe:

—Dentro de un rato.

Estoy segura de que puedo levantarme y quedarme yo mientras lo revisan a Juan. Pero me lo impiden.

De una alegría plena a una angustia aterradora, así estuvo Luz todo ese primer día. Ella dormía cuando apareció la *nurse* a llevarse el bebé, pero apenas movieron la cuna, Luz se despertó sobresaltada.

—¿Qué hace? ¿Adónde se lo lleva?

Tenía que controlarlo, cambiarlo, le explicó al principio risueña. ¿Y no puede hacerlo aquí? No, no podía y entonces la *nurse* miró a Ramiro, como pidiéndole ayuda. Pero Luz no quería que Ramiro le explicara nada, quería que siguiera a la *nurse,* que fuera con ella y no perdiera de vista a Juan.

Ramiro sólo salió de la habitación para darle el gusto a Luz, pero se preguntó qué estaba haciendo en ese pasillo corriendo atrás de la *nurse.* Su mirada recriminatoria le mostró que él estaba fuera de lugar.

Luz estaba llorando cuando entró. No soportaba que le hicieran eso, que le arrancaran a Juan de su lado. Y ninguna explicación de Ramiro, ni tampoco los mimos, lograron sacar a Luz de ese estado de angustia.

Aunque Ramiro no lo comprendió, la próxima vez que apareció en el cuarto la *nurse,* le pidió si no podía evitar llevarse el bebé porque su mujer se ponía muy mal. Sí, claro que entendía sus razones, sólo le estaba pidiendo un favor, que se lo llevaran lo menos posible. Porque él no quería ver a Luz sufrir así, pero cómo era posible, si estaba tan feliz al mismo tiempo. Lo mismo que en la sala de partos, los ojos brillándole de alegría cuando le apoyaron el bebé en el vientre, y esa mirada de terror cuando se llevaron a Juan.

—Es muy normal, no te preocupes. Las mujeres suelen tener una depresión posparto —lo tranquilizó su tío Marcelo, el psicoanalista.

Pero a él no le parecía tan normal. Lo asustaba. No importaban sus palabras ni tampoco las de Luz, tampoco sus brazos, que siempre evanescían cualquier preocupación de Luz, lograban detener ese terror. Él había podido sentirlo culebreando en su cuerpo, se lo había pasado a través de la piel. Ya entendería o no las razones. Ahora sólo quería que los dejaran ir a su casa lo antes posible.

Ese ruidito rítmico al succionar me va calmando, me cubre de bienestar. Todavía estoy sacudida por la ira que me produjo la presencia de mamá. Por suerte la eché. Qué hacés, me dijo y ya en su tono, en su mirada, pude encontrar algo de lo que me había olvidado en todo este último tiempo: ese cierto asco, rechazo que siente por mí. Y volvieron al galope todas esas miradas de mamá cuando bailaba, esas miradas como tajos. Sentí crecer una rabia descontrolada en mí. Por qué me preguntaba qué hacía, si lo estaba viendo, si tenía a Juan sobre mí, intentando que se prendiera a mi teta. Traté de calmarme, algo le dije del calostro, de que ya bajaría la leche.

—¿Pero lo vas a amamantar? ¿Para qué? Si hay unos productos buenísimos ahora. Se te va a deformar el pecho, es una lástima.

Sólo le dije que se fuera, que quería estar sola con Juan. No estoy dispuesta a perder esta sensación maravillosa por mamá. Ojalá no se haya quedado en el pasillo, ojalá siga con esa ofensa con que salió del cuarto y la esté llevando lo más lejos posible de aquí.

Cuando la *nurse* me pregunta si hace pasar a mi mamá, no puedo impedir esta furia de otro tiempo que me gana. Miro a Juan, ya no, ya no, Luz, es otro tiempo.

—Sí, claro.

No me importa nada lo que me dice acerca de cómo les ha mentido u ocultado a todos el nacimiento, que a la vuelta de las vacaciones se los dirá, que sólo Amalia y sus hermanas lo saben, claro, no vienen porque como Luz le pidió que no la visitaran en la clínica, sin embargo, está el tío de Ramiro ahí. No me importa nada, es sólo un ruido molesto, un chirrido. Pero cuando saca de su bolso ese paquetito que me entrega, y yo abro contenta porque es el fin

de su visita, porque ya se va, y veo un biberón, tengo que contenerme para no tirárselo por la cabeza.

—Yo pienso amamantarlo, mamá.

Como si no me escuchara: Pero bueno, también le vas a dar mamadera, y me explica algo de la tetina que es así o asá. Ella misma lleva mi mano hacia la tetina y ese contacto con la goma me estremece. Me sacude hasta tal punto que mi mano salta, como si la goma me quemara.

Apoyo la mamadera sobre la mesa de luz para no estrellarla contra el piso. No quiero pelearme con mamá, no le quiero decir que su regalito, un pequeño detalle como lo llamó, para que el primer biberón sea el que le compró Mariana, me indigna.

Ramiro se despertó por el ruido del vidrio roto contra la pared o el piso. Luz estaba llorando desesperadamente y sin embargo ahí estaba Juan, en su cuna. Qué había pasado. Había tirado con fuerza esa mamadera que le trajo su mamá de regalo.

No podía entenderlo, acaso no le había dado la razón cuando él insistió en que no había motivo para haberse enfurecido así con su madre, cómo era posible que en medio de la noche, y tan feliz que se había dormido, Luz siguiera con ese estúpido rollo con la madre.

—No, si no es mamá, es... no sé.

Luz se había despertado en medio de la noche cuando tocó, sin querer, la tetina de la mamadera y ese contacto, lo mismo le había pasado a la tarde, ese contacto con la goma le había producido una terrible sensación.

—Como si te encontraras una araña, un escorpión. Odio la mamadera, Juan no va a tomar nunca.

Era mejor no tratar de entender lo que le pasaba a Luz, tenía que lograr que se calmara. Se tendió a su lado y la abrazó. Ahora no era el terror de cuando se lo llevaban a Juan, sino una profunda congoja, una tristeza infinita, tan inaccesible para Ramiro como el miedo. Él sólo podía sentirlo con toda su fuerza en Luz, pero le era imposible hacer algo para mitigarlo. Pero qué le pasaba, cómo era posible, en ese momento de su vida, ellos juntos, su hijo. Qué significaba esa tristeza ahora.

Luz no sabía por qué, quizás tuviera que ver con su mamá.

—Tenía que ver con mi mamá ese recuerdo, con el día que me arrancaron de mi mamá. Mi verdadera mamá, no la que yo creía.

Ella nunca la había amamantado, estuvo muy grave cuando nació, quizás me pasó algo a mí cuando era beba, algo... con una mamadera y por eso... no entiendo.

Ramiro la dejó hablar largo rato, una búsqueda extraviada por senderos de su memoria que no parecían conducirla a ningún lugar.

Lo mejor sería que durmiera. Ya lo hablarían en su casa, al día siguiente dejaban la clínica. Ramiro también estaba cansado, necesitaba dormir.

Luz lo despertó con un beso. Estaba sentada en el borde de su cama.

—¿Ya tenemos que irnos? ¿Qué hora es?

No, lo había despertado porque había estado pensando mucho, mirándolo a Juan, y se le había ocurrido algo —hablaba muy despacio, como si temiera que alguien pudiera escucharla—, algo que quizás explicara lo que le estaba pasando, y que necesitaba hablarlo con él ya. Ramiro miró su reloj. Las seis. Ese brillo en los ojos de Luz lo asustaba. ¿Qué le pasaba ahora? La abrazó para saberlo de una manera más inmediata. Pero Luz se apartó. Quería que la mirara.

—Ramiro, yo nací el 15 de noviembre de 1976. ¿Te das cuenta? Mil novecientos setenta y seis.

No, no se daba cuenta de nada. No entendía por qué esa excitación: que le quería decir con mil novecientos setenta y seis.

—No era un año como cualquier otro. Vos lo sabés muy bien. En ese año desapareció tu papá. Y muchos otros, mujeres embarazadas también. Yo lo leí y sé lo que les hicieron.

Ramiro se incorporó. De alguna manera tenía que parar aquello que le pasaba a Luz, pero era evidente que ella necesitaba hablar. En verdad, Luz lo sabía antes, cómo no se dio cuenta, ahora recordaba cuando vieron ese programa de televisión sobre el caso de los mellizos, ¿te acordás?, fue antes de conocerte.

—Yo no sé si te acordás del caso de los mellizos esos, los que tenía Miara, el de la Policía, él mismo había torturado a la madre. Y

pasaron años antes de que pudieran restituirlos a la familia, los jueces lo entorpecían todo. Y después, cuando lo hicieron, los chicos «extrañaban» a la mamá, o sea, a la mujer del asesino.

—Sí, coincidió con una visita mía a Buenos Aires. Yo vi a uno de los chicos por televisión. Vi el manejo de la prensa con ese caso. Y escuché la opinión de algunos argentinos amnésicos, impunes. Fue mi despedida. Desde entonces que no piso la Argentina.

—Mamá seguía el caso como una telenovela, y estaba furiosa con los que los querían restituir a su verdadera familia. Y yo no sé qué dije un día, aunque tampoco estaba muy enterada, apenas había visto algo en la tele, como que tenían razón, que debían devolverlos a su familia, algo así, y Mariana se puso como una hiena. Pero a mí entonces no me llamó tanto la atención. Era sólo algo más en lo que no estábamos de acuerdo. Fue en la clínica cuando me acordé de eso, y empecé a juntarlo con otros episodios de mi vida.

Luz enhebraba eslabón a eslabón hechos sueltos de su vida, apenas mencionándolos (lo de la obediencia debida que le dijo Natalia, lo de la mujer que la fue a buscar al colegio, ¿se lo había contado alguna vez?, su sospecha de ser adoptada cuando se peleaba con Mariana, el temor de su mamá de que Luz se conectara con comunistas en la Universidad) en un rosario que iba a darle esa pregunta que Ramiro ya no pudo impedirse hacer:

—¿Vos pensás que podés ser hija de desaparecidos? ¿Y por qué?

—Mirá, mamá no pudo tener hijos después y si acaso yo no nací... quiero decirte, acaso perdió el hijo, no soy yo, y entonces —ahora ya estaba corriendo, corriendo desenfrenada—Alfonso le consiguió otro bebé por ahí, ya sabés quién era Alfonso, ¿dónde lo iba a conseguir? Esa beba quizás soy yo.

—Vas muy lejos, Luz, no tenés ninguna razón para pensar eso.

—No —agitada pero firme—, y por qué creés que cada vez que se enfurecía conmigo me decía que era algo genético, yo pensaba entonces que era por papá, pero pensá, Ramiro, perfectamente ella podía estar refiriéndose a mis genes... los otros.

—Luz, estás furiosa con tu mamá, yo te entiendo, pero ella, a su manera, te quiere.

—No, nunca me quiso —lo cortó, tajante.

El llanto de Juan logró en un instante lo que Ramiro no fue capaz de hacer: detenerla en esa loca carrera que había empezado con el contacto con la tetina del biberón. Luz alzó a Juan, se recostó en su cama, se abrió el camisón y se puso a amamantarlo.

Estaba sonriente y calma. Parecía haber recuperado el bienestar. Ramiro los miró con ternura. Quizás sería conveniente que Luz iniciara un análisis, se dijo Ramiro. Ya se lo sugeriría. Ahora no quería que nada perturbara esta paz y esta felicidad. Quería quedarse con esta sensación, y olvidar todo lo que le había dicho Luz. Sin embargo, recordó que en los primeros tiempos con Luz, cuando se enteró de algunas reacciones de Mariana, a él le resultaba difícil imaginarse que esa mujer que actuaba así con su hija la hubiera llevado dentro de su cuerpo, que fuera su mamá. Pero lo atribuyó a esa ideología de mierda, a esa personalidad detestable de su suegra.

Después que se casaron, Mariana había estado bastante discreta. Se habían visto muy poco, de todos modos. Y Mariana no se fue de vacaciones para estar con Luz cuando naciera el bebé, lo que para ella significaba bastante, Luz misma se había sorprendido.

Esa misma tarde cuando Ramiro la vio salir compungida del cuarto y ella le contó que Luz la había echado, él sintió que Mariana la quería a Luz, aunque fuera así, como era. Por eso la había convencido de que se quedara en la clínica, que era un malentendido, que a Luz le gustaba estar a solas con el bebé cuando amamantaba, sólo eso. Ramiro estaba tan feliz que se sentía generoso hasta con su suegra.

Él tenía que hablar con Luz, pedirle que no enturbiara este momento maravilloso con los conflictos con su madre. Al fin Mariana estaba bastante mansa últimamente, Luz misma lo reconocía. Ninguno de los tres, ni él, ni Luz, ni Juan se merecían que esa atmósfera sucia y electrizada, como Luz la llamaba, invadiera su cálida intimidad.

Quería hablarlo con Ramiro pero hoy fue un día difícil. Juan lloraba y no sabíamos muy bien qué había que hacer, si darle de comer o

cambiarlo o alzarlo o ponerlo en el moisés. Nos dio miedo de que tuviera algo.

—Siempre es así —nos tranquilizó Marta—, los primeros días no entendés nada, te asustás por cualquier cosa, hasta que al fin te acostumbrás.

—Vos gritabas mucho más fuerte —me dijo mamá—. ¡Cómo gritabas! Era impresionante.

—¿Gritaba?

Busqué cualquier excusa para que me hablara de mí cuando nací. No, ya me había dicho que el primer mes prácticamente no me vio.

—¿Y quién me cuidó?

—Al principio en la clínica, después mamá. ¿Dónde compraste la cuna? Es preciosa.

Se lo dije a Ramiro en un momento que mamá no podía escucharnos: No te pareció que quería cambiar de tema, que no le gusta hablar de mis primeros días.

No, no le pareció, no se dio cuenta, pero por favor, me pidió, no se te ocurra decirle a tu mamá lo que me dijiste hoy en la clínica. Prometémelo.

Asentí, no era el momento de hablar porque Juan se puso a llorar otra vez y había que atenderlo.

Ahora Ramiro y Juan duermen plácidamente. ¿Qué habrá querido decir con que yo gritaba? Son las once y media. Ella se acuesta tarde.

—Hola, mamá. No, no pasa nada, está todo bien. Te quería preguntar sobre eso que dijiste, que yo gritaba mucho. ¿Cuándo gritaba mucho?

Me parece que le molesta mi pregunta, hay algo seco en su tono, puedo imaginármela esforzándose en contestarme bien, como hace desde que no vivo con ella. Dice que tenía pesadillas, que el pediatra le decía que eran pesadillas. ¿Pesadillas? ¿Cuando era beba?

—Sí, te despertabas muy asustada —y se ve que el esfuerzo fue grande porque deja salir ese tonito mordaz del que ya me estaba olvidando—, bah, como siempre, te acordás que te decía que tenías carita de perro asustado, sólo que en algún momento dejaste de gritar.

No, si no es porque Juan me parezca asustado por lo que te lo pregunto, por curiosidad no más. Debe ser que cuando tenés un chico te querés acordar de cuando vos eras así, de los primeros días.

Y no puedo evitar resignificar el silencio de mamá, cargarlo de palabras que no puede decirme porque claro, ella no vio mis primeros días. Ya me lo contó, estaba grave. Bueno, mamá, me voy a dormir.

Si tenía pesadillas cuando tenía un mes... Tengo que parar de pensar y dormir, dentro de un rato se va a despertar Juan. Ya lo averiguaré.

Cómo que no estaba feliz, cómo podía decirle eso, estaba muy dolida Luz por las palabras de Ramiro, no se daba cuenta acaso de que era la primera vez en su vida que ella se despertaba diciéndose qué suerte vivir, que qué nueva maravilla iba a pasar ese día con Juan, y cómo iba a sentir el calor de Ramiro, y el placer de charlar con él, de dormir con él, de verlo a él bañando a Juan, paseándolo para que se durmiera. No se daba cuenta Ramiro de que ella no había sido nunca en su vida tan feliz como ahora. Por qué le estaba diciendo que le hacía mal que en un momento así de sus vidas Luz no estuviera feliz.

Sí, claro que Ramiro veía todo lo que Luz le estaba señalando, esa sonrisa clara, ese brillo en sus ojos, en su cuerpo entero, estaba relinda así, más gordita, con las tetas grandes y la cara se le había puesto increíblemente bella, más blanda, más mujer, más su mujer. Pero también estaba lo otro, esos sablazos, esos cortes que producía su búsqueda obstinada, ese estar pendiente de cualquier signo que le confirmara su teoría. Algunos quizás con sentido, pero otros, como ese bah que dijo Javier, cuántas resonancias había encontrado Luz a un simple «bah» una palabra que no quiere decir nada, ¿no estás exagerando, Luz?

Quizás exagero como dice Ramiro. Estoy buscando tenazmente que todo me confirme mi sospecha, y a veces me pregunto por qué. A Javier le saqué el tema a propósito y cuando vi su incomodidad, en lugar de cortarla, seguí.

Le dije que mamá todavía estaba inconsolable por la muerte de Alfonso. Y entonces ese leve crisparse de su labio, esa sombra en su mirada. Quise comprobarlo: Mi abuelo, Alfonso Dufau, recalqué. Otra vez ese desprecio levantándole el labio, como si no pudiera controlarlo.

—Vos no lo tragás a Alfonso, ¿no? —Javier se alzó de hombros—. Me lo dijo Laura. No tenés por qué ocultármelo. Yo lo odio. Me avergüenza ser su nieta. A mamá no me atrevo a decírselo, y no es porque se haya muerto ahora, antes tampoco pude.

Esa tenue sonrisa, a Javier le complacía lo que le estaba diciendo, no había duda.

—Y no es que no lo tragara por cómo fue conmigo de chica, no, era... normal, hasta cariñoso conmigo, lo odio desde que me enteré que él participó activamente en esa mierda que llamaron guerra sucia. ¿Vos lo sabías entonces?

Javier asintió sin una sola palabra. Pero yo no lo dejé respirar, reponerse, cambiar de tema.

—¿Papá lo sabía? Te pregunto porque como se murió antes de que todo saliera a la luz. ¿Papá lo odiaba?

—Pero Luz, a qué viene esta pregunta ahora, por qué un tema así de pesado en este momento de tu vida, recién casada con el hombre de tus sueños, me contaron de tu Romeo —Javier intentaba desesperadamente arrancarme de eso que evidentemente no quería hablar conmigo—, con un bebé precioso.

Que por favor me lo dijera, lo interrumpí, que yo necesitaba saberlo, que para mí era muy importante. Y entonces me contó que papá tampoco lo tragaba pero que no hablaba mucho de su suegro. Se quedó callado un rato, como si se hubiera perdido en sus recuerdos, fue entonces cuando dejó salir lo de la clínica: Me acuerdo cuando vos naciste, bah, cuando estaban en la clínica, tu mamá estaba en terapia intensiva, tu papá estaba muy mal y decía que Alfonso y Amalia lo volvían loco.

—¿Bah? Dijiste: «cuando vos naciste, bah, cuando estaban en la clínica», ¿qué quisiste decir con ese bah?

Y Javier, muy perturbado, que no había dicho bah, que si lo había dicho, no quería decir nada, y miraba el reloj desesperado, pero por

qué Laura no llegaba, debía estar allí ya. Siempre que viene a Buenos Aires los chicos le piden...

—¿Y por qué estaba tan mal en la clínica papá?

—Porque tu mamá estuvo grave durante muchos días y porque... tus abuelos no lo dejaban manejar su vida, se metían en todo —pareció olvidar su tono moderado, un viejo rencor le opacaba la voz —, no lo dejaban ni sufrir en paz, yo lo viví, lo vi.

—Y a mí, ¿a mí me viste?, ¿en la clínica?

No sé si me dijo que sí o que no, hizo un ruido raro, fue como si mi pregunta lo empujara al borde de un abismo al que no quería caer, entonces el timbre, Laura, él mismo se levantó a abrir. Juan se despertó. Le di de mamar y le conté a Laura del parto, de los primeros días de Juan, y el bah se me diluyó.

Pero a la noche, charlando con Ramiro, ese «bah» fue creciendo y creciendo y era la prueba irrefutable de que yo no nací allí, en esa clínica, que Javier lo sabe y no me lo quiere decir. Y además lo odia a Alfonso, lo odia. ¿Todo esto no encaja?

Pero por qué estaba tan desesperada en demostrarlo —le preguntaba Ramiro—, porque no era saber si sí o si no, esa idea loca que la perseguía día y noche apuntaba a un solo lado. ¿De dónde venía esa certeza? ¿Cómo podés querer eso, Luz? Cómo podés perseguir desesperadamente ese destino de haber nacido en cautiverio. Cómo algo tan sombrío puede aparecer en este momento de nuestra vida.

Es cierto que tengo esa certeza. No sé exactamente por qué, quizás porque es la manera de explicarme tantos episodios de mi vida. Claro que es terrible, pero tengo que saber la verdad. Y en la medida que busco la verdad, me siento mejor, ya no más ese miedo de la clínica que me lo roben a Juan, no más esa angustia.

Quizás sea difícil de entender, pero este buscarme, buscar mi origen, mi identidad, es algo que lo hago no desde el dolor sino desde la alegría, porque si no estuviera tan feliz no tendría fuerza para meterme por estos corredores oscuros, vos tenés mucho que ver, Ramiro, sin vos yo no estaría buscándome, no sólo por lo que

me contaste, sino todo lo que vivo con vos, tu amor, tu amistad incondicional, esa habilidad que tenés para ayudarme a pensar, esa manera de entenderme y aceptarme sin juzgarme, esos mimos geniales que me hacés, y cuando hacemos el amor, ah, qué bien me siento cuando hacemos el amor. Es desde ese lugar, desde el amor y la alegría, Ramiro, que busco la verdad. Es porque me siento querida por primera vez, porque estoy con vos y con Juan que no tengo miedo, que quiero saber la verdad.

Era difícil comprender para Ramiro, pero si Luz lo hacía desde el amor no podía estar tan mal. Y él mismo le había dicho que era una buena idea pedir una entrevista con las Abuelas de Plaza de Mayo. Él se quedaría con Juan.

Marta llegó cuando Luz estaba por salir. Ramiro se alegró mucho. Tenía necesidad de hablar con alguien, de corroborar que no se equivocaba, o que alguien le pusiera freno, porque al fin esa historia no era la de él, sino la de Luz, y quizás Ramiro estaba interviniendo demasiado.

Le costó abordar el tema, dio varias vueltas: que por suerte se podía tomar más de un mes de vacaciones para estar con Juan y con Luz, que no, que no sólo por Juan, por Luz. Tiene una idea fija desde que nació Juan, que al principio a él le pareció un disparate pero ahora ya está creyéndosela, pero como está todo el día con Luz, teme estar enredándose en esa tela que ella teje meticulosamente día a día. Y él mismo, casi sin darse cuenta, la está alentando en esa búsqueda desesperada.

Marta no entendía nada de lo que le estaba diciendo, pero sí que Ramiro necesitaba su consejo, su apoyo.

—¿Cuál es esa idea?, Ramiro, no comprendo.

Entonces se lo dijo: Luz sospecha que no es hija de sus padres, que hicieron un cambio... que es hija de desaparecidos.

Cómo entusiasmarse con algo así de horrible como lo que le estaba diciendo su hijo, pero eso es lo primero que sintió Marta: entusiasmo, casi alegría. La quería mucho a Luz, y nunca le cuadró que viniera de esa familia. Debía, sin embargo, ser prudente.

—¿Y tiene elementos para sustentar eso o vos creés que delira?

No lo sabía. Ramiro enhebró esos eslabones tan bien como Luz le había enseñado en esos días. Le contó también cuánto había crecido Luz en el último tiempo, la conciencia que había tomado de tantas cosas que durante años se le ocultaron.

—Durante el embarazo hablamos mucho de papá. Es ella la que me preguntaba una y otra vez. La idea de que su abuelo hubiera tenido algo que ver con esa desaparición la desesperaba. Le dije que yo sé que no, que a papá lo secuestró la Marina, aunque qué importa quiénes, todos eran la misma basura. Se lo dije por ella, porque no quería verla sufrir.

Marta estaba a punto de llorar: Luz es maravillosa, Ramiro, y que la quieras tanto como para acompañarla en esto y no decir está loca, después del parto se volvió loca o algo así, me conmueve. Luz debe saber lo que la lleva a esta búsqueda. Apoyala, Ramiro, en todo lo que puedas. Y contá conmigo, para hablarlo cada vez que lo necesites.

No debería habérselo dicho a su mamá, a Luz le había prometido que no saldría de ellos dos. Pero necesitaba confiarse a alguien. Era demasiado pesado.

—¿Y a Mariana no se lo preguntó?

—No, yo le pedí que no lo hiciera. Porque si no es así... es muy fuerte esa acusación, terrible. Pero no sé si no lo va a hablar en cualquier momento. El otro día, antes de que Mariana se fuera a Punta del Este, Luz se puso furiosa con ella porque no se acordaba el nombre de la clínica en la que nació Luz. No sabés cómo le gritó. Luz cree que lo hace a propósito, que no quiere decírselo para que ella no vaya a averiguar.

Lo de las Abuelas se le había ocurrido a Ramiro, como un modo de saberlo sin tener que preguntárselo a Mariana. Pero ahora estaba preocupado. ¿No estaba actuando como un loco?

No, de ningún modo, lo tranquilizó su mamá, estaba actuando como un verdadero compañero de su mujer.

No, no me fue bien. Tengo la impresión de que esa señora con la que hablé cree que estoy loca. Lo primero que le pregunté es si había una manera de demostrar que una chica, nacida en 1976,

pudiera ser hija de desaparecidos. Delia quiso saber por qué le hacía esta pregunta, y yo le dije que, por favor, primero contestara mi pregunta, que tenía poco tiempo. Me habló del Banco de Datos, donde está la sangre de los familiares de desaparecidos. Una prueba de sangre y lo sabría. ¿Y cuándo, dónde hay que ir? Pero no era tan fácil como yo creía, ella me hizo muchas preguntas, a las que yo no quería contestar.

—¿Y por qué no te permitían hacerte la prueba de sangre?

—Porque no me creían. Tal como yo lo planteé en la primera entrevista... qué estúpida estuve... di la impresión de estar loca.

Le tuve que decir que era yo la interesada en hacerme la prueba. Pero no quise decirle que era nieta de Dufau. Ante su insistencia, le dije que lo sospechaba porque mi mamá nunca me había querido, que siempre nos peleábamos, y que, en muchas oportunidades, yo había sospechado que era adoptada. La escuché un rato largo hablarme de que ése es un sentimiento muy común en la adolescencia, cuando se producen enfrentamientos entre hijas y madres, pero que yo estaba yendo demasiado lejos. La misma frase de Ramiro. Que me llevara mal con mi mamá no quería decir que... Y yo qué iba a decirle, lo de la tetina de la mamadera, lo del «bah» de Javier, lo de «genético». No, era absurdo. Le dije que antes lo sospechaba, pero que ahora tenía casi la certeza de que no es mi mamá, porque yo soy madre ahora, hace un mes y medio, tengo un bebé. Y entonces miré el reloj, y le dije que me tenía que ir. Me acompañó hasta la puerta. Le pregunté si podía volver, si ellas tenían documentación sobre bebés desaparecidos, a mediados de noviembre de 1976, o quizás antes o después. A mí me dijeron que nací el 15 de noviembre, pero tampoco puedo asegurarlo.

Y ahí ya no me quedó duda de que esa señora piensa que estoy chiflada. Puso su mano sobre mi hombro, y me recomendó conversarlo con mi mamá antes. Cómo lo voy a conversar con ella, si me robó no me lo va a decir.

—¿Puedo o no puedo ver esos documentos que tienen? —casi le grité.

Sí, claro que podía. Y que fuera a conversar con ella cuando quisiera.

Marta se sintió muy conmovida cuando Ramiro se lo contó. No importa si es o no un delirio de Luz, lo importante es que ella llegó hasta el punto de ir a contarle a una extraña, sólo porque es abuela, porque es madre, que su mamá no la quería. Es muy fuerte, Ramiro, yo no interferiría, Luz necesita hacerlo. Y seguramente si sigue con esto, llegará a decirle de quién es la nieta y los problemas del parto de su madre.

Ramiro le ofreció a Luz ir a contar él mismo las peculiares circunstancias del parto de su madre, y quién era su abuelo para que le permitieran hacerse el análisis.

—No, por favor, no se lo digas, no me van a dejar mirar nada. Me van a odiar. Prefiero ir sola.

El otro día me miraba y me miraba cuando yo revisaba los archivos y anotaba datos en mi libreta. No me dijo nada. Cuando me iba me preguntó si había podido conversarlo con mi mamá, y yo sólo la miré con bronca y me fui. Por eso ahora me extraña esta sonrisa con la que se acerca. Mira a Juan (lo traje para poder quedarme más tiempo) y se sienta frente a mí.

—¡Qué nene más lindo tenés!

Le sonrío. Me dice que le gustaría charlar conmigo, que le cuente más de mi vida. Le digo que no tengo nada más que decirle que lo que ya le dije. No sé por qué me muestro tan antipática, cuando yo conozco su lucha y tanto las admiro. Quizás porque tengo miedo de que sepan quién soy, o quién parece que soy. Porque si no es lo que yo pienso, si soy la nieta de Alfonso, ella con todo derecho me va a echar de aquí.

Sigo anotando datos, como si no la viera.

—Luz, mirá, como sos una cabeza dura, te vamos a permitir que te hagas el análisis.

—Hubo algo que cambió la actitud de Delia. Después me lo dijo porque nos hicimos muy amigas. Más que amiga, de alguna manera la siento mi abuela. Delia me contó que, comentando mi visita a las Abuelas, cuando dio mi nombre y mi apellido, otra señora se acordó de que Susana Collado...

—¿La madre de Dolores?

—Sí, que Susana había dicho que la hija de Dufau tenía una beba que no era de ella. Por eso me lo permitieron, aunque yo entonces todavía les ocultaba mis datos.

Estoy tan eufórica que no puedo ni contestarle. Justo Juan se pone a llorar y yo le doy el pecho. Su mirada me conmueve. Tiene los ojos húmedos.

—Así estaba mi hija la última vez que la vi. Mi nieto, Martín, tenía dos meses cuando desapareció.

Y antes de largar ese llanto, se levanta, me acaricia la cabeza, y se va.

La encuentro ya repuesta cuando me acerco a su escritorio. Le digo apenas gracias y le pregunto cómo, cuándo, dónde puedo hacerme ese análisis.

—Pero fue inútil. Allí no había nada que permitiera ligar nuestra sangre. Y por un tiempo pensé que me había equivocado, que quizás fuera sólo un delirio, una bronca demasiado grande con mamá, una necesidad de renegar de esa familia, de las aberraciones de mi abuelo. Pero esto me detuvo sólo un tiempo. Porque cuando fui a la casa de Laura y Javier, unos meses después, si decidí irme unos días antes que Ramiro, era porque ya sabía que me iba a poner a averiguar.

¿Por qué no quería decirle a Luz la verdad? Laura no podía comprenderlo, lo respetaba, sí, porque Javier se lo había pedido, pero le parecía una injusticia terrible. Ella misma la había acompañado a Luz el otro día a la clínica donde supuestamente nació, y le había molestado tener que callarse la verdad. Si la hubieras visto, Javier, insistiendo para que le dieran los nombres de las empleadas de administración, del registro de nacimientos. Laura sólo la había mirado actuar, insistir, y había tenido la certeza de que Luz iba a salirse con la suya, que iba a seguir y seguir hasta encontrar la verdad. ¿Por qué no ahorrarle camino? Y ahora está buscando desesperadamente a una mujer, que cree que era la hija de un empleado del campo, que tenía dieciséis años entonces y decidió regalar a su hija. Si nosotros sabemos que esa mujer no existe, por qué no decírselo.

Qué querés, que le diga que era hija de una puta, que por otra parte, nunca más apareció. Tampoco tenían esa certeza, insinuó Laura, no podían afirmarlo. No, otra vez lo mismo no. ¿Cuándo terminaría de acosarlos ese fantasma? ¿No había sido suficiente la muerte de Eduardo?

De eso también le había hablado Luz, y Laura le había dicho que nunca se creyó lo del asalto. Tenés que hablar con Luz, Javier, ella sabe que le estás ocultando algo.

Cuando Ramiro llegó, Luz estaba eufórica. Habían pasado tantas cosas en esos días. Le contó todo, lo de la clínica, lo de su entrevista con esa vieja empleada, lo de la chica que era hija de un empleado del campo de los Iturbe, el encuentro con Miller. Te das cuenta, Ramiro, que no estaba loca, Mariana no es mi madre. Cuando se lo dijo a Laura, a ella no pareció sorprenderle.

—Estoy segura de que Javier sabe más sobre mi verdadera mamá y le prohíbe a Laura que me lo diga. Estaba esperando que vinieras para poder encararlo.

Si no lo hubiera vivido paso a paso, a Ramiro le resultaría incomprensible esta euforia de Luz. Enterarse de que no es hija de sus padres, y alegrarse. Pero entonces, tampoco lo otro, qué alivio.

—Entonces no sos hija de desaparecidos, Luz. Bueno, eso no podía descartarlo. No hasta que Javier se lo confirmara.

Fuerte como una roca, enorme, pesada, la idea de haber nacido en cautiverio nada podía moverla. Cualquier signo que no le coincidiera, como el tan evidente de la prueba de sangre, o como el que acababan de contarle de la chica del campo, Luz lo consideraba menos importante. Sólo los que le demostraran su idea tenían valor. Ramiro dijo que iba a preguntarle él directamente a Javier. Y decirle la verdad de su sospecha. Por qué demorarlo más.

—Esperá, vamos a cenar con ellos y los chicos esta noche. Laura me dijo que hablaría con Javier. Yo creí entender una promesa en sus palabras. Laura va a saber cuándo es el momento de hablar con Javier.

Cuando se fueron los primos de Luz y se sentaron a tomar una copa en el living, fue Javier mismo el que sacó el tema. Le costaba hablar, como si las palabras vinieran de muy lejos, de mucho oprobio, de mucha desdicha.

No, no había tal chica de dieciséis años, no sabía de qué le hablaba. Iba a decirle todo lo que sabía: las circunstancias que llevaron a Eduardo a anotarla como su hija, la presión de los suegros. Seguramente Eduardo había tenido el mismo temor que Luz, por el año en que nació, por las circunstancias. Por eso puso tanto empeño en averiguarlo. Pero no era así. El certificado de nacimiento decía Miriam López, él mismo lo había visto. La mujer que fue a buscarla al colegio, ¿lo recordaba Luz?

Eduardo la había visto en una oportunidad. Pero después, no supo más nada. Eduardo murió en esos días justamente.

Aún un resquemor le impedía contestarle a esa pregunta de Luz: ¿Y cómo sabés que no era así? ¿Por qué? Lo que es raro es que viviera si nací en cautiverio, pero quizás se escapó —y esa esperanza fulgurando en su mirada—, quizás esté viva todavía mi mamá.

—Sé que no es así, que no naciste en cautiverio. Porque yo la fui a buscar a Miriam López... y conocí algunas circunstancias de su vida.

—¿La viste? ¿La conocés? ¿Me parezco a ella?

Fue Laura la que interrumpió, le dijo que ella también había sospechado lo mismo que Luz y que Eduardo, pero que lo que sabían de la historia de Miriam López no parecía confirmarlo.

Laura, asumiendo lo que Javier no podía decir, lo de Miriam, lo de Dolores, y evitando aquello que pudiera causarle demasiado dolor a Luz, que Mariana se enteró entonces sí, pero no lo de clarita, lo de la desfachatez, pero era Luz misma la que lo decía, ahora entendía tantas cosas de Mariana, de su propia vida.

Javier estaba desplomado sobre el sofá, el peso de todo lo que se había hablado esa noche lo había derrumbado.

Luz se acercó y se acurrucó contra él. Se lo dijo en voz baja: No lo lamentes nunca, me hiciste un enorme bien, yo lo sabía, lo supe siempre, creo, y estoy contenta, feliz, estoy en el camino.

Luz le dio un beso y se fue a dormir. Javier lloró entonces la muerte de su hermano, como si acabara de morir. ¿Tenía derecho a

decirle a Luz lo que su hermano calló?, le preguntó a Laura. Más que derecho, tenía el deber, porque Eduardo no pudo hacerlo, se lo habían impedido, cortándole la vida.

Pero no fue hasta varios meses después de esa noche que Javier tuvo la certeza, por las palabras que Luz le escribió, de que no se había equivocado, que su hermano, por fin, podía descansar en paz. *Te lo digo a vos, Javier, porque a él ya no puedo, te perdono, te quiero.*

Capítulo diecisiete

Después de lo que nos contaron Laura y Javier, Ramiro no cree que mi origen esté ligado a la represión. Hay varios elementos que no coinciden con mi sospecha: lo que Javier sabe de Miriam, lo del certificado del hospital, que haya un nombre y un apellido de mi madre.

Pero probablemente lo que le dijeron a Javier sobre Miriam en el pueblo sea mentira, quizás decían que era modelo porque les daba temor decir que era militante. Muchos tenían miedo. Tener alguien de la familia desaparecido significaba además del profundo dolor, la marginación, el aislamiento. Ahora si estaba desaparecida, ¿cómo logró llegar a Entre Ríos siete años más tarde?

Que exista un certificado del hospital es raro. En los casos que me contaron Delia y las Abuelas no había nada escrito que probara ese nacimiento. Y las que llevaron a parir a un hospital, las anotaban como NN. Pero tampoco es normal que la madre figure sin documentos. Ya habrá una explicación para todo, y me propongo encontrarla.

Sería más fácil preguntárselo a mamá... a Mariana. Ella debe saberlo. Pero no quiero hablar con ella ahora, no puedo, no me siento capaz de encarar esa conversación. Hoy me llamó para anunciarme que pasaría un rato a visitarnos a la tarde y le dije que tenía que ir al pediatra, que ya hablaríamos otro día.

Tengo que contárselo a Delia ahora mismo.

—Nos hicimos muy amigas en ese tiempo. La primera vez que volví a la sede de las Abuelas, después de que me hice la prueba de

sangre y no encontraron nada en el Banco de Datos, me dio un poco de vergüenza. Pero desde que Delia me dijo que ellas sabían lo de mi abuelo, yo me sentí mucho más cómoda, ya no más ese temor a ser descubierta, o a que me creyeran una loca. Y seguí yendo, ya no a ver los archivos, sino a charlar con ella. Iba con Juan. Delia lo vio crecer. Juan le hacía unas sonrisas fantásticas —Luz sonrió—. Sí, se dio una relación muy especial con Delia, que nos hizo bien a todos. Me contó tantas historias terribles... y al mismo tiempo conmovedoras. La de Susana, la madre de Dolores. Qué no hizo esa mujer para encontrar a su nieto, jueces de menores, obispos, orfanatos, milicos, curas, políticos, tocó todas las puertas, un día la esperanza, y otro la decepción.

—¿Y lo encontró?

—No, murió sin encontrarlo. Siguieron una pista, basada en una información que les habían dado, Susana se ilusionó mucho. Persiguió con tenacidad al que creía el usurpador de su nieto, se peleó a brazo partido con los jueces renuentes, y al fin, no era su nieto. Pero también se comprobó que no era hijo de esos falsos padres, sin embargo, se quedó con ellos porque a ese chico, el que tenía el milico, tampoco nadie lo buscaba.

La sorpresa que se va a llevar Delia cuando le diga que la hija de Susana Collado, Dolores, era la amiga de mi papá. Bueno, de mi papá no, pero sí, también mi papá, decido.

La llamo y le pregunto si no tiene tiempo de venir a la plaza conmigo y con Juan. Hay solcito, la tiento, los árboles en primavera. Y Juan está divino, te extrañó un poco en Entre Ríos. ¿Te paso a buscar? Vivimos bastante cerca.

—¡Qué contenta estás! —me dice cuando me ve. No vas a creer lo que te voy a contar, Delia. Y empiezo por lo de la clínica, las trabas que me pusieron, las mentiras que me inventaron y todo lo que hice y les dije, y cómo logré, al fin, ver el registro de partos y el de pediatría: Tuvieron un varón, muerto.

La cara de Delia resplandece: ¡Está demostrado entonces, tenés la prueba!

Sí, y fue ella, en tantas historias que me contó de lo que hicieron las Abuelas, la que me enseñó a no aceptar un no, hasta el nombre

de las empleadas administrativas que trabajaban entonces y el del médico que atendió ese parto logré. En diez días. Y los pude ver. En Paraná es más fácil, hay menos gente, hablás con uno, con otro, y al fin, si te ponés terca como yo, terminás encontrando a la persona que buscás. Al médico lo encontré en Rosario. Alguien de su familia me dio la dirección.

Llegamos a la plaza. Lo alzo a Juan y doy vueltas en el aire con él antes de dejarlo en el arenero. Estoy tan contenta, cada día más cerca de mi mamá, de mi papá, quizás él también viva.

Delia y yo nos sentamos al borde del arenero y le voy contando todo lo que averigüé en estos días. La expresión de Delia va cambiado en el transcurso de mi relato.

—Pero entonces no es lo que pensabas, Luz. No sos hija de...

—No sabemos —la corto—. Pueden haber dicho cualquier cosa. Yo me fijé en las listas que tengo en casa y no aparece Miriam López, pero a lo mejor vos me podés averiguar algo más.

Delia, como Ramiro, no cree que sea como yo pienso. Pero yo sigo sintiendo que es así, en todo caso no lo descarto. Tal vez por quien era mi abuelo, mi supuesto abuelo, y festejo: Ese hijo de puta no era mi abuelo al fin.

—Yo siempre les decía a las Abuelas —me dice Delia sonriendo—, tan sensible, tan linda, no puede ser la nieta de ese genocida.

—No creas. Mamá... Mariana es muy linda, ahora sí, sensible como el mármol, como la piedra.

Delia me mira preocupada, y en tono muy quedo, como si temiera que sus palabras pudieran lastimarme, me pregunta:

—¿Lo hablaste con ella?

—No, no se lo dije todavía, ¿sabés?, no sé qué hacer, ella no lo sabía, también a ella la engañaron, papá se lo dijo recién cuando yo tenía siete años. Fue entonces cuando él se puso a averiguar sobre mi origen. Yo creo... se me ocurrió que tal vez no fue un asalto... tal vez lo mataron.

—Vas demasiado lejos, Luz querida.

—Lo mismo me dijiste el día que te conocí y ya ves, no me equivocaba.

Delia piensa que tal vez porque lo que leí, lo que me enteré por ellas, me tocó tanto, lo hice mío, y creo que es mi propia historia. Eso lo entiende porque las Abuelas vivieron cada uno de esos niños que encontraron como su propia familia. Se acuerda cuando, después de tantos sinsabores, tanta demora, iban a restituir a Paula a su abuela. Delia estaba ahí, en Tribunales, cuando después de tener todas las pruebas, hasta la de sangre, que demostraba sin ninguna duda la identidad de la niña, el juez dijo que tenía que seguir meditando el caso. Hijo de puta, cerdo, le había gritado Delia, ella que antes era incapaz de levantar la voz. La sentía su propia nieta. Y también a Beto, y a Tamara y a tantos otros. Y cuando Sacha recuperó a Carlita, ¡qué alegría tuvieron!

—La sentís tuya porque te hacés carne y sangre con todo lo que compartís. Pero no tiene por qué haberte pasado a vos, haberlo sufrido en carne propia, para luchar con nosotras, codo a codo. Tampoco te confundas, Luz.

Me da miedo, me da miedo que Delia, como Ramiro, insistan en que no es mi historia. Yo sé, estoy segura de que es mi historia. La tomo de las manos y le pido que no me deje sola, por favor, no ahora, después de todo lo que logré averiguar, y veo sus ojos empañados: Pero ¿por qué estás llorando?

Es estúpido, es egoísta pero se le ocurrió que si acaso el bebé de su hija, Martincito, le pasara algo así como a mí, tuviera esa intuición, esa fuerza para hacer todo lo que yo hago, ese convencimiento tenaz, quizás... pudiera salir de la sombra, dar alguna señal...

Las lágrimas resbalan por sus mejillas. Es la primera vez que la veo llorar. Le paso el brazo sobre el hombro.

—Ay Delia, Delia querida, sabés las veces que yo pensé lo mismo, pero al revés, ¿por qué no tendré una Delia, una abuela que me busque así como vos buscás a tu nieto? Me hubiera liberado antes.

—No, nunca tuvo el menor indicio de dónde está su nieto. Desapareció en el operativo en el que se llevaron a sus padres. La hija de Delia creyó que se lo habían dejado a la vecina, se lo dijo a alguien en el campo de detención. Pero no fue así. A sus padres los mataron al cabo de unos meses. Alguien testificó que vio cuándo

metían al bebé en un auto. Y ahí se cortó cualquier pista. Los milicos que participaron del operativo siempre negaron que hubiera un bebé en esa casa.

Le saco de la boca a Juan la pala llena de arena que se está comiendo. No quiero ponerme a llorar. La tengo que animar a Delia, la veo tan viejita, tan frágil, en este momento. Le digo que no soy su nietito, pero que como no tengo abuela, o no sé si la tengo, la elijo a ella, que podemos jugar, como cuando era chica, al «dale que yo era».

—Dale que yo era tu nieta, y este precioso nenito —lo alzo a Juan y lo pongo en su regazo—, ¿dale que Juan era tu bisnieto? Ay, qué vieja que estás, Delia, bisabuela.

Nos reímos, y Juan, como si entendiera, hace esa sonrisa maravillosa.

Me promete que no me va a decir más que no es así, no hasta que lo comprobemos.

Lo primero será ir a Coronel Pringles. Ramiro me va a acompañar el fin de semana. Y tratar de dar con Miriam López.

Cuando me dieron el diagnóstico, fue la primera idea que me pasó por la cabeza. La primera no, la segunda. La primera fue me muero, inmediatamente la imagen de Liliana, atravesando el tiempo, ahí, en esa plaza, y yo que no hice nada.

—¿Cómo que no hiciste nada, Miriam? Por favor. No se podía hacer más —me dijo Frank esa noche cuando se lo conté.

Tres años atrás, cuando estuvimos en Buenos Aires también se me había ocurrido la idea de buscar a Lili.

—Entonces Miriam llamó a lo de Dufau. Habían ido a Buenos Aires por la muerte de la madre de Frank. Inventó toda una historia para justificar su interés en obtener el número de Mariana. Simuló una pronunciación inglesa (ya hacía muchos años que hablaba en inglés todo el día) pero fue mucho más fácil de lo que creía. La atendió la señora que hacía la limpieza. Los Dufau no estaban en Buenos Aires. Sí, a ver espere, la señora me dejó el número de la hija por cualquier cosa. Y se lo dio. En eso quedó su proyecto. No lo tenía claro entonces. Fue la enfermedad, tres años más tarde, que la

precipitó nuevamente en la idea de cumplir la promesa que le había hecho a Liliana, veinte años atrás.

La quería llamar, pero qué le iba a decir a Lili. ¿Y si alguien sospechaba que era yo, la misma que la quiso raptar en Entre Ríos, y me hacían boleta? Sentí el miedo, como un sablazo, azotando mi piel ya curada en estos años de modorra y calidez, al lado de Frank, ayudándolo con su hotel, con los amigos. Si algo le debo a esta ciudad es que ya nunca más esa burbuja de terror bailando desenfrenada dentro de mi cuerpo. Ya agoté mi límite. Pasé todo el miedo que puede resistir un ser humano. Aunque Liliana, y todos ellos, deben haber pasado mucho más miedo que yo. Pero eran más valientes y tenían ideales por los que luchar. Yo soy una cagona. Ahora sería imposible para mí hacer lo que hice esas dos veces que quise salvar a Lili. No podría. Además, no sé si sería bueno. Las dos veces que lo intenté, asesinaron a alguien, primero a Liliana, después a Eduardo. Y yo, de casualidad creo, salí ilesa.

Los primeros años en Estados Unidos me estremecía cada vez que pensaba en manos de quién había quedado Lili. Pero con el tiempo, ese dolor fue mitigándose, haciéndose más leve, tapándose en la bruma de la cotidianidad. Sólo de cuando en cuando, súbitamente, brotaba aquella angustia por el destino de Lili y me decía, bueno, tal vez de grande se lo diga.

Lili, Lili. ¿Qué será de Lili, ya una adolescente, criada por esa joyita?

—Frank la convenció de que no tenía sentido, que ya, a la edad que yo tenía, era un poco tarde para develarme el secreto.

—Yo no estoy de acuerdo. A la edad que sea es bueno enterarse de la verdad, recuperar la identidad.

—Yo tampoco estoy de acuerdo, es evidente por todo lo que estoy haciendo. Pero en cierta forma, puedo comprender el pensamiento de Frank. Yo ya era grande, si me habían criado ellos, no se podría hacer gran cosa por mí. En ese sentido, también se equivocaba, porque uno puede cambiar mucho cuando conoce la verdad.

Pero ahora tengo cáncer, pensé. ¿Y si no hay más tarde? ¿Y si esta historia desaparece conmigo? La sola idea me sacudió. Entonces se

me ocurrió escribirle una carta a Lili. La cambié innumerables veces. Todo me parecía demasiado fuerte, demasiado doloroso.

¿Me creerá Lili? Quizás nunca lo sabré. Mañana voy a ser a ser intervenida quirúrgicamente y no sé si saldré viva del hospital.

La guardo dentro de un sobre, en el que escribo Luz Iturbe. Será más fácil si escribo directamente la dirección, así podrá cumplirse mi deseo apenas muera.

—Desde Estados Unidos, el día antes de operarse, llamó a casa de Mariana y preguntó la dirección con no sé qué pretexto. Pero no se la dieron.

¿Será por medidas de seguridad? ¿Tendrá miedo de alguna venganza porque es la hija del asesino de tantos argentinos?

¿Cómo no los matan, cómo pueden ir por ahí, compartiendo calles y cafés con los familiares de sus víctimas?, pensé esa noche que vi por la televisión a Scillingo, el marino arrepentido, en ese programa en el que contó cómo les daban una inyección y los tiraban al agua. Eso yo no lo sabía. Las dimensiones de la monstruosidad de esa gente no podían ni siquiera imaginarse.

Yo estaba con mis amigas, con Sally y Berenice, y me puse a llorar a moco tendido. Les conté, entre hipos y llantos, todo lo que me había dicho Liliana. Una amiga, les expliqué, la única amiga de verdad que tuve allí, y la asesinaron. Y fue hablar de eso y otra vez ese dolor lacerante, ese miedo, ahí, instalándose en el living de la casa de Sally, en el lugar de nuestros cotorreos y nuestras risas. Por eso, por eso estoy acá, para no tener miedo, y no pienso volver nunca más. Aunque ahora no pase lo mismo.

Fue Sally la que reaccionó: ¿Y cómo no los matan si andan sueltos por la calle? No me lo explicaba, le contesté. Aunque por cierto, pensé, yo tampoco los maté, ni siquiera fui capaz de rescatar una criatura de sus garras, y peor aún, nunca lo denuncié. No, me dejé estar aquí, adormilada en este bienestar.

Cagona es poco, cómplice fui. No lo soporto. Esta carta tiene que llegar. Lili tiene que saber que mataron a sus padres, quién los mató y por qué. Asesinos. La veo a Liliana, sonriendo, dándole de mamar a su bebita, y después allí, en la plaza, acribillada. Y el odio, ese

odio rancio, con olor a moho de tanto estar guardado, me invade en todo su furor. ¿Cómo es posible que Lili nunca se entere?

¿Y si pregunto por Luz y a ella misma le pido la dirección con cualquier pretexto? Y de paso escucharé su voz, trataré de imaginarla. El timbre. Berenice, qué suerte.

—Le pidió a una íntima amiga brasileña, que fue a visitarla, que le hiciera el favor de llamar y preguntar por mí. Otra voz, otra pronunciación, así no sospecharían porque Miriam había llamado media hora antes.

El español de Berenice es fatal, aunque ella piensa que habla perfecto, como una porteña, che.

—El plan de Miriam era hablar cuando le pasaran conmigo. Fue entonces que se enteró de que yo no vivía más con Mariana.

Se fue de la casa, ¿se habrá escapado solita? Lili querida, a lo mejor saliste valiente como tus papis y te escapaste.

—¿Me puede dar el teléfono, por favor?

—¿Quién habla?

Es Mariana, seguro, así me la imagino desde esa voz rasposa, con tintes agudos, repugnantes, que sale por el altavoz del teléfono. Quién sabe si no fue Mariana misma la que mandó matar a Eduardo para que no hiciera lo que iba a hacer: denunciar. Lo que yo no hice.

—Pero ahora sí puede hacerlo —dijo Carlos—, denunciar al Bestia, aquí, en los juicios de Madrid. Y a Dufau lo vamos a denunciar también en la Argentina. No importa que esté muerto. El delito de la apropiación de menores no lo cubren las leyes de impunidad.

—Soy Berenice. Nos conocimos numa viagem —improvisa Berenice.

—¿En el viaje a Europa?

Y no sé qué más estupideces le dice Berenice en su gracioso portuñol hasta que obtiene el teléfono de Lili. Llamo yo, me atiende una voz de hombre, ¿su novio?

—Pero yo no estaba.

¿Me podés dar la dirección? Quiero mandarle una invitación, le digo, y ya estoy inventando que soy una amiga de la infancia, con esta voz de vieja, cómo va a creerme, pero por suerte el chico no

me pregunta nada. Me la da directamente. Le digo que me llamo Silvia.

En la posdata de la carta escribo: «Esa Silvia que te llamó una tarde era yo».

Meto el sobre en otro más grande en el que escribo: «Abrir a mi muerte».

Frank lo ve y lo toma en sus manos.

—No te vas a morir, Miriam, te van a operar y todo va a salir bien, te lo juro.

Me parece que va a romper el sobre, y le grito un no que lo sobresalta.

—No lo rompas. Me pasé días y días escribiendo, pensando cada palabra.

—¿Qué es? ¿Tu testamento? —intenta bromear. —Es una carta para Lili, prometeme, Frank querido, que se la vas a dar.

—No, yo nunca leí esa carta. Porque Miriam no se murió en esa operación, como ella temía.

Adónde preguntar. Javier nos habló de un bar, la casa de la tía estaba en una esquina, a unas pocas cuadras de allí, no sabía dónde, habían pasado tantos años ya.

Bares hay varios. Entramos en uno cualquiera. Sí, mejor que pregunte Ramiro, yo estoy demasiado nerviosa. El chico que está en la barra es muy joven. ¿Conocés a Miriam López, oíste hablar de ella? Apenas un gesto y sigue con su trabajo.

—Una chica que fue reina de belleza, hace bastantes años.

—Ni idea —le contesta displicente.

En el bar de enfrente el hombre que atiende no es tan joven pero tampoco sabe quién es Miriam López.

Estoy sentada con Juan a upa. Está muy molesto, creo que le estoy transmitiendo mi ansiedad.

—No le preguntes lo de princesa o reina, esa boludez, seguro que fue un invento de la tía.

En esta semana me convencí absolutamente de esta hipótesis, pero Ramiro recuerda que a Javier se lo dijeron en el bar.

Lo llamo a Javier desde la cabina telefónica. Efectivamente, fue así como pudo localizar a la tía, doña Nuncia, más que eso no recuerda, ya me lo había dicho. En su tono percibo la angustia que le producen mis insistentes preguntas. Trato de mostrarme serena, simpática. Cuando la encuentre los llamo, me despido animada.

Juan está sentado en el cochecito y no deja de sollozar y de gritar. Vamos a la plaza, a ver si se calma. Le muestro los árboles, le encanta mirar las hojas.

—Creo que deberíamos dirigirnos directamente a gente mayor.

Me acerco a esas dos señoras que están sentadas en el banco. No tengo tiempo para rodeos. La tía repetiría la misma mentira a todo el mundo, me imagino.

—Estoy buscando a una señora que era modelo, se llamaba Miriam. Por casualidad, ¿no la conocen?

Me miran sorprendidas. Me siento obligada a decir algo: que estoy escribiendo un artículo sobre las argentinas que fueron modelos internacionales, y esta chica, Miriam, vivía en Coronel Pringles. Pero no tengo sus datos actuales.

¿No estaré hablando de Alejandra, la hija de no sé quién? Ella sí fue modelo. No, no importa, seguiré preguntando.

El llanto de Juan es inequívocamente sueño. Lo levanto del cochecito y trato de calmarlo. Mejor lo acostamos en el auto, y damos una vuelta.

Me siento atrás. Ramiro me mira por el retrovisor. Estoy histérica, lo reconozco, creí que iba a ser más fácil. Juan está acongojado, le transmito todo, no lo puedo evitar. Le canto para tranquilizarnos y poco a poco se va serenando y se duerme. Hago una pirueta para sentarme en el asiento de adelante: Bien, listos para continuar, le digo a Ramiro que da vueltas, perdido, por Coronel Pringles.

Me sonríe. Todavía no han cerrado los comercios, a él acaba de ocurrírsele una idea: buscar una farmacia. Ésa tiene el aspecto de tener muchos años. Se baja del auto. Pero vuelve porque en la farmacia no saben nada, ni en el supermercado tampoco, y en la mercería tarda un poco más, pero tampoco. En ese pequeño almacén seguro que alguien le da un buen dato, me asegura antes de entrar. Y lo siento mi cómplice, mi amigo, mi amor.

Al cabo de un rato esperanzador, se sube al auto, sonriendo.

—Doña Nuncia murió, hace dos años. No, no pongas esa cara, tu marido es un gran detective: efectivamente Miriam (ya casi ni se acordaba el nombre la señora del almacén, hace siglos que no ve a esa sobrina preciosa que tenía doña Nuncia) fue reina de belleza, y ahora vive en el extranjero. Pero eso no es todo: la hija de Nuncia se llama Noemí, y... ¡ta tan ta tan!... sé el nombre y el apellido del marido.

Lo abrazo eufórica: Sos un genio.

—La noticia que no es tan buena es que no siguen viviendo en Coronel Pringles, le parece que se mudaron al centro. Me sugirió que averiguara en su antigua casa, el teléfono, si la alquilaron, puede seguir estando a nombre de ellos.

Vamos a la oficina telefónica y de ahí directamente a la casa de los primos de Miriam. Atravesamos un pequeño jardín, subimos una escalera, y llamamos a la puerta una y otra vez.

No están, nos dice la vecina, y se acerca comedida, se van fuera los sábados, a veces todo el fin de semana.

—Buscamos a la familia Vignoleto.

Ah, no, ellos no viven más aquí. La vecina no tiene el teléfono: Me peleé con la Noemí. Y se ve que nos quiere contar algo, yo me impaciento y me doy vuelta justo cuando Ramiro le dice: También la Noemí ¡tiene un carácter! Me asombro de su improvisación: Con mi mamá también se peleó. Ah, sí, le dice la vecina y se le acerca, entusiasmada.

—Voy a ver a Juan —pretexto para no largarme a reír.

Lo veo a Ramiro un rato largo, charlando con la vecina. Le da la mano, muy sonriente.

Ramiro entra al auto, muy contento: Voy a dejar la publicidad para poner una agencia de detectives. Los inquilinos tienen el número de Noemí. Miriam vive en Estados Unidos, ella se acuerda que era bellísima, Noemí la detesta, le tiene unos celos terribles. Y le va a decir a la vecina que cuando llamemos nos dé el teléfono de Noemí.

Ramiro ya tiene el teléfono, lo averiguó antes, si no, cómo llegamos a su casa. Nunca lo cambiaron de nombre.

La habilidad de Ramiro para alivianarme este peso, para convertir esta angustia acelerada que me roía en un juego es increíble. Con su apoyo yo voy a llegar a la verdad.

La operación salió bien. Ahora el tratamiento que tengo que seguir es sólo por seguridad, me dijeron. Pero quién me asegura que no volverá a reproducirse. Fríos como son los gringos, pero claros, eso sí me gusta, me cantó estadísticas, en el 46% de los casos vuelve a aparecer. Pero en el 54%, después del tratamiento se termina.

Bueno *fifty fifty* con la vida y la muerte, no está mal. También yo tuve una vida *fifty fifty*, ahora bien, hasta que vine aquí, un desastre, con algunos pocos buenos momentos. El tiempo de Liliana y Lili, a pesar de todo el horror, también fue la alegría. Y si me muero, alguien le mandará la carta a Lili. La dejé así, tal cual la había escrito, sin abrir.

La inquilina me dio el teléfono de Noemí sin problemas. La llamé varias veces y recién ahora, a las cinco, me atiende un chico y me dice que la llame después de las nueve y media. ¡Cuántas horas faltan!

Ya no sé qué excusa darle a mamá para no verla. No quiero verla. Va a ser horrible cuando se lo diga. Prefiero hacerlo después de ver a Miriam, ¿mi mamá? Es raro pensar mamá a alguien que no conozco. Desde que me hablaron de Miriam trato de buscar alguna imagen en mi memoria de la mujer que me convidó el helado y nada, ella es sólo «esa loca que te dijo que yo no era tu mamá».

¿Cómo podía recordármelo? Esta tarde le dije que mejor no viniera porque quiero estudiar. Me voy a presentar a dar exámenes libres en diciembre. Pero no voy a estar poniéndole excusas todos los días. Algún día voy a tener que enfrentar esta situación. Una vez que conozca la verdad por Miriam podré encarar mejor a mamá. La semana que viene es mi cumpleaños y seguro que ella quiere venir a visitarme. ¿Será mi cumpleaños? ¿Habré nacido el 15 de noviembre? ¿O será una fecha trucha, tan trucha como todo lo que dice mi partida de nacimiento?

Delia me preguntó en qué hospital había sido extendido ese certificado del que me habló Javier. Pero él no lo recuerda, y ese papel debe haber desaparecido con papá. Hubo algunos casos, me contó Delia, en que se las llevó a parir a un hospital. Al de Quilmes, por ejemplo. Después se descubrió que se había anotado a una chica que fue a parir con su nombre, en el registro de pediatría borraron su nombre y escribieron burdamente encima NN, pero en el registro de partos continuó escrito su verdadero nombre. Cometían errores, me dijo Delia, por eso podemos seguirle, a veces, la traza. Quizás a Miriam la llevaron ahí. Pero es raro que no haya surgido su nombre en las investigaciones.

Por teléfono me dijo que no tenía la dirección de Miriam, que hacía años que no se veían, pero yo insistí e insistí. ¿No podíamos conversar un rato? Ella la había conocido bien, era su prima.

—Le conté que estaba haciendo una investigación para una nota en una revista, y probablemente para un libro. Le prometí que si me contaba algo sobre Miriam, iba a figurar en los agradecimientos, y también que seguramente irían de la revista a hacerle unas fotos. Ahí picó, me dio cita al día siguiente. Entonces yo misma llevé una cámara. Había aprendido a utilizar los medios que fueran para lograr mis objetivos. Las charlas con Delia y las otras Abuelas me habían ido fogueando en esas lides. Cuando vivía la madre de Noemí tenía alguna idea de la vida de Miriam, pero cuando ella falleció, nunca más supo nada. Yo le dije que me contara cosas de su infancia, de su adolescencia.

Me pareció repugnante esa mujer, Noemí, no sólo no me dio la dirección de Miriam, sino que habló pestes de ella. Al principio se trataba de hacer la simpática, pero luego, a medida que se metía en sus recuerdos, no podía evitar mostrar la bronca total que le tiene a Miriam. Quizás celos de larga data. Mentí descaradamente, le dije que yo tenía unas fotos muy lindas de Miriam. ¿Tenía Noemí algunas fotos de cuando era chica? Y ya temblaba de sólo pensar que repetiría esa búsqueda de parecidos ansiosa y desesperada que tantas veces hice en la sede de las abuelas.

—Ramiro me había contado que, cuando tenía quince años, Marta lo había llevado a ver la Muestra del Niño Desaparecido o Nacido en Cautiverio. Allí estaban las fotos de los padres y de esos bebés desaparecidos, y también certificados de nacimiento, cartas, recuerdos de esas vidas mutiladas. Lo que más lo había impresionado, todavía lo recordaba con nitidez, eran esas siluetas de niño-niña en cartulina negra con un signo de interrogación al lado que simbolizaban los bebés nacidos en cautiverio. Les pedí a las Abuelas si conservaban aquellas fotos y me pasé horas buscando parecidos conmigo. Ellas tuvieron una paciencia infinita. Les señalaba una chica, y me decían no, no puede ser, a ella la chuparon en el 78, o sabemos que tuvo un varón.

—No era tan linda la Miriam —me contestó displicente—, era fotogénica, eso sí.

No tenía fotos, pero yo no me dejé caer, seguía preguntándole y preguntándole, ávida de cualquier dato que me pudiera conducir a Miriam. Me contó algunas cosas con desgano: que se fue de Coronel Pringles cuando ella se casó, que la había visto por televisión más de una vez cuando era modelo, porque su mamá siempre le avisaba, que Nuncia la quería mucho a la Miriam, aunque ella no se merecía ese cariño.

—¿Ah, no?, ¿y por qué?

Se puso de pie y, evidentemente molesta, me dijo:

—¿Por qué no elegís otra, para tu nota? Ella no es una buena persona, es una desagradecida, una falluta, una pillada.

Noemí la conocía bien, porque se habían criado juntas, su mamá las había criado, porque la de ella la había abandonado. Era una loca también, como la Miriam.

—Una «loca» y yo no pude evitar relacionarlo con lo que me había dicho Laura. A mamá le había escuchado muchas veces la palabra «loca» con ese significado, como diciendo «puta», puta de las que no cobran pero puta así —y Luz se rió, con cierta amargura—, que le gustaba hacer el amor sería, loca para Mariana.

—Sí, así se usaba entonces. Se decía «¿loca de arriba o loca de abajo?», me acuerdo —instruyó Carlos.

Se lo pregunté directamente: ¿Una puta? No sé, tan así no podría afirmarlo, pero era bastante livianita de cascos. Y además creo que después que se fue de casa, se metió en cosas raras. Estoy segura.

—Entonces fue cuando me contó con lujo de detalles cómo a su madre y a ella les habían roto la casa unos policías, seguro, aunque iban de civil. La estaban buscando a Miriam.

Mi corazón dio un vuelco. Un operativo. A Miriam la buscaban los milicos, entonces. No me equivocaba.

—Para mí que se escapó —decía la bruja—, quizás estaba metida en algo de drogas. Yo siempre lo pensé, pero a mamá le gustaba creerse que se fue porque se había enamorado de un norteamericano.

—¿Y no era cierto?

Se alzó de hombros. Aparentemente sí porque Nuncia había ido a visitarla una vez, Miriam le había mandado un pasaje y se quedó unos días con ellos.

Casi la abofeteo: cómo era posible que ella no tuviera la dirección si su madre había estado en su casa. La había perdido. Tampoco se acordaba en qué ciudad de Estados Unidos vivía. Le nombré unas cuantas. Cleveland le sonaba, pero Chicago también y no sabía si era por Miriam o por las películas que ve en la tele.

—Están llenos de guita —la envidia tintineaba en su voz.

A su madre le habían dicho que el dinero lo ganaban con un hotel que tenía su marido. ¡Pero su mamá era tan ingenua! A Noemí nadie le sacaba de la cabeza que ese dinero provenía de tráfico de drogas o algo así. Porque que ella sepa, Miriam no volvió más a la Argentina, por algo será.

Cuando me iba a despedir, me preguntó por las fotos. Saqué la cámara e hice unas cuantas fotos. Lástima que si no podía contactarme con Miriam, no sabría si el reportaje iba a salir, traté de extorsionarla. Si recordaba algo que me llamara, y le di mi tarjeta.

¿Dónde seguir buscando?, le pregunto ahora a Delia. Estoy en la sede de las Abuelas. A ellas ya no les extraña verme aquí, con Juan, gateando a toda velocidad por la sala, tocando y metiéndose a la boca todo lo que encuentra.

Se me ocurre entonces que debería conectarme con Dolores. ¿Me podrían dar su dirección? Quizás ella sepa algo más. Delia me dice que le va a escribir ella misma, explicándole un poco la situación, y que ya me hará saber su respuesta.

—La pista se había cortado en Noemí, la prima de Miriam. No había por dónde seguir. Pasaron unos cuantos meses. Pero yo, ni un solo día, dejé de buscar, leía, hurgaba en los testimonios, comparaba fechas. Delia y Julia, otra Abuela, coincidían conmigo en que este episodio del operativo era una señal de que Miriam podía haber sufrido la represión. Pero como había sido después de mi nacimiento, a principios del era difícil suponer qué podía haber pasado. Volvimos a revisar los archivos. Tratábamos de ir armando, como un rompecabezas, esa posible historia.

—¿Y no lo hablaste con Mariana?

Luz se dio vuelta, miró para otro lado. Evidentemente, el recuerdo le traía mucho pesar.

—Postergué todo lo posible esa conversación. No podía soportarla. Al fin se dio, casi de casualidad, el mismo día que Juan empezó a caminar.

Le extiendo los brazos sin tocarlo, y él da dos o tres pasos hacia mí, se ríe y se cae. Y otra vez empezamos, lo sostengo, lo suelto y él da unos pasitos solo y le da mucha risa. Los dos nos reímos. Estoy tan orgullosa de Juan. Suena el timbre y voy corriendo a la puerta. Delia me dijo que si tenía un rato, nos vendría a visitar.

—Sorpresa, sorpresa —me dice sonriente y parece que nos tenemos que alegrar.

Mamá vino de Punta del Este a Buenos Aires a acompañar a Daniel. Tiene que recibir a unos americanos estos días, y entonces ella aprovechó para ver a su hija y a su nieto.

Su presencia me molesta, y que diga así, mi hija y mi nieto, con total impunidad, me saca de quicio. ¿Se lo creerá ella misma después de tantos años de mentira? Pero no me sale nada, más que un reproche: no hables de tu nieto, poca idea tenés de Juan, ya camina y vos ni idea.

Invento cualquier cosa con tal de no decirlo. ¿Tengo miedo? Sí, prefiero este reproche, injusto porque soy yo la que impido hace meses con cualquier excusa que nos veamos, y si lo hago es cuando hay mucha gente, para evitar que se dé una situación en la que podamos hablar.

—Mostrale a Mariana cómo caminás —le dice a Juan, como si no me oyera—, a ver, lindo, mostrale.

—¿Por qué le decís Mariana y no abuela? —la interpelo.

Que qué tontería, acaso yo le dije abuela a Amalia alguna vez, vos ya no sabés qué inventar, Luz. Y me pongo pesada, le digo que lo normal es que le diga abuela. Y entonces me crispa diciéndome que es totalmente vulgar decir abuela.

—Mariana, como si no fueras su abuela —se lo digo, sí, se lo digo —. Porque no sos. No sos su abuela.

Me mira asustada: ¿Qué me querés decir? Se hace la ofendida pero tiene miedo.

Y entonces le reprocho que no me lo haya dicho nunca, que me haya engañado toda la vida, y ella abre los ojos muy grandes y no dice nada. Lo llevo a Juan a su cuarto, lo pongo en el corralito, Juan ya lo sabe, yo se lo dije, pero no quiero que esté presente en esta conversación. Cuando vuelvo al living la encuentro más armada y es ella la que ataca.

—Luz, yo no creo en los psicólogos, pero quizás te haría falta ver a alguno. Decís cada cosa, que sólo pensando que la maternidad te trastornó totalmente puedo tratar de pasar por alto esta actitud.

—Pero cómo podés seguir mintiendo, mamá, vi el certificado de nacimiento de tu hijo, era varón, y se murió.

La cara se le descompone. Se quiebra. Su hermosa y tersa piel se cubre de pliegues. Un momento de piedad, ella tampoco lo sabía entonces, recuerdo.

—A vos también te engañaron, ¿no es cierto? —trato de reconciliarme—, pero al fin te enteraste.

Quién me lo dijo, quiere saber, quién puede ser tan pero tan malo, tan cruel. La bruja de Laura, no puede ser otra. Y se enfurece. Las dos gritamos, exigimos, ella que le confirme si fue Laura quien me lo dijo y yo que me diga qué es lo que averiguó de mi verdadera

madre. Juan llora fuerte en el otro cuarto. Lo voy a buscar, lo alzo e intento calmarme. Veo a esa mujer, pasado el arrebato de furia, llorando desconsoladamente sobre el sofá. No me quiero dejar ganar por la lástima. Le pido que se tranquilice, un denodado esfuerzo de voluntad por aplacar mi voz y adentro de mí todo arde. Que lo haga por Juan, que va a ser mejor que lo hablemos con calma y no así, las dos furiosas.

—Y cómo querés que esté con lo que me decís. Todavía me lo reprochás, me pasé años enteros de mi vida dedicada a vos, te di de todo, tuve que aguantar tus caras de culo permanentes, tu desobediencia, tus... extravagancias, digámosle así, para ser suaves, y ahora que te enterás, en lugar de agradecerme, me lo reprochás.

—Te reprocho que no me lo hayas dicho. Ella se pone de pie, toma su bolso, mientras busco agua para darle a Juan.

—Esperá —le ordeno—. Ya vuelvo.

Intento dejar a Juan en el corralito otra vez y voy a su encuentro. Su cara de víctima me indigna. Mejor se va, me anuncia, antes de decirme una barbaridad.

—¿Como qué? —le salto—, ¿como que me robaron a una mujer indefensa? Decímelo —y la sostengo del vestido cuando avanza, me viene una imagen de mí, chiquita, tratando de retenerla a mi lado de la misma forma, prendiéndome a su vestido, y me duele, no quiero este inoportuno sentimiento ahora que me he atrevido a decírselo, por eso grito—. Tu papá me debe haber robado. Y vos sabés bien quién era tu papá.

—Aunque te digo, no sé aún si lo sabe. Creo que Mariana nunca quiso saber ni lo que hacía su padre ni mi verdadero origen. En todo caso, no me lo dijo.

—No te permito que hagas insinuaciones sobre papá. Con lo que te quería. Deberías estarle infinitamente agradecida. Por él tuviste una madre, una familia.

—Ah, sí, ¿y quién se lo pidió? ¿Lo hizo por mí? ¿O para que su nena no sufriera?

Camina hacia el hall decidida, desde allí me mira otra vez. La lástima se le mezcla a la furia, la voz deshilachada.

—Luz, me das pena. Estás muy enferma. Cuando recapacites, llamame.

—Sí, la llamé otra vez y le pregunté por mi verdadera madre. Ella dijo que no sabía quién era. Alguien que no me quería, eso era todo lo que conocía de ella.

—¿Y no le preguntaste por Miriam?

—Sí, un día que fui hasta su casa sola para ahorrarle a Juan esa tensión. Me dijo que no la conocía, pero al escuchar su nombre, me pareció que se sobresaltó. Pero no estaba muy segura. Porque a Mariana todo lo que yo le decía la crispaba. Después de algunas discusiones inconducentes, evité verla. No me aportaba nada en mi búsqueda, y las conversaciones con ella me destruían. Tenía... tengo todavía sentimientos muy contradictorios respecto de Mariana. A veces me da pena. Como yo a ella. A veces la extraño —la voz de Luz se hizo débil, como si hablara consigo misma—. ¿Ella? No sé... quizás, son tan raros los afectos.

No me muevo, me quedo ahí, paralizada un largo rato hasta que logro llegar hasta el cuarto de Juan. Y su sonrisa me va calmando. Sí, dulce, vamos a practicar otra vez. Un pasito, y otro y otro más. Cómo te quiero. Le vamos a mostrar a tu papá qué bien caminás. Se va a poner recontento.

Tengo que empezar nuevamente con el tratamiento: sólo algunas sesiones, me dijeron. Pero por qué si me habían dicho que eran suficientes con las que me dieron, que ya había pasado el peligro. Y con el miedo a morirme, otra vez la misma inquietud. ¿Y si Lili no cree la carta que le escribí? Tengo que ir a verla, convencerla personalmente.

¿Por qué ahora otra vez esta idea con tanta fuerza? Porque si me muero nunca sabré si el mensaje de Liliana a su hija al fin, aunque tarde, llegó. Ahora me siento bastante bien, puedo viajar. Después, quién sabe. No se lo voy a decir por teléfono.

¿Cuántos años tendrá ahora Lili? Veintiuno.

—Ya no tiene sentido —insistió Frank anoche—. Sus padres están muertos. El hijo de puta de su apropiador también. Ya no puede estar preso, que es lo que le daría algún sentido a que lo dijeras.

—¿Cómo sabés?

—No te lo dije para no envenenarte. Lo leí, de casualidad, en un diario argentino cuando fui a Aerolíneas a buscar los pasajes hace más de un año. ¡Le hicieron una necrológica! Te das cuenta, a ese asesino. No estaba muy seguro de querer ir, vos tampoco tenías muchas ganas, más bien nada me pareció —me dio risa cómo me conoce Frank—, y justo cuando estaba esperando leo eso y fue la gota que colmó, no, yo a ese país prefiero ni pisarlo, mejor recordarlo con nostalgia. Por eso le mandé poderes a mi hermano y les insistí en que vinieran ellos a visitarnos.

Le expliqué entonces mi temor de que si no hablaba con Lili ahora, quién sabe si podría algún día. El tratamiento podía empezarlo dentro de diez días, el médico está de acuerdo.

Frank piensa que yo exagero, que lo del tratamiento es aconsejable por prevención, no porque esté grave. Él no cree que yo me vaya a morir pronto. Pero yo sí. Y no me quiero morir sin ver a Lili. Comprendeme, por favor. Quiero conocerla así, de grande. Y le voy a decir la verdad, sólo si me parece posible, si tiene algún sentido.

Frank no lo entiende, no está de acuerdo.

Estoy preparando los exámenes a todo vapor. Voy a rendir dos libres y en abril me reintegro a la facultad. Marta se ofreció a quedarse unas horas con Juan cuando yo tenga que ir a la facultad. Y Delia y las Abuelas me dijeron que también puedo dejárselos un rato a ellas. Todos parecen estar muy de acuerdo en que yo retome los estudios. No me lo dicen pero es evidente que les alivia que deje de estar buscando y buscando en medio de las sombras. Pero yo sigo, como si abandonar fuera perderme para siempre, no saber quién soy. Todavía tengo una esperanza. Dentro de unos días va a venir Dolores a Buenos Aires. Ojalá pueda averiguar más a través de ella.

Estoy en el avión. Frank, por suerte, no se enojó. Genio y figura hasta la sepultura, se despidió sonriendo. Cuidate, loquita, y llamame.

Prometí volver en una semana. Tengo que empezar el tratamiento.

Estoy planeando cómo hacerlo. Como tengo la dirección, me presento en su casa con cualquier excusa. Puedo decirle que era amiga de su papá, sí, eso será lo mejor. No, mejor la llamo primero por teléfono. ¿Y si se lo dice a Mariana? Ella sabe que Miriam López era la que la fue a raptar a Lili. Bueno, le digo Miriam Harrison. ¿Cómo será Lili ahora? ¿Me creerá? ¿Me voy a animar a decírselo?

Tengo que estudiar, tengo que estudiar. Mañana es el examen, pero esta opresión en el pecho, esta ansiedad no me ayudan. Yo sé que está bien que estudie, que la vida sigue. Juan, la facultad, Ramiro. ¿Y qué lugar queda para mi búsqueda? Es como tirar la toalla, como abandonar.

Buscar ocupa un enorme espacio en mi vida desde hace más de un año. ¿Qué busco? A mi mamá, a mi papá. ¿Pero por qué los busco ahí, en esos testimonios? Quizás no sea así, después de todo, quizás Delia y Ramiro tengan razón, y mi mamá sea no más una chica que me tuvo así, de casualidad. Y me abandonó.

Estoy triste. Pensar en ella me entristece, por mí y también por ella. Si está viva, ¿por qué no volvió nunca a verme? Y si no está viva, ¿qué le pasó?, ¿se murió?, ¿la mataron?

La llamo a Delia, le digo que estoy mal: Cómo puede dolerme una muerte incierta de alguien que ni conozco. Me pide que me ponga a estudiar y que tenga paciencia, quizás tenga una sorpresa algún día.

—Ellas tienen una paciencia increíble. Años buscando sin desfallecer.

¿Dolores?, le pregunto ansiosa. Seguro que Dolores viene a Buenos Aires y nos vamos a encontrar.

—Estudiá Luz, y cuidalo a Juan, es lo mejor que podés hacer.

Estoy menos depre, por suerte. Juan da sus pasitos borrachos hasta mí. Qué lindo está mi nenito. Acompañame que voy a abrir la puerta.

Una mujer morena, lindísima, muy elegante, que no me dice nada. Me mira, mira a Juan y sonríe tímidamente. La interrogo con la mirada.

—¿Luz? ¿Luz Iturbe?

Asiento. Y ella mira a Juan.

—¿Y él es... ?

—Juan, mi hijo.

Me pregunto quién será esta mujer que nos mira tan perturbada.

—Vos no me conocés —casi no la escucho—. Yo soy... era... una amiga de tu papá.

¡Dolores! pienso enseguida y le abro la puerta. Delia me quería dar la sorpresa. Le digo que entre, que se siente.

—¿Quién te dio mi dirección? ¿Delia? —No. Me la dio... tu marido, me imagino, hace unos meses.

—No sabía nada.

Seguro que Ramiro se conectó con Dolores y le pidió que viniera, no debe haberme querido decir nada para no ilusionarme.

—Yo... llamé hace unos meses ya y él me dio la dirección.

¿Ella llamó? No entiendo nada. ¿No es Dolores Collado? Me dice que no, que es la señora Harrison, que hace mucho que no está en Buenos Aires, que se fue, más o menos cuando murió tu papá. Para esa época.

—Empezó a decirme una serie de frases incoherentes, que lo había visto justamente el día que él falleció, bah. Así lo dijo «falleció, bah» y se alzó de hombros, y yo me acordé de ese otro bah de Javier. Que habían hablado bastante ese día y que él le había contado muchas cosas. Pero no me decía quién era, a mí su apellido no me sonaba de nada. Se interrumpía para hacerle una caricia a Juan. Entonces él se tropezó y se golpeó y se puso a llorar.

No es nada, lindo, sana sana, colita de rana, si no sana hoy sanará mañana. Pero Juan sigue llorando. Entonces la mujer, que no ha hecho otra cosa que balbucear, insólitamente, empieza a cantar Manuelita vivía en Pehuajó, pero un día se marchó. Su canción me produce algo extraño, ¿emoción?, ¿sorpresa? La miro y ella se calla bruscamente. Juan también.

—Entonces ella se puso a hablar sin que yo pudiera averiguar mucho lo que me pasaba. Que qué lindo era Juan, qué ojos maravillosos tenía, los mismos que yo y que Liliana.

¿Los mismos ojos que quién?, me dice Lili visiblemente alterada. Y a mí me da miedo, tengo que ir de a poco. Venía bien, hablándole de Eduardo, de su papá, el que ella sabe y de pronto me zarpé. Lili me repite la pregunta. Invento rápido: De una amiga mía, muy querida, también ella los tenía así, como miles de bichitos de luz. Me acordé, nada.

Lili me mira raro, muy ansiosa. Le sale ese tonito antipático, como a Liliana.

—¿Pero vos quién sos? No entiendo. Una amiga de papá, me dijiste. ¿De Eduardo Iturbe?

—Claro.

—¿Y cómo te llamás? Me dijiste tu apellido no más.

Si le digo Miriam, y ella sabe que soy aquella que la quise ir a robar se va a poner mal. Se lo deben haber dicho muchas veces. No le contesto nada. Bajo la vista.

—¿Me contestás o no?

—Miriam Harrison.

Miriam, repite Lili como ida, Miriam. ¿No me digas que vos sos Miriam? Y da vueltas por el cuarto y se vuelve a sentar frente a mí y me mira. Y yo pienso que le deben haber dicho de todo sobre mí, o quizás se acuerde de cuando le dije que su mamá no era su mamá.

—¿Miriam López? —y está casi gritando.

Asiento, y le pido que por favor me escuche, que sí, soy yo, la que la fui a buscar al colegio un par de veces, pero que quiero explicarle por qué, que por favor me escuche. Los ojos de Lili brillan, se sienta frente a mí, sobre la alfombra:

—¿Vos sos mi mamá?

No puedo creer lo que me está diciendo.

Se pone a llorar, desconsolada. Y yo siento una inmensa ternura por esta mujer, quizás nada de lo que me imaginaba, alguien que me abandonó y por eso no puede ni decírmelo y me pongo a llorar yo también: No importa, no importa, no te sientas culpable, estoy contenta de que hayas venido, yo lo que necesito es saberlo, que me lo digas vos. ¿Sos mi mamá?

—No, no soy tu mamá. Tu mamá era Liliana no sé qué, nunca supe el apellido y tu papá se llamaba Carlos Squirru y los mataron porque querían una sociedad más justa.

—Desde ese día me puse a buscar en cuanto testimonio existiera todos los Carlos, las Liliana, tejimos muchas tramas erróneas. Llamé a todos los Squirru de la guía. Al fin, un primo tuyo, lejano según me dijo, me confirmó que vivías en España hacía años. Y aquí estoy. Aquí estamos —y Luz sonrió, triunfante.

Epílogo
1998

El 3 de agosto de 1998 Nora Mendilarzu de Ortiz entró, con paso inseguro, a la sede de las Abuelas. No sabía cómo encarar el tema. Nora habría querido creerle a Carlos, pero le parecía tan disparatado todo y no quería ilusionarse en vano. Dio su nombre y pidió si alguien podía atenderla. Delia la invitó a pasar a su escritorio.

Estaba allí, le explicó a Delia, porque... había recibido una llamada extraña del que fue el marido de su hija. Mi hija desapareció en la dictadura militar. Estaba embarazada, pero el hijo nació muerto. Ella se había enterado hacía ya muchos años. Su yerno le había sugerido ir a ver a las Abuelas porque... es muy raro lo que me dijo... parece que a él lo fue a ver una chica a Madrid, donde él vive actualmente.

El rostro de Delia se iluminó. Nora intentó continuar pero ella, muy ansiosa, la interrumpió.

-¿Cómo se llama su yerno?

-Carlos Squirru.

Nora no entendió la reacción de la Abuela, que se puso de pie, las lágrimas en sus ojos, los brazos extendidos hacia ella.

-Entonces usted es la madre de Liliana... ¡Qué alegría!

-¿Sabe quién era mi hija?

-No conozco el apellido pero hace mucho que la buscamos...

-Se llamaba Liliana Ortiz.

Tanto que había pensado Nora cómo explicar la llamada de Carlos y ahora esta mujer hablaba sin parar, parecía estar mucho más al tanto de la situación que ella. Ella la conocía mucho a Luz, esa chica de la que le había hablado Carlos. Se atropellaba explicándole el valor de Luz, la constancia, la desesperación por encontrar su

origen. Le contaba anécdotas sueltas, deshilvanadas. Nora la escuchaba en silencio.

De pronto Delia miró a Nora, seguramente debió haberse dado cuenta de que no le había dado tiempo de reponerse de la sorpresa.

-Discúlpeme, es que estoy tan conmovida. Lo adecuado en esta situación es que usted se haga el análisis de histocompatibilidad, los datos de Luz ya los tienen en el laboratorio.

Mientras hablaba, Delia buscaba algo en el cajón de su escritorio. Sí, ahí estaba. Le extendió la foto a Nora. Ésta es Luz, y su hijo, Juan. Qué maravilla, tan joven, y bisabuela. ¿Cuántos años tiene, si no es indiscreción?

-Sesenta y cinco.

-Luz se hizo el análisis pero, claro, no había ningún dato de su sangre en el Banco de Datos Genéticos. Me gustaría preguntarle tantas cosas juntas. Pero sería mejor que se haga primero el análisis. Para Luz sería una enorme alegría. Nora miraba la foto sin pronunciar un solo sonido.

No, dijo por fin, las palabras casi inaudibles, ahogadas por la emoción, a Nora no le parecía necesario, los ojos fijos en la foto, con lo que ella le había dicho, el dedo que tocaba el rostro de Luz en la foto, y esta foto: es Liliana, los mismos ojos, la misma manera de pararse.

Al fin Nora pudo desprenderse de la foto y miró a Delia, la voz más firme: Esta noticia, tan inesperada, me llena de alegría. No necesito pruebas. Yo creo que Luz es mi nieta. No tengo ninguna duda. Pero si le parece que para ella es importante, no tengo inconveniente en hacerme el análisis.

-¿Te puedo abrazar? -le dijo Delia-. Estoy muy emocionada. Es la primera vez que encontramos a una Abuela.

Créditos

Edición en formato digital: febrero de 2012, marzo de 2026
En cubierta: Mujer con los ojos vendados, © Deborah Roundtree / Stone / Getty Images
© Elsa Osorio
© Ediciones Siruela, S. A., 2026
c/ Almagro 25, ppal. dcha.
28010 Madrid.

Diseño de cubierta: Ediciones Siruela

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 979-13-880327-6-9

Conversión a formato digital: El poeta. Editores digitales, S. L.

www.siruela.com